

LAS ALMAS DEL PURGATORIO:

El diario espiritual y vida anónima de Úrsula de Jesús,
una mística negra del siglo XVII



Edición e introducción de Nancy E. van Deusen



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

LAS ALMAS DEL PURGATORIO



Figura 1. Retrato de Úrsula de Jesús por José de la Cruz, que data del siglo XVII. Fotografía de Daniel Giannoni.

**LAS ALMAS DEL PURGATORIO:
EL DIARIO ESPIRITUAL Y VIDA ANÓNIMA
DE ÚRSULA DE JESÚS, UNA MÍSTICA NEGRA
DEL SIGLO XVII**

Edición e introducción de Nancy E. van Deusen

Traducción por Javier Flores Espinoza



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Las almas del purgatorio:

El diario espiritual y vida anónima de Úrsula de Jesús, una mística negra del siglo XVII

Nancy E. van Deusen

© Nancy E. van Deusen, 2012

Título original en inglés: *The Souls of Purgatory. The Spiritual Diary of a Seventeenth-Century Afro-Peruvian Mystic, Ursula de Jesús*

© University of New Mexico Press, 2004

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Traducción: Javier Flores Espinoza

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: noviembre de 2012

Tiraje: 500 ejemplares

Incluye CD-Rom con la reproducción facsimilar de los documentos originales

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-13692

ISBN: 978-612-4146-19-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361200809

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

*A las Hermanas Pobres
del Monasterio de Santa Clara de Lima
y en memoria de Ana María Vega de Zárate.*

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Primera parte: El mundo de Úrsula de Jesús	15
La historia de vida de Úrsula: retratos y representaciones	15
Un paseo por Lima	27
La infancia de Úrsula	36
Un nicho del misticismo femenino	40
La vida en el Convento de Santa Clara	53
«En la tumba puedo hablar a través de las piedras»: el purgatorio y la percepción popular del más allá	78
Apóstoles de los difuntos: la intercesión femenina en la Edad Media	92
Las visionarias europeas y latinoamericanas de la temprana Edad Moderna	99
Embajadoras en el más allá en la Lima del siglo XVII	118
Las singularidades de Úrsula de Jesús	130
Los textos	149
Segunda parte: Diario Espiritual de la Venerable Úrsula de Jesús	161
Diario Espiritual de la Venerable Úrsula de Jesús, escrita por ella misma, Convento de Santa Clara de Lima, Perú	163
Glosario de personajes importantes	303
Obras consultadas	307
Bibliografía	311

Mapas, Cuadros, y Figuras

Plano de Lima ca. 1613	30
Cuadro 1. Población del Convento de Santa Clara, Lima, 1625-1669	67
Figura 1. Retrato de Úrsula de Jesús por José de la Cruz, que data del siglo XVII	4
Figura 2. Retrato de Úrsula de Jesús, posterior al de la Figura 1	18
Figura 3. Vista exterior de las celdas	60
Figura 4. La antigua iglesia de Santa Clara	62
Figura 5. Vista de la cocina de Santa Clara	77
Figura 6. Folio 29v del diario de Úrsula de Jesús	150

CD-Rom

Transcripción original del diario espiritual de Úrsula de Jesús

Transcripción modernizada de la *Vida* de Úrsula de Jesús, escrita por un franciscano anónimo

Imágenes digitalizadas del diario espiritual de Úrsula de Jesús

Breve biografía de Úrsula de Jesús escrita por una clarisa, contemporánea de Úrsula, 3r-6r

Diario espiritual de Úrsula de Jesús, 8r-60r

AGRADECIMIENTOS

Hace algunos años me tropecé con una biografía de Úrsula de Jesús mientras leía unos documentos en el Archivo Franciscano del Perú (AFP), en Lima. Fue una de esas epifanías archivísticas cuando algo hace clic e inmediatamente quedé fascinada con esta mujer sorprendentemente profunda. Decidí entonces transcribir toda la vida anónima, traducirla al inglés y redactar una introducción académica al texto.

Sin embargo, mi buena fortuna decidió que mi vida habría de tomar otro curso. Agradezco a Ana María Vega de Zárate, archivista del Archivo Franciscano del Perú, quien falleció en 2010, por haberme llevado al diario original, guardado en el Convento de Santa Clara. La abadesa, Sor Isabel Hernández, gentilmente me dio acceso a la colección privada del convento y me permitió transcribir el diario original. Le estaré eternamente agradecida por este privilegio extremadamente raro. Asimismo deseo extender mi agradecimiento al resto de la comunidad del convento: todas ellas mujeres especiales que han dedicado su vida a Dios. Aprendí más de ellas de lo que jamás se darán cuenta.

Diversas becas me permitieron seguir las distintas etapas de investigación y redacción del libro que ahora tenéis abierto. Entre ellas figuran una beca de nueve meses del American Council of Learned Societies (1999-2000), un Franklin Research Award de la American Philosophical Society (2000), un sabático de la Universidad de Western

Washington (2001-2002) y dos becas de investigación del Bureau for Faculty Research (1999, 2001). Gracias a todo el apoyo que recibí, en 2001 apareció la versión en inglés de este libro, *The Souls of Purgatory: The Spiritual Diary of a Seventeenth-Century Afro-Peruvian Mystic, Ursula de Jesus* (University of New Mexico Press, 2004). Para la versión en castellano, agradezco la Universidad de Queen's, donde trabajo ahora, para los fondos del Research Initiation Grant que me ayudaron completar esta versión.

La transcripción de este texto aparentemente indescifrable fue una obra de amor. Aunque acepto la plena responsabilidad por el contenido, este trabajo no sería lo que es sin la ayuda de dos personas. En primer lugar deseo agradecerle a Javier Flores Espinoza su ojo crítico, y las muchas horas que pasamos sentados con los cuatro volúmenes del *Diccionario de autoridades* a la mano, totalmente absortos en profundas discusiones sobre la naturaleza del texto, el purgatorio, y el siglo XVII. Quiero también agradecer a Roberto Niada A., quien se encargó del trabajo de corregir y modernizar la puntuación de la vida anónima de Úrsula (incluido en el CD que acompaña el libro) y, con Javier Flores, sus esfuerzos de corregir la puntuación del diario espiritual de Úrsula (en la Parte II de este libro).

Mi comprensión del purgatorio y de la vida y obras de, o sobre, otras visionarias de la temprana Edad Moderna, mejoró gracias a los estudios que realicé en distintas bibliotecas y archivos por todo el mundo. En España, las bibliotecarias y el personal de archivo de la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional de Madrid, del Archivo Histórico de Madrid y de la Biblioteca de El Escorial, se dieron el trabajo de buscar los muchos libros y manuscritos raros que consulté. En Perú, Laura Gutiérrez Arbulú y Melecio Tineo Morón, del Archivo Arzobispal, y Ana María Vega de Zárate, del Archivo Franciscano del Perú, me brindaron una tremenda ayuda día tras día y agradezco a todos su dedicación al cuidado y la conservación de materiales de importancia histórica.

Colegas de todo el mundo quedaron fascinados con este proyecto desde su mismo principio. Agradezco en particular a Ken Andrien y Karen Powers por su continuo estímulo. En la Universidad de Western Washington agradezco a George Mariz, el anterior jefe del Departamento de Historia, por su respaldo y por haber respondido numerosas preguntas sobre teología católica. Le agradezco especialmente a Alan Gallay el haberse tomado el tiempo para criticar la traducción y la introducción. Por sus referencias, comentarios y conversaciones estoy agradecida a Magally Alegre Henderson, Jodi Bilinkoff, William Christian, Augusto Espinoza, Juan Carlos Estenssoro, Allan Greer, Kathleen Myers, Ramón Mujica, y Efraín Trelles. Aprecio la ayuda editorial ofrecida por Heidi Small, Sarah Nelson, Megan Riddle, Corrine Winter y Josh Hayes y especialmente a Susanne Seales. Agradezco sobre todo a Ilana Aragón Noriega por sus excursiones al archivo y al convento y también por haber revisado la transcripción. También agradezco a su hermano Mallku Aragón Noriega por haber tomado las fotos digitales del diario (ver CD). A Daniel Giannoni, Ana María Vega de Zárate y Juan Manuel Merino Medrano les agradezco su habilidad fotográfica. Y, como siempre, (y otra vez) a Javier Flores Espinosa, por su excelente trabajo de traductor, y por su amistad estrecha de muchos años.

Son ya varios años que mis amigos y parientes vienen escuchando mis historias de «Úrsula». En Bellingham agradezco a Cecilia Danysk y a los integrantes de la Dance Gallery. En Columbus le agradezco a mi amigo poeta John Bennett su espíritu creativo. En Lima le debo un agradecimiento sumamente especial a Margarita Suárez y Rafael Varón por su gentil hospitalidad año tras año, y por nuestras muchas y variadas conversaciones, así como a Maureen Llewelyn Jones por su genio coreográfico y su amistad. A mis muy amados padres, Nancy G. y Edwin H. van Deusen, les agradezco el haber leído partes del libro y por la relación especial que compartimos. Por último desearía agradecerle a Preston L. Schiller, por estar allí de amanecer a amanecer.

PRIMERA PARTE

EL MUNDO DE ÚRSULA DE JESÚS

LA HISTORIA DE VIDA DE ÚRSULA: RETRATOS Y REPRESENTACIONES

Hasta hoy, la vida de la donada Úrsula de Jesús (1604-1666) ha sido uno de los secretos mejor guardados de la historia virreinal. Ella podría fácilmente haber permanecido inmersa en una oscuridad relativa, al igual que los cientos de mujeres de color que siguieron una devota vida cristiana mientras servían como trabajadoras o donadas en los conventos. Afortunadamente, varios textos visuales y escritos han aparecido recientemente, y cada uno de ellos nos da una representación distinta de un sujeto fascinante y singular de la temprana Edad Moderna. Uno de sus retratos (véase la figura 1), que antes colgaba en el vestíbulo del Convento de Santa Clara de Lima (de la orden de las clarisas pobres), nos muestra a una mujer seria y reflexiva. ¿Por qué razón el artista la retrató de este modo? ¿Qué nos dicen sobre su vida los objetos que la rodean? Tres pequeñas cruces en la ventana aluden a una de sus muchas visiones: ellas sugieren habilidades místicas. Numerosos libros, entre ellos las vidas de San Francisco, Santa Clara y Santa Teresa de Ávila (1515-1582), denotan que sabía leer y escribir y el lugar que Úrsula tuvo dentro de la orden franciscana. El segundo retrato, una copia posterior del original (véase la figura 2), distingue sus rasgos con mayor claridad: el hermoso y pacífico rostro, los ojos claros

y que miran hacia adentro. Su mano izquierda sujeta un bastón, una señal de edad avanzada, y su rosario, gastado de tanto manosearlo. Una toca prístina que le llega hasta el hombro —el tamaño exigido para las donadas— esconde y protege su garganta y cabeza. Está vestida con el hábito religioso marrón castaño, el color usado por los franciscanos penitentes. En su otra mano, la derecha, Úrsula lleva una gran cruz, la cual denota su devoción por la Pasión de Cristo. Un tomo titulado *La vida de los santos*, se halla al fondo y es otro componente esencial de su vida. Vemos la ventana de su celda: las mismas tres cruces.

Hacia 1686 su confesor (muy probablemente Francisco de Vargas Machuca) compuso una biografía suya en base al diario que ella comenzó a llevar en 1650 por orden de uno de sus confesores anteriores, a quien Úrsula estaba obligada a consultar¹. Esta versión de su vida nos dice que ella trabajó como esclava durante cuarenta y tres de sus sesenta y dos años. Nacida en Lima, Úrsula fue la hija legítima de Juan de Castilla y la esclava Isabel de los Ríos². Pasó sus años formativos en casa de Gerónima de los Ríos, la propietaria de su madre, y a los siete u ocho años de edad, en 1612, fue a vivir, por razones que se desconocen, con la beata y mística Luisa de Melgarejo Sotomayor (1578-1651). Úrsula permaneció bajo la custodia de Melgarejo hasta 1617, cuando ingresó al Convento de Santa Clara a trabajar para Inés del Pulgar, una joven novicia de dieciséis años

¹ Entre sus confesores estuvieron el famoso cronista agustino Antonio de la Calancha (1584-1654), Antonio Ruiz (jesuita), Miguel Salazar (jesuita), Francisco Rebelo (franciscano), Pedro Urraca (mercedario), José García Serrano (agustino), Hernando de Valverde (agustino) y, en sus últimos años, Francisco de Vargas Machuca (mercedario), con quien se confesó por última vez. El virrey Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache (1615-1621), pensaba que Pedro de Urraca era un santo (Vargas Ugarte, 1953-1959, II, p. 192). Véase también Lorente, 1870, p. 134; Eguiguren, 1940, I, p. 404. Valverde escribió un libro titulado *Vida de Cristo* (véase Eguiguren, 1940, p. 403).

² No sabemos nada de su padre. Su madre tal vez llegó a Lima de Guinea en 1604, a los veinte años de edad. En dicho año Pedro del Pulgar, el cuñado de Gerónima, vendió a María de Aguilar, madre de Gerónima, una esclava llamada Isabel, de Tierra Congo (Archivo General de la Nación, Perú [en adelante AGNP], Protocolos, Francisco Ramiro Bote, 230, 1602-4, 1140v-41r).

y sobrina de Gerónima de los Ríos³. En este ambiente enclaustrado, Úrsula pasó veintiocho años como una de los cientos de esclavas cuyos agotadores regímenes laborales cotidianos no les dejaban mucho tiempo libre en que reflexionar sobre asuntos religiosos. Cada día atendía a las necesidades de su ama en su celda. Le preparaba sus alimentos y lavaba sus vestidos y ropa blanca, y una vez completadas dichas tareas llevaba a cabo labores comunales en la cocina y la enfermería con las sirvientas libres hasta bien entrada la noche. A pesar de su régimen laboral agotador, Úrsula mantuvo sus propios intereses materiales. Su biógrafo afirma que ella, al igual que muchas esclavas de Lima, era conocida por su frivolidad y su deseo de vestir ropas elegantes⁴. Habiendo señalado esto, narró a continuación un evento ocurrido en 1642 que transformó la vida de Úrsula y, según él, alteró permanentemente la reputación de vanidosa que tenía dentro del convento. Furiosa por haber prestado una falda que le fue devuelta sucia, Úrsula la lavó de inmediato y la colgó para que seicara en un tablón que cubría la boca de un profundo pozo, situado en el centro del convento. Mientras colocaba la falda mojada, la plataforma sobre la que estaba parada colapsó, dejándola suspendida sobre el abismo, intentando literalmente aferrarse a la vida. Incapaces de darle ayuda, las testigos oraron fervientemente para que no sufriera una muerte dolorosa. Úrsula sostuvo que sus oraciones a la Virgen del Carmen la rescataron y milagrosamente recuperó su equilibrio, encontrando suficiente apoyo como para poder salvarse.

³ Aunque su biografía afirma que Úrsula ingresó a Santa Clara en 1617, su nueva ama, la joven Inés del Pulgar, entró en diciembre de 1615 como novicia. Su tía Gerónima de los Ríos pagó los gastos anuales de 156 pesos, 2 reales (Archivo Arzobispal de Lima [en adelante AAL], Causas de negros, «Autos seguidos», 1615-1617, SC, I: 156v [63v menciona un monto menor de 136 pesos]). Ese mismo año, Gerónima de los Ríos pagó también 28 pesos por la habitación y pensión de María de Almoguera mientras estudiaba para hacer sus votos como monja de velo blanco (56v). Inés, la propietaria de Úrsula, tuvo una vida bastante larga en Santa Clara. Ella aparece en las «tablas de oficios» como portera en 1653, 1656, 1657 y 1660.

⁴ Las mujeres de Lima tenían la reputación de vestirse ostentosamente (Lewin, 1958, p. 39).



Figura 2. Retrato de Úrsula de Jesús, posterior al de la Figura 1.
Fotografía de Juan Manuel Merino Medrano.

El biógrafo de Úrsula buscó narrar su despertar transformador de modo tal que encajase con las estructuras narrativas de las hagiografías contemporáneas. Una relación de estas a menudo esbozaba fases distintas del ciclo vital: de la infancia a la edad avanzada de mujeres devotas y venerables⁵. Las mujeres piadosas como Úrsula a menudo experimentaban una calamidad y un milagro subsiguiente, que las impulsaba en una dirección completamente distinta. Según el relato, Úrsula casi tuvo una caída mortal, lo cual hizo que rechazara el mundo material y eligiera más bien una vía de intensa espiritualidad. A partir de este evento ella encontró un objetivo de vida más amplio. Rogando a Dios y a ciertas monjas que la instruyeran en los asuntos espirituales, Úrsula dedicó todos sus momentos libres a la oración y ahora se enorgullecía de las agotadoras tareas que se le pedía hacer. Las monjas comenzaron a referirse a ella como una «sierva de Dios», puesto que Úrsula se sometía voluntariamente a tareas aún más humildes.

Así como el milagro y la conversión que experimentó seguían las nociones contemporáneas de la santidad femenina, así también sucedió con su creciente sentido de la caridad y la necesidad de sacrificarse por los demás. Es más, las prácticas de mortificación seguidas por Úrsula, que comprendían el ayuno, la autoflagelación y el uso de vestimentas lacerantes, nos muestran cómo la forma en que entendía la negación de la carne resonaba con los sufrimientos y la Pasión de Cristo. Para Úrsula, su cuerpo solamente estorbaba una mayor comunión con el Espíritu.

Su trayectoria espiritual fue la misma de muchas de sus contemporáneas, con una importante excepción: siguió siendo una esclava. Los malentendidos entre ella y su ama surgieron porque según su biógrafa, ella descuidaba su régimen laboral cotidiano a fin de atender los asuntos del espíritu. Sintiendo abatida y desesperada, Úrsula pidió permiso para dejar el convento y buscar un nuevo amo.

⁵ Las visionarias medievales a menudo experimentaban «despertares» a mediana edad (Petroff, 1990a, p. 20).

Una de las monjas compró su libertad, preocupada por la posibilidad de que el convento perdiera una piadosa mujer dotada de dones especiales⁶. Úrsula apreció la generosidad de la monja y quedó complacida cuando se le concedió su libertad en 1645. Con todo, ella decidió no ser una donada por varias razones. Aunque este parecería ser el siguiente y obvio paso para una mujer recién liberada que tenía profundos valores espirituales, la circunspecta Úrsula no estaba segura de querer seguir viviendo en el convento. Como donada continuaría siendo considerada una sirvienta y ella no deseaba seguir sometiéndose a la voluntad de otra persona. Al igual que otras libertas, Úrsula estaba orgullosa de ser su propia ama luego de cuarenta y cuatro años de servidumbre. También deseaba estar «libre» de las agotadoras tareas comunales para dedicarse íntegramente al servicio de Dios. Aunque no conocemos los detalles específicos de su carta de libertad, otros de estos documentos a menudo especificaban que una esclava liberta debía continuar sirviendo a su propietario por un número determinado de años (Bowser, 1974, pp. 276 y ss; van Deusen, 1999, pp. 10 y ss). Sí conocemos por lo menos un caso en Santa Clara, ocurrido al año de que Úrsula falleciera. La madre de la donada mulata Isabel María abrió juicio contra una señora monja del convento. Esta última sostenía que Isabel María había sido manumitida con la condición de que profesara en Santa Clara como donada. Una vez que ingresó al convento su nueva ama, Marceliana de Carbajal (una célebre visionaria de esta casa), ignoró el acuerdo e intentó vender a Isabel⁷.

Aunque el temor a que su servidumbre se prolongase tal vez influyó en la decisión de Úrsula de convertirse en donada, su biógrafo interpretó su reticencia como un resentimiento para con las restantes

⁶ En su diario, Úrsula menciona que en la enfermería cuidaba de una monja que había ahorrado dinero por ella (Archivo del Convento de Santa Clara de Lima [en adelante, ASCL], «Vida de la hermana Úrsula» [en adelante, «Úrsula»], 29v).

⁷ AAL, Causas de Negros, «Autos que sigue Ana de Mora, negra libre», 1667, SC, XII: 120.

donadas del convento, a las que consideraba pomposas y fatuas⁸. Estas últimas probablemente consideraban que la esclava Úrsula era de un status aún más bajo; por lo tanto, su animosidad podría haberse debido a la desigualdad existente en la comunidad entre las clases de monjas (de velo negro o blanco) y la servidumbre (donadas, criadas, esclavas). Por cierto que podemos encontrar casos del maltrato que las donadas daban a sus esclavas, una práctica que no era rara en los conventos. Por ejemplo, María Malamba fue durante varias décadas esclava de la donada Francisca de la Cruz en el Convento de Santa Clara. Al fallecer Malamba en 1656, de la Cruz envió una persona a que recogiera sus mezuquinas pertenencias, que habían sido trasladadas a la casa de su acongojado esposo⁹. Úrsula tal vez fue víctima de estos conflictos entre las monjas y las sirvientas *dentro* de un rango (por ejemplo, entre criadas y donadas); sin embargo, ella llegó a lamentar su vanidad y tenacidad. Pero incluso así, aún más convincente fue una «señal» del cielo que recibiera el 20 de octubre de 1645 (vésperas de la fiesta de Santa Úrsula), cuando una capilla del convento se incendió junto con varios objetos religiosos importantes (un evento al cual Úrsula y sus «voces» aluden varias veces en su diario)¹⁰. Además, el estímulo callado, pero insistente, que recibiera de una angelical novicia negra que se preparaba para ser donada, la convenció de vestir el hábito religioso simple el 18 de diciembre de 1645¹¹.

⁸ Archivo Franciscano de Lima [en adelante, AFL], «Vida de la Venerable Úrsula de Jesús» [en adelante, «Vida»], 586v.

⁹ AAL, Causas de Negros, «Autos ... por Manuel Congo, marido que fue de María Malamba», 1656, XII: 24.

¹⁰ ASCL, «Úrsula», 3 y ss Los folios 3r-6r contienen una breve biografía de Úrsula, la cual está encuadrada junto con su diario (8r-66r). Probablemente fue escrita por una monja clarisa contemporánea suya. La monja anónima escribió: «y quemose una capilla —del santo christo que estaba dentro del conbento donda abia un christo mui lindo— y todas las ynsignias de la pasion la que se ase la prosesion el biernes santo abia en esta capilla muchas ymajenes de christo y de la virjen y adornos».

¹¹ ASCL, «Úrsula», 3v; AFL, «Vida», 587r.

Durante su año de noviciado (exigido a todas las donadas), Úrsula se ganó una reputación de piedad excepcional, ya que «prosiguió su año de aprobación con singular adelantamiento de su espíritu, continua mortificación de sus sentidos, y rara exemplaridad de penitencias, [y] ayunos repetidos»¹². Úrsula se preparó para sus votos formales pasando su tiempo libre arrodillada en el coro. Vestía un cilicio, una corona de espinas escondida debajo de sus cabellos y apretadores con puntas de hierro en sus brazos y cintura. A la espalda llevaba una cruz erizada de púas, sostenida contra su cuerpo por un corpiño hecho de piel de cerdo, con las cerdas vueltas hacia adentro para intensificar el efecto. Todos los días se azotaba a sí misma antes de acostarse, y nuevamente al levantarse a las cuatro de la mañana. Empezó lo que se conocía como confesión general bajo la guía del jesuita Miguel de Salazar, que implicaba una intensa retrospección de todos los pecados cometidos en el transcurso de su vida¹³. Por último, luego de completar un año de estudios y preparación, Úrsula profesó el 13 de junio de 1647, «día de la Santísima Trinidad, con gran devoción y humildad»¹⁴. Ella manifestó un ferviente deseo de cumplir estrictamente con sus votos de pobreza, castidad, obediencia y clausura, y obedecer todas las reglas de la Orden de Santa Clara.

A medida que crecía su compromiso con la vida religiosa, Úrsula comenzó a experimentar visiones y a comunicarse cada vez más con Dios. También se aproximaron a ella las almas de los difuntos,

¹² AFL, «Vida», 587v; ASCL, «Úrsula», 2v.

¹³ Miguel de Salazar (1585-1651) nació en Arequipa y asistió al Colegio de San Martín de Lima. En 1617 acompañó a otros frailes, entre ellos Francisco de Ávila, en una visita de extirpación de idolatrías a Huaylas. También formó parte de una visita eclesial general en 1626 (Vargas Ugarte, 1953-1959, II, pp. 313, 333). Posteriormente fue rector de la universidad (Vargas Ugarte, 1963, II, 228; ASCL, «Úrsula», 3v; AFL, «Vida», 587v).

¹⁴ Esta referencia aparece en su biografía (AFL, «Vida», 589r). Otras fuentes dicen que en 1647, el día de la Santísima Trinidad cayó el 8 de junio y fue celebrado el 10 de junio (Suardo, 1935, p. 134).

ansiosas por disminuir su estadía en el purgatorio y aliviar el castigo a sus pecados. Fue entonces que ella asumió su papel como intercesora, ayudando a sacar almas de este lugar, un dominio punitivo y redentor situado en algún lugar entre el cielo y el infierno. Como corredentora que trabajaba con Cristo, María y diversos santos, Úrsula rezaba, dedicaba su comunión o pedía misas a nombre de las asediadas ánimas del purgatorio. Por lo general se pensaba que sus esfuerzos aliviaban el sufrimiento de algunas de ellas, y en unos cuantos casos sostuvo haberlas visto ascender al cielo. Úrsula narró muchas de sus experiencias sobrenaturales a sus compañeras de celda, quienes sostenían que «aunque no era nada ignorante», las visiones de este tipo la abrumaban¹⁵. Su biógrafo dice que ella no era conciente de la necesidad de guardar el secreto y de tener prudencia y discreción en estos asuntos, y «con mucha sinceridad, y llaneza los contaba, diciendo, “No sabes, con qué me vino aquel embustero? Con esto, y esto”»¹⁶. Una monja preocupada le urgió que encontrara los oídos más benévolos de alguien que prestara atención seriamente a sus revelaciones.

Afortunadamente Úrsula encontró varios confesores que respaldaron sus esfuerzos¹⁷. No solo sus asesores espirituales tenían fe en sus dones, sino que muchas clarisas también le tenían en alta estima y tomaban sus visiones en serio. En algún momento de 1647, antes de hacer sus votos formales, su confesor (probablemente Miguel Salazar) le ordenó que anotara sus visiones, muchas de las cuales repetían los patrones de la espiritualidad ortodoxa encontrados en los diarios espirituales y las hagiografías de los místicos medievales y contemporáneos¹⁸. Las irregulares entradas de su diario abarcan el periodo que media entre 1650 y 1661. Algunas de ellas no siguen una secuencia cronológica lógica,

¹⁵ ASCL, «Úrsula», 4r.

¹⁶ AFL, «Vida», 587v.

¹⁷ ASCL, «Úrsula», 4r; AFL, «Vida», 587v.

¹⁸ ASCL, «Úrsula», 6v.

lo que indica que tal vez fueron cosidas y numeradas incorrectamente por otra persona. Más de la mitad de los folios fueron dictados a una o más monjas designadas como escribas (Úrsula las llama «secretarias»), sucesión esta indicada por claras diferencias en la caligrafía, la forma en que las entradas fueron fechadas y por el estilo narrativo¹⁹.

Úrsula tuvo una vida excepcionalmente larga para una esclava y sirvienta de ese entonces²⁰. Luego de yacer enferma por más de tres semanas, falleció con los ojos abiertos el 23 de febrero de 1666, como si se encontrara en un estado de éxtasis²¹. Los testigos sostuvieron que tuvo una buena muerte, luego de haber dispuesto de sus posesiones terrenales, haber hecho muchos actos de contrición, confesado sus pecados y recibido la extremaunción. Las monjas lamentaron profundamente su deceso y varias altas autoridades eclesiásticas y seculares asistieron a su funeral, entre ellas la virreina, doña Ana de Silva y Manrique, esposa de Diego Benavides de la Cueva, conde de Santisteban (virrey del Perú, 1661-1666). Como fue devota de Nuestra Señora del Carmen (que se especializa en ayudar a las ánimas del purgatorio) durante toda su vida, Úrsula fue enterrada debajo del piso de la capilla de esta Virgen en el Convento de Santa Clara.

Úrsula jamás tuvo el reconocimiento que Isabel Flores de Oliva —Santa Rosa de Lima (1586-1617)— alcanzó en el siglo XVII. Aun así sirvió como modelo a emular para las mujeres de color de la ciudad, en formas pequeñas pero significativas. Por ejemplo, cinco meses después de su muerte, la parda Francisca de la Cruz, que había servido

¹⁹ Por ejemplo, el folio 19r se refiere al 28 de diciembre de 1659 y el 19v está fechado en 1650. La transición de 33v a 34r no es continua. Úrsula menciona una amanuense en su diario (ASCL, «Úrsula», 34v). Es discutible si ella realmente escribió parte de su diario de su puño y letra o no.

²⁰ Las monjas europeas tendían a vivir más que sus contrapartes seglares, lo cual argumenta a favor de que la vida conventual era más propicia para la longevidad (véase Brown, 1999).

²¹ ASCL, «Úrsula», 5v.

en el convento durante veinte años, solicitó a la abadesa ser una donada «con el ejemplo de la Madre, Ursula de Christo» (adviértase, dicho sea de paso, que esta novicia llamaba «Madre» a Úrsula, un título por lo general reservado para las monjas)²². También fue un modelo de piedad religiosa para las monjas de Santa Clara, que formaban parte de la orden franciscana, y para la población seglar de Lima. Después de su deceso, las monjas encargaron a un artista local que pintara su retrato, el cual quedó en el convento. En 1686 su diario fue vuelto a copiar y editado, y varias crónicas del siglo XVII, como *La estrella de Lima* de Francisco Echave y Assu (1668), la mencionaron al paso, confirmando así su importancia²³. Incluso hoy en día las monjas del Convento de Santa Clara narran sus milagros y actos de humildad. Y hasta hace poco se permitía a los habitantes de Barrios Altos, donde se encuentra el convento, entrar al vestíbulo para arrodillarse delante de la imagen y orar.

Los dos cuadros encontrados en el convento y varios retratos escritos en el siglo XVII son lo que nos queda de Úrsula. ¿Pero acaso las imágenes pintadas y las narrativas biográficas altamente estilizadas nos dan una idea clara de sus muchos rostros, o de su vida multifacética? En el diario espiritual de Úrsula aparece una voz más profunda y fuerte. En las representaciones fragmentarias y a veces abreviadas de esta fornida y sensible sirvienta religiosa «oímos» y «vemos» el sufrimiento, la alegría, el agotamiento y la humildad. Percibimos las indirectas de la vida

²² AAL, Causas de Negros, «Autos de ingreso ... Francisca de la Cruz», 1666, SC, XII: 96. Úrsula fue conocida como Úrsula de Jesús, Úrsula de Christo y Úrsula de Jesucristo.

²³ Echave y Assu, 1688, 230. La crónica franciscana publicada por Diego Córdova y Salinas en 1651 no menciona a Úrsula porque aún estaba viva. Sin embargo, sí escribió extensamente acerca de otras ocupantes de Santa Clara dignas de nota (Córdova y Salinas, 1957, 899-906). Otra crónica franciscana terminada en 1773, escrita por Fernando Rodríguez Tena (aún manuscrita), copiaba a Córdova y Salinas. La obra de Rodríguez Tena no menciona a Úrsula de Jesús. Véase «Origen», BNP, C1313, 157r-178v. Úrsula es mencionada brevemente en otras crónicas; véase, por ejemplo, Montalvo, 1683, 69.

conventual, las relaciones tirantes entre monjas, sirvientas y esclavas, así como la camaradería, el agotador trabajo diario y el exigente régimen espiritual. Atisbamos cómo se daba significado a las construcciones raciales «*en términos* de situaciones, el proceso *político* de dar, modificar, cuestionar, matizar y aceptar una u otra etiqueta» (Boyer, 1997, p. 4; van Deusen, 2001, pp. 2-7, 192). Por encima de todo alcanzamos una apreciación más profunda de las diferentes manifestaciones de la espiritualidad católica barroca.

La primera parte es una introducción que busca situar a Úrsula dentro del contexto de la temprana Edad Moderna. Esto incluye una exploración de su entorno: el contexto de Lima, la bulliciosa metrópoli; los años de infancia de Úrsula como esclava en una gran familia; su breve estadía en casa de Luisa Melgarejo, una beata que se encontraba en el centro de la floreciente cultura espiritual de Lima; y las restantes décadas de su vida como esclava y, después de 1645, como mujer liberta inmersa en los mundos espiritual, material y social del Convento de Santa Clara. Como tantas de las visiones de Úrsula giran en torno a sus intercesiones en el purgatorio, la primera parte pasa entonces a considerar el papel por excelencia que este lugar tuvo en el catolicismo medieval y de la temprana Edad Moderna. Se argumenta que los esfuerzos redentores para «salvar» las ánimas de los difuntos, efectuados por una serie de apóstoles femeninos europeos durante la Edad Media, eventualmente pasaron a ser una práctica común entre las intercesoras femeninas de los siglos XVI y XVII, tanto en la Europa católica como en los centros urbanos de la Latinoamérica colonial. Las místicas de Lima no fueron la excepción y el fértil clima espiritual brindó amplias oportunidades para que hombres y mujeres de color expresaran su piedad. De un lado las percepciones de Úrsula (y su autoridad) estaban firmemente enraizadas en esta tradición europea mayoritariamente femenina, que se remontaba al periodo medieval. De otro lado y a diferencia de muchas místicas del siglo XVII autorizadas

por las comunidades religiosas y las autoridades eclesiásticas, Úrsula era una mujer negra que había experimentado las profundas heridas de la servidumbre humana y la desigualdad. La primera parte considera entonces *cómo* es que el diario espiritual de Úrsula seguía y sin embargo se alejaba de los géneros hagiográficos estándares, evidentes en los textos visionarios de Europa y América Latina. Para comprender cómo y por qué fue que Úrsula se ganó el respeto y la autoridad en su propia y singular forma, es importante tener una idea tanto de los «mundos» en que ella vivió como del camino que siguió para convertirse en una mística venerada.

UN PASEO POR LIMA

En 1612, a la tierna edad de ocho años, Úrsula vivió los dramáticos cambios en su Lima nativa²⁴. La ciudad se llamaba la «Ciudad de los Reyes», pero una descripción mucho más apta habría sido la de «Ciudad de Reyes y Papas», pues esta floreciente metrópoli virreinal integraba lo secular y lo sagrado en un único y espectacular cuerpo. De hecho, los visitantes comparaban a Lima con algunas de las mejores ciudades europeas. Por todos lados, en los edificios, las ropas y las actividades de los limeños, Úrsula veía manifestaciones del catolicismo y el poder de la autoridad colonial hispana. Lima era una de las dos capitales virreinales, así como la sede de la arquidiócesis, responsable de supervisar los diez obispados en que el virreinato estaba dividido. Como centro de expresión religiosa, Lima albergaba

²⁴ Este «paseo por Lima» es una versión imaginaria de lo que Úrsula podría haber visto en ese entonces. Elegí la fecha de diciembre de 1612 porque para ese entonces tenía más edad y vivía con Luisa de Melgarejo Sotomayor en la parroquia de Santa Ana. Varias fuentes fueron sumamente útiles para esta reconstrucción. Véanse Bowser, 1974; Cobo, 1882; Bromley & Barbagelata, 1945; Durán, 1992; Suardo, 1935; Bernales Ballesteros, 1972. Para la descripción del colegio jesuita de San Pablo véase Martín, 1968.

a un gran número de órdenes regulares, entre ellas los dominicos, franciscanos, agustinos y jesuitas. Con todo, aunque más del diez por ciento de la población limeña vestía hábitos religiosos y sotanas, las expresiones piadosas no quedaban limitadas a monjas y sacerdotes. La liturgia católica, expresada en el culto y el ritual públicos, regulaba el ritmo de la ciudad. Ella dividía el tiempo en funciones religiosas, sermones, procesiones y misas. Las manifestaciones de devoción a las distintas advocaciones de Cristo o de la Virgen eran evidentes en el arte, la arquitectura y en las ornadas celebraciones efectuadas por toda la ciudad. La religión atravesaba toda la vida diaria de los humildes inmigrantes y los vecinos establecidos. Hasta autoridades seculares como los miembros de los gremios, la universidad y el cabildo de la ciudad hacían votos de defender el misterio de la Inmaculada Concepción (Martín, 1989, p. 5).

Para comienzos del siglo XVII, Lima se había convertido en un centro clave de actividades eclesiásticas, comerciales y del gobierno secular. Ella se jactaba de contar con cinco conventos de mujeres, seis monasterios, seis hospitales, un tribunal de la Inquisición, una real ceca y una universidad. Unas veinticinco mil personas habitaban las cuatro parroquias situadas a orillas del río Rímac (véase el plano 1). Lima no solamente atraía españoles, divididos entre los peninsulares nacidos en España y los criollos nacidos en América, sino también a nativos andinos de diversas etnicidades que emigraban de la costa y la sierra. Entre los esclavos se distinguía a los bozales de los criollos²⁵. Aunque españoles y africanos conformaban la mayor parte de la población, las castas —gente de ascendencia mixta, que comprendía a mestizos, mulatos, o zambos (africanos e indios)— mostraban señales de estar creciendo. Parte de las castas eran esclavos; muchos trabajaban

²⁵ Los africanos arribados de Guinea o de las naciones xolofé o mandinga usualmente no habían sido bautizados, en tanto que los del Congo y Angola ya habían tenido «alguna manera de enseñanza» (Arquidiócesis de Lima, 1828).

como tenderos o artesanos, pero unos cuantos alcanzaron puestos más lucrativos²⁶. Aunque los españoles ocupaban los cargos más altos del gobierno, los mulatos y mestizos talentosos y con amigos influyentes también podían aspirar a alcanzar cargos de menor jerarquía en la burocracia virreinal.

En 1612, al iniciar Úrsula su paseo por Lima, habría observado que los linderos de la ciudad ahora se extendían más allá del límite de las cuatro parroquias. En efecto, los artesanos acababan de terminar de construir un puente que cruzaba el río Rímac y llevaba al barrio recién creado de San Lázaro (véase la W en el mapa). Los indios levantaban sus modestas viviendas en este lugar, donde los esclavos recién llegados del África occidental eran asimismo alojados en toscos galpones. Las autoridades habían elegido este sitio como un lugar de cuarentena para los muchos esclavos enfermos que habían soportado las espantosas condiciones a bordo de los atiborrados navíos que cruzaban el Atlántico. Se creía que al engordar y dar tratamiento médico a los esclavos en este lugar al otro lado del río, en preparación para su venta, las enfermedades no se propagarían a las áreas centrales más densamente pobladas. La segregación de los esclavos asimismo buscaba poner coto al creciente número de cimarrones. Otra señal de expansión era visible en la margen oriental de Lima. Hacia 1590, las autoridades virreinales comenzaron la construcción de un distrito amurallado llamado El Cercado (X). Esta reducción de nativos andinos buscaba impedir que se integraran en la más hispanizada ciudad de Lima. Y sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados por las autoridades para segregar a los indígenas andinos en este barrio, muchos indios siguieron teniendo tiendas y casas en la misma Lima.

²⁶ Los esclavos no necesariamente eran negros, pudiendo además ser castas, lo que incluía las categorías de mulato, moreno, zambo, pardo o cuarterón.



Map Key

- A Colegio de San Pablo
- B Hospital de Santa Ana
- C Calle de las Descalzas
- D Convent of Santa Clara
- E San Cristóbal Mountain
- F Bank of the Rímac River
- G Franciscan Convent
- H Bridge
- I El Baratillo
- J Calle de la Pescadería
- K Cathedral
- L Calle de Judíos
- M Cabildo (City Council)
- N Jail
- O Viceregal Palace
- P Calle de Mercaderes
- Q Calle de Mantas
- R Calle de Plateros
- S Calle de Jesús Nazareno
- T Dominican Convent
- U Calle de la Amargura
- V Casa de la Recoleta
- Dominicana
- W Parish of San Lázaro
- X District of El Cercado

Para 1612, Úrsula había comenzado a servir en la casa de Luisa Melgarejo de Sotomayor, en la parroquia densamente poblada de Santa Ana. Su casa estaba a tiro de piedra del Colegio de San Pablo (A), una de las Mecas culturales de la ciudad. Regentado por los jesuitas, este colegio religioso (que también incluía una iglesia y una residencia para los profesores de la orden) era célebre por varias razones. Para empezar, el nivel educativo del colegio rivalizaba con el de los de Europa y los alumnos admitidos a estudiar en él no solo eran de ascendencia española sino también mestiza y mulata. Los profesores jesuitas de San Pablo eran renombrados académicos y docentes que también ofrecían sus servicios al público en general. Por ejemplo, los limeños seculares buscaban su guía moral y consejo en cuestiones cristianas. Los profesores jesuitas también ofrecían sus servicios pedagógicos a otras personas más. Al pasar por allí, Úrsula observó una cola de esclavos de Guinea-Bissau que esperaban entrar a San Pablo para recibir su instrucción religiosa semanal. El colegio asimismo tenía una amplia y espaciosa biblioteca, que albergaba más de cuatro mil volúmenes de teología y obras seculares. En la entrada principal del colegio vio una recua de mulas. Los animales, cargados con centenares de libros comprados por la Compañía, tenían como destino otras partes más lejanas del virreinato. Los jesuitas no solo promovieron la educación y el aprendizaje espiritual entre los distintos sectores de la población limeña, sino que también intentaron difundir dicho saber por todo el Perú.

Algunos de los jesuitas se especializaban en medicina y el colegio contaba con una elaborada botica, completa con compuestos médicos recomendados en los últimos manuales franceses. El colegio incluso tenía una pequeña enfermería para los esclavos llegados de las haciendas jesuitas en las afueras de la ciudad. Además de la enfermería y la botica, San Pablo tenía una voluminosa biblioteca, pero también auspiciaba algunas de las mejores fiestas religiosas de la ciudad. Justo en este año Úrsula, al igual que miles de otros limeños, había espectado

la fabulosa celebración anual del Corpus Christi (una fiesta católica que conmemora el Cuerpo de Cristo) que comenzaba y terminaba en San Pablo. Los curas incluso ordenaron que se dispararan fuegos artificiales en el techo del edificio. Las cofradías organizadas por el colegio también eran célebres, al igual que el entretenimiento que ellas ofrecían. Unos hábiles músicos africanos formados por los jesuitas tocaban tambores, flautas, guitarras, laúdes, clarinetes y hasta chirimías, instrumento este que el historiador Luis Martín describe como «la versión española de la gaita escocesa» (Martín, 1968, p. 137). El público podía gozar con un coro de indios cantando en quechua, español y latín en la capilla del colegio. Sus comedias o autos sacramentales (obras dramáticas de contenido religioso), interpretadas por sus alumnos, también atraían a los miembros de la aristocracia limeña, ansiosos por divertirse. Mientras Úrsula estaba de pie afuera del edificio recordó haber oído que en 1607 los alumnos habían escenificado *La vida del Patriarca José* en honor al arribo del virrey, don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros (Martín, 1968, p. 46; Lohmann Villena, 1945, p. 116).

Esta institución religiosa tuvo una gran prominencia en la vida de muchos limeños, pero San Pablo tenía otro significado más para la joven esclava Úrsula. Cada vez que iba en busca de su ama Luisa de Melgarejo, que asistía allí a misa en forma regular, notaba el interior ornado de la nave, las maravillosas pinturas y retablos, y las pilastras y domos con ornamentación semejante a la hiedra. Cerca de la entrada a la sacristía podía ver una enorme pintura de la Virgen de la Candelaria sosteniendo al Niño Jesús en sus brazos. Úrsula se enorgullecía de saber que el altar de la iglesia jesuita guardaba una astilla de la cruz de Cristo, a la que se consideraba una reliquia particularmente preciosa. Dentro del templo ella asimismo había visto a la Melgarejo y a varias otras beatas, entre ellas a Santa Rosa (canonizada en 1671), reunidas en oración con la cabeza inclinada.

Al alejarse del colegio, Úrsula pasaba por el Hospital de Santa Ana (B), una enfermería que atendía las necesidades de los nativos andinos.

Este incluía una capilla con una advocación de Santa Ana, donde los curas administraban los sacramentos tanto a los enfermos como a otros andinos llegados para bautizarse, casarse o confesarse. En la vecina calle de Las Descalzas (C) (así llamada por el Monasterio de las Descalzas de San José) vio esclavos que recogían baldes de agua en la caja de agua de La Caridad, de la cual salía el agua potable que corría por tres canales de riego principales a toda la ciudad. Al voltear y caminar hacia el río pasó por otro convento más, el de Santa Clara (D), una enorme propiedad que cubría cuatro manzanas de la ciudad. Úrsula había escuchado hablar del convento a doña Luisa Melgarejo, pero la niña apenas si se imaginaba que pasaría la mayor parte de su vida adulta encerrada dentro de esos muros.

En este punto Úrsula decidió voltear hacia el sudeste y caminar hacia el gran río Rímac. Desde este lugar se podía ver al gran cerro de San Cristóbal (E). Ella se detuvo con temor reverente y miró la gran cruz, firmemente plantada en la cumbre del gran cerro. Cerca al río Úrsula vio otro lado, el indecoroso, de la gran «Ciudad de los Reyes». Ella notó las pequeñas chozas de los indios y esclavos libertos que poblaban las orillas del río (F), un área considerada peligrosa por los aluviones que tenían lugar con regularidad durante la temporada de lluvias. Caminó entonces a lo largo del río, con el muro del convento franciscano a su izquierda (G). Úrsula estaba ansiosa por recorrer el puente recién construido (H) que llevaba a la parroquia de San Lázaro. Allí vio a la derecha un espacio que posteriormente sería denominado El Baratillo (I). Dicho lugar la perturbó, pues era en este lugar desdichado que los esclavos viejos, abandonados por sus amos, gateaban por los basurales en busca de mendrugos. A un lado Úrsula vio un hombre decrepito con dos horribles marcas en su rostro y brazo. Sabía bien lo que significaban: había cambiado de amo más de una vez. También vio a un fraile agustino llamado Bartolomé Badillo, al que afectuosamente se le decía Pico de Oro, predicando a otros esclavos que se arrastraban por el suelo.

Úrsula se dio vuelta entonces y pasó por la fachada del templo franciscano (G), donde dos años antes había visto la impresionante procesión fúnebre de Francisco Solano (1549-1610), un misionero franciscano al que los limeños consideraban santo (se le beatificaría en 1675 y en 1726 fue canonizado). Recordó entonces la larga cola de espectadores que habían pasado junto a su ataúd abierto, algunos de ellos arrancando retazos de su hábito religioso, pues se creía que tenían poderes curativos.

En ese momento Úrsula oyó sonar una campana y se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo antes de que advirtieran su ausencia. Decidió entonces bajar por la Calle de la Pescadería (J), donde podía comprar pescado fresco. Un negro liberto que tenía una tienda en la esquina y que vendía cera, salió a saludarle al pasar ella por allí. Al voltear y caminar hacia la plaza se hallaba ya en la parroquia de la Catedral. Esta era el verdadero centro de la ciudad, que comprendía la plaza de armas y la magnífica Catedral (K), por ese entonces en vías de ser reconstruida porque un sismo había dañado la elaborada estructura un año antes. Aun así el presbiterio (la parte donde se alza el altar mayor) era impresionante. Junto a la entrada principal un alto dignatario eclesiástico acababa de publicar la tablilla, una lista de las personas excomulgadas por diversos crímenes. En la mampara de la puerta de la Catedral, Úrsula notó una pintura que mostraba judíos rezando, lo que inspiró el nombre de la calle: Judíos (L). Al mirar alrededor de la plaza de armas vio el cabildo (M), la cárcel de la ciudad (con su capilla donde decir misa a los presos; N), el palacio virreinal (O) y las casas de los notarios. Pero allí, en el núcleo de la plaza, observó una enorme gama de actividades. Una mulata vendía comida cocinada a los transeúntes, al mismo tiempo que un sacerdote azotaba a su esclavo cojo por robar pan y que un mendigo pedía limosna para el santo patrono del hospital de los leprosos. En otro lado una beata vestida con un opaco hábito marrón, con cadenas envueltas alrededor de sus brazos, predicaba a un público absorto. Úrsula se dio cuenta de que este era el corazón palpitante de la ciudad.

Al dirigirse hacia el noroeste y alejarse de la plaza vio una aglomeración de calles que correspondían a los distintos oficios de artesanos que daban a esta ciudad su reputación de vitalidad económica. Úrsula pasó junto a tiendas de sombrereros y guanteros, y de artesanos célebres como Francisco de Madrid, un fabricante de espadas y cinturones, Alonso de Villa, botonero, y Diego González Guerrero, un fabricante de gorras. La calle de Mercaderes (P) estaba ocupada por los comerciantes. En la de Mantas (Q), los indios tenían sastrerías y talleres. Debido a las ordenanzas dictadas por el virrey Francisco de Toledo (virrey 1569-1581), los orfebres que trabajaban oro y plata se habían congregado en su propia calle, denominada Plateros (R). Los obrajes estaban repletos de mujeres y niños indios que tejían las mantas que se ponía a las caballerías, y «ropa de la tierra» vendida en estas tiendas (Durán, 1992, p. 10). Cerca de allí, Úrsula vio a unos cuantos negros libertos que trabajaban como zapateros remendones y sastres parados afuera de sus tiendas, gozando del aire templado. Curiosa por ver donde vivían algunos de los ricos, Úrsula se dirigió hacia el sudeste, a la calle de Jesús Nazareno (S), donde alguna vez vivió Francisco de Ampuero, uno de los célebres conquistadores. En esta zona las familias principales de Lima habían construido casas que semejaban el estilo arquitectónico de Sevilla. Muchas tenían uno o dos pisos, con zaguanes revestidos con azulejos pintados y balcones de madera con rejas de hierro de acento árabe. Los patios interiores conducían a elaborados jardines y fragantes naranjos. Intercalados entre ellos estaban los corrales o callejones de cuartos, esto es, residencias más modestas. La entrada principal del corral llevaba hacia un patio interno, rodeado de apartamentos de dos o tres pisos que miraban hacia adentro. Algunos de ellos eran poseídos y administrados por mujeres que alquilaban habitaciones.

Úrsula retrocedió entonces y volvió a dirigirse hacia el noroeste. A su derecha podía ver el convento dominico (T). Se detuvo en la Calle de la Amargura (U) y miró a su izquierda, a lo lejos. Había oído decir que el Jueves Santo los dominicos efectuaban una procesión en

la cual llevaban una imagen del Cristo Nazareno lo largo de las nueve cuadras de esta calle, hasta la Casa de la Recoleta dominica (V). Allí levantaban una réplica del Calvario, completo con una dramatización de la crucifixión. Diferentes penitentes vestidos de morado, el color del luto, llevaban pesadas cruces sobre el hombro, en tanto que decenas de cofrades y hermanos pasaban solemnemente por allí con sus respectivos santos patronos. Los balcones a lo largo de la calle estaban revestidos con tapices, telas y otros adornos delicadamente diseñados y de ricos colores, y multitudes de espectadores se esforzaban por atisbar la acción.

Para este entonces la hora ya se había pasado y Úrsula corrió a casa. Se sentía contenta porque había completado sus recados y había visto varias cosas estimulantes. Estaba agradecida de vivir en una época tan emocionante y de tener la fortuna de trabajar en la piadosa casa de Melgarejo. Al reflexionar sobre su corta edad, Úrsula recordó la propia fortuna de su madre, quien había sido comprada hacia comienzos del siglo para que trabajara como sirvienta doméstica en el aristocrático hogar de Gerónima de los Ríos.

LA INFANCIA DE ÚRSULA

La crianza de Úrsula parece haber sido bastante típica de una esclava nacida y criada en un acaudalado hogar hispano de la Lima virreinal. Su dueña, Gerónima de los Ríos, venía de Sevilla. Juan Manuel de Anaya, el marido de Gerónima, fue tesorero de la real audiencia desde 1605 hasta su muerte, ocurrida en 1616²⁷. Tanto las conexiones familiares como el puesto de Anaya pusieron a la pareja en contacto con una serie de peninsulares sumamente bien colocados en la sociedad andaluza y limeña. Al igual que otras mujeres hispanas de la élite, Gerónima participaba activamente en negocios comerciales (usualmente dando

²⁷ AGNP, Protocolos, Francisco Ramiro Bote, 230 (1602-1604), 1314v-15r. Deseo agradecer a Ilana Aragón Noriega por haber ubicado esta y otras fuentes notariales correspondientes a la vida de Gerónima de los Ríos.

poder a un varón para que la representara), en especial la compra y venta de esclavos, algunos de los cuales eran empleados en tierras en el valle de Chicama, en el norte peruano²⁸.

Doña Gerónima no tenía hijos, pero la gran unidad doméstica constaba de otros parientes, entre ellas su sobrina Inés y varios dependientes, esclavos, sirvientes y sirvientas, y criados²⁹. Considerados una familia aristocrática, Gerónima y su esposo predicablemente empleaban una serie de muchachas españolas, mestizas y negras que trabajaban como cocineras, lavanderas, criadas y jardineras³⁰. Gerónima asimismo tenía un ingreso adicional vendiendo los bordados hechos por sus dependientes mujeres, libres y esclavas³¹. Aunque la biografía anónima de Úrsula sostiene que doña Gerónima falleció en 1612, es más probable que ello haya sucedido a finales de 1616 o comienzos de 1617, y que haya continuado con sus negocios hasta seis meses antes de su deceso.

²⁸ Lockhart, 1968, pp. 159-160, examina esta práctica entre las mujeres acaudaladas.

²⁹ Desde la década de 1550, las esposas de los encomenderos tuvieron un gran séquito de dependientes, esclavos, sirvientes y criados (Lockhart, 1968, p. 157). León Portocarrero describe esclavos que llevaban a mujeres en sillas de manos a misa y a otros eventos sociales (Lewin, 1958, p. 39). Los españoles acaudalados frecuentemente hacían las veces de tutores y guardianes de niños traídos de España y la casa de los de los Ríos no fue ninguna excepción. El esposo de Gerónima crio al joven Francisco de Esquivel, quien recibía el tributo de una encomienda en la provincia de Yauyos (AGNP, Protocolos, Francisco Ramiro Bote, 230 [1602-4], 1391r-1411v). Honrando una promesa de criar una huérfana de Sevilla, Ana María de Anaya (tomó el nombre de su padre adoptivo), de siete años, ayudó a Gerónima durante doce años con la costura y otras tareas, pagándosele por ello unos pequeños honorarios, y se le dio una dote para que contrajera matrimonio a los dieciocho años (AGNP, Protocolos, Lope de Valencia, 1927 [1615], 634r-v). María de Aguilar, la madre de Gerónima, falleció en 1611.

³⁰ Testimonio de Joan Lorenço, AGNP, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 42, 1617. Resulta difícil precisar cuántos esclavos vivían en la casa de la familia de los Ríos en un momento dado, pero compraron o vendieron por lo menos cinco en un lapso de siete años (1603-1607).

³¹ Testimonio de Lorenço de Medina, AGNP, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 42, 1617. Para los trabajadores domésticos africanos en Lima véase Bowser, 1974, p. 101.

Como los hogares acaudalados demandaban un suministro constante de mano de obra doméstica y agrícola, Perú vivió un auge en la importación de esclavos que comenzó hacia 1580. Los comerciantes enriquecidos con la plata de las minas de Potosí pagaban un alto precio por comprar y llevar esclavos a Lima. De hecho, la capital virreinal pasó a ser un centro distribuidor de esclavos vendidos por todo Ecuador, Chile y las provincias internas de Perú (Bowser, 1974, p. 55). Debido al creciente éxodo forzado de esclavos del África occidental y su gradual introducción en el entorno urbano, la población africana y criolla alcanzó el 50% del total de la ciudad en 1593 y el 54% en 1636. Dentro de este grupo de población, la razón de género favoreció a las mujeres durante toda la primera mitad del siglo XVII (pp. 339, 341)³². La mayoría de las esclavas, como Úrsula y su madre, trabajaban como sirvientas domésticas. Después de laborar en casa de su amo, muchas eran arrendadas como jornaleras, con lo que ganaban un salario adicional para sus amos y para sí mismas trabajando como vendedoras de comida, niñeras, amas de leche o domésticas (pp. 103 y ss).

Úrsula pasó así sus años formativos con una gran familia en un hogar repleto de africanos, españoles e indios, los cuales muy probablemente compartían e intercambiaban distintos aspectos de sus tradiciones culturales. Sus primeros años repitieron las circunstancias a que hicieron frente muchas mujeres esclavizadas, que pasaron sus vidas trabajando para otros, y cuyas relaciones y destinos familiares quedaron inextricablemente ligados a los de sus amas. Pero el trabajo solamente constituía un aspecto de su crianza. Al igual que muchas jóvenes que vivían en una sociedad en la cual los postulados católicos a menudo dictaban las normas culturales, Úrsula desarrolló una particular devoción por la Virgen del Carmen y rezaba el rosario y ayunaba una

³² Estimados para 1593, negros y mulatos (n=6690); el resto de la población (n=6100); para 1636, negros y mulatos (n=14 481); el resto de la población (n=12 583). Bowser da 4529 negros y 5857 negras en el censo de 1614; 6135 hombres y 5862 mujeres en un recuento eclesiástico de 1619; y 6544 hombres y 7076 mujeres en otro recuento eclesiástico de 1636 (Bowser, 1974, pp. 340-341).

vez por semana³³. Aunque muchas tradiciones religiosas del África occidental viajaron con la diáspora, las prácticas de devoción católicas modificadas también florecieron entre los esclavos oriundos del África o América, quienes conservaban reliquias, oraban en silencio pidiendo a los santos que intervinieran a favor suyo y se reunían para conmemorar las fiestas (Tardieu, 1997, I, pp. 616-624). Al igual que otras negras criollas, Úrsula era una católica devota que también fue influida por el legado cultural de su madre. Pero ella era singular en otros sentidos.

Por alguna razón que desconocemos, Úrsula fue a vivir con la renombrada beata Luisa Melgarejo Sotomayor en 1612 y permaneció bajo su cuidado hasta 1617. Aunque no estaban emparentadas por vía sanguínea, la conexión entre Gerónima de los Ríos y la familia Sotomayor tal vez se desarrolló a través de los tratos comerciales de sus esposos y durante un breve lapso en que ambos sirvieron en la real audiencia, en 1616³⁴. Las evidencias indican una relación de confianza e intimidad, pues Juan de Soto, el esposo de Luisa, fue el albacea testamentario de Gerónima³⁵. Sea cual fuere la razón, Úrsula tuvo la fortuna de ingresar a otra próspera casa más de Lima³⁶. Mientras vivía en casa de la Melgarejo Sotomayor, cumplía las tareas domésticas

³³ La biografía de Úrsula no sigue los guiones hagiográficos que reportan manifestaciones infantiles de una peculiar devoción religiosa, tentaciones y la lucha contra la adversidad, o la resistencia contra el demonio mientras se hallaban en el camino del desarrollo espiritual. Sin embargo, decenas de ejemplos reportan los casos de jóvenes muchachas piadosas, procedentes de familias de la élite de España, México, Ecuador y Perú, que experimentaron conmociones semejantes (véase, sobre Rosa de Lima, Meléndez, 1681, II, pp. 328-333; y sobre Felicianita de Jesús (1600-1664), la terciaria dominica de Trujillo, Meléndez, III, p. 750). Para un ejemplo de México en el siglo XVIII véase Valdés, 1765.

³⁴ Juan de Soto trabajó como abogado de los indios y fue relator de la real audiencia y rector de la Universidad de San Marcos en 1615.

³⁵ AGNP, Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 42, Cuad. 158, 1617.

³⁶ El oidor Blas Altamirano se refirió en una ocasión a la familia Soto[mayor]-Melgarejo, diciendo que «doña Luisa es la imagen y el doctor [Juan de] Soto la alcancía» (Glave, 1998, p. 210).

usualmente asignadas a las jóvenes esclavas, pero también recibió una educación religiosa no convencional que eventualmente facilitó su cambio de status, de esclava sirviendo a su ama a liberta trabajando al servicio de Dios.

UN NICHOS DEL MISTICISMO FEMENINO

En su diario, Úrsula jamás mencionó su asociación con la terciaria franciscana (una integrante de una orden terciaria del clero regular) Luisa Melgarejo, pero esta célebre visionaria influyó en su tierno espíritu de varias formas. Ella fue considerada una de las figuras espirituales laicas más influyentes e importantes de la Lima del XVII³⁷. No está claro cuándo comenzó su profunda dedicación a los asuntos espirituales, pero su reputación de santidad ya había quedado establecida para 1610. El misionero franciscano Francisco Solano fue su confesor fugazmente. Tras el deceso de Solano en 1610 se inició un proceso de beatificación y las autoridades eclesiásticas le pidieron a Melgarejo que atestiguara que su cuerpo permanecía incorrupto (un signo crucial de santidad)³⁸. Pedirle a alguien que diera fe en semejante asunto era considerado un gran honor y este acontecimiento incrementó su credibilidad en la comunidad religiosa. Para 1612, los ejercicios místicos públicos y privados de Melgarejo también habían pasado a ser objeto de discusión. Un fraile reportó haberla visto en estado de arrobamiento más de doscientas veces³⁹. Entre 1612 y 1622, ella llenó por lo menos 59

³⁷ Córdova y Salinas insertó su biografía justo a tiempo para la impresión —en 1651— de la *Crónica franciscana de las provincias del Perú* (1957, p. 969). Entre los estudios recientes figuran Glave, 1998; e Iwasaki, 1993.

³⁸ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España [en adelante, AMAE], Santa Sede, Leg. 152, f. 231. Citado también en Iwasaki, 1995, p. 233. Con respecto a la santidad de San Francisco Solano véase también Gerónimo de Oré, 1998.

³⁹ Archivo Histórico Nacional de Madrid [en adelante, AHNM], Testimonio, Juan Muñoz, Inquisición, Lima, Leg. 1647, exp. 5, 5r, 1622.

pequeños cuadernos con nociones teológicas discutidas y suscritas por beatas, monjas y prominentes autoridades eclesiásticas de toda la capital virreinal. Sin embargo, estas proposiciones teológicas eventualmente captaron la atención de la Inquisición y en 1623 se le acusó de iluminismo, confiscándosele sus escritos. Luisa logró evitar la condena (varios jesuitas prominentes la protegieron) y pronto reestableció su reputación. Para cuando su deceso en 1649, el jesuita Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652) sostenía en su *Sílex de divino amor* (1650) que ella había alcanzado el más elevado nivel de perfección espiritual, en tanto que el franciscano Diego Córdova y Salinas le dedicó a su vida un capítulo de su brillante crónica de la Orden Franciscana en Perú (Ruiz de Montoya, 1991, p. 249; Mujica, 1995, pp. 61, 115; Córdova y Salinas, 1957, pp. 969-971)⁴⁰.

Al igual que muchos hombres y mujeres de la temprana Edad Moderna, Úrsula vivió en un hogar repleto de objetos y artefactos sagrados, que volvían tangibles muchos aspectos del catolicismo barroco. Su presencia iconográfica permitía al espectador vincular las imágenes con actos específicos tales como la contemplación, la oración y la meditación, o con la lectura de textos religiosos. Las imágenes asimismo ayudaban a internalizar mensajes religiosos particulares. Melgarejo seguía estrechamente el consejo de Ignacio de Loyola (1491-1556), el fundador de los jesuitas, de colocar las imágenes religiosas en zonas claves y concentrar la imaginación en prácticas contemplativas relacionadas con ellas, como los significados y las implicaciones del sufrimiento en la Pasión de Cristo (Loreto López, 1997, pp. 27, 33). Por ejemplo, la puerta de la sala principal de Melgarejo comprendía un retablo del descenso de Nuestro Señor de la cruz y su capilla privada incluía —entre otras imágenes— una gran pintura de la Santísima Trinidad.

⁴⁰ Melgarejo aparentemente le dijo a Ruiz de Montoya que él iría directamente al cielo, pero ella falleció antes que él. Parecería que Ruiz de Montoya tuvo una visión de ella después de que esta falleciese (Vargas Ugarte, 1953-1959, III, pp. 301-302).

Melgarejo además tenía en su casa un altar completo con los objetos religiosos —cálices, casullas y otros ornamentos sacramentales— proporcionados por sus confidentes jesuitas (Iwasaki, 1995, pp. 230, 242-243). Solo podemos imaginar cómo fue que estas imágenes y objetos influyeron en la joven esclava Úrsula, que pasaba bastante tiempo en un entorno tan estimulante. En una entrada de su diario posteriormente recordaría que «Cuando yo era chiquita siempre andaba mirando los ymajenes de nuestra señora —y desia quien fuera la criadita de la negra de la madre de Dios»⁴¹. Cuando Úrsula se reunía con los miembros de la familia Sotomayor, aprendía cómo concentrarse en, e interpretar a, imágenes específicas referidas a textos escritos y visuales. Estas técnicas de visualización le servirían posteriormente al registrar en su diario sus experiencias vitales del nacimiento, la Pasión y la resurrección de Cristo.

Además de la tutela informal que recibía, la joven e inquisitiva Úrsula estaba rodeada por libros que o bien aprendió a leer, o bien escuchó su lectura⁴². Algunos medievalistas sugieren que para la Baja Edad Media, la piedad interna estaba asociada cada vez más con la lectura y que las mujeres urbanas devotamente piadosas a menudo eran lectoras entusiastas. Para 1600, la proliferación de la palabra impresa en Europa significaba que las poblaciones laicas, que antes habían recibido la mayor parte de su educación espiritual de la iconografía, los sermones y el confesionario, ahora aprendían en forma visual u oral a través de los libros⁴³. Las lectoras podían conseguir conocimientos

⁴¹ ASCL, «Úrsula», 57v.

⁴² No estoy del todo convencida de que Úrsula aprendiera a leer, ya sea cuando niña o posteriormente como adulta en el convento. En su diario ella sí manifiesta un deseo de leer y su pintura la muestra rodeada de libros, lo cual significaba el saber leer y escribir. Ello no obstante, las entradas en el diario a menudo hacen referencia a alguien que leía pasajes para ella.

⁴³ España produjo cientos de obras religiosas; una biblioteca en Sevilla tenía 697 hagiografías: 300 de ellas fueron escritas entre 1600 y 1629 (Sánchez Lora, 1988, p. 375). Kathleen Myers señala que en México (que tenía una imprenta), «más del

en una serie de hagiografías recientemente traducidas que narraban las virtudes de las santas y místicas medievales y de la temprana Edad Moderna⁴⁴. En efecto, muchas de estas obras hagiográficas e instructivas estaban fácilmente a disposición de las mujeres en Lima, para que las compraran o tomaran prestadas⁴⁵. Luisa Melgarejo de Sotomayor poseía una serie de textos espirituales claves, entre ellos el *Flos sanctorum* y *El perfecto christiano*⁴⁶. Además, su cercanía al Colegio de San Pablo y su confianza con algunos de los intelectuales jesuitas más importantes de la época le dieron acceso a los cuatro mil volúmenes de la biblioteca de la Sociedad, a la que se consideraba la colección más extensa de Lima (Martín, 1968, p. 85)⁴⁷.

Doña Luisa y otras mujeres privilegiadas compartían su conocimiento literario con otras mujeres. Por ejemplo, la mulata terciaria Estephanía

setenta por ciento de los libros publicados en la Nueva España estaban dedicados a textos de devoción y hagiografías» (María de San José, 1999, p. 260).

⁴⁴ Algunas de ellas fueron las santas Lutgarda (1182-1246), Gertrudis (1256-c. 1302), Brígida de Suecia (1303-1373), Ángela de Foligno (1248-1309), Hildegarda de Bingen (1098-1179), Liduvina (1380-1433), Catalina de Siena (1347-1380) y Catalina de Génova (1447-1510), a lo que debemos agregar las obras de Santa Gertrudis, *Oraciones* (1604) y *Libro* (1605), además de su *Vida*, la biografía escrita por Andrade (1663). Sobre Catalina de Siena véase Raimundo de Capua, 1511. Luisa Melgarejo citó la traducción de la *Vida* de Ángela de Foligno, de 1618. Véase también Iwasaki, 1995, p. 221.

⁴⁵ Eguiguren (1940, I, pp. 695-722), incluye un inventario de una librería de 1597 que tenía «Doctrina de mugeres», «Varia historia de ilustres y sanctas mugeres», «Diálogos de mujeres», «Vida de la Magdalena», «Guía de peccadores» y «Milagros de Santa Catalina». Josefina Muriel (1994a) refiere los «clásicos» textos religiosos hispanos hallados en los hogares de las familias piadosas de México (pp. 20-21).

⁴⁶ AHNM, Inquisición, Lima, Leg. 1647, exp. 5, 12v, Testimonio de Ynés de Velasco, 1623.

⁴⁷ Para una descripción del Colegio de San Pablo véase Cobo, 1956-1964, II, pp. 422-425. El privilegio de Melgarejo de tomar libros prestados no era único. En ese entonces, unos cuantos frailes generosos eran conocidos por compartir sus libros con sus talentosas protegidas. Con respecto al acceso de Estephanía de San Joseph a los 3108 volúmenes de la biblioteca de Francisco de Ávila véase AFL, Reg. 17, no. 43, 569v, *Estephania de San Joseph*; y Hampe, 1993b, p. 119.

de San José (m. 1645) tenía sesiones con las mujeres más ricas y «principales» de Lima. Su biógrafo Francisco de Ávila escribió:

en saliendo de misa yvase a la casa de la Señora que le parecía llevaba en la manga uno de aquellos libros, y muchas veces señalando lo que ella ya sabía sería a propósito para aquella Señora y su casa. Entrava diciendo *loado sea Jesús Cristo* ... Que era hacer que la leyesen en el libro que llevaba: y si era tiempo oportuno, de manera que no causase molestia, ni enfado. Sacava su librito, y decia con mucha pie a la Señora Santa mia leame aquí un poquito, y luego pasava a otra parte diciendo aquí otro poquito; con que dava en lo que era necesario para quien leía, o escuchava. Pero esto con mucha dissimulación, sin dar sospecha de que lo hacia con cuidado⁴⁸.

Úrsula asimiló conocimientos de obras escritas, pero su observación de la Melgarejo le enseñó cómo el cuerpo humano servía como un medio con que hacer que la presencia de Dios fuera visible. Al igual que sus contemporáneas, Melgarejo consideraba que los trances extáticos, las visiones, la mortificación y las profecías eran prácticas *públicas* ortodoxas, aceptables y accesibles. Los testigos daban descripciones extremadamente detalladas y casi científicas de la posición de la cabeza, la coloración o algún otro movimiento corporal. Los hombres y las mujeres de la época empleaban una terminología y aplicaban un marco interpretativo —que databa del siglo XIII— que «leía» estas señales externas de espiritualidad expresadas *a través* del cuerpo femenino (Bynum, 1989, p. 172; Simons, 1994, pp. 12 y ss). Un vocabulario interpretativo tan elaborado sostiene que los trances extáticos eran fenómenos inteligibles y aceptables, y tal vez hasta comunes. Luisa Melgarejo supuestamente explicó en una ocasión que entrar en un trance de estos «no es mas que dejarse una persona de sí y ponerse en Dios»⁴⁹. Varios testigos reportaron haberla visto entrar en un estado de conciencia alterado en una capilla jesuita y

⁴⁸ AFL, Reg. 17, no. 43, 570r, *Estephania de San Joseph*.

⁴⁹ AHNM, Inquisición, Lima, 1647, exp. 5, 10v, testimonio de Ynés de Velasco, 1623.

en su casa. Isabel de Soto, la cuñada de Luisa que pasó a formar parte del hogar de esta última al enviudar a los cincuenta años, vio sus frecuentes raptos místicos. Ella describió una visión ocurrida en 1614:

estando [Luisa] una noche en su patio sentada en una silla vido a nro. sr. sentado en una silla con muchos santos alrededor = tambien me dijo ella a mi que estando tomando una diciplina vido una legión de demonios que le pusieron miedo y que sintio luego a n[uest]ro señor tan cerquita della que sintio su cavellera tan cerca que le tocava en su rostro, y que le dijo hija no temas que aquí estoy yo contigo⁵⁰.

Sacerdotes, transeúntes y otras visionarias reportaron que Luisa Melgarejo caía regularmente en trances extáticos en el Colegio de San Pablo, la capilla jesuita de su barrio que ella frecuentaba. Aunque no contamos con ninguna evidencia directa de ello, Úrsula probablemente fue testigo de este episodio o de otros similares. Una hasta se pregunta si ella fue la esclava que se dirigía cada día al colegio para decirle a la extática doña Luisa que la merienda estaba lista, o para preguntarle cómo deseaba que se le prepararan los huevos⁵¹.

Los cinco años cruciales pasados en casa de Luisa de Melgarejo pusieron a Úrsula en contacto directo con una serie de «santos vivos», esto es personas reconocidas por la comunidad como dignas de ser canonizadas. La más célebre de ellas por mucho era Santa Rosa. En 1612, el mismo año en que Úrsula ingresó a la casa de Melgarejo, la Luisa de treinta y cuatro años conoció a Rosa en casa de una amiga mutua⁵². Ambas se hicieron amigas y confidentes espirituales rápidamente. Las dos frecuentaban la capilla del Colegio de San Pablo, donde recibían la comunión y compartían los mismos confesores.

⁵⁰ AHNM, Inquisición, Lima, 1647, exp. 5, 20v, testimonio de Isabel de Soto, 1623.

⁵¹ AHNM, Inquisición, Lima, 1647, exp. 5, 19r, testimonio del Dr. Pedro Rodríguez Toro, 1623; citado también en Iwasaki, 1995, p. 223.

⁵² Después de 1612, Rosa vivió en casa de María de Uzástegui; ella y Gonzalo de la Maza, el esposo de Uzástegui, mantuvieron una relación excepcionalmente cercana (Vargas Ugarte, 1951, pp. 39, 69).

Se dice que al crecer su intimidad, Melgarejo le mostró sus escritos a Rosa con una rodilla en tierra, en señal de reverencia y humildad. Luego, en 1617, mientras Rosa agonizaba, la Melgarejo se sentaba a su lado cantando y tocando la guitarra. Luego del fallecimiento de Rosa, doña Luisa entró en un trance místico y vio el ascenso triunfal de su amiga al cielo. Aunque su investigación y absolución por parte de la Inquisición (1623-1625) mancilló temporalmente la reputación de Luisa, para 1630 ella había recuperado su autoridad espiritual en Lima y fue convocada por las autoridades eclesiásticas para que atestiguara en la beatificación de Rosa⁵³.

La vida en la familia Melgarejo —ya fuera concentrándose en imágenes religiosas, leyendo textos hagiográficos o celebrando reuniones espirituales— conformaba un microcosmos de las actividades culturales y religiosas de la capital virreinal. La joven Úrsula vio un renacimiento espiritual, en el cual las prácticas místicas ya condenadas por la Inquisición en España iban alcanzando su cenit en la Lima virreinal. Los jesuitas, uno de los grupos religiosos más influyentes de la ciudad, promovían abiertamente las prácticas místicas que involucraban diversas formas de contemplación divina y oración mental. Los escritos de Ignacio de Loyola inspiraron profundamente a los sacerdotes jesuitas y a sus protegidas, entre ellas Luisa de Melgarejo⁵⁴.

⁵³ Diego Martínez, un misionero jesuita de Tucumán conocido como un «siervo de Dios»; Juan de Villalobos (1575-1654), rector del noviciado en 1618; Antonio de Vega Loaiza, arribado en 1613; y Diego de Peñalosa se comunicaban todos con Rosa y o bien le sirvieron como directores espirituales, o bien respaldaron sus prácticas místicas (Vargas Ugarte, 1951, pp. 71-72; Torres Saldamando, 1882, p. 373; Iwasaki, 1993, p. 591, n. 28; Mujica, 1995, p. 61; Meléndez, 1681, II, p. 311).

⁵⁴ Juan Muñoz fue un ignaciano estricto que desaprobaba las tendencias místicas que se habían desarrollado entre los jesuitas de Lima. Diego Álvarez de la Paz (1549-1619) fue un distinguido teólogo, místico y profesor influyente (fue prefecto de «estudios mayores» en el Colegio de San Pablo [1609-1617]); también fue el primer confesor de Luisa de Melgarejo (Torres Saldamando, 1882, pp. 349-353; Iwasaki, 1995, p. 227). Doña Luisa asimismo trabajó estrechamente con el renombrado misionero jesuita Diego Martínez, quien la supervisó durante por lo menos ocho años y la animó a que escribiera (véase AHNM, Inquisición, Lima, 1647, exp. 5, 32r-v, testimonio

La capital virreinal, étnica y culturalmente diversa, actuaba como un vínculo entre los rituales de la liturgia católica y el culto privado que se efectuaba en los hogares, tanto los humildes como los grandiosos. Los devotos podían escuchar sermones, rezar una novena (una devoción que duraba nueve días) o buscar inspiración en cualquiera de los muchos y coloridos íconos religiosos esparcidos por toda la ciudad. Los españoles peninsulares y criollos (nacidos en América), los integrantes de la inmensa población mixta, las castas, así como africanos e indios expresaban todos su devoción católica de diversos modos. En las ornadas estructuras religiosas, así como en calles y plazas, los habitantes de Lima podían participar en procesiones o gozar de festivales religiosos repletos de música, danza y vivaces sermones. Una iglesia, monasterio o convento (muchos de ellos levantados en el siglo XVII) agraciaba casi cada manzana en tanto que la plaza de armas, situada en el centro de la ciudad, lucía el esplendor arquitectónico de la magnífica catedral. Como Lima era la sede de un arzobispado, los limeños eran los primeros en enterarse de las nuevas llegadas de Roma o Sevilla. Y al ser el hogar del Santo Oficio de la Inquisición, ellos también experimentaban la eficacia de la vigilancia eclesiástica.

Lima no solo era un gran emporio del catolicismo, sino que además, durante la primera mitad del siglo XVII, la capital virreinal vivió tanto un renacimiento espiritual como una «feminización de la piedad», caracterizada por el misticismo, las experiencias visionarias, la contemplación, el ascetismo penitente y el sufrimiento en imitación de Cristo⁵⁵. Las mujeres o bien hacían los votos formales de una

de Diego Martínez, 1623; Iwasaki, 1993, p. 594, n. 41). Las mujeres mexicanas también leían las obras de Loyola (Muriel, 1994b, p. 163).

⁵⁵ La medievalista André Vauchez ha examinado el «ciclo intermitente» de la piedad laica, surgido en la Italia de los siglos XII y XIII, y nuevamente a finales del siglo XIV, cuando se dio la feminización de la espiritualidad seglar (Vauchez, 1991, pp. 21, 24; y 1997, pp. 348-354; 369-386, 409; Weinstein & Bell, 1982, pp. 220-223; Bynum, 1987, pp. 16-30). Un brote similar de espiritualidad femenina laica también tuvo lugar en Lima a comienzos del siglo XVII.

orden terciaria del clero regular, o bien vivían informalmente como beatas. Feliciano de Jesús (1600-1664), por ejemplo, al igual que muchas mujeres de esta época, temía que la vida conventual fuera demasiado empalagosa. Ella emuló a Santa Rosa, se convirtió en terciaria y se mantuvo a sí misma, a su madre y hermana como florista, jardinera y costurera. Al frecuentar hospitales, colegios, conventos y hogares particulares, estas terciarias impartieron su propio sentido de benevolencia cristiana a la comunidad limeña (Meléndez, 1681, III, pp. 746-767; Vargas Ugarte, 1953-1959, III, pp. 438-440). Sin embargo, algunas mujeres fueron más allá. La mestiza Isabel de Cano, una contemporánea de Feliciano, manifestó su noción de la caridad cristiana femenina cosiendo colchones para los enfermos. También cruzó las tradicionales fronteras de género de la espiritualidad según la cual las mujeres cristianas no debían predicar, y trató asuntos espirituales en público. Estas mujeres le dieron un nuevo significado a las prácticas femeninas de la piedad —algunas de ellas tradicionalmente consideradas masculinas— dentro de entornos públicos y privados.

Las evidencias sugieren que el rico ambiente espiritual de Lima creó un medio receptivo para las mujeres de color, aunque dentro de ciertos parámetros. Al igual que Úrsula, algunas esclavas y sirvientas que observaban y participaban en las delicadas intimidades de la vida sagrada de sus amas, también recibieron una tutela informal de ellas⁵⁶. Mariana, la sirvienta india de Rosa de Lima, por ejemplo, llegó a comprender el deseo de negar la carne al ver la túnica de piel de cerdo que Rosa llevaba debajo del hábito dominico. Ella aprendió que la belleza y la vanidad eran consideradas algo pecaminoso al obedecer a su ama y ponerle cal en las manos, porque alguien le había dicho

⁵⁶ AHNM, Inquisición, Lima, 1030, 329v, testimonio de Polonia de Beza, 1622. Véase también Iwasaki, 1993, p. 606. Con respecto a Mariana de Jesús, la Azucena de Quito, véase la discusión de su sirvienta india Catalina, quien declaró en su audiencia de beatificación. Ella sostuvo estar al tanto de sus hábitos íntimos y le lavaba la sangre de la espalda luego de que Mariana le rogase que la azotara (Espinosa Polit, 1957, pp. 176, 216-217).

a Rosa que eran pálidas y hermosas. Mariana no solamente tuvo un conocimiento íntimo de los rituales de mortificación seguidos por Rosa, sino que también le presentó la sierva de Dios a Catalina Huanca, una famosa y piadosa cacica (Fernández, 1995, pp. 39, 46, 63; Mujica, «El ancla», 195; Vargas Ugarte, *Vida de Santa Rosa*, 57-58). La mulata Luisa Mexía, una sirvienta empleada por una de las hermanas espirituales de Rosa, declaró en el primer proceso de beatificación de la futura santa haber *observado* la caridad que Rosa tenía para con los demás (González de Acuña, 1671, p. 464). En dicho sentido, Luisa obtuvo un conocimiento no letrado de las expresiones femeninas de la caridad a través de la tutela ejemplar ofrecida por Rosa. La futura santa asimismo preparó a varias otras protegidas, a algunas de las cuales llamó sus «hijas espirituales». Las jóvenes buscaban el consejo espiritual de Rosa; unas beatas escogidas se quedaban en su pequeña celda o le ayudaban a vestir y engalanar una imagen de Catalina de Siena con flores el día de su fiesta⁵⁷. De hecho, unos diez años antes de su muerte, varias jóvenes y viudas comenzaron a reunirse con regularidad en casa de Rosa y luego, bajo su dirección, hicieron sus votos como terciarias dominicas (Vargas Ugarte, 1951, pp. 76-77). Solo podemos preguntarnos qué conocimientos estas fieles protegidas y sirvientas se habrán ofrecido la una a la otra al morir Rosa⁵⁸.

El ambiente espiritual favorable presente en la Lima de comienzos del XVII también creó un lugar en el cual las mujeres laicas y religiosas de color y talentosas, podían alcanzar la notoriedad independientemente

⁵⁷ Declaración de Catalina de Santa María, 1618 (Jiménez Salas, 2002, p. 349).

⁵⁸ Algunas de las «hermanas» e «hijas espirituales» de Rosa fueron Luisa de Santa María, hija de Juan Daza de Oliva y Juana de Valencia; Catalina, Lucía, Francisca y Felipa de Montoya, todas las cuales posteriormente fueron monjas en Santa Catalina salvo por Felipa, quien contrajo matrimonio; Bartola López y Ana de los Reyes, hijas de Andrés López, el sirviente de Gonzalo de la Maza; María de Jesús, hija de Simón de Sosa y María Flores; Leonor de Vitoria, una viuda; y María Antonia, la viuda de Juan Carrillo (Meléndez, 1681, II, pp. 374, 401; Vargas Ugarte, 1951, pp. 77-78). Véase también Fernández, 1995, p. 20.

de sus amas o patronas. Sin embargo, las formas de expresión espiritual tenían sus límites, en especial para las mujeres de color sobre las cuales la Inquisición ponía la mira con mayor frecuencia por su comportamiento indebido. Aunque Ana de Castañeda, una cuarterona panameña y terciaria franciscana, fue denunciada por vez primera en 1592 y luego nuevamente en 1612 por hechicería, ella mantuvo una amplia clientela en la Ciudad de los Reyes que confiaba en su habilidad profética con respecto a los dilemas conyugales, los artículos perdidos o los esclavos huidos⁵⁹. Algunos años más tarde, varias beatas de castas que frecuentaban el hogar de Luisa Melgarejo formaron sus propias redes espirituales para discutir asuntos teológicos y predecir el destino de las ánimas del purgatorio. Ellas infortunadamente fueron también juzgadas por herejía por la Inquisición y condenadas en 1625⁶⁰. Sin embargo, no todas las mujeres piadosas de color fueron denunciadas. Algunas terciarias escaparon a la mirada inquisitorial y fueron reconocidas por sus singulares dones y contribuciones espirituales. Una crónica del siglo XVII alaba las virtudes de Estephanía de San Joseph, quien encantó a la élite con su vibrante personalidad. Ella predicaba sermones todos los días en las plazas de Lima, cuidaba a enfermos y pobres en diversos hospitales y recogía limosnas para las monjas de Santa Clara⁶¹.

Encerrados en monasterios y conventos, los hombres y mujeres ejemplares de casta, que generalmente ocupaban puestos serviles como donados y donadas, también expresaban sus prácticas de devoción⁶².

⁵⁹ AHNM, Inquisición, Lima, 1028, 231r-v.

⁶⁰ Por ejemplo, las acompañantes constantes de la donada franciscana Catalina de Santa María, una india, fueron Isabel de Ormaza (Jesús), una «quarterona de india», y Ana María Pérez, una «quarterona de mulata».

⁶¹ AFL, Reg. 17, no. 43, 570r, *Estephanía de San Joseph*; Córdova y Salinas, 1957.

⁶² Las crónicas conventuales mencionan a varios de ellos. Echave y Assu, 1688 (p. 240) menciona a Fabiana, una sirvienta mulata en las Descalzas de San José, y a una morena donada de La Concepción. Juan Meléndez, 1681 (III, p. 72) menciona a la piadosa donada mestiza Isabel de la Cruz, quien hizo sus votos en Santa Catalina en 1627. Para un donado indio en el convento dominico véase Cussen, 1996, p. 53, n. 101; y Ramos, 2010, pp. 363-365.

Por toda Lima corrió la voz de que Francisco de la Concepción, un humilde donado africano, podía aparecer milagrosamente en dos lugares al mismo tiempo y que tenía el don de la profecía⁶³. Cientos de limeños ricos y pobres sabían de la sensacional habilidad curativa y caridad del donado dominico Martín de Porras (1579-1639). Los mendigos y los necesitados formaban largas colas afuera de su convento porque sabían que les daría tanta asistencia como fuera posible⁶⁴. Martín se ganó tal fama como un humilde barbero y místico que después de su muerte, la mayoría de las casas en Lima tenían «algún lienzo con su retrato o imagen, y tierra de su tumba» (Cussen, 1966, p. 218, n. 367)⁶⁵. Fue tanta la devoción pública a Porras que veinte años después de su muerte se iniciaron las audiencias para intentar su beatificación⁶⁶. Otros siervos de Dios siguieron sus pasos. Hacia el final de la vida de Úrsula, un donado llamado Juan, «siempre risueño y con el nombre de Dios en los labios», barría el piso de una iglesia todos los días (Castillo, 1960, p. 16). En 1663 Francisco de Santa Fe, un mulato donado de Santo Domingo que pasó por lo menos diez años en estrecho contacto con Martín de Porras, recibió permiso de sus superiores eclesiásticos para

⁶³ AFL, Reg. 17, no. 21, «Francisco de la Concepción».

⁶⁴ Fray Fernando Aragonés, un testigo de su audiencia de beatificación en 1660, sostuvo que estaba «todo el día y toda la noche, ejercitándose en ella, sirviendo de sangrar y curar a los enfermos, dando limosnas a españoles, indios, y negros, que a todos los quería y amaba y curaba con singular amor y caridad» (Porras, 1960, p. 124).

⁶⁵ Cussen dice: «Las imágenes están usualmente colgadas sobre la cama del devoto, su esclavo o hijo». Véase también Porras, 1960, pp. 164, 176-177, que describe a una negra criolla sumamente enferma de nombre Tomasa, rezándole a su retrato. Entre otros ejemplos tenemos a doña María Beltrán colocando un pedazo de una manga de la vestidura de Porras sobre el estómago sumamente hinchado de su hija embarazada, para así facilitar su parto (Porras, 1960, pp. 187, 190); doña Mariana de Villarroel, usando parte de la túnica de Porras (que le fuera dada por un sacerdote) para curar enfermedades (pp. 201, 217); y un lego de un convento dominico que envió algo de la tierra que se decía había quedado pegada a los huesos de Porras (cuando los funcionarios mudaron su tumba) a un sacerdote enfermo, quien la bebió con agua y curó de su enfermedad (Porras, p. 378).

⁶⁶ Martín de Porras fue beatificado en 1837 y canonizado en 1962.

ingresar al sacerdocio. Él no solo había seguido el ejemplo de Porras, sino que también aprendió los postulados fundamentales del cristianismo de su propia madre, Augustina de Castro, una negra liberta profundamente piadosa que se confesaba y comulgaba con regularidad, ayudaba a los pobres y recogía limosnas para la imagen de la Virgen del Rosario, guardada en el templo dominico (Tardieu, 1997, II, pp. 879-885)⁶⁷.

No fue solo que los hombres y mujeres pertenecientes a las castas se situaran dentro del panteón de los «santos» populares de Lima, sino que además el culto del Señor de los Milagros también creció gradualmente en vida de Úrsula, alcanzando un clímax febril entre la gente de ascendencia africana luego de un gran sismo que azotó la ciudad en 1655, cuando la imagen sobrevivió intacta. Otras actividades sirvieron para motivar a la población de castas y negros. En Lima, numerosas cofradías afro-peruanas cubrían las necesidades de los fieles. Además de proporcionar fondos para fiestas religiosas y el entierro de sus miembros, estas cofradías desarrollaron cultos en torno a santos particulares, de quienes creían que podían transmitir mensajes del más allá⁶⁸.

Los esfuerzos evangelizadores de los frailes jesuitas y agustinos asimismo incrementaron la conciencia de la doctrina católica elemental. Al darse cuenta de que no podían ignorar a la sustancial población de negros y mulatos esclavos y libres, numerosos hombres de religión se declararon a sí mismos «obreros de los esclavos» por sus esfuerzos por atender a los esclavos africanos recién llegados⁶⁹. Mientras Úrsula lavaba los harapos de los enfermos en el Convento de Santa Clara, el jesuita Francisco del Castillo (1615-1673) buscaba a los esclavos africanos

⁶⁷ Para un estudio fascinante de una mística negra de Minas Gerais en el siglo XVIII véase Mott, 1993.

⁶⁸ Las evidencias muestran una activa colaboración y solidaridad en las cofradías urbanas de Lima y en el desarrollo de los cultos afro-peruanos de los santos Eloy, Bartolomé y Benito de Palermo (Tardieu, 1997, I, pp. 509-563; Gómez Acuña, 1994, pp. 28-39; Bowser, 1974, pp. 249 y ss).

⁶⁹ Entre ellos tenemos a Alonso de Sandoval en Colombia (también pasó algún tiempo en Lima) y Gabriel Perlín y Bartolomé Vadillo en Lima (van Deusen, 1999, p. 17).

abandonados por sus amos cerca del puente que lleva a un barrio conocido como el Baratillo. Allí, al predicar y enseñar los rudimentos de la doctrina católica, del Castillo atrajo a unos cuantos discípulos africanos de ambos sexos, a los cuales preparó como asistentes en la sacristía (Castillo, 1960, pp. 15-16)⁷⁰.

La profunda piedad espiritual evidente en los hogares, en las calles y en los entornos conventuales de la Lima virreinal se hizo accesible a los hombres y mujeres de color de diversos modos. En el caso de Úrsula, el fértil clima religioso le brindó una educación que eventualmente le sirvió años después de que ingresara por vez primera al Convento de Santa Clara en 1617. Dadas las fronteras permeables entre calle y convento, las personas seguían transmitiendo ideas de las casas de particulares a los locutorios de los distintos conventos y viceversa. Hasta las sirvientas y esclavas que, como Úrsula, ingresaban a Santa Clara como trabajadoras, llevaban consigo su propia comprensión de los postulados católicos, los cuales eran transformados una vez que estas diligentes mujeres ingresaban gradualmente al entorno conventual.

LA VIDA EN EL CONVENTO DE SANTA CLARA

El discurso social entre las personas en la calle influía en las percepciones que tenían las monjas y donadas de Santa Clara, pero el entorno comunal monástico también estimulaba los intercambios fructíferos. En efecto, el clima cultural e intelectualmente rico dentro del mundo de los muros fomentó formas singulares de comprender los asuntos teológicos (Arenal, 1983, p. 219). La mayor parte de la población se adhería calladamente a las rutinas y rituales religiosos bastante mundanas, pero las formas de expresión espiritual no siempre tenían lugar mientras se observaba la custodia (una vasija en la cual se expone el Santísimo), o cuando se recitaban los salmos al amanecer.

⁷⁰ Se decía que tenía un estilo frenético de predicación (Lorente, 1870, pp. 147-148).

La adolescente Úrsula ingresó a un medio en el cual muchas clarisas veían el mundo en términos de señales sobrenaturales; ellas practicaban una mortificación física extrema y experimentaban prolongados periodos de éxtasis⁷¹. Algunas de las monjas vestían cilicios con puntas de hierro, o envolvían largas cadenas de hierro o tiras de cuero alrededor de sus miembros. Algunas subsistían apenas con lechuga amarga o semillas, en tanto que otras dormían en una parrilla de hierro, o se echaban en el piso del refectorio para que las demás las pisotearan. Cinco monjas clarisas, todas ellas contemporáneas de Úrsula, eran conocidas por sus singulares prácticas de devoción. Catalina de Cristo, una panadera del convento, juró a la abadesa que Santa Clara la despertaba cada mañana diciendo «Vamos Catalina a amasar». Ella asimismo decía ver las almas que sufrían en el purgatorio mientras asistía a las misas de réquiem en el convento. La piadosa clarisa Agustina de San Francisco supervisaba a las esclavas y sirvientas que trabajaban en el refectorio, Úrsula inclusive, con mano firme pero generosa⁷². Juana de Christo, otra monja, daba consejos espirituales a las sirvientas del convento e intentaba imitar los sufrimientos de Cristo en la cruz durmiendo sobre un tablón de madera en el coro. Gerónima de San Dionisio sostenía haberse dedicado durante décadas a las heridas de San Francisco y llevaba la cruz de las Ánimas Benditas en una procesión celebrada cada lunes⁷³. Juana Gertrudis llevaba once cilicios y efectuaba las estaciones de la Cruz mientras la comunidad religiosa dormía, llevando una gran cruz sobre su cansada espalda. Ana de la Cruz, otra clarisa más, lloraba

⁷¹ Las *Constituciones* estipulaban que las prácticas de mortificación comunal debían celebrarse los lunes, miércoles y viernes (67v). Sobre los «hechos» sobrenaturales ocurridos entre las clarisas de Quito véase Paniagua Pérez, 1998, pp. 140 y ss

⁷² AFL, Reg. 17, no. 35, 433v-36r, «Escritas ... Soror Gerónima», 1652. Véase también el Apéndice II de Mendiburu, 1931-1935 (pp. 415-416).

⁷³ Uno de los milagros de San Francisco de Asís, el fundador de la orden franciscana, fue que las mismas cinco heridas experimentadas por Cristo aparecieron en su cuerpo como estigmas.

amargamente y se golpeaba la cara porque Cristo había soportado el mismo abuso de sus torturadores⁷⁴.

Los libros, leídos o escuchados, las pinturas y los objetos religiosos observados, o los asuntos espirituales discutidos en el refectorio, los corredores y las celdas, servían como un alimento visual y auditivo que nutría las prácticas espirituales de las clarisas visionarias. Las hagiografías, tratados místicos y versiones de las vidas de los santos guardadas en muchas bibliotecas conventuales estructuraban la vida monástica de varias formas (Ibsen, 1999, pp. 9, 62; Muriel, 1994a, p. 20). La biblioteca de Santa Clara no era una excepción: las clarisas tenían una colección, modesta pero aun así significativa, que incluía una hagiografía de Santa Lutgarda de Aywieres (en la actual Bélgica, 1182-1246), las obras completas de las místicas españolas Teresa de Ávila y María de la Antigua (1566-1617), la *Orden de vida para la eterna vida* de Alonso de Andrade y la *Guía de pecadores* de Luis de Granada⁷⁵. Estos títulos sugieren la aceptación de las prácticas místicas entre las monjas de Santa Clara. Varias obras, entre ellas una biografía de Ignacio de Loyola del connotado teólogo Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658), indican una fuerte presencia jesuita en este monasterio franciscano⁷⁶.

Las obras de arte que ornaban los corredores y las habitaciones del convento también estructuraban la vida cotidiana. Ellas brindaban vías iconográficas a los misterios simbólicos del pasado o del más allá.

⁷⁴ Muchos de los ejemplos citados en este párrafo provienen de Córdova y Salinas, 1957, pp. 899-904.

⁷⁵ Luis de Granada (1504-1588) fue uno de los místicos españoles más grandes del siglo XVI.

⁷⁶ Deseo expresar mi profundo agradecimiento a Ana María Vega, quien preparó un inventario de la biblioteca de Santa Clara y compartió la lista conmigo. Las citas solamente indican aquellas obras del siglo XVII que aún sobreviven en la colección del convento; es indudable que hubo otras obras de arte. Los trabajos de María de la Antigua tal vez fueron adquiridos después de fallecida Úrsula. Las obras de Nieremberg eran también populares entre familias, en conventos y colegios del México colonial (Muriel, 1994b, p. 163).

Para las monjas que las miraban, estas narrativas visuales podían captar un instante de la eternidad. Un tríptico del convento presentaba a Santa Catalina de Siena con Jesús. En dicha imagen el Redentor le ofrecía a Catalina un corazón, en tanto que en otra este palpitaba dentro de Su pecho⁷⁷. Úrsula también podía mirar una pintura de cuerpo entero de Santa Rosa con las mejillas sonrosadas y la cabeza agraciada con una corona de rosas. Podía imaginar a San Francisco recibiendo sus estigmas, o reflexionar sobre algunos de los elementos en una pintura de una imagen patética de Cristo, agachándose y llevando una cruz sobre sus hombros ensangrentados, que también se le apareció en una de sus visiones. Pudo mantener la devoción de su infancia a la Virgen del Carmen observando una pintura de esta magnífica Señora de pie sobre una media luna, vestida con un hábito marrón, capa blanca y que se colocaba un escapulario (una cubierta que se lleva sobre los hombros) en forma de estrella. A lo lejos dos ángeles flotan de manera protectora, en tanto que en la sección inferior de la pintura dos almas fantasmales están envueltas en llamas en el purgatorio⁷⁸.

Úrsula también podía aprender acerca de la «historia» de la fundación del convento observando una pintura de su fundador, el arzobispo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), de pie con una clarisa de hinojos delante suyo, y las demás hermanas haciendo cola detrás de ella. Al pasar las décadas, Úrsula probablemente oyó diferentes versiones del mito de origen narrado en el refectorio (el comedor del convento), o en los sermones leídos en la misa dominical y posteriormente encomiados en la crónica franciscana de Córdova y Salinas de 1651:

Fundólo el santo arzobispo don Toribio Alfonso Mogrovejo, desseosíssimo de aumentar el número de las vírgenes, que sin duda

⁷⁷ Esta escena también recordaba a los espectadores el intercambio sagrado de carne entre Santa Catalina y Jesús, tal como se menciona en la biografía de Raimundo de Capua de 1505 (Raimundo de Capua, 1511, cap. 6).

⁷⁸ AFL, Ana María Vega, «Catálogo del Registro de bienes muebles del Monasterio de Santa Clara de Lima» (documento inédito).

ha multiplicado Dios maravillosamente por los merecimientos de tan esclarecido prelado (imagen viva de los Apóstoles) llenándole de sus bendiciones y gracias, pues en menos de cincuenta años sirven en él a su celestial Esposo doscientas y sesenta religiosas profesas de velo negro, que con las de velo blanco, novicias, donadas, sirvientes y esclavas, pasan de seiscientas almas las que encierra su cerca (Córdova y Salinas, 1957, p. 899).

Úrsula indudablemente sabía la verdad, pero también desarrolló otra forma de entender lo que había sucedido a varias de las fundadoras del convento con una visión que registró en su diario:

Enpesaba a salir i una maquina de monjas como de debajo de la tierra que por aquel de profundis grande por la parte de la cosina benian de dos en dos y la primera de todas era doña teresa de mui buena cara con su tocado bajo la toca mui blanca conosi algunas que a mas de beynticuatro años que murieron todas benian con sus belos echados sola doña teresa lo traya descubierto conosi una beatrix dos joanas una mensia admireme de que estuviesen tanto tiempo en purgatorio y disenme deso te espantas desde el tiempo del saldaña⁷⁹.

En efecto, el 10 de agosto de 1605, cuatro monjas y Beatriz de Prado Quiñónez, la sobrina del arzobispo Toribio de Mogrovejo, ingresaron al recién edificado convento de Santa Clara para establecer su nueva vida. Mogrovejo mismo apenas si vivió para ver su sueño hecho realidad. Aunque falleció al año siguiente, parte del cuerpo bendito del fundador quedó inmortalizado por siempre jamás dentro de los muros

⁷⁹ ASCL, «Úrsula», 10r. Las cuatro eran Justina de Guevara, Ana de Illescas, Bárbola de la Vega e Isabel de la Fuente. En un documento que encontré, una monja de velo negro llamada Teresa de Meneses solicita tener una celda especial separada mientras se recuperaba de una enfermedad. Decía merecer esto por ser una de las primeras fundadoras (AAL, «Autos ... Teresa de Meneses», 1641, SC, VI: 24). ¿Acaso se trata de la Teresa a quien Úrsula se refiere? El portugués Francisco de Saldaña fue uno de los fundadores que donó entre 12 000 y 14 000 pesos de su hacienda para financiar la construcción del convento (Cobo, 1956-1964, II, p. 433).

del convento. Su corazón pasó a ser una honrada reliquia y ocupó un lugar especial junto al evangelio en el altar mayor (Rodríguez Valencia, 1956, I, pp. 180-181; Portal, 1924, p. 144).

Desde su inicio en 1605, «Dios multiplicó» sus esposas celestiales y el convento rápidamente se convirtió en un refugio para las mujeres de la élite, así como un lugar de empleo de cientos de trabajadoras que reproducían las jerarquías sociales y religiosas de los conventos franciscanos de toda Latinoamérica⁸⁰. Llamadas urbanistas, las monjas quedaban sujetas a la autoridad del obispo local, no a los provinciales franciscanos⁸¹. Santa Clara fue uno de los cinco conventos grandes que ocupaban varias manzanas de la parte sur de una ciudad en rápido crecimiento (Martín, 1989, pp. 172 y ss). Al igual que muchos conventos de clarisas pobres, la estructura tuvo un comienzo modesto y se expandió a lo largo del siglo XVII, conjuntamente con su contraparte más antigua en Cusco (Burns, 2000, p. 106). La construcción de una nueva iglesia se inició en el convento inmediatamente después de un desastroso terremoto ocurrido en 1644. Para mediados de siglo, esta casa lucía una clara influencia arquitectónica árabe, tres claustros de mediano tamaño con calles largas y patios espaciosos, siete amplios dormitorios, celdas individuales con ventanas que daban a la calle, una enfermería, un gran jardín, una huerta y gallineros (Bernales Ballesteros, 1972, pp. 269-270). El convento asimismo se enorgullecía de contar con un altar dedicado a su patrona, Nuestra Señora de la Peña de Francia, y una efigie del Cristo de Burgos que usualmente era sacada en procesión en Semana Santa (Portal, 1924, p. 148). Las capillas de Belén, el Cristo de la Soledad, María Santísima de los Dolores y Nuestra Señora del

⁸⁰ Para el virreinato del Perú véase Martín, 1989, pp. 171-200; para el Cusco el excelente estudio de Burns, 2000, pp. 101-127; para Lima, van Deusen, 2001, pp. 66, 170-173; Fernández *et al.*, 1997, pp. 413-472; para Tunja véase McKnight, 1997, pp. 88-90.

⁸¹ Se las llamó «urbanistas» porque seguían las reglas de segunda orden preparadas por el Papa Urbano VI (1263). Para un perceptivo cuadro global de la historia del convento de Santa Clara de Lima véase Fernández *et al.*, 1997, pp. 413-474.

Carmen ornaban otras partes del convento. Además, múltiples imágenes de Cristo y de María daban a las monjas lugares donde reflexionar sobre distintos aspectos de su vida. Incluso en la enfermería, el uso de un altar portátil significaba que los enfermos podían oír misa los domingos y en otras fiestas religiosas⁸².

Las magníficas estructuras y amplios espacios ayudaban a cultivar un ámbito espiritual y económico autosuficiente. También abrieron la posibilidad de que unas jerarquías de poder y distribución espacial se desarrollaran entre las mujeres del convento. Los rangos específicos incluían monjas de velo negro, también conocidas como «madres» (las de mayor jerarquía o edad eran asimismo denominadas «señoras»), que habían pagado una dote grande a su ingreso. Ellas llevaban consigo suficiente capital como para adquirir y amoblar sus propias celdas; también cantaban las horas canónicas en el coro y votaban sobre asuntos administrativos en los capítulos conventuales (definidos en la constitución como una reunión en donde se animaba a las monjas a que confesaran sus faltas y tomaran decisiones colectivas). La segunda categoría, las monjas de velo blanco o «hermanas», pagaban la mitad de la dote y no necesariamente adquirían su celda. La genealogía, la educación (sobre todo su conocimiento del latín), los recursos financieros y, en algunos casos, la legitimidad o el status familiar diferenciaban a las monjas de estos dos grupos⁸³. El acceso a espacios particulares también las distinguía. Las de velo negro se sentaban simbólicamente más cerca de Dios en el coro alto encima de los demás; las de velo blanco, así como las novicias, las seglares (aquellas mujeres que pagaban

⁸² AAL, Visitas, Leg. 25, 4r, «Visita ... Santa Clara», s.f.

⁸³ Varias monjas de velo blanco eran huérfanas: AAL, «Autos de María Núñez y Francisca de Guevara», 1632, SC, IV: 25. Otras habían recibido una sentencia de divorcio: «Autos de ingreso de doña Ana de Mendoza, divorciada [monja de velo blanco]», 1643, SC, VIII: 14; «Autos de ingreso de doña Micaela Bravo, divorciada [monja de velo negro]», IX: 143, 1656. Véase también Fernández *et al.*, 1997, p. 448 y ss; Martín, 1989, pp. 184 y ss; para el Cusco véase Burns, 2000, pp. 120-121.

su alojamiento para vivir en el convento, a menudo con sus parientes) y las sirvientas ocupaban el coro bajo. En el refectorio, la abadesa se sentaba a la cabeza de la mesa, seguida por las ex abadesas, las monjas de velo negro sentadas en el orden en que habían hecho sus votos, y luego las monjas de velo blanco. Cuando las monjas fallecían se las enterraba en una cripta situada directamente debajo de los coros, según su rango. Debajo de esta cripta, el húmedo osario albergaba los huesos de la gente común.



Figura 3. Vista exterior de las celdas.
Fotografía de Juan Manuel Merino Medrano.

Tanto las mujeres laicas como las religiosas pasaban el tiempo en áreas comunes como la capilla, los jardines, la «sala de labores» y el refectorio. Criadas y esclavas pasaban la mayor parte de su tiempo en o cerca de la cocina, la lavandería y las zonas de almacenaje o alrededor de los gallineros, la huerta, los jardines o la enfermería⁸⁴. El convento tenía siete grandes dormitorios que daban habitaciones separadas a las monjas sin celdas, mujeres laicas, educandas, novicias, donadas, sirvientas y esclavas. Aunque las *Constituciones generales* —revisadas en 1639— aconsejaban a las monjas que durmieran en el dormitorio común, con sus sirvientas y esclavas, resultó difícil renunciar a las comodidades de una residencia privada (véase la figura 3)⁸⁵. Las celdas de las monjas más acaudaladas eran lujosas y estaban bien amobladas. Muchas de ellas tenían cocinas individuales, gallineros y una pequeña biblioteca, y albergaban a un gran cortejo de parientes, sirvientas, donadas y esclavas. Las monjas más piadosas erigían capillas individuales (Córdova y Salinas, 1957, p. 904). Estas celdas tal vez brindaban ámbitos privados a aquellas monjas ansiosas de conservar sus costumbres aristocráticas; sin embargo, el coro era considerado el espacio más importante y reverenciado del convento. Dividido en dos (coro alto y bajo), eran varias las actividades que aquí tenían lugar. Las novicias hacían sus votos, la comunidad religiosa recibía la comunión, las monjas de velo negro cantaban y muchas de las presentes reflexionaban silenciosamente sobre las vidas de Jesús y los santos o sobre sus propios defectos. En el coro las visionarias, Úrsula entre ellas, encontraban un refugio seguro donde comunicarse directamente con Dios (véase la figura 4) (María de San José, 1999, p. 270).

⁸⁴ Para una comparación con el Cusco véase Burns, 2000, pp. 105-112.

⁸⁵ AAL, Visitas, «Visitas ... Santa Clara», Leg. 25, s.f.

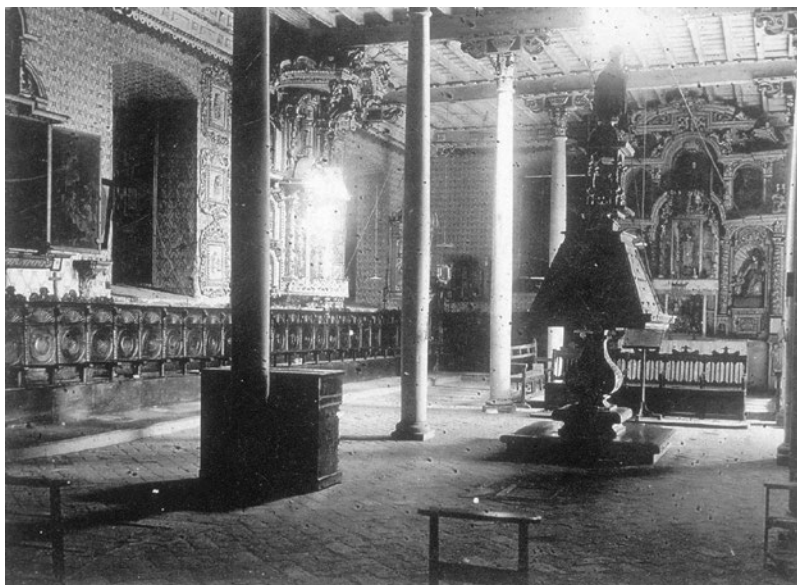


Figura 4. La antigua iglesia de Santa Clara. Nótese el coro al lado izquierdo. Fotografía cortesía del Archivo Franciscano, Lima, Perú.

Todas las integrantes de la comunidad acataban una compleja matriz de reglas que regían el tiempo, el espacio y el comportamiento. La rutina conventual reglamentaba meticulosamente cada hora del día, en un intento de mantener el equilibrio entre la oración, el trabajo, el silencio (la «llave del alma»), la enseñanza, la recreación y los distintos rituales religiosos (Orden Franciscana, 1748, 67v.). El toque de las campanas también delimitaba el tiempo y el espacio, pues «las monjas estarían en el mismo lugar a la misma hora en cualquier momento de cualquier día dado» (Ibsen, 1999, p. 97). Las actividades diarias giraban en torno al calendario litúrgico; de hecho, buena parte de las entradas del diario de Úrsula están definidas cronológicamente por la fiesta de un santo. El rezo del oficio divino (las horas canónicas de oración) dividía el día en componentes claros: comenzaba con laude, a lo que seguían prima, tercia, sexta, nonas, vísperas, completas, y maitines (a media

noche, salvo en invierno y verano cuando se rezaba a las 8 a.m.). La misa, tercia y vísperas siempre eran cantadas; laude, prima y completas involucraban la oración. Las monjas estaban prohibidas de hablar desde completas (dicha al anochecer) hasta tercia a la mañana siguiente, así como en ciertos espacios, entre ellos la capilla, los dormitorios y el refectorio. Mientras comían podía conversarse a discreción (Orden Franciscana, 1748, p. 55 y ss). También se consideraban importantes los gestos rituales de sumisión: se esperaba que todas se inclinaran deferentemente ante sus superiores, que ingresaran al coro alto con gran dignidad y compostura, y que se sentaran en posición completamente erguida hasta que comenzara el oficio divino. Los capítulos semanales aseguraban que las integrantes de la comunidad obedecieran las reglas y constituciones; toda negligencia era reprimida públicamente y castigada en privado con azotes.

Para conservar un sentido de armonía y orden, las monjas reglamentaron cuidadosamente las comunicaciones con el mundo exterior: algunas vigilaban las entradas y salidas (las porteras), otras (las «celadoras») aseguraban el orden vigilando en los dormitorios comunes, los confesionarios, la reja cerca del coro o en el coro alto. Las «acompañadoras» iban con médicos, confesores y otros visitantes masculinos importantes del convento, en tanto que las «escuchas» prestaban atención y reportaban a las abadesas los intercambios de información ocurridos en los distintos locutorios. También patrullaban la sala en donde la abadesa dirigía los asuntos del convento, la sala de trabajo de sirvientas y mujeres laicas (la «sala de las mujeres») y se colocaban cerca de la ventana giratoria semejante a un torno donde las monjas recibían artículos, cartas y hasta criaturas abandonadas.⁸⁶

⁸⁶ Algunas eran hijas ilegítimas de acaudaladas madres criollas o españolas, cuyas familias no podían soportar la humillación pública. Sabían que sus hijas tendrían una crianza decente en el convento. Otras eran hijas de mujeres de color que no podían soportar alimentar otra boca hambrienta (véase Martín, 1989, pp. 80-83; María de San José, 1999, p. 269; Burns, 2000, pp. 102, 113).

La posición de mensajera tenía gran prestigio en el convento, y solo se permitía a varias sirvientas confiables y de alta jerarquía dejar la casa y llevar las codiciadas nuevas y artículos del mundo exterior⁸⁷.

Se esperaba que las monjas cumplieran los cuatro votos de obediencia, pobreza, castidad y clausura; que cumplieran con su obligación de rezar el oficio divino; que atendieran las necesidades de la comunidad y de los enfermos; y que mantuvieran un decoro adecuado. Pero una cuidadosa reglamentación del tiempo y del espacio también les obligaba a enfrentar la tarea por excelencia: ejercer el control del yo interno y de la propia naturaleza vil de uno mismo. La verdadera conformidad espiritual consistía en dominar los pecados de la arrogancia, la vanidad, la envidia o la avaricia. También significaba abstenerse de las críticas o de los chismes maliciosos (la «murmuración»), la desobediencia o de fomentar disputas entre hermanas (Orden Franciscana, 1748, p. 62).

Una rigurosa vida monástica requería de una cuidadosa vigilancia y disciplina, pero también era esencial alimentar y cuidar a los habitantes del convento. En el siglo XVII, el de Santa Clara requería grandes inversiones de capital para mantener a una población que había crecido en casi 20 por ciento entre 1630 y 1650, y que ahora consumía inmensas cantidades de alimentos y provisiones. El convento gastaba cientos de pesos en harina de trigo, azúcar y maíz para alimentar las 140 gallinas que se comían cada mes dentro de los claustros, y en leña con que alimentar los hornos de la cocina y el órgano⁸⁸. La abadesa asimismo contratava jornaleros de forma temporal para que transportaran bienes pesados, construyeran anexos y repararan las paredes del convento o el canal de riego que llevaba agua fresca a él (Tardieu, 1997, I, p. 189). Con todo,

⁸⁷ AAL, «Los oficios», SC, IX: 70, 1653. Para un examen de la vida cotidiana y las vocaciones en los conventos mexicanos véase Loreto López, 1997; para Perú véase Martín, 1989, p. 191; para Cusco consúltese Burns, 2000, pp. 111-112; e Ibsen, 1999, pp. 97-98.

⁸⁸ AAL, «Cuentas ... 1626 hasta 1629», SC, III: 23, 1r-2r.

la casa dependía fundamentalmente de trabajadoras albergadas en su interior para la jardinería y las tareas menores de carpintería.

Cada año la abadesa preparaba un nuevo rol de tareas, que repartía y rotaba las distintas faenas y puestos administrativos entre las monjas de velo negro y blanco, y los puestos más humildes entre las donadas. Dado que el trabajo era una característica central de la vida conventual y que el ocio era considerado el enemigo del alma, la abadesa regía a toda la comunidad religiosa y nombraba monjas de velo negro particulares a los codiciados cargos supervisores (Orden Franciscana, 1748, cap. 7). El título de abadesa o prelada era el más alto y las elecciones a este cargo se daban una vez cada tres años. Las abadesas podían (y lo hacían) tener múltiples mandatos y según las observaciones hechas en el diario de Úrsula, algunas elecciones fueron sumamente disputadas⁸⁹. Cuatro definidoras o asesoras (muchas de las cuales ya habían sido abadesas) acompañaban a la prelada en sus tareas y discutían con ella asuntos administrativos internos en el consejo. Otros puestos reservados a las monjas de velo negro incluían la supervisión de la compra y el reparto de bienes («provisoras»), el manejo de la cocina («refitoleras») o el trabajo en la enfermería («enfermeras»), la administración de los diversos dormitorios de novicias, educandas, mujeres laicas y donadas, y para las «escuchas». La delegación de estos puestos supervisores entre las monjas de velo negro reforzaba una estructura de clases diferenciada internamente, fundada en el status y la tenencia⁹⁰.

⁸⁹ Varias abadesas tuvieron extensos mandatos: doña Justina de Guevara retuvo el cargo casi ininterrumpidamente desde la inauguración del convento hasta 1622 (Fernández *et al.*, 1997, p. 424); Magdalena Vélez Roldán (1645-1650; fue elegida presidente interina en 1650; 1656-1658); Beatriz de Aguilar (1653-1656, 1665-1666); Ana Manrique (1660-1662). La elección de 1656 fue particularmente disputada y podría ser a la que Úrsula se refiere en su diario. Vélez Roldán fue elegida e inició su mandato al siguiente año (AAL, SC, IX: 149, 1656). El mandato se iniciaba y concluía el veintisiete de junio.

⁹⁰ Kathleen Myers hace esta observación en su examen del descontento entre las monjas de velo negro del Convento de La Soledad de Puebla (María de San José, 1999, pp. 274 y ss).

Las monjas de velo blanco ocupaban puestos notables pero de menor prestigio. Ellas ayudaban a las madres a cargo de las provisiones del convento o de la enfermería, servían como maestras de las novicias o educandas, supervisaban a las donadas, sirvientas y esclavas que trabajaban en la cocina y desempeñaban otras obligaciones, y actuaban como celadoras, enfermeras o sacristanas⁹¹. Dada la importancia que tenía la reglamentación del tiempo en un medio tan estructurado, unas cuantas monjas de velo blanco eran responsables de mantener el reloj en buen funcionamiento. Otras hacían velas, se encargaban del pozo o ayudaban en el mantenimiento de la iglesia, el coro o el convento⁹².

La constitución original, redactada por Clara de Asís (1194-1252), la fundadora de la orden, animaba a todas las hermanas capaces a que desempeñaran labores manuales y a que tomaran parte en las tareas comunales. Ella esperaba que las monjas de su orden se dedicaran a una vida de pobreza e independencia en un entorno autosuficiente (Petroff, 1986, pp. 66-79; Wood, 1996, p. 29). Sin embargo, los conventos medievales tenían una población mucho más pequeña que los de la temprana Edad Moderna. El Convento de Santa Clara de Lima tuvo una razón desproporcionada entre sirvientas y esclavas con respecto a las monjas desde su mismísimo origen. Para cuando la muerte de Úrsula en 1666, el número de monjas era igual al de esclavas y sirvientas libres (véase el cuadro 1)⁹³.

⁹¹ «Tabla de oficios», 1653 (para 1653), IX: 52; 1653 (para 1654), IX: 70; 1655 (para 1656), IX: 134, AAL, SC. Fernández *et al.*, 1997, p. 448.

⁹² Esta lista se basa en las siguientes «tablas de oficios» de los años listados entre paréntesis: AAL, SC, IX: 157 (1657); X: 16 (1658); X: 35 (1659); X: 72 (1661).

⁹³ Archivo General de Indias [en adelante, AGI], Lima 94, 1606, no. 8, «Respóndese a la cédula», da la población como veinticinco monjas, siete donadas y ocho esclavas.

Cuadro 1. Población del Convento de Santa Clara, Lima, 1625-1669

Año	Velo negro	Velo blanco	Novicias de velo blanco	Donadas	Criadas	Esclavas	Personas seglares	Total
1625	126	16	—	21	—	—	—	163
1630	160	37	33	18	—	120	—	368
1633	157	22	—	62*	—	—	—	241
1637	201	26	27	39	147#	—	6	446
1651	261	21	10	—	175	98	46	611
1669	279	41	—	48	148	128	76	720

147 sirvientas y esclavas; incluye 47 donadas y 15 novicias.

Fuentes: AGI, Lima 40; AGI, Lima 94; 1633, AAL, SC; Vargas Ugarte 1959, II: 258; Tardieu 1997, II: 202-03; Lavallé 1982, I: 28 bis; van Deusen 2001: 173-175.

No obstante los deseos de Santa Clara, el convento de Lima mantuvo una gran población servil debido en parte a que la mayoría de las monjas de velo blanco y negro desdeñaban las labores manuales más difíciles y tediosas. Pero la economía asimismo desempeñó un papel. Muchas monjas de velo negro llevaban consigo suficiente capital para pagar las grandes dotes, comprar celdas (o una parte de ellas), pagar el costo de vida y comprar y mantener esclavas y sirvientas: todo ello podía tener un valor estimado de 12 000 pesos. Por esta razón, sostiene el investigador Jean-Pierre Tardieu, los esclavos —una mercancía de tremendo valor en la Lima virreinal— eran contratados como jornaleros y su salario usado para cubrir los gastos de vida de la monja (Tardieu, 1997, II, p. 187). Esto podía involucrar la preparación de comida o pasteles para familias que pagaban por sus servicios y que luego recogían los bienes en el turno en un día especificado.

Para evadir las reglas eclesiásticas que requerían una solicitud formal hecha al obispo para que permitiera el ingreso de esclavos particulares (el Concilio de Trento prohibía a las monjas individuales tener propiedades), una novicia debía especificar claramente que el esclavo

habría de servir a la comunidad y solo en su tiempo libre a ella⁹⁴. Una benefactora interesada en acatar las regulaciones monásticas y en proporcionar trabajadoras confiables a su hija o a una pariente en el convento, podía también subrayar en su petición la piedad de la esclava y su devoción para con la orden religiosa o comunidad. Las donaciones a menudo incluían cláusulas que afirmaban que cuando el dueño actual del esclavo falleciera, la propiedad sería entonces transferida a otra monja especificada en el convento. Esto aseguraba que la esclava y sus hijas habrían de permanecer allí.

Entre 1617 y 1645, Úrsula fue una de las 100 a 130 esclavas africanas y criollas que vivían y trabajaban en Santa Clara⁹⁵. Como ella, muchas habían ingresado con sus amas, o formado parte de un legado testamentario. Algunas esclavas criollas nacían y eran criadas en el convento, y conformaban sus propias unidades familiares de múltiples generaciones. Otras más iban y venían como jornaleras, o permanecían hasta contraer matrimonio, o se las vendía. Los hijos de las esclavas que también vivían y trabajaban en el entorno conventual eran a menudo subestimadas (o no incluidas en absoluto) en los censos de estas casas. Las evidencias existentes para un periodo posterior muestran que los muy jóvenes—incluyendo a muchachos y muchachas de cuatro y cinco años de edad—iban y venían libremente, y realizaban pequeñas tareas tales como llevar recados afuera del convento. Otros permanecían en el claustro para ser criados por sus amas⁹⁶.

⁹⁴ Un pedido común hecho por una monja o novicia rezaba así: «por ser sola y no tener criada ni esclava que acuda a mis necesidades = mi padrino Manuel Baptista hizo la donación que presento a este convento de una negra llamada Esperança Bañol con [la condición de] que los ratos que estubiere desocupada de servir a la comunidad acuda al remedio de las d[ic]has mis necesidades» (véase AAL, «Autos ... Antonia de Acosta», 1634, SC, V: 2, 1r; citado también en Tardieu, 1997, I, p. 146).

⁹⁵ Las esclavas indias eran raras. Para un ejemplo véase AAL, «Autos ... Luisa de Escobar», 1642, SC, VI: 32.

⁹⁶ AAL, testimonios, 1695, SC, XXI: 10.

La esclavitud significaba una servidumbre legal, pero la posición social de una esclava en Santa Clara dependía de diversos factores complejos e interrelacionados. Para empezar, el status del ama y el que la esclava hubiese formado parte del hogar de la novicia antes de ingresar al convento, frecuentemente determinaba el poder y la autoridad que la esclava tendría una vez que ingresara a los claustros. El historiador Luis Martín encontró que las esclavas de las monjas aristocráticas eran consideradas de mayor jerarquía que aquellas cuyas dueñas tenían antecedentes menos afluentes. Las esclavas privilegiadas vivían en celdas cómodas y no estaban sujetas a las tareas más humildes y humillantes, como la limpieza de las acequias de riego o el acarreo de agua (Martín, 1989, pp. 190 y ss). Dado que en la sociedad virreinal la vestimenta servía como una señal esencial de identidad, muchas de las esclavas se vestían con costosas sedas y estaban hermosamente adornadas. Esto también las distinguía de las esclavas consideradas de clase inferior. Hasta Úrsula, que al reflexionar posteriormente se consideró a sí misma vanidosa y frívola, llegó a escribir lo siguiente: «que cuando entrara yo en otro tiempo menos de yr mui adornada y eserticimo que me aliñaba de pies a cabeza de manera que si el calzado estaba algo rosado no entraba»⁹⁷. O bien Inés del Pulgar, su ama, contaba con unos bienes considerables y le suministraba ropas lujosas, o bien su trabajo extra como jornalera alimentaba su frivolidad. En el otro lado del espectro se hallaban las esclavas de la comunidad, sin ama individual, pariente o patrona que las cuidara. Ellas ocupaban el peldaño inferior de la escala social y a menudo efectuaban las labores penosas que otras evitaban. El convento les cubría a cada una de ellas las necesidades primarias tales como una frazada, un vestido fabricado con un tosco cordellate y unos cuantos accesorios. También asumía los gastos médicos mínimos —ver a un curandero o doctor y obtener

⁹⁷ ASCL, «Úrsula», 15v.

medicinas— y a su muerte los costos del entierro, una misa a su nombre y un vestido con que ser enterradas⁹⁸.

Si bien las relaciones de clientelaje entre ama y esclava eran la clave para determinar el status de esta última, lo mismo valía para la habilidad ocupacional, la personalidad, el status conyugal, la productividad y la capacidad remunerativa (Tardieu, 1997, I, pp. 144-145, 190 y ss; Martín, 1989, p. 190). El acceso de una esclava al mundo externo y la capacidad de obtener ingresos adicionales como ama de leche o vendedora de comida también les ganaba estima, en tanto que la fortaleza física tenía un valor considerable en un mundo de eterno trabajo. Las esclavas robustas y obedientes eran alabadas, pero a las enfermizas o crónicamente enfermas se les pedía que se fueran temporalmente o se las vendía⁹⁹. La personalidad también importaba. A muchas monjas les preocupaba la confiabilidad de estas esclavas y preferían contratar a aquellas a las que se consideraba dóciles, trabajadoras y con las cuales se podía contar. Un juicio de 1635 entre la clarisa doña Ángela de Francia y una seglar, nos permite atisbar cómo era que la primera valoraba a su esclava Catalina Moçambique por su habilidad como cocinera, lo puntillosa que era y su recato:

abiendola tenida casi dos años en mi poder no se me huyo. Antes me sirvio en el convento con mucho cuydado y particularidad y quando se salio del fue por casarse como lo suelen hazer muchas negras y negros ... es una negra cosinera muy famosa de mucho cuydado y razon y siempre me sirvio con mucha puntualidad [y también] a todos sus amos¹⁰⁰.

Los cientos de mujeres africanas y afro-peruanas que formaban parte del mundo de Úrsula tenían experiencias algo distintas, dependiendo

⁹⁸ AAL, «Autos seguidos», 1626, SC, III: 23.

⁹⁹ AAL, «Solicitud ... Petronila de Castro», 1611, SC, I: 33.

¹⁰⁰ AAL, «Autos ... María de Arévalo», 1635, SC, V: 20. Véase también Bowser, 1974, p. 376.

de su acceso al capital, quién fuera su amo y sus calificaciones. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, había una barrera que claramente separaba a estas mujeres y niñas bajo servidumbre de sus superiores «libres»: las criadas, que comprendían más de una cuarta parte de la población conventual. Como las clarisas seguían las reglas de la segunda orden que permitían la presencia de sirvientas, centenares de estas mujeres trabajaban para monjas particulares y llevaban a cabo las interminables tareas comunales (Orden Franciscana, 1748, caps. 12 y 13)¹⁰¹. Al igual que las esclavas, las criadas se distinguían por su habilidad, productividad y las relaciones de clientelaje con sus empleadoras, las monjas (Martín, 1989, p. 191). Muchas de las que ingresaban con una novicia se quedaban de por vida¹⁰². Las criadas eran legalmente libres, pero algunas de ellas habían sido esclavas y luego adquirieron su libertad; sin embargo, el espacio opaco entre «libre» y «liberta» podía ser algo complicado, en especial cuando el status legal de una trabajadora quedaba en duda. En un juicio ocurrido en 1663, la «criada» mulata Feliciano de Salinas presentó cargos en contra de doña María Salinas, una monja de velo negro que sostenía ser su propietaria. Feliciano sostenía que si bien su padre, don Juan de Salinas, había tenido una «amistad ilícita» con su madre, este había comprado la libertad de Feliciano. Ella afirmaba que él había «confesa[dolo] ... publicamente i alimentado i criandome para lo qual me recojio en el dho. monasterio de Santa Clara i encargo a la dha. da. Maria de Salinas», su hermana. Infortunadamente para ella, el juez decidió que su libertad dependía de la muerte de doña María¹⁰³.

Las criadas podían ocupar el terreno ambiguo entre la libertad y la esclavitud, pero las donadas a menudo reemplazaban a las sirvientas si el número de criadas sobrepasaba el límite aceptable de una criada

¹⁰¹ McKnight, 1997, examina las reglas de segunda orden seguidas por las clarisas en Tunja (p. 84).

¹⁰² Véase el ejemplo de «Doña María de la Peña», 1668 (AAL, SC, XII: 181).

¹⁰³ AAL, SC, XI: 71, «Autos que sigue Feliciano de Salinas», 1663.

por cada diez monjas, o si un arzobispo vigilante decidía emprender una visita eclesiástica¹⁰⁴. Esa podría ser la razón por la cual en 1631, el arzobispo Arias de Ugarte estableció que las donadas efectuaran labores comunales además de los servicios individuales¹⁰⁵. La abadesa obedeció prestamente pues tres años más tarde, un informe enumeró a cuarenta y siete donadas profesas y dieciséis novicias. Esto constituía un significativo incremento demográfico con respecto al resto de la población religiosa femenina (véase el cuadro 1, *supra*)¹⁰⁶. Con todo, su número jamás rivalizó con el de las criadas presentes en el convento. En efecto, la inmensa mayoría de las donadas había pasado la mayor parte de su vida en él, trabajando al servicio de una monja como su criada. Algunas incluso habían ingresado como crías abandonadas en el torno rotatorio, en tanto que otras eran hijas legítimas de padres que daban los quinientos pesos de dote necesaria para ser admitidas. Con todo, la mayoría eran ilegítimas o huérfanas, y tenían pocos lazos familiares afuera del convento. Casi todas las donadas de Santa Clara eran indias, castas o afro-peruanas. Unas cuantas, como Úrsula, alguna vez habían sido esclavas (Tardieu, 1997, I, p. 394)¹⁰⁷.

En términos procesales la misma candidata, una monja o un pariente solicitaba la aceptación formal de la novicia del siguiente modo:

[Yo] doña Josefa de Castilla Altamirano religiosa profesas de belo negro de este monasterio... digo que tengo una muchacha que [h]

¹⁰⁴ Orden Franciscana, 1748, p. 101. La bula pontificia de Gregorio VIII (1583) afirmaba que el convento no debía tener más de una criada por cada diez monjas. Para un análisis más detallado sobre las donadas en los conventos de monjas véase, van Deusen, 2012.

¹⁰⁵ Las donadas que no cumplieran eran castigadas y enviadas a una panadería (Tardieu, 1997, I, p. 400).

¹⁰⁶ AAL, SC, IV: 42, «Relación de religiosas y donadas», 1633.

¹⁰⁷ Para ejemplos véase AAL, SC, VI: 35, «Autos de profesión ... Pascuala del Pulgar, negra donada», 1642; AAL, VI: 37, «Autos de profesión ... María Rodríguez, cuarterona donada», 1642; , AAL, XII: 27, «Autos de profesión de Gracia María de Jesús, negra», 1664.

e criado nombrada Josefa i quarterona; que desde edad de dos años no a salido del conbento i esta actualmente sirbiendo con mucho cuidado. Quiere ser donada y tomar el [h]abito para mas serbir a nuestro señor y porque lo consiga me obligo a dar quatrosientos pesos al combento por su dote al tiempo de su profesion por lo qual pido a la madre abadesa proponga en capitulo a las religiosas para el dicho efecto.

Una monja que promovía la candidatura de una donada a la comunidad enfatizaba sus habilidades ocupacionales y cualquier virtud distintiva. Las candidatas por lo general daban los motivos espirituales, así como su temor a vivir en «el siglo» (el ámbito secular), como su principal preocupación y razón para desear convertirse en donadas. Si la postulación recibía la aprobación comunal (sujeta a voto), la abadesa escribía entonces al arzobispo:

la informacion desta religiosa es cierta y la dicha Jusepa Maria es mui virtuosa i esta sirbiendo la comunidad con mucho cuidado ... que este año es campanera. Desde mui chica sienpre [h]a estado acudiendo a todo lo que se la a mandado - suplico a V[uestra] m[erced] se sirba de considerar la licencia ... doña Beatriz de Aguilar, abadesa¹⁰⁸.

Transcurrido un año como novicia, la muchacha era examinada por un capellán, quien le hacía preguntas establecidas sobre su edad, pues las donadas debían tener más de dieciséis años¹⁰⁹. ¿Estaba casada o había aceptado casarse? ¿Tenía alguna enfermedad contagiosa? ¿Había elegido su profesión voluntariamente, o creía que ser una donada le aseguraría una mayor libertad del duro régimen laboral del convento?

¹⁰⁸ AAL, SC, XII: 99, «Autos ... de Josefa María, cuarterona», 1666.

¹⁰⁹ La mayoría de las postulantes tenían menos de veinte años, pero algunas eran cuarentonas. Una donada ocasionalmente poseía una esclava, lo que indicaba cierta riqueza o conexiones familiares. Véase AAL, SC, V: 42, «Autos que sigue doña Ana de Zárate», 1636.

Luego de responder a estas preguntas y de afirmar su deseo de pasar su vida en los claustros atendiendo a las necesidades de la comunidad, la novicia recitaba sus votos y se ponía una toca blanca que le llegaba hasta los hombros, diferente de las que usaban las monjas.

Como las donadas atravesaban un proceso sancionado formalmente para convertirse en sirvientas religiosas, ellas alcanzaban un status adicional y tenían ocupaciones más prestigiosas que las criadas o esclavas (Orden Franciscana, 1748, p. 99v). Por ejemplo, una vez cumplidas las tareas diarias que les eran asignadas, las donadas podían ayudar en el oficio divino (p. 100r). Aunque supervisadas por una monja de velo blanco, algunas trabajaban como sacristanas, limpiando objetos religiosos y lavando los lienzos del altar. Cada mañana preparaban la capilla para la misa: encendían velas y aseguraban que las flores, el incienso, los ornamentos y otros objetos religiosos fueran preparados para el cura. Las donadas que no eran sacristanas desempeñaban otras obligaciones religiosas. Unas cuantas tocaban la campana para especificar las horas litúrgicas. Las más robustas cargaban la gran cruz en las procesiones religiosas efectuadas dentro del convento. Las monjas daban la bienvenida a las donadas que mostraban una particular habilidad artesanal para fabricar velas para las procesiones, fiestas y misas especiales. También reconocían a donadas como Úrsula por sus notables manifestaciones de piedad, mortificación y humildad.

Así como afuera de los conventos, las mujeres de color podían expresar su fervor espiritual cuidando de los enfermos en los hospitales o en las enfermerías conventuales, predicando en las calles o celebrando reuniones espirituales, así también Úrsula representaba a un grupo de mujeres en los conventos que buscaban definirse a sí mismas principalmente como seres espirituales *a pesar* de la forma en que otras las percibían. Los sentimientos de muchas donadas probablemente tuvieron un eco en las palabras de la mística Juana Esperanza de San Alberto, una contemporánea de Úrsula y esclava del convento carmelita de Puebla, en México. Cuando se le pidió que se fuera porque las

monjas deseaban llevar una vida más espartana con menos posesiones materiales y esclavos, Juana se resistió diciendo así: «aunque soy negra, soy hermosa, y el poderoso Rey me amó, y me trajo a su Iglesia y me introdujo en este retrete de sus delicias» (Gómez de la Parra, 1992, p. 310).

Aunque las donadas llevaban a cabo tareas asociadas con los rituales, Úrsula siempre se preguntaba en su diario si ellas tenían algún valor religioso significativo. En efecto, San Francisco y el alma de una negra piadosa que había vivido y fallecido en el convento, le dijeron en diversas visiones que las donadas piadosas eran queridas por Dios. Tal vez Úrsula sentía que ellas no eran muy bien consideradas por algunos miembros de la comunidad de Santa Clara. Las preguntas hechas a las candidatas que estaban a punto de hacer sus votos —si las habían pedido en matrimonio, si tenían alguna enfermedad infecciosa, o si deseaban libertad adicional— ciertamente carecían de toda preocupación tangible por las cuestiones espirituales¹¹⁰. Es más, las descripciones de donadas piadosas hechas por los cronistas conventuales no mencionan las exigentes tareas comunales que cumplían repetidas veces. Aunque Úrsula hizo sus votos de donada en 1647, ella siguió trabajando todos los días, ya fuera en la cocina, la sacristía o la enfermería, hasta su misma muerte acaecida en 1666 (véase la figura 5)¹¹¹. Sus tareas asimismo cambiaban de mes a mes y de año a año. En su diario ella reporta haber amasado, cocinado, cuidado del fuego de la cocina, haber servido comida a las monjas en el refectorio, y en cierto momento haber trabajado en la enfermería todos los viernes, cambiando las sábanas y los vendajes¹¹². Aunque tales tareas eran unas faenas penosas, también brindaban otras oportunidades.

¹¹⁰ AAL, SC, VI: 35, «Autos de ... Pascuala del Pulgar», 1642.

¹¹¹ Ella jamás figura como «Úrsula de Jesús» en la tabla anual de oficios colocada cada año por la abadesa para rotar los distintos cargos. Varias «Úrsulas» aparecen, pero todas son monjas de velo negro («madres»), excepción hecha de Úrsula Barba, cuyo nombre solo aparece una vez en la tabla de 1659 asistiendo a la provisora (AAL, SC, X: 35, «Tabla de oficios», 1658). ¿Acaso se trata de Úrsula?

¹¹² ASCL, «Úrsula», 12r.

Mientras Úrsula cambiaba vendajes sucios en la enfermería, veía a los médicos siendo escoltados a este ambiente y a monjas preparadas como enfermeras sangrando y purgando a los pacientes de sus impurezas. Ella observaba y aprendía de las «ensalmadoras» (las que curaban a los enfermos con ensalmos y tendían a curar fracturas) mientras estas asistían en el proceso curativo (Iwasaki, 1994a, pp. 164-166)¹¹³. Tal vez también aplicó los conocimientos aprendidos décadas antes de entrar al convento entre las criollas y mulatas de Lima, célebres por sus poderes curativos¹¹⁴. Las técnicas de curación que aprendió eventualmente le permitieron ejercitar su propio progreso espiritual y ganarse una reputación en el convento como ensalmadora. En su diario, Úrsula cuenta haber usado métodos contemporáneos de bañar frecuentemente al enfermo y de proporcionar una serie de remedios con que curar diversas enfermedades. Cuando otros tónicos fallaban, ella ponía sus manos (como una ensalmadora, aunque sin referirse a sí misma como tal) sobre la parte lesionada del cuerpo e invocaba creencias religiosas tales como salmos¹¹⁵. Posteriormente meditaría sobre el valor de la enfermedad como una censura divina, o como un medio de comprender la propensión al pecado. A partir de sus experiencias llegó a ver la enfermedad como una oportunidad de reflexionar sobre las transgresiones pasadas (Iwasaki, 1994a, pp. 159-160, 164; Tardieu, 1997, I, pp. 636-637, 644-645; Río Hijas, 1994, pp. 574-577; «Úrsula», ASCL, 28v.).

¹¹³ Citando la *Reprobación de las supersticiones* de Pedro Ciruelo, el historiador español Sebastián Cirac Estopañán define a los ensalmadores como aquellos que «pretendían curar las llagas y heridas “y otras cosas sobre que suelen entender los cirujanos”» (Cirac, 1942, p. 99).

¹¹⁴ 40% de las mujeres de Lima acusadas de brujería entre 1571 y 1702 fueron mulatas libres (Tardieu, 1997, I: pp. 72-80). Los donados mulatos Martín de Porras y Juan de la Cruz fueron ambos barberos y ensalmadores en Lima.

¹¹⁵ ASCL, «Úrsula», 47v.



Figura 5. Vista de la cocina en donde Úrsula y otras esclavas y sirvientas pasaban buena parte de su tiempo. Fotografía de Juan Manuel Merino Medrano.

Al igual que otras donadas, Úrsula cambiaba los vendajes de los enfermos y limpiaba las acequias. Pero ella toleraba las tareas repulsivas y humildes porque se sentía protegida por seres espirituales, en particular por la Santísima Virgen. La vida de Úrsula tomó un curso diferente luego de que casi encontrara la muerte al caer en el profundo pozo comunal y de ser salvada por el escapulario de la Virgen del Carmen (una aparición específica de la Virgen María). Esta «señal»

del favor divino le ganó el respeto de algunas monjas, quienes ahora la veían como una bendita hija de Dios¹¹⁶. También comenzó a tener visiones. La mayoría de ellas consistían en almas del purgatorio que le comunicaban sus penas, con la esperanza de que pudiera convencer a Cristo o a María de que tuvieran compasión y disminuyeran la sentencia de aquellas ánimas atrapadas en este tortuoso hábitat. Con el paso de las décadas, Úrsula se familiarizó con el mundo interno de las monjas vivas y muertas de Santa Clara. Ella recibía apariciones de sacerdotes que revelaban sus diversos pecadillos, entre ellos uno que sostenía estar cumpliendo la pena por sus «ociosidades» en la reja cercana al coro¹¹⁷. Los espíritus de sirvientas o criaturas afro-peruanas se le aparecían para narrar las graves enfermedades y el trabajo excesivo que habían soportado. Con el paso del tiempo, la capacidad redentora de Úrsula despertó un tremendo respeto en la comunidad conventual, en parte porque para el siglo XVII, la preocupación por el ámbito del purgatorio y la conciencia del mismo era preponderantes en el mundo católico de la temprana Edad Moderna.

**«EN LA TUMBA PUEDO HABLAR A TRAVÉS DE LAS PIEDRAS»:
EL PURGATORIO Y LA PERCEPCIÓN POPULAR DEL MAS ALLÁ**

Para la temprana Edad Moderna, la mayoría de los católicos creía que solo las almas más inmaculadas ascendían directamente al paraíso; la mayoría se resignaba a pasar algún tiempo en el purgatorio¹¹⁸. La idea de este lugar, desarrollada gradualmente en el transcurso del periodo medieval, presuponía la aceptación de una vida en el más allá.

¹¹⁶ El excelente artículo de Asunción Lavrin, 1999, pp. 234 y ss, examina las «señales» como una característica importante de la espiritualidad del siglo XVII, y como un espacio para las mujeres de color.

¹¹⁷ ASCL, «Úrsula», 16r.

¹¹⁸ John Donne, *Devotions on Emergent Occasions* (1623-1624), citado en Greenblatt, 2001, p. 40).

También comprende un interludio temporal en cuyo transcurso cada alma quedaba envuelta en un juicio que luego implicaba un tipo y monto específicos de castigo y purificación en un lugar denominado «purgatorio»¹¹⁹. Cada ánima (un alma en pena) sabía que su estadía era temporal y que el «tiempo» pasado en él variaba de varias horas a siglos, dependiendo de la seriedad y de la cantidad de transgresiones cometidas¹²⁰.

El purgatorio funcionaba como una dimensión paralela de la «realidad» terrena, pues las nociones de juicio y castigo correspondían directamente a las ideas del libre albedrío y la responsabilidad individual por la conducta (Martínez Arancón, 1987, pp. 68-69). Muchos despertaban una vez en el purgatorio, como si su vida hubiese sido un sueño. Veían sus horas dilapidadas y los actos de egregia locura dilapidados en juegos, chácharas inútiles o pecadoras indulgencias. Esta conciencia constituía una etapa inicial de su purgación, junto con el conocimiento de que los pecados podrían haberse expiado con la oración, la contrición y las buenas obras. Algunos sufrían, en consecuencia, un dolor emocional debido a su separación —temporal— de Dios (la «pena de daño»). Sin embargo, la inmensa mayoría de los pecadores alcanzaba la pureza a través de un tipo de cuerpo inmaterial, experimentando un tremendo dolor físico (la «pena de sentido») que

¹¹⁹ Para las concepciones del purgatorio existentes en la temprana Edad Moderna véanse Díaz, 1588; Andrade, 1600; Roa, 1630a; Boneta y Laplana, 1699. Jacques Le Goff, 1984, pp. 3, 5, sostiene que este concepto había quedado consolidado para el siglo XII. Sigue debatiéndose si la doctrina del purgatorio, y sobre todo su «especialización», experimentó una «evolución equívocamente simple». Muchos medievalistas, entre ellos Barbara Newman, no aceptan las conclusiones de Le Goff. Véase Newman, 1993, p. 90; Edwards, 1985, p. 634; McGuire, 1989, pp. 61-66; Bynum, 1987, p. 399, n. 54. Lo que tenía lugar después de la muerte siguió siendo materia de debate desde el siglo XIII en adelante (Bynum, 1995, p. 279; Koslofsky, 2000, pp. 23-31; Schmitt, 1998, p. 89).

¹²⁰ Técnicamente, el término «ánima» era un alma *en el purgatorio*, aun cuando tanto teólogos como visionarios usaban ambos vocablos como sinónimos.

variaba proporcionalmente al tipo de pecados cometidos¹²¹. Cuando las visionarias se referían a un ánima que «estaba todavía en la carne», querían decir que aquella se les aparecía en su forma terrenal reconocible pero como un cuerpo inmaterial. Esto era porque la mayoría de los católicos creía que si bien el ánima se hallaba en el purgatorio y estaba separada del cuerpo, ella de algún modo permanecía misteriosamente ligada al mundo material hasta alcanzar su realización plena en el momento de la Resurrección, cuando el alma volvería a reunirse con su cuerpo.

Los teólogos y las místicas que tuvieron visiones del purgatorio a menudo describían el proceso purgativo en términos alquímicos¹²². Como un espíritu le dijese a Úrsula, «para ir al cielo, se purificaban las almas con fuego, como el oro; y que avian de estar como un cristal purissimo, y sin pelo alguno, para entrar en la Gloria»¹²³. Otros describían la transformación alegórica del alma en oro puro (Pérez de Montalván, 1972, p. 37; Catalina de Génova, *El tratado del Purgatorio*, p. 80). Brígida de Suecia (1303-1373), una de las santas medievales más célebres, hizo una descripción gráfica de este proceso químico. Encima de la oscuridad del infierno

se encuentra el mayor dolor del purgatorio que las almas pueden sufrir. Y detrás de este lugar se halla otro donde hay menos dolor, que no es otro que la falta de firmeza en la fortaleza. ... El tercer lugar se encuentra encima, donde no hay otro dolor salvo por el deseo de llegar a Dios... como si los otros metales estuviesen mezclados con el oro y quemados en un fuego muy caliente y

¹²¹ Para un examen de los debates teológicos medievales sobre los «cuerpos del alma» véase Bynum, 1995, pp. 281, 283; Martínez Arancón, 1987, p. 78. Gregorio el Grande discutió el tiempo pasado purgando los pecados (véase Atwell, 1987, p. 178). Véase también Pérez de Montalván, 1972, p. 35; Ortiz de Moncada, 1692, p. 18. Para los tipos de pecados véase Santoro, 1586, pp. 48-51.

¹²² La alquimia era una ciencia y filosofía medieval que tenía como objetivo la transmutación de todos los metales no preciosos en oro.

¹²³ AFL, «Vida», 589v.

debieran purgarse tanto, que los otros metales fueran eliminados al refinarlos, y el oro quedase puro y limpio aunque el otro metal fuese fuerte y grueso, de modo que requiriera el fuego más caliente, y el oro era como el agua que corre, y todo quemaba. Entonces el maestro de la obra pone el oro en otro lugar, donde habrá de tomar su forma y cuerpo verdaderos por la vista y el tacto (Brígida de Suecia, 2000, pp. 58-59).

La mayoría de los teólogos creía que el cuerpo alma separado podía experimentar el fuego corporalmente porque se consideraba a éste el elemento purificador más común¹²⁴. La purificación asimismo involucraba la tortura, pero el monto y la intensidad variaban considerablemente. Con todo y como el Padre de la Iglesia Tomás de Aquino (1225-1274) alguna vez señalase, en el purgatorio el dolor más ligero «supera el más grande dolor que pueda soportarse en este mundo»¹²⁵. Las visionarias hablaban de almas sometidas a horrendas atrocidades, entre ellas las temperaturas extremas: pasaban de las llamas que abrasaban a los cuerpos etéreos, a la inmersión en aguas gélidas (Martínez Arancón, 1987, pp. 76-77, 80, 82; Boneta, 1699, pp. 29 y ss; Roa, 1630a, p. 10). Las ánimas experimentaban pestilencias, epidemias o tormentas; algunas se arrancaban los cabellos y hacían crujir sus dientes; otras eran embutidas en cadenas o envueltas por la oscuridad. Aquellas en los niveles inferiores podían escuchar los alaridos de los condenados al ser atormentados incesantemente por los demonios

¹²⁴ Algunos teólogos pensaban que el «alma» tomaba el aspecto del cuerpo terreno, y que sufría castigos y experimentaba el dolor del mismo modo que un cuerpo los sentiría. Así, una sustancia purgativa «quemaba» las penas del cuerpo-alma [*soul body*], purificándolo y preparándolo para el ascenso al cielo.

¹²⁵ Citado en Le Goff, 1984, p. 273. La visionaria italiana María Magdalena Pazzi (1566-1607) encontraba difícil de entender este sufrimiento (véase Biblioteca Nacional de Madrid [en adelante, BNM], Pazzi, *Breve relación de la vida, muerte y milagros de la seraphica virgen y esposa de Christo*, 301r). Louvet (1899) sostiene que de todos los santos, las visiones del purgatorio de Pazzi probablemente son las más detalladas (pp. 73, 118-119, 180, 210).

(Pérez de Montalván, 1972, p. 34). Algunos expertos creían que la tortura podía ser mitigada, permitiéndose a las almas periodos de descanso. La mayoría coincidía, sin embargo, en que el sufrimiento disminuía a medida que el alma que iba siendo purificada se acercaba a Dios.

Los humanos experimentaban el mundo externo a través de los cinco sentidos de la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto; el pecado involucraba abusar de ellos de algún modo (Sebastián, 1981, p. 30). Los teólogos postulaban que después de la muerte, los fenómenos sensoriales mundanos perdían su función «natural» y pasaban a ser instrumentos de tortura en el purgatorio. Es por esta razón que tantos tratados exageraban los sentidos. Las descripciones pintaban cuerpos alma con enormes bocas cavernosas. Unos horribles hedores les acosaban, las pesadillas afectaban su visión, una sed que no podía satisfacerse o un amargo sabor les afectaba el paladar, soportaban una hambre eterna o salían llamas de su boca (Martínez Arancón, 1987, pp. 69-70, 96-98). En una ocasión Úrsula vio las atrocidades infringidas a los ojos de los pecadores:

benian con unos garabatos de yerro y le sacaban los ojos y se los bolbian a encagar y [yo] decía, «creo en el santiçimo sacramento». Deçíanme *Quien pe[n]sais que son esos? Los que en su vida lloraba[n] una lagrima? Los ojos que atenidos a la miçilicordia [sic] de Dios jamas se enmendaron a estos les corto yo el ylo de la vida*¹²⁶.

Algunos teólogos se dieron el trabajo de catalogar los métodos sensoriales de tortura. En Lima, un manual de instrucciones redactado para los alumnos de los jesuitas en el Colegio de San Pablo asociaba cada sentido con una forma diferente de castigo corporal:

La vista es atormentada por la presencia de los demonios y de los otros condenados.
El oído con sus continuas maldiciones y escarnios de los verdugos.
El tacto con increíbles fuegos y los demás espantosos tormentos.

¹²⁶ ASCL, «Úrsula», 38v.

El gusto con un amargor intolerable.
 El olfato con el pestilencial olor de tantos como en él están
 (Martínez Arancón, 1987, p. 99)¹²⁷.

Las descripciones gráficas de la tortura iban asimismo parejas con la discusión de la ubicación del purgatorio y sus rasgos definidores, tanto durante la Edad Media como durante la temprana Edad Moderna. Numerosos textos medievales y tradiciones orales populares giraban en torno a los prototipos del purgatorio. Estas versiones hablaban de peregrinajes, viajes al otro mundo y la aparición de fantasmas o «almas que deambulaban» cerca de los cementerios (Zaleski, 1987; Gardiner, 1989; Díaz y Díaz, 1985; Goldey, 1983, p. 6). A partir del concepto medieval del viaje del alma que comprende un mundo y el otro, y de la personificación de ideales abstractos, la *Embarcação da Glória* de Gil Vicente (1470-1536) detalló el viaje de navíos con pasajeros distinguidos por su profesión y su conducta: de zapateros a arrieros, de asaltantes y blasfemos a matrimonios felices (Vicente, 1995)¹²⁸. Otras insistían en que el purgatorio era el lugar donde la persona había pecado. Los padres de la Iglesia, desde Agustín (354-430) a San Gregorio (m. 385) y San Buenaventura (1221-1274) hasta Tomás de Aquino, reflexionaron sobre la ubicación y las dimensiones del lugar donde podía darse la purgación, así como la naturaleza del castigo luego de la muerte (Le Goff, 1984; Brown, 1985, pp. 447-456; Martínez Gil, 1998, p. 503). Según Hildegarda de Bingen (1098-1179), el purgatorio comprendía las tres quintas partes de la tierra; apenas una alta cadena de montañas separaba el «hedor de los pecados» de la residencia de los mortales

¹²⁷ Martínez Arancón (1608) cita a Arriaga (p. 306). Véase también en los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola (1858), «Ejercicio del infierno».

¹²⁸ La primera edición fue publicada en 1517 con el título *Auto da barca do purgatório*. En el mundo medieval, la personificación de virtudes y vicios servía para explicar cómo era que las personas experimentaban dicha «estación de camino antes de llegar al cielo» (Zaleski, 1987, pp. 68, 72 y ss).

(Newman, 1993). Dante Alighieri (1265-1321), a quien se le considera un visionario «clásico» del purgatorio, creó un «espacio» fantástico que constaba de siete círculos, el uno puesto sobre el otro, los cuales representaban cada uno de los pecados capitales¹²⁹. La circunferencia disminuía al aproximarse a la cima y el alma quedaba más pura. Las versiones medievales del purgatorio de San Patricio presentaban un lugar específico en donde purgar los pecados (Atwell, 1987; LeGoff, 1984, pp. 11, 107-108; Zaleski, 1987, pp. 34-39, 66 y ss). El *Libro de las revelaciones*, de Santa Brígida, describía la que eventualmente sería la concepción estándar de este lugar entre los teólogos: varios niveles que iban desde las regiones más oscuras cercanas al infierno hasta los extremos en el ápice, donde las almas sumamente evolucionadas ya no sufrían el dolor físico pero seguían siendo atormentadas por su sed de ingresar al cielo (Brígida de Suecia, 2000, cap. XVII). Las versiones de la temprana Edad Moderna tendían a situar al purgatorio cerca del infierno, en el centro de la tierra. Las descripciones a menudo aludían a una flora y fauna bizarras, a ríos profundos y lagos húmedos y pestilentes, o a extrañas bestias y a demonios que gimoteaban y a sus gemidos, rebuznos, y rugidos o extraños sonidos guturales¹³⁰.

A lo largo del periodo medieval y de la temprana Edad Moderna, algunos describieron diferentes senos (cavidades) correspondientes a una taxonomía de vicios y ocupaciones. Por ejemplo, la mística medieval sajona Hildegarda de Bingen vio almas empapadas en amargura, y a quienes «habían elegido la gula de la panza» ardiendo en fuegos de diversos colores. Para el pecado de la envidia,

¹²⁹ Sobre el castigo en el lugar donde se pecó véase Carrillo, 1601, p. 49.

¹³⁰ Véase Roa, 1630; Serpi, 1611; Martínez Arancón, 1987, pp. 104-105. Los viajes astrales de la mística española del XVII María de Agreda (1602-1665) —una monja que se escribía regularmente con el rey Felipe IV (1621-1665)— detallan las dimensiones precisas del infierno, el purgatorio y el limbo. Sobre ella véase BNM, Agreda, «De la redondez de la tierra y de los abitadores della», Ms. 9346, 7-8.

vi una gran montaña con una cueva repleta de fuego y brea ardiente. Había un montón de víboras arrastrándose por la montaña y la cueva tenía una boca pequeña por la cual las almas entraban y salían. Además, cerca de esta montaña había una nube tremenda de gran espanto, que tenía a otra nube feroz encima suyo, repleta de escorpiones. Las almas de quienes habían sudado con el odio de la envidia mientras estaban en vida eran retorcidas por estos tormentos (Hildegarda, 1994, pp. 105, 107, 155).

En Lima, en el siglo XVII, la clarisa Marceliana de Carvajal vio los sufrimientos de comerciantes codiciosos, parejas lascivas, monjas glotonas y personas blasfemas. En una ocasión vio una mesa en llamas donde se sentaban los tahúres, cada uno de ellos con un diablo a su lado animándole a ganar, sabiendo muy bien que

Así entretenidos perdían su hacienda, y el tiempo, lo que padecían era intolerable tormento, porque cogían con la boca brasas de fuego; y se le dio a entender, era por los juramentos, y votos que echaban en las ocasiones de juego; las bocas tenían hinchadas las lenguas de fuera denegridas; los demonios que los apadrinaron en el juego les daban fuertes golpes en los dientes, padeciendo intensísimos dolores¹³¹.

Úrsula también vio horrendas atrocidades, entre ellas demonios que echaban paladas de brea en la boca de «los bagamundos que pasaron su vida en plaseres, los mentirosos, glotonos, los que nunca se supieron dejar, los bengatibos, desonestos, y [los] que no temían a Dios»¹³².

Aunque raras durante la Edad Media, las apariciones de los difuntos se incrementaron proporcionalmente después de 1550, a medida que la creencia en el purgatorio crecía y que la Iglesia Católica la aprovechaba (Schmitt, 1998, 5 y ss). Para el siglo XVI, el temor al demonio promovió la publicación de manuales que ayudaban a los lectores curiosos a

¹³¹ AFL, «Marceliana», 360r.

¹³² ASCL, «Úrsula», 42r.

distinguir entre los fantasmas auxiliares y los demoníacos (Martínez Gil, 1998, pp. 506-507; Horozco y Covarrubias, 1588, p. 34). Para los vivos, la experiencia de la comunicación con los prisioneros torturados en el purgatorio variaba. A algunas almas se las podía oír haciendo ruidos raucos, cacofónicos y perturbadores, en tanto que otras efectivamente se aparecían en una «forma» reconocible. Esto avisaba al vidente de la presencia de una «visita» inesperada y le aseguraba que se trataba de la difunta alma de un ser amistoso. Francisca del Santísimo Sacramento (1561-1629), una célebre mística hispana, buscó explicar cómo y por qué era que los muertos se aparecían:

Las almas siempre que se aparecen, es con algunas reservas, y prevenciones antecedentes. Primero hazen ruido, despues se aparecen como sombras, luego mas claro: ultimamente del todo. Es para que los que han de socorrerlas, y padecer la vision, pierdan el miedo (Palafox y Mendoza, 1661, p. 37 y ss).

Para Úrsula, algunas almas conservaban su «forma» humana y eran reconocibles por su semblante o por vestimentas que las delataban. A otras solamente las percibía audiblemente, o estaban envueltas en una sombra oscura. Cuando veía estas figuras Úrsula a menudo sospechaba que se trataba de una visión inspirada por el demonio, en especial cuando se veían como si hubiesen sido desenterradas¹³³.

A lo largo de los siglos, los teólogos gastaron bastante tinta en intentar determinar las distintas dimensiones teológicas, geográficas y sociales del purgatorio. Ellos determinaron cómo ayudar a las ánimas concediendo indulgencias, solicitando misas o dando limosnas. Y sin embargo, este lugar siguió siendo nebuloso e impreciso; su atractivo creaba espacios comprensibles y fantásticos, y «eventos» que captaron la atención de los místicos, los seculares y los padres de la Iglesia durante

¹³³ ASCL, «Úrsula», 51r. Manescal distingue entre aquellos que hablan y son «inquietos y temerosos» (posiblemente influidos por el demonio), y los que son «consolados y quietos» (y provienen de Dios) (Manescal, 1611, p. 182).

siglos (Greenblatt, 2001, p. 33). Una vez que la sesión veintitrés del Concilio de Trento (1545-1563) confirmó formalmente su existencia, así como la capacidad de los vivos para intervenir a nombre de los difuntos, los teólogos de toda Europa comenzaron a citar y debatir las explicaciones encontradas en los textos medievales. En consecuencia, los tratados dedicados a este tema proliferaron. Por toda la Europa católica se dio una «edad de oro del purgatorio», a medida que las ideas impresas en estos textos novedosos llegaban a un público seglar que hacía tiempo estaba familiarizado con estas discusiones (Nalle, 2001, p. 191)¹³⁴. Un material rico como este se convirtió en el maná de las obras literarias y teatrales¹³⁵. Las gráficas descripciones de los tormentos del infierno y del purgatorio encontradas en los manuales de devoción, fueron un tema favorito para los predicadores que buscaban jugar con las emociones humanas del temor y la moralidad (Eire, 1995, p. 173)¹³⁶. Los sermones también aprovecharon los mitos del popular santo valenciano Vicente Ferrer (1350-1419), quien era conocido por haber liberado a su hermana de su encierro en el otro mundo, y a quien se consideraba el mensajero de la penitencia de Dios para prepararse para el juicio final; también alababan las virtudes del santo italiano Nicolás de Tolentino (1245-1305), conocido por ayudar a las ánimas del purgatorio¹³⁷. Las representaciones visuales de santos rescatando a

¹³⁴ Personas de toda la España medieval narraban relatos de viajes al más allá (véase Díaz y Díaz, 1985).

¹³⁵ Véanse, por ejemplo, las obras de Calderón de la Barca. La publicación de la *Vida y purgatorio del glorioso San Patricio* en 1628, por Juan Pérez de Montalbán, dio lugar a una obra teatral popular sobre el mismo tema de Lope de Vega (Martínez Gil, 1998, p. 274).

¹³⁶ Véanse, por ejemplo, Díaz, 1588; Roa, 1630a; Venegas, 1553; Martínez Arancón, 1987, pp. 58-59.

¹³⁷ BNM, «Petición», Leg. 4467, no. 19. Sobre San Nicolás de Tolentino véase Martínez Gil, 1998, pp. 275-276; y BNM, Memoria de las misas que en sus testamentos y por las animas de Purgatorio y por negocios grandísimos a devociones particulares se dicen, ms. 18728, no. 9, 42r-44v. En un caso, un testigo en la causa seguida por la Inquisición contra la beata Juana Bautista reportó que su primer esposo se le había

los espíritus asediados del purgatorio pasaron a ser un tema popular de los frescos y las pinturas de altar de toda Europa¹³⁸.

El culto de los santos se desarrolló en forma paralela a la creciente preocupación que los mortales tenían de enfrentar el juicio, o la partida de sus seres queridos. Después del Concilio de Trento, los vivos eligieron cuidadosamente entre el cuadro de seres espirituales del cielo en pos de la ayuda extra necesaria para salvar su propia alma de los fuegos del purgatorio, o disminuir la estadía de quienes ya se encontraban allí. Las apariciones de almas o fantasmas, que hacía tiempo eran comunes, tuvieron ahora un objetivo adicional (Schmitt, 1998)¹³⁹. Los ángeles ayudaban a los vivos, al igual que ciertos santos. La Virgen fue vista como la más eficaz embajadora de las almas a partir del siglo XIV, cuando Santa Brígida habló de María, la Reina Celeste, como una importante intercesora (Brígida de Suecia, pp. 42, 54; Ortiz de Moncada, 1692, p. 161). Como recurso adicional, las personas penitentes buscaban a religiosas dotadas de los poderes de la intercesión para que sirvieran como canales celestiales pues podían consultarlas personalmente, y estas últimas podían reportar lo que sucedía en el más allá a las personas por las cuales estaban preocupadas.

Esta conexión vital entre los habitantes del mundo de los espíritus y el de los vivos puede parecer extraña, pero en el periodo medieval los muertos constituían una parte integral de la «vida». Se les consideraba un «grupo de edad» activo que fomentaba un sentido de cohesión

aparecido unos cuantos días después de fallecer, reprochándole porque no se había cumplido su pedido de que se le dijeran misas a San Vicente Ferrer a nombre suyo (AHNM, Inquisición, Toledo, Leg. 114, exp. 9, 1636, «Juana Bautista», 27v). Véase también BNM, ms. 18728, no. 9, «Juana Bautista». Para Vicente Ferrer véase también Louvet, 1899, p. 176; y Martínez Gil, 1998, pp. 220-221.

¹³⁸ Para las pinturas de Nicolás de Tolentino véase Tollo & Bisacci, 1999, p. 70: una pintura de Ignoto Marchigiano del temprano siglo XVII; una en el altar de la iglesia agustina de Matelica; y una pintura de la Virgen del Carmen con Nicolás de Tolentino de Ignoto (1680-1690).

¹³⁹ Véase también Manescal, 1611, p. 160 y ss Deseo agradecer esta referencia a William Christian. Véase también Koslofsky, 2000, p. 26; Carrillo, 1601, pp. 83, 88 y ss

social (Geary, 1994, p. 78). Para la temprana Edad Moderna, la muerte cumplía aún menos el papel de frontera entre los vivos y los difuntos, y la existencia del purgatorio significaba que los seres amados podían «extender» la vida de los fallecidos y ayudar a que intervinieran a su favor (Le Goff, 1984, p. 233; Martínez Arancón, 1987, p. 58). Los miembros de la familia expresaban su preocupación, su amor y respaldo hacia quienes se encontraban en el más allá con sus oraciones y sus pedidos de misas (financiadas por los difuntos en sus testamentos), o bien ayunando, comprando indulgencias, participando en cofradías dedicadas a tales causas o dejando legados testamentarios (Gómez Nieto, 1991a, p. 70; Barriga Calle, 1992, pp. 81-102). Tales actos servían como una forma de «intercambio» social, en el sentido de que los vivos creían que sus esfuerzos podrían alcanzar dos objetivos: podían aliviar el sufrimiento de sus seres amados en el purgatorio y disminuir su estadía allí; y su caridad podría eventualmente ser beneficiosa para su propia causa (Davis, 1977; García Fernández, 1996, p. 90).

El temor asimismo desempeñaba un papel decisivo. La idea de medir el valor de un alma abarcaba toda la gama de las emociones humanas: incluía el temor, la esperanza, el egoísmo, el altruismo, el castigo y las nociones del pecado y la salvación¹⁴⁰. Pocos gozaban con la perspectiva de ingresar a un estado de pasivo sometimiento al juicio de Dios; por lo tanto, el temor se convirtió en el *modus vivendi* de muchos que deseaban evitar verse en el infierno rodeados de demonios (Martínez Arancón, 1987, p. 72). Semejantes argumentos ciertamente proporcionaron un arsenal intelectual para los reformadores católicos que intentaban eliminar el pecado, pero no cabe duda de que en el siglo XVI la preparación para la «buena» muerte —lo que usualmente involucraba el pago de grandes sumas de dinero para indulgencias, misas, capellanías o dejar testamentos— se hizo una práctica más

¹⁴⁰ Los protestantes sostuvieron que inculcar deliberadamente el temor del purgatorio en la sociedad secular simplemente incrementaba las ganancias pecuniarias debidas a los pagos por misas, indulgencias y derechos de entierro (Marshall, 1997, pp. 152-153).

popular (García Cárcel, 1990, pp. 135-136; García Fernández, 1996, pp. 68-72; Ariès, 1981; Vovelle & Vovelle, 1970). La propagación por todo el imperio hispano de una traducción al español de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola (1613), que incluía meditaciones sobre la muerte y el más allá, tuvo un tremendo impacto en todo el mundo (Loyola, 1858)¹⁴¹. Para Loyola, la imaginación servía de elemento disuasorio contra el relajamiento moral y como la principal herramienta de meditación con que evocar las llamas, lamentos, hedores e intensidad emocional de la vida en el infierno.

La preparación para una «buena muerte» asimismo implicaba la preparación de un testamento, especificando las oraciones y misas a decirse por los difuntos. La gente creía que los rituales de entierro correctos, entre ellos el vestir el cadáver con el hábito religioso de una orden particular, rodearlo con velas encendidas, incienso, pan y vino, y la práctica de dar limosna a una causa de caridad, aseguraban el acceso al paraíso el día del juicio final (Díaz, 1588; Ariès, 1981, p. 31)¹⁴². Para el siglo XVII, los servicios ofrecidos a nombre de los muertos habían sido reglamentados y sistematizados por la Iglesia. De ellos, las misas fueron los más diferenciados y focalizados: iban desde misas para las «ánimas solas», parientes específicos, o aquellos que

¹⁴¹ En particular los capítulos «Ejercicio de la muerte», «Segunda parte del ejercicio de la muerte», «Ejercicio del juicio universal» y «Segunda parte del juicio universal». Ya en 1549 el jesuita Manuel da Nóbrega llevaba a cabo «disciplinas» públicas en Bahía para los que se hallaban en pecado mortal y las ánimas del purgatorio (carta de Manuel da Nóbrega al P. Simão Rodrigues, Bahía, 9/VIII/1549; Leite, 1951, I, p. 131). En Lima, la preocupación jesuita con «la buena muerte» fue particularmente fuerte y la *Regla* de Juan Alfonso Polanco circuló ampliamente (Iwasaki, 1995, p. 230).

¹⁴² Con respecto a las limosnas a los pobres en Galicia véase Poska, 1994, pp. 99 y ss. Para los rituales de la muerte en Castilla, Segovia y Madrid en los siglos XV y XVI véase Gómez Nieto, 1991a, pp. 62-70. Sobre los preparativos para una buena muerte en Castilla véase García Fernández, 1996, pp. 68-72 (su estudio también abarca el siglo XVIII). En torno a la comida, vino y cera dejados en la tumba el día de Todos los Santos véase Rábade Obradó, 1989, p. 447. Para el vestir con un hábito religioso véase Martínez Gil, 1998, p. 268; Poska, 1994, p. 101. La práctica de vestir al cadáver con vestimenta religiosa perduró hasta el siglo XVIII (García Fernández, 1996, pp. 218-219).

más sufrían en el purgatorio¹⁴³. La respuesta fue entusiasta incluso a nivel del imperio español. En 1624 el rey Felipe III escribió al Papa Urbano VIII solicitando que los sacerdotes y frailes de su imperio pudieran decir tres misas conmemorativas el Día de los Muertos¹⁴⁴. Había volantes que explicaban cómo dejar legados en los testamentos, o cómo solicitar misas a nombre de santos conocidos por ayudar a las ánimas del purgatorio¹⁴⁵. Los donativos a obras e instituciones piadosas y de caridad, que se creía reducían el tiempo en el purgatorio, se incrementaron (Gómez Nieto, 1991a, p. 70; García Fernández, 1996, p. 295), en tanto que las indulgencias papales proliferaron, al igual que los tratados que buscaban explicarlas (Ortiz de Moncada, 1692, pp. 198-203; Carrillo, 1601; Cruz, 1631).

La obsesión con el purgatorio también viajó al «nuevo» mundo con los primeros colonos en el momento en que iba alcanzando un nuevo pico en la Europa católica del siglo XVI. Para la siguiente centuria había alcanzado un tempo febril en Lima, la capital virreinal. Al igual que en la Europa católica, donde el tañido de las campanas indicaba el paso de un ánima de un ámbito al otro, así también en Lima, cada noche las campanas sonaban a nombre de las almas de los difuntos (el «toque de ánimas»), en tanto que las cabezas se inclinaban en oración. Durante un breve lapso, los toques timoratos y las plegarias murmuradas unían a los fieles vivos con las ánimas incorpóreas¹⁴⁶. Los habitantes de Lima

¹⁴³ BNM, «Petición», Leg. 4467, no. 19. Véase también Santoro, 1586; Carrillo, 1601; Ortiz de Moncada, 1692; Pinelli, 1757; Cruz, 1631; Roa, 1630 a y b. Michel Vovelle llama al siglo XVII europeo el «gran siglo» del purgatorio (Vovelle & Vovelle, 1970, p. 308). Para Portugal véase Abreu, 2000; y Araujo, 1998.

¹⁴⁴ AMAE, Carta, rey Felipe III al Papa Urbano VIII, 1624, Santa Sede (Culto), Leg. 151, no. 189.

¹⁴⁵ Específicamente los santos Gregorio, Vicente Ferrer o Nicolás de Tolentino. Véase AHNM, Inquisición, Leg. 4467, no. 19, «Petición», 1622. Fray Pedro de Valdivia solicitó permiso para reimprimir la *Memoria de misas* (impresa en Zaragoza en 1616, por Luis Sánchez) y llevar copias a Chile.

¹⁴⁶ Sobre España véase Poska, 1994, p. 96 y ss; sobre Portugal véase Goldey, 1983, p. 4; para Lima consúltese Barriga Calle, 1992, p. 96.

también cuidaban de sus muertos en otras formas más materiales. Las evidencias sugieren que los grupos corporativos y las personas invirtieron activamente grandes cantidades de capital en el más allá, y que un número creciente de cofradías —a nivel metropolitano y parroquial— estaba dedicado a salvar almas del purgatorio (Ramos, 2010, p. 185). Por ejemplo, la Capilla de las Ánimas de la Catedral era obviamente considerada un altar privilegiado, porque cada año se decían tres mil misas por las ánimas del purgatorio (Echave y Assu, 1688, pp. 72-75; Cobo, 1956-1964, II, pp. 394, 455)¹⁴⁷. En 1616, los integrantes de la Cofradía de las Benditas Ánimas del Purgatorio —de la Catedral— solicitaron al Papa indulgencias especiales para las misas de difuntos¹⁴⁸. Hasta las monjas de Santa Clara fundaron capellanías, o fondos que cubrían las misas a decirse por un sacerdote particular para beneficio de las ánimas torturadas. En 1644 María Magdalena Vélez Roldán, la abadesa de Santa Clara, fundó una capellanía para que dijera ochenta misas cada año por las ánimas del purgatorio¹⁴⁹. En Santa Clara, además, había por lo menos dos cofradías para los difuntos, la de Nuestra Señora del Carmen (conocida por sus poderes redentores), que Úrsula fundara, y la de las Ánimas Benditas (del purgatorio).

APÓSTOLES DE LOS DIFUNTOS: LA INTERCESIÓN FEMENINA EN LA EDAD MEDIA

Aunque San Patricio y Dante Alighieri viajaron metafóricamente al purgatorio, el trabajo de intercesión a nombre de los muertos hacía tiempo era considerado una responsabilidad femenina¹⁵⁰. Se le consideraba una extensión natural del cuidado que las mujeres daban al

¹⁴⁷ Poska examina «altares privilegiados» en Galicia, en donde los testadores solicitaban misas para las ánimas del purgatorio (Poska, 1994, p. 107).

¹⁴⁸ AAL, «Autos seguidos», 1616, Cofradías, Leg. XXXVI: 6.

¹⁴⁹ AGNP, Protocolos, «Fundación de capellanía», 1645, Sebastián Muñoz, 1643-1645, (febrero-marzo 45), no. 1192; AFL, «Vida», 594v. Véase también Boneta, 1699, p. 187.

¹⁵⁰ El término «apóstoles de los muertos» fue tomado de Newman, 1995, p. 109.

cadáver y de su llanto y duelo por la ausencia de los seres queridos (Bloch, 1982, pp. 215, 226). Con el parto las mujeres traían la vida al mundo; también ayudaban a los agonizantes a efectuar la transición al más allá. La medievalista Barbara Newman sostiene que las mujeres fueron las «parteras en el nacimiento del purgatorio» (que tuvo lugar mucho antes del siglo XII), y que las nociones femeninas de la piedad dieron forma a las conceptualizaciones de este ámbito fundamentalmente redentor y punitivo¹⁵¹. Caroline Bynum Walker enfatiza el *sufrimiento* como el principal *modus operandi* de las místicas de este periodo, para quienes el «purgatorio no era principalmente un espacio físico en algún lugar o un complemento lógico del cielo y el infierno; simplemente *era* sufrimiento —un sufrimiento redentor— que a la vez era el de Cristo y el de los pecadores» (Bynum, 1987, p. 120). Podemos encontrar evidencias de ambas posiciones en la obra de la mística medieval sajona Hildegarda de Bingen (escrita entre 1158 y 1163), que fusionó las narrativas populares de las visiones del otro mundo con una práctica de penitencia formalizada. Entre otros notables talentos, ella contribuyó una teología original de la penitencia, la purgación y los sufragios (rezos intercesores) (Newman, 1993, pp. 91-93; Dronke, 1992, p. 179).

Con el tiempo se fue generando un impulso que influiría en los místicos durante siglos por venir, ya fuera en el monasterio sajón de Helfta, en los beguinazgos de los Países Bajos o en las calles italianas donde caminaban las terciarias franciscanas¹⁵². Algunas de las intercesoras medievales excepcionales fueron las ya mencionadas Hildegarda de Bingen (1098-1179), así como Cristina la Admirable

¹⁵¹ Véanse los dos artículos maravillosos de Newman (1993 y 1995).

¹⁵² Los beguinazgos albergaban a beguinas en el norte de Francia, los Países Bajos, Suiza y Renania. Las beguinas seguían una vida casta y pobre y se dedicaban a la caridad, dando servicios tales como cuidar de los enfermos, los necesitados y los analfabetos. Las terciarias (en España se las llamaba beatas) también vivían en el mundo pero estaban separadas de él, estaban asociadas con una orden mendicante (los franciscanos, a menudo) y también seguían vidas austeras, penitentes y hacían caridad.

(Mirabilis) (1150-1224), Santa Lutgarda (1182-1246), Gertrudis de Helfta (1256-c. 1302), Brígida de Suecia (1303-1373), Ángela de Foligno (1248-1309), Liduvina (1380-1433), Catalina de Siena (1347-1380) y Catalina de Génova (1447-1510). Su comprensión teológica del purgatorio, la piedad purgativa y la intercesión a favor de las ánimas tuvo un impacto significativo sobre la comprensión del más allá en la temprana Edad Moderna.

Estas mujeres llevaron a cabo una feminización de la piedad purgativa por diversas razones. Para empezar, la mayoría de las autoridades eclesiásticas consideraba que la intercesión era una experiencia contemplativa segura, que fluía naturalmente de la función de la oración. Pero ella involucraba algo más que el rezo. En efecto, ella significaba ganar autoridad como una dadora de limosnas espirituales que ayudaban a los «difuntos necesitados» (McNamara, 1991, pp. 210-213). ¿Cómo fue, entonces, que las mujeres alcanzaron dicha autoridad? Los sacerdotes decían misas de réquiem, la que se consideraba era la forma más eficaz de ayudar a las ánimas del purgatorio; la intercesión femenina servía como un contrapunto a esta forma de dar limosna (Newman, 1995, p. 112). Las mujeres podían liberar almas a través de la oración y solicitando indulgencias o misas, pero encontraron otra forma de suavizar el proceso de purgación. Dado que el sufrimiento corporal tenía un papel tan importante en la cristiandad medieval, las místicas sostuvieron experimentar los pecados de otros en sus propios cuerpos. El «cuerpo» del ánima a menudo semejaba su forma terrenal y las intercesoras medievales se sentían capaces de «conectarse» con él¹⁵³. De este modo, las mujeres cuidaban el cuerpo del ánima del mismo modo que atendían a los cuerpos de los lactantes, los enfermos y los moribundos. Semejante generosidad presumiblemente

¹⁵³ Siguiendo la lógica de Tomás de Aquino, Caroline Bynum afirma que la creencia era que el alma daba cuenta de la «existencia» [*whatness*: ¿qué-es-idad?] del cuerpo y que cualquier otra materia existente al final de los tiempos sería un alma reunida con su cuerpo inmaterial (Bynum, 1989, p. 192 y ss, 195 y ss).

atrajo una entusiasta «clientela» y produjo la liberación de miles de prisioneros torturados. Cristina la Admirable, una seglar del siglo XIII, es probablemente el ejemplo más espectacular de cómo el cuerpo podía purgar los pecados de ánimas desconocidas. A nombre de las almas atormentadas, Cristina se metió en fieros hornos, saltó en calderos y se arrojó en aguas punzantemente heladas, saliendo siempre ilesa (Petroff, 1986, p. 184 y ss).

Lutgarda de Aywieres, otra prominente mística medieval, ayudó a liberar las asediadas almas del purgatorio subsistiendo a pan y cerveza durante siete años, y mediante sus tiernas súplicas a Dios (Cantimpré, 1987, pp. 28-32)¹⁵⁴. Sin saberlo, ella empoderó a las mujeres al demostrar que tenían la capacidad de trabajar solas o con seres celestiales para liberar a los muertos del purgatorio. Con el permiso (y la intervención) divino, las místicas podían conseguir la autoridad necesaria para asumir un papel redentor (Newman, 1995, p. 119). Para Lutgarda y otras que creían en sacrificar sus cuerpos, el dolor servía como una forma de capital espiritual que asimilaba la Pasión de Cristo con la agonía purgativa (Bynum, 1987, p. 171). Gertrudis de Helfta, otra santa que posteriormente fue popular entre las visionarias de la Lima del XVII, forjó un vínculo entre la devoción eucarística y la oración, pues creía que podía liberar a las almas concentrándose en la Eucaristía y rezándole a las cinco heridas de Cristo para sí ayudar a sus compañeras monjas a escapar de las llamas del purgatorio (Gertrudis, 1604, pp. 247-238; Andrade, 1663, pp. 234-237). Como visionaria, ella describió a los vivos las limosnas, sufragios y misas necesarias para consolar y aliviar a sus seres amados en el más allá (Newman, 1995, p. 118). Sus visiones asimismo le hicieron comprender que ciertos pecados provocaban formas particulares de castigo. En una ocasión vio

¹⁵⁴ Newman (1993, p. 95) dice que Tomás de Cantimpré (1201-1272), un profesor dominicano de teología en Lovaina, defendió a las visionarias que salvaban almas del purgatorio, en especial donde habían conventos cistercienses. Las beguinas continuaron luego esta tradición.

a una compañera difunta con un vestido blanco que había sido clavado. Gertrudis comprendió que esta simbología significaba que la vanidad de su amiga le impedía ascender al cielo, pues había aceptado obsequios mientras estaba enferma y guardaba cama. Gracias a las oraciones de Gertrudis, ella quedó libre de las consecuencias de su vanidad (Andrade, 1663, p. 238).

Las visionarias italianas —las terciarias franciscanas en particular— desempeñaron un papel de liderazgo crucial dentro de sus comunidades y contribuyeron activamente a la «feminización de la santidad», que enfatizaba la diferencia entre el amor y el conocimiento intelectual (Vauchez, 1991, pp. 172, 225, 227 y ss; Petroff, 1990a, pp. 20, 115). Al igual que Hildegarda, Brígida y Lutgarda, sus hermanas italianas comprendieron que los pecados debían ser purgados, pues de lo contrario se seguirían ciertos castigos. Ángela de Foligno (1248-1309) enfatizó la purgación en vida y esbozó los pasos necesarios para que el «fiel seguidor de Cristo» limpiara el cuerpo de los pecados y eliminara «el vanidoso adorno y la atención excesiva prestada a los cabellos o el rostro; negara aquellos pies que danzaban; o castigara a las manos que codiciosamente deseaban un objeto». En última instancia, ella creía que un alma viva podía alcanzar la iluminación o pureza espiritual (Ángela de Foligno, 1618, pp. 112-117). A través de sus visiones y meditaciones, la terciaria franciscana laica Margarita de Cortona (1247-1297) perfeccionó la noción de que «así como las celdas de los frailes están separadas», así también algunas almas se purificaban en total oscuridad, y otras en aguas boreales o fuegos hirvientes (Cortona, 1883, p. 241).

Estas visionarias no solo tomaban el sufrimiento de otros y comunicaban las necesidades de los muertos a los vivos, sino que además sus propias «almas» ayudaron a delimitar la topografía del purgatorio. En sus viajes astrales ellas meditaron sobre su ubicación exacta, «observaron» sus feroces cavidades, vieron a la tierra comportarse como una inmensa boca cavernosa que se engullía a las víctimas pecadoras,

«sintieron» lóbregos lagos y cañadas, y vieron la flora y fauna más bizarra. Se dice que Santa Liduvina, que era de Schiedam, en Holanda, frecuentemente viajaba al purgatorio en espíritu junto con su ángel de la guarda, y que allí vio numerosas almas repartidas en distintas zonas según sus pecados (Bynum, 1987, pp. 127, 353, n. 67). Las simples y sobresalientes *Revelaciones* de Brígida, la santa itinerante sueca del medioevo, contienen imágenes del juicio, el purgatorio y diversas formas de castigo.

Profundamente influida por las misiones espirituales y políticas de Brígida, Catalina de Siena (1347-1380) ordenó a su secretaria que le transcribiera una copia manuscrita en dos volúmenes de las *Revelaciones* (Holloway, 2000, p. 22). Catalina asimismo tuvo un tremendo impacto: sus escritos ayudaron a codificar aún más las prácticas de intercesión femenina de vieja data y una serie de hagiografías que trataban su santa vida, entre ellas una escrita por el cardenal español Francisco Jiménez de Cisneros (1437-1517), ayudaron a promover su culto y sus virtudes santas por todos los reinos hispanos (Huerga, 1969; Jiménez de Cisneros, 1512). Además, una biografía de Catalina escrita por Raimundo de Capua, su confesor, también circuló ampliamente en Lima; en efecto, una monja limeña del siglo XVII compiló sus propias visiones místicas basadas en parte en lo que había leído¹⁵⁵. Dada la devoción de Catalina a las ánimas del purgatorio, Cristo le otorgó la capacidad de discernir el estado de las almas a través de sus sentidos corporales y así apresurar su salvación (Raimundo de Capua, 1511). El cuerpo de Catalina se convirtió en una vasija que absorbía el sufrimiento de otras personas, del mismo modo que Cristo había sufrido por todos los pecadores. Su cuerpo era «la antorcha de la *imitatio Christi*» que encendió la idea del cuerpo vivo como un instrumento de trascendencia para las almas de otras personas (Bynum, 1987, p. 171; Petroff, 1990a, p. 164).

¹⁵⁵ AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, fs. 395 y ss, testimonio de Inés de Ubitarte, 1629.

Catalina de Génova (Caterina Fieschi Adorno), otra terciaria italiana, fue reputada como santa mientras vivió y compuso un tratado del purgatorio que se concentraba en los efectos positivos de la purgación. Ella sostuvo que una vez que el fuego, los rayos de luz y el relámpago consumían los pecados, las almas podían eventualmente descubrir el «divino rayo»¹⁵⁶. La purgación traía consigo la consumación final y la actualización plena del alma (Génova, 1979, pp. 72, 86)¹⁵⁷. Por último, una mística desconocida del siglo XV desarrolló una compleja teoría sobre los distintos tipos de expiación purgatoria, que incluían un «purgatorio de piedad» en la enfermedad y las desventuras sufridas en vida; un «purgatorio de gracia como fantasma»; y un «purgatorio de «virtud» de honradez, experimentado en las llamas etéreas (Harley, 1985, p. 14)¹⁵⁸.

Estas y otras místicas medievales contribuyeron un conocimiento vivencial y directo del purgatorio, que influyó en los teólogos y las místicas durante siglos, y que llevó a un renacimiento en el siglo XVII, particularmente en Lima. Ellas desarrollaron la idea de que el cuerpo podía reemplazar el sufrimiento de otros como si fuera un instrumento; ellas equipararon el sufrimiento purgativo con la pérdida temporal de Dios (la «pena del daño»); ellas se transformaron en espíritus y viajaron a lugares ignotos y peligrosos, y actuaron como un canal entre los seres celestiales y los vivos. La intercesión femenina no solamente ayudaba a las almas atormentadas, sino que estas místicas también encontraron una forma de fusionar su espíritu con los sufrimientos de Cristo, lo cual les daba una educación «divina» directa y les ofrecía una oportunidad para alcanzar un sentido del poder y la autoridad que

¹⁵⁶ BNM, Catalina de Génova, *El tratado del purgatorio*, no. 10.

¹⁵⁷ Ángela de Foligno enfatizaba la purgación en vida y esbozó los pasos necesarios para que el fiel seguidor de Cristo purificara el cuerpo de los pecados. Ella pensaba que en última instancia, un alma viva podía alcanzar la iluminación o pureza espiritual (Foligno, 1618, pp. 112-117).

¹⁵⁸ Véase también Newman, 1995, p. 119.

en otras circunstancias podría haberseles escapado (García Fernández, 1996, p. 90). Salvar almas del purgatorio era visto como una empresa social, desinteresada y beneficiosa tanto para los vivos como para los muertos, y por sí misma generalmente no era considerada una amenaza por unas autoridades eclesíásticas cada vez más escrupulosas.

LAS VISIONARIAS EUROPEAS Y LATINOAMERICANAS DE LA TEMPRANA EDAD MODERNA

En la Castilla medieval de finales del siglo XV, las «madres de Santa Teresa (de Ávila)» presentaron sus propias versiones del purgatorio, basadas en parte en el conocimiento que recibieran de sus antepasadas italianas y del norte de Europa, tales como Brígida de Suecia y Catalina de Siena¹⁵⁹. Estas «madres» hispanas escribieron sus visiones, afirmando que la voz de Cristo hablaba a través de ellas y experimentaron visiones y arrobamientos libres de traba alguna en una era tolerante y receptiva. Sus experiencias abarcaban desde los encuentros más ortodoxos asociados con la beata María de Santo Domingo (¿1485?-¿1524?), que rezaba regularmente a la Virgen María para inquirir acerca de sus parientes muertos, a las representaciones más pintorescas del purgatorio en los escritos de la terciaria franciscana Juana de la Cruz (1481-1534) (Surtz, 1995, p. 84). Al igual que Catalina de Siena, Juana de la Cruz creía que su cuerpo —y sus sufrimientos— podía servir como un vehículo con que salvar almas pobres (p. 120). En efecto, cada miércoles y viernes ella trabajaba en pro de la liberación de los pecadores invocando la Pasión de Cristo, para así ayudar a liberar las almas del purgatorio. En ocasiones, como ella anotaría en sus escritos, actuó incluso como su corredentora (Surtz, 1990, p. 37).

¹⁵⁹ El término «madres de Santa Teresa» fue acuñado por el investigador Ronald Surtz. Ellas fueron Teresa de Cartagena (1420[?]-[?]), María de Ajofrín, Juana de la Cruz (1481-1534) y María de Santo Domingo (1486[?]-[?]). Véase Surtz, 1995, pp. 2, 11; Serrano y Sanz, 1903-1905; Cartagena, 1993, p. 1, n. 2.

Juana asimismo le asignó a San Francisco un papel principal en la salvación de las almas porque, decía, él había sido lo suficientemente bendito como para recibir los estigmas en su propio cuerpo. En uno de sus sermones por los cuales se hizo célebre, exhortó a las personas a que llevaran túnicas franciscanas para que así ganaran indulgencias para los difuntos¹⁶⁰. Y al igual que otras visionarias, también sufrió tormentos físicos y enfermedades a favor de las almas del purgatorio. Después de estar mal de salud por un lapso que iba de una semana a un mes, veía el ascenso de un alma ahora libre al cielo, en ocasiones con escaleras coloridas, acompañadas por San Francisco¹⁶¹.

Juana de la Cruz es sin duda un extraordinario ejemplo de la continuidad del papel intercesor femenino que se desarrolló entre las visionarias medievales de los siglos XIII y XIV. Ella se comunicaba frecuentemente con Cristo, quien le otorgó el don de redentora participante. Su cuerpo se convirtió en una vasija de sufrimientos: mientras experimentaba los pecados de los demás era atormentada por dolores y torturada por las diferencias extremas en la temperatura. Con todo, ella también contribuyó enfoques originales y únicos del proceso redentor. Juana creía que la purgación de los pecados de las almas difuntas podía tener lugar en la esfera terrenal: esto incluía el lugar donde el pecado había tenido lugar, así como en ríos, hielo e incluso en piedras. Ella aprendió esta lección un día de invierno, cuando fue al río en busca de piedras. Las llevó a su habitación, las calentó en el fuego y luego las colocó alrededor de su cama para sentir algún alivio de la frígida temperatura. Entonces una de las piedras le «habló», preguntándole si había mayor crueldad que el purgatorio

¹⁶⁰ Biblioteca del Escorial [BE], Juana de la Cruz, «El libro del conorte», J-II-18; Navarro, 1659, 371v. El *Libro del Conorte* contiene los sermones y escritos atribuidos a Juana de la Cruz, reunidos a lo largo de un lapso de trece años.

¹⁶¹ BE, Cruz, «El Libro del Conorte», (Sermón) «San Francisco», 369v-374r. Véanse también sus sermones «Las excelencias de los viernes», 236r-254v, y «De las penas del infierno», 402r-409v; Surtz, 1990, p. 151.

(citado en Surtz, 1990, pp. 38, 148)¹⁶². Después de darse cuenta de que las almas podían cumplir su penitencia en piedras comunes y corrientes, las recogía y llevaba a dondequiera que fuera. Estas incluso parecían adherirse a su vestimenta cuando las monjas la cargaban en una silla especial (Juana tenía problemas para caminar). Además de cuidar de las almas de personas atrapadas en piedras, ella pidió y recibió de Dios el permiso para transferir estas mismas almas (algunas de ellas de prominentes autoridades religiosas) a flores y hierbas del jardín del convento, para ayudar a que terminaran de purgar sus pecados. En efecto, varias de las monjas allí presentes le vieron cantar el *Magnificat* a las flores y hierbas que había cortado y colocado en un florero. Las monjas sostenían que al avanzar la melodía, las flores se doblaban y mecían siguiendo el ritmo (Daza, 1611, 97r-100r; Navarro, 1659, pp. 389-392). Cuando Juana llegó al verso «Gloria Patri»,

todos los ramilleteros, y albahaqueros, qual si fueran Religiosos, se inclinaron tan profundamente, que llegaron a tocar con las puntas de las yervas, y flores en el suelo, y en acabando de cantar el verso se levantaron, y quedaron derechos, como antes estaban. Quedaron las Monjas atonitas viendo un milagro tan grande... (Navarro, 1659, p. 392).

Las flores conservaban un aroma agradable incluso después de pudrirse, lo que se explicaba con el hecho de que los ángeles de la guarda

¹⁶² Debido tal vez a lo extraño de su relación, su biógrafo, Antonio Daza, sintió la necesidad de decir lo siguiente: «Una dellas es, que a esta Santa le fue revelado que algunas almas tenían su purgatorio en lugares, fuera del que esta puesto y ordenado de Dios, para que lo sea generalmente de todas las almas que tienen que purgar, como es en ríos, hielos, piedras, y otras cosas como estas. Y aunque es verdad que segun la ley comun y general, todas las almas que tiene necesidad de purgar la pena de sus pecados, van al lugar que para esto esta dentro de las entrañas de la tierra: pero por particular orden y dispensacion divina, muchas vezes tienen su purgatorio fuera de aquel lugar, como es en ríos, en fuentes, en baños, en hielos, como lo escribe el Papa San Gregorio (*Libro de Diálogos*)» (Daza, 1611, 4r-v).

habían acompañado a las almas liberadas al cielo, dejando tras de sí un soplo del agua del paraíso (Navarro, 1659, p. 393).

Aunque las experiencias de Juana de la Cruz, María de Santo Domingo y otras fueron registradas y luego pasadas a la siguiente generación, después de la década de 1520 el respaldo a estas prácticas comenzó, sin embargo, a caer¹⁶³. Al terminar el Concilio de Trento en 1563, las autoridades se esforzaban por desarrollar nociones más claras de la ortodoxia y la heterodoxia, y reiteraban los fundamentos de la Fe católica. Los teólogos distinguían tres tipos distintos de visiones: intelectuales, en donde la presencia de Cristo se percibe pero no se le «ve»; las visiones imaginarias, que se dan a través de los ojos del alma; y las visiones corpóreas que tienen lugar a través de los ojos del cuerpo (Ávila, 1952, vol. 28, p. 4). Los tribunales eclesiásticos y los teólogos estudiaban si las apariciones eran bien intencionadas, o si estaban inmersas en el discurso diabólico, en tanto que los tratados científicos intentaban distinguir las profecías verdaderas de las falsas¹⁶⁴.

Alarmados ante el creciente número de beatas y visionarias en todos los reinos españoles que conseguían el respeto y la autoridad de pobres y príncipes por igual, los inquisidores comenzaron a perseguirlas sistemáticamente a partir de la década de 1520¹⁶⁵. Acusadas de falsa santidad o de herejía (una corrupción de la doctrina católica),

¹⁶³ En 1525 el inquisidor general dio un edicto de Fe que contenía cuarenta y ocho proposiciones contra los alumbrados, a quienes se veía como herejes (véase Hamilton, *Heresy*). Para los efectos que estos cambios tuvieron sobre las visionarias en la España del Siglo de Oro véase Manero Sorolla, 1994, 310 y ss.

¹⁶⁴ El *Tratado de la verdadera y falsa profecía*, de Horozco y Covarrubias fue aprobado y publicado en 1588 como un medio con que contrarrestar lo que era visto como una epidemia de falsas revelaciones. Se consideraba que se trataba de una falsa revelación o de una obra del demonio si un alma difunta deseaba conseguir algo más, fuera de los sufragios para dejar el purgatorio (Martínez Gil, 1998, pp. 506-507; Horozco y Covarrubias, 1588, p. 34; Navarro, 1631, 38r-43r).

¹⁶⁵ Para el atractivo de Sor María de Santo Domingo véase Giles, 1990, p. 37 y ss. Las beatas siguieron floreciendo hasta bien entrado el siglo XVII a pesar de la persecución (Pons Fuster, 1991a).

ellas se vieron sujetas al escrutinio por pretender tener autoridad al ser conductos de lo divino. Muchas visionarias concebían sus ideas «heréticas» por su ignorancia o sus juicios errados, pero otras afirmaban depender de las visiones como su principal fuente de autoridad. Era más probable que los sacerdotes escépticos censuraran a una monja o beata si sus escritos lindaban con la herejía, o si un confesor había encomiado los dones intercesores de una protegida ya difunta¹⁶⁶. Tal vez, como postula la estudiosa Clare Guilhem, la persecución inquisitorial estaba relacionada no tanto con la extirpación de la herejía como con la devaluación de «lo femenino» y las prácticas femeninas de la piedad (Guilhem, 1981). Esto podría ser cierto, pues para algunos teólogos el cuerpo femenino, un elemento central de las experiencias visionarias de las místicas del siglo XVI (como lo había sido para sus predecesoras medievales), funcionaba como una vasija del pecado y la corrupción. Se le consideraba demasiado húmedo y vaporoso por naturaleza, y por ello más receptivo a las «pasiones vehementes» (Giles, 1990, p. 12). En última instancia servía como el portal del diablo (Navarro, 1631, 32r-35v.).

A pesar de estas afirmaciones, en España, las intercesoras contribuyeron activamente a una ya vieja tradición de obra mediadora a nombre de los vivos y de los muertos penitentes. Lo hacían en un clima radicalmente diferente de sus contrapartes medievales, pero para ayudar a apuntalar su propia autoridad todavía se basaban en sus conocimientos del purgatorio y del más allá. Las místicas españolas asimismo siguieron el liderazgo de sus contrapartes francesas, italianas y portuguesas, que seguían un curso similarmente cauto y más introspectivo como redentoras de las ánimas del purgatorio¹⁶⁷.

¹⁶⁶ AHNM, Inquisición, Censuras, Leg. 4432, no. 19, Francisco de Cepeda, «Censura y juicio, Magdalena de la Trinidad monja en San Ildefonso de Ocaña, 1665»; Inquisición, Censuras, Leg. 4440, no. 18, «Censura del sermón», 1679.

¹⁶⁷ La mística francesa Susanne de Riants de Villarey (1639-1724) consideraba que sus visiones del purgatorio eran un gran don y en sus escritos reconstruyó conversaciones

Teresa de Ávila, indudablemente la mística española más influyente de la temprana Edad Moderna, alguna vez comparó sus pruebas como monja con un sufrimiento del purgatorio, añadiendo que en realidad ella únicamente se merecía el infierno (Ávila, 1952, vol. 8, p. 6). Al igual que otras monjas, ella rezaba por las ánimas del purgatorio y en sus visiones veía los fuegos del infierno y a sus difuntas compañeras (Ávila, 1952, vols. 32, 34 y 38, pp. 26-32). Ella rogaba que los vivos fueran penitentes y vigilantes, pues en ese caso podrían experimentar la muerte como algo dulce y no como algo doloroso (Ávila, 1952, vol. 40, p. 9). Para ella, los horrendos dolores corporales que experimentaba significaban «tan grandísimos trabajos del alma». Es más, en su retrato cuidadosamente elaborado de las «moradas», o niveles de purificación espiritual necesaria para llegar a Dios, Teresa sostuvo que la séptima de ellas requería la purificación del alma, lo que equivalía a los dolores que uno enfrentaba en el purgatorio antes de alcanzar la gloria (Ávila, vol. 30, p. 5; *Las moradas, sextas*, p. 11). Pero Teresa asimismo señaló debidamente las dificultades extremas que habían para llegar a este nivel: «¡Pues pensar que se puede resistir! No más que si metida en un fuego quisiese hacer a la llama que no tuviese calor para quemarle» (Ávila, 1952, *Las moradas, sextas*, p. 11).

Al igual que Catalina de Génova, su hermana medieval, Teresa ardía con el divino fuego: el lugar junto a su corazón, de color azafrán (Génova, 1979, p. 136). Juan del Castillo, un médico y experto en la teología mística de la Lima del siglo XVII, escribió un compendio de las ideas de Teresa de Ávila que influyó en varias beatas y monjas que

con monjas, obispos y misioneros difuntos, quienes le confesaron sus flaquezas y sugirieron qué oraciones o indulgencias podrían aliviar su dolor (Riats de Villarey, 1949, pp. 12-28). Con respecto a la portuguesa María de San Joseph, abadesa del Convento de Carmelitas Descalzas de Lisboa, véase BNM, María de San José, ms. 2711, 28r, «Carta de Fray Félix...». En Italia, María Crocifissa (1645-1699), Cabibbo & Modica, 1989, p. 103. Véase también Valerio, 1992, pp. 138-143; Cecilia Ferrazzi (1609-1684), 1996, p. 65.

allí vivían. Él explicó lo que se llamaba la «vía purgativa» de Teresa del siguiente modo:

Esta es una de las mayores mercedes que Dios hace a las animas en este mundo, que en este mundo purgen sus peccados, y que por figura conoscan y experimenten las penas del purgatorio y que despues que an salido de las penas de purgatorio vean y conozcan la purificacion y limpieza que le queda a un anima despues desta figura; pues se ve tan limpia y tan purgada y tan noble que experimenta en si por evidencia, que no tiene mancha de vicio ninguno por pequeño, que sea: porque se ve, e que le parece que esta como impeccable, y toda endiosada: no ay objeto malo que la combata (AHNM, Inquisición, Censuras, 4466, lib. 5, 5r-v).

Hay quienes sostienen que Teresa de Ávila siguió dando consejos a algunas de sus protegidas una vez fallecida. Ana de San Bartolomé (1549-1624) y Ana de San Agustín (1555-1624) recibieron mensajes de Teresa en visiones y sueños, con respecto a si ciertas monjas o frailes irían al cielo, el infierno o el purgatorio¹⁶⁸. Algunos de estos sueños sobre el más allá —que se deseaba fueran instructivos— eran alegóricos. En una ocasión, Ana de San Agustín vio un estanque «que tenía tres divisiones y apartados», el primero de ellos con agua muy clara, el segundo con agua de color bermejo y el tercero «como un çenagal orible y aborrecible y ydiendo y los peces que en el avia se revolcaban en aquel zenagal». Luego de esta angustiada visión,

... me presente a n[uest]ra Santa madre Theresa de Jesus la qual me repitiolo y las dos veces pasadas me avia mandado que dijese y me dio a entender y aquel estanque con aquellas tres divisiones era representazion del cielo, purgatorio, y infierno y reprehendiendome asperamente de no la aver obedecido me tomo por los hombros ameneçandome a quererme echar en aquel zenagal del estanque¹⁶⁹.

¹⁶⁸ BNM, ms. 7223, Ana de San Agustín, «Vida», 67. Para Ana de San Bartolomé recibiendo consejos de Santa Teresa véase Chrysostomo, 1628, pp. 460-461.

¹⁶⁹ BNM, ms. 7223, Ana de San Agustín, «Vida», 67.

El énfasis en llevar una vida moral y prepararse para tener una buena muerte, se correspondía con las visiones que servían como recordatorios morales e incluso como admoniciones. Así como los aldeanos advertían a su gente, las religiosas aconsejaban a las integrantes de sus comunidades¹⁷⁰. María de la Antigua, por ejemplo, compartía entusiastamente los consejos celestes con sus compañeras *clarisas*. Ella describió una visión de un lugar profundo y oscuro, repleto de acantilados, a donde algunas monjas podrían preferir dirigirse (Serrano y Sanz, 1903-1905, I, pp. 42-49; Antigua, 1678, pp. 5, 10, 12, 33, 74)¹⁷¹. Al igual que Lutgarda de Aywieres, quien advertía a sus compañeras de sus posibilidades de quedar eternamente condenadas, las monjas españolas en particular enfatizaban la necesidad de que los vivos prestaran atención y tuvieran cuidado. En efecto, en la época post-tridentina muchas versiones del purgatorio tuvieron un tono moralista más riguroso. En su autobiografía, Ana de San Agustín (1555-1624), la compañera de Teresa de Ávila, relató un curioso incidente. En un sueño vio a una monja sumergida en un lago hasta el cuello, mientras que del cielo caía fuego. Al despertar, Ana se dirigió al coro y rezó fervientemente delante de una imagen de la Virgen. Ella afirmaba que sus oraciones a la Virgen María ayudaron al alma de esta monja, que en ese momento aspiraba a seguir una vida mejor¹⁷². Tal vez el ejemplo más notable proviene de la biografía de Francisca del Santísimo Sacramento, la apóstol española del siglo XVII cuya devoción a los prisioneros benditos era tan intensa que sentía dolor al salir el sol, pues los difuntos normalmente la visitaban de noche (Bautista y Lanuza,

¹⁷⁰ Con respecto a María de la Santísima Trinidad véase Lorea, 1671, pp. 227-228; sobre María Vela y Cueto, González Vaquero, 1618, p. 43; para Mariana de Antequera, BNM, ms. 10.520, Paredes, «Vida», 22 y sigs. Véase también Astorch, 1985, pp. 190, 192, 529, 532-533.

¹⁷¹ Algunas de sus fuentes fueron *El arte de buen morir (Breve confesionario anónimo)* y las obras de Luis de Granada.

¹⁷² BNM, ms. 7223, Ana de San Agustín, «Vida», 66; Poutrin, 1995, pp. 286-287; Serrano y Sanz, 1903-1905, II, pt. 1, pp. 226-227.

1659a, pp. 161-289)¹⁷³. Sus 227 apariciones se leen como una lista de lo que no debe hacerse, en parte porque en su libro *Luz a los vivos y escarmiento en los muertos* (1661), su biógrafo, el eminente obispo Juan de Palafox y Mendoza, reconfiguró sus visiones para que encajaran con los modelos de conducta social ideales para los distintos estados, ocupaciones y géneros (Álvarez Santaló, 1989, pp. 8-15).

En el siglo XVII, el énfasis dado a los Diez Mandamientos y a la obediencia daba un sentido distinto al significado del sufrimiento y la penitencia (Ibsen, 1999, pp. 20-21). Las místicas medievales Catalina de Génova y Magdalena de Pazzi habían enfatizado la necesidad de purgarse una misma mientras aún estaba viva, y las monjas españolas de la temprana Edad Moderna manifestaban las mismas preocupaciones. Cristo le explicó a la monja Leonor de Ahumada (1613-1661) que para entrar a la gloria como un ser cristalino, la purificación requería del sufrimiento, la enfermedad, la penitencia continua y las mortificaciones. Él lo había soportado pacientemente y le aseguraba a ella que todas sus dolorosas experiencias habrían de servirle como purgatorio (Ahumada, 1674, p. 43). En una ocasión, Teresa de Jesús María (1592-1641) escribió que el Señor le permitía experimentar enfermedades y espasmos torturantes que la dejaron rígida durante dos años y que le recordaban los sufrimientos del purgatorio (Teresa de Jesús María, 1921, pp. 16-17). Al igual que la santa medieval Cristina Mirabilis (la Maravillosa), otras recibieron también el divino permiso para agonizar interminablemente por otros¹⁷⁴.

Con todo, el brillante papel de Teresa como una santa digna de ser emulada debe verse a la luz de la sombra inquisitorial, que introdujo el miedo en el corazón de las visionarias. A diferencia de sus hermanas medievales, las de la temprana Edad Moderna (Teresa inclusive) encontraron que era necesario justificar sus experiencias visionarias

¹⁷³ Véase también Louvet, 1899, p. 122.

¹⁷⁴ Véase el ejemplo de una donada de Santa Clara en Morón (1619) en Sánchez Lora, 1988, p. 257.

y corpóreas¹⁷⁵. Seguía siendo común sostener una comunicación directa con Dios o Cristo, pero dicha afirmación podía llevar a un intenso escrutinio y hasta a una acusación de herejía. Las mujeres en consecuencia comenzaron a enfatizar la humildad, la caridad y la obediencia, tres características importantes de la santidad. En tanto conductos de la divina voluntad, actuaban como agentes sumisas y no como corredentoras o autoridades¹⁷⁶. Ellas restaron importancia a su papel porque el reconocimiento del divino permiso y asistencia resultaba crucial para las mujeres piadosas y para los biógrafos o confesores masculinos que las respaldaban. Al subrayar su humildad y lo indignas que eran de recibir semejante don, ellas enfatizaban su obediencia a Dios, a sus confesores y a otras autoridades religiosas de ambos sexos¹⁷⁷. Muchos textos indican que las mujeres siguieron considerando que las visiones y las obras de intercesión a nombre de las ánimas del purgatorio eran seguras si sus visiones tenían lugar inmediatamente después de la comunión, y si evitaban toda afirmación extravagante y el contacto con las fuerzas diabólicas¹⁷⁸.

También sabían que no debían ser dominantes ni arrogantes. Las visionarias que emulaban a las santas medievales como Brígida o Catalina de Siena, y que al mismo tiempo sostenían que su propio papel redentor e intercesor tenía un valor equivalente, corrían el riesgo de tener que enfrentar la acusación inquisitorial de falsa santidad o de orgullo. Ello podría deberse a que algunas místicas parecían regodearse

¹⁷⁵ Muñoz Fernández señala que las santas de la temprana Edad Moderna se basaban en modelos italianos medievales, pero fueron más cautelosas en sus empresas (*Beatas y santas*). Lo mismo vale para las místicas italianas post-tridentinas (Cabibbo & Modica, 1989, pp. 100, 103).

¹⁷⁶ Algunas de ellas fueron Isabel de Trillas, Marina de Escobar, Hipólita de Jesús y Mariana de Jesús. Esta lista no es exhaustiva en modo alguno.

¹⁷⁷ Ibsen examina este punto en relación a los escritos autobiográficos (1999, p. 26).

¹⁷⁸ Véase, por ejemplo, cómo la beata Francisca de los Apóstoles sostuvo la autenticidad de sus visiones al presentarse ante el tribunal de la Inquisición en 1575 (Ahlgren, 1998, pp. 124 y ss).

con el poder y el prestigio otorgado por semejante papel privilegiado. Por ejemplo, la beata Magdalena de la Cruz, condenada por la Inquisición de Córdoba en 1546,

...engañaba a las gentes diziendo que habia ido al purgatorio y que vido muchas animas que estaban penando y que truxo en los pies del fuego del purgatorio y dezia a las gentes que penaba ella por las animas que estaban en purgatorio y metia los pies en el agua y salian dellos un fumo muy espeso y desollabase los pies y escribia en los cueros que se quitaba y dabalos por reliquias¹⁷⁹.

La madrileña María Bautista, otra beata enjuiciada por la Inquisición, afirmaba haber recibido el divino permiso para salvar ánimas y que su tasa de éxito en alcanzar su salvación era del cien por ciento. Para el Santo Oficio, esta afirmación mostraba arrogancia y un orgullo desmedido¹⁸⁰.

Otras escapaban al escrutinio incluso cuando sus visiones lindaban con la pedantería. María de la Antigua, cuyos escritos inspiraron a las clarisas pobres de todo el mundo, dedicaba sus oraciones de los viernes a las almas del purgatorio (lo que se consideraba especialmente beneficioso). Su biógrafo alababa la naturaleza auténtica de su obra intercesora, sus viajes al purgatorio y sus fecundas conversaciones con las almas de los difuntos. Sin embargo, en una visión inusual ella parecía ser particularmente consciente de su papel como apóstol de los difuntos. María no solamente observó el proceso purgativo, sino que se colocó a sí misma directamente *en medio* del coso y las almas le agradecieron su generosidad:

veia dentro de mi coraçon a mi señor no en forma ninguna; mas solo veia que en el estava, y toda yo rodeada de almas de Purgatorio. No estaban al rededor de mi en el suelo, como yo estava de rodillas,

¹⁷⁹ Magdalena de la Cruz afirmaba haber «visto que se condenaban treinta mil almas y que se salvaban diez mil» (Imirizaldu, 1977, p. 59).

¹⁸⁰ AHN, Inquisición, Toledo, Leg. 102, exp. 2, 1639-1642, María Bautista.

sino en cerco de la manera, que con una cinta me pudiera dar algunas vueltas al rededor; no conoci a ninguna; mas las que mas junto a mi rostro, estaban mas alegres; mas las que estaban mas cerca del suelo, se les echava de ver, que estaban con pena, porque lloravan mucho, y su semblante lastimava mi alma ... mirando otra vez mi alma veia otras en el mismo lugar: estaban en carne todas, y con estarlo estaban en honestissima apariencia: estendian sus brazos para mi, y unas me llamavan Hija, otras Madre, otras Hermana; y deziales con un amor entrañable: Amigas de mi alma (Antigua, 1678, p. 276).

Es importante enfatizar que a pesar de este cambio en el clima y el precario equilibrio entre la conformidad y la creatividad, la obra de intercesión femenina siguió manteniendo un grado particular de apertura. El resurgimiento de la creencia en la humanidad de Cristo y en la espiritualidad afectiva que tuvo lugar en la España y Latinoamérica de los siglos XVI y XVII, dejó amplio espacio para que las mujeres religiosas y seglares exploraran los espacios del más allá¹⁸¹. En su obra como apóstoles de los difuntos, ellas siguieron dependiendo de lo tangible y lo etéreo, de lo hablado y de lo inefable. El deseo de controlar lo desconocido operaba a lo largo de un continuo en el cual las fronteras entre la vida y la muerte, lo cotidiano y lo esotérico, no eran fácilmente distinguibles. Esto se reflejaba en las prácticas cotidianas y mundanas en todos los reinos de España. Por ejemplo, los españoles rezaban el rosario cada noche, entre las once y las doce, por las almas del purgatorio, pero a medianoche corrían a su ventana esperando ver un buen augurio: una luz brillante o una forma humana (Cirac Estopañán, 1942, p. 134). Las mujeres de los pueblos conocidas por su capacidad para evitar el granizo y la nieve, y atraer la lluvia en los campos secos, también podían llamar a los muertos intranquilos. Juana de Bautista, una beata juzgada en 1626 por la Inquisición de Toledo, se comunicaba con las

¹⁸¹ La espiritualidad afectiva era notable entre los franciscanos. Catalina de Siena también enfatizó el afecto del alma hacia Cristo para promover la unión espiritual.

almas del purgatorio y podía predecir si los enfermos habían de morir y cuándo, así como quiénes estaban destinados ya fuera al purgatorio o al infierno. Pero ella afirmaba que sus poderes también se extendían al ámbito meteorológico, pues en un día brutalmente caliente Dios había honrado su pedido de que la intensa luz solar se difuminara mientras viajaba a Madrid¹⁸². Los poderes intercesores para salvar las ánimas del purgatorio no solo estaban combinados con otras habilidades, sino que para hacer conjuros las hechiceras mezclaban elementos muertos y vivos: desde fragmentos de la sogá usada para colgar a un gitano, a tierra de cementerio o cabellos y partes de animales. Ellas creían que los vínculos simbólicos con un alma perdida, o con el reino de los muertos, podrían producir un conjuro más eficaz (Cirac Estopañán, 1942, pp. 40, 46)¹⁸³. La asociación de lo femenino con el más allá también se extendía a la muerte misma, la cual quedó simbolizada cada vez más como femenina. En las pinturas, ella a menudo era representada con este sexo (Guthke, 1999).

A medida que la popularidad del purgatorio y del culto a los muertos crecía en la imaginación popular, los conjuros y las relaciones espirituales escritas por y sobre monjas quedaron cargadas cada vez más con descripciones del purgatorio y la purgación. Así como las apariciones de las almas se hicieron más comunes, así también el número de mujeres seglares y religiosas que sostenían predecir dónde aquellas se hallaban

¹⁸² AHNM, Inquisición, Toledo, Leg. 114, exp. 9, 1636, «Juana Bautista», 22v, 26v, 33r. Véase también el caso de la beata Beatriz de la Berra, procesada in 1576, y María de Zuñiga (Sevilla) y Francisca Hernández (Sevilla), procesadas en 1577 (Huerga, 1978, IV, pp. 102, 104-105). Véase el caso de Ana Domenge, una terciaria dominica de Perpignan (cerca de Barcelona) que atraía gente de todo el norte de España que deseaba solicitar su ayuda en casos de enfermedad y violencia doméstica (Rhodes, 1998, p. 136).

¹⁸³ Aunque vistas con recelo, su trabajo era considerado como «magia blanca», siempre y cuando no invocara al demonio, lo que se consideraba necromancia. Con todo, en ocasiones el diablo podía hablar a través de los difuntos. Véase Ciruelo, 1538, p. 36; Castañeda Delgado & Hernández Aparicio, 1995, p. 17.

también creció¹⁸⁴. Algunas visiones corroboraban descripciones bastante estándares del purgatorio, otras estiraban las actitudes ortodoxas hacia la vida, la muerte y la vida en el más allá¹⁸⁵. Una mujer sabia y vieja del pueblo de Manzanares que, según el prior local, no creía en la confesión, la comunión y la misa, concluyó que Dios había prolongado su vida debido a sus buenas obras¹⁸⁶. Una mujer valenciana afirmaba que únicamente iban al purgatorio los niños muertos sin bautizar, en tanto que las restantes almas «estaban en ciertos retretes como las avejas en los vasos hasta el día del juicio»¹⁸⁷. Magdalena de la Trinidad, una monja de Ocaña juzgada por la Inquisición en 1665, estiró la postura ortodoxa al distinguir entre un paraíso en el cual las almas sufrían la «pena de daño», de aquellas en el purgatorio que experimentaban la «pena de sentido»¹⁸⁸. Según los testigos que declararon en contra de Francisca de Ávila (de los Apóstoles), una beata de Toledo, esta en una ocasión había referido a una amiga una visión que tuvo de un sacerdote

¹⁸⁴ Con respecto a los poderes curativos de Francisca de la Hara véase Romero, «Exemplar primoroso». Sobre Gerónima de Noriega véase AHNM, Inquisición, Toledo, «Doña Gerónima, beata del Carmen, vecina del Madrid», 1627, Leg. 115, exp. 1. Ella asistió al deceso de la madre de una vecina, ayudó a preparar el cuerpo y luego, durante el funeral, la difunta se le apareció con hábito de viuda. Ahora en el purgatorio, el ánima solicitó que se dijera cierto número de misas a su nombre. Leonor de Ahumada (Córdoba, 1613-1661) sabía cuándo iba a fallecer alguien y su biógrafo afirma que Cristo le dijo que Él aplicaría los sufrimientos que ella vivía a las ánimas del purgatorio (Ahumada, 1674, pp. 24, 43).

¹⁸⁵ Véase el caso de Manuela de Jesús, juzgada por la Inquisición, quien confesó comunicarse con las ánimas del purgatorio. Manuela sostenía que una mujer podía quedar embarazada con una fuente en Sevilla y que los ángeles del cielo bajaban a bailar con ella cuando usaba sus castañuelas (BNM, ms. 718, 406r-v). Véase también AHNM, Inquisición, Toledo, Leg. 104, exp. 5, «Isabel Ortiz», 1564-1565.

¹⁸⁶ AHN, Inquisición, Toledo, Leg. 106, exp. 2, «Catalina Ruiz», 1645-1646.

¹⁸⁷ AHN, Inquisición, Valencia 937, «Relación... 1587», Violente Royo, 25r-v. Para el «retrete» véanse Covarrubias, 1943, p. 908, y el *Diccionario de Autoridades* (Real Academia Española, 1992, V, p. 608: «cuarto pequeño en la casa o habitación, destinado para retirarse».

¹⁸⁸ AHN, Inquisición, Censuras, Leg. 4432, no. 19, 6r, Francisco de Cepeda, 6r, 1665.

muerto, que sufrió durante un año en un aposento en «la cámara del deseo», situada junto a una puerta que llevaba al cielo. Su único deseo era ver a Dios¹⁸⁹.

La proliferación de las interpretaciones populares de las dimensiones del más allá asimismo coincidió con el incremento del número de tratados sobre el purgatorio publicados, basados en las experiencias visionarias de primera mano que las místicas habían tenido. En efecto, muchas autoridades eclesiásticas consultaron y citaban los testimonios de las místicas medievales sobre el más allá. Los *Gritos de purgatorio* de José de Boneta y Laplana, por ejemplo, que tuvo trece ediciones y que fuera traducido a las principales lenguas europeas, citaba las revelaciones medievales de Lutgarda, Brígida y Catalina de Siena como tratados importantes sobre el purgatorio (Boneta y Laplana, 1699, pp. 7, 11 y ss, 29, 31, 47)¹⁹⁰. Los libros de los siglos XVI y XVII rebosaban de referencias a las experiencias de meditación de estas y otras místicas medievales¹⁹¹. Por ejemplo, un influyente tratado sobre las formas ortodoxas de la profecía, escrito por Juan de Horozco y Covarrubias en 1588, incluía capítulos sobre las santas Brígida, Catalina de Siena y la aún no canonizada Teresa de Ávila (Horozco y Covarrubias, 1588, p. 23). La *Luz de maravillas* de Leandro de Granada (1607) examinaba la naturaleza «verdadera» de las visiones corpóreas, imaginarias e intelectuales, y citaba a Gertrudis como una sólida autoridad sobre las apariciones del purgatorio (Granada, 1607, pp. 205-217). Las nuevas ediciones y traducciones, entre ellas las de la obra de Ángela de Foligno en latín (1505) y español (1519), promovidas por el cardenal Jiménez de Cisneros, influyeron profundamente en Santa Teresa de Ávila

¹⁸⁹ AHN, Inquisición, Toledo, Leg. 113, exp. 5, t. 2, 5r, Francisca de Ávila, 1574-1778.

¹⁹⁰ Su trabajo asimismo cita a místicas españolas del siglo XVII como Ana de San Bartolomé (1549-1626).

¹⁹¹ Roa, 1630 (Gertrudis), pp. 20-22; Ortiz de Moncada, 1692, pp. 12 (Catalina de Siena), 33 (Brígida), 455 (Lutgarda); Carrillo, 1601, 49 (Gertrudis); Cruz, 1631, pp. 162-165 (Brígida).

(Foligno, 1993, p. 114)¹⁹². La traducción y difusión de estas hagiografías europeas alcanzó dos importantes objetivos. Ellas ayudaron a prolongar la «tradición hagiográfica» femenina, puesto que las visionarias latinoamericanas podían obtener información verbal o escrita sobre sus predecesoras medievales con mayor facilidad, y fomentaron la transculturación de nociones del sufrimiento y la redención purgativa a la América virreinal¹⁹³.

Dada una afirmación tan sólida de la autenticidad de las místicas medievales y su incorporación al canon teológico, las de Latinoamérica en la temprana Edad Moderna sentían que contaban con una base más firme con que caminar por el ámbito lóbrego del purgatorio. Ellas aprovecharon el saber popular y la bibliografía hagiográfica para mantener una conexión con las expertas femeninas (lo que muchas veces tuvo la aprobación de sus superiores masculinos). Así inspiradas, ellas fomentaron sus propias interpretaciones basadas en esta roca madre teológica. Acudieron en busca de ayuda a las santas Gertrudis, Brígida y Catalina de Siena, o las visualizaban mientras comulgaban. Sin embargo, Teresa de Ávila, más que ninguna otra, fue la principal

¹⁹² Las obras de Ángela de Foligno y Catalina de Siena tuvieron una profunda influencia sobre María de Santo Domingo (Giles, 1990, p. 88).

¹⁹³ Por ejemplo, los sermones de Juana de la Cruz fueron copiados por tres monjas, y los tratados de Sor María de Santo Domingo fueron publicados en Zaragoza en 1520 (MacKay, 1989, p. 497). También significaba que hasta bien entrado el siglo XVII, las intercesoras del purgatorio como la monja de Pamplona Francisca del Santísimo Sacramento, recibieron una amplia atención de parte de teólogos a ambos lados del Atlántico (Martínez Gil, 1998, p. 505; Louvet, 1899, pp. 87-88). Para la influencia del misticismo europeo en Latinoamérica véase Ibsen, 1999, caps. 3 y 5; Glantz, 1996; María de San José, 1999, pp. 304-311. Las lectoras en los hogares, escuelas y conventos mexicanos leyeron las obras de Gertrudis, Brígida, María de la Antigua y la mística española del siglo XVII María de Jesús de Agreda (Muriel, 1994b, p. 165). Por ejemplo, entre las santas que «poblaron» los textos de Francisca de la Concepción de Castillo (1671-1742) —la monja de Tunja (Colombia)— estaban Clara de Asís, Isabel de Hungría, Catalina de Siena, Teresa de Ávila, María Magdalena de Pazzis y Santa Rosa de Lima (McKnight, 1997, p. 64). Para la noción de la transculturación véase van Deusen, 2001, pp. 12-16.

fuelle de inspiración para las místicas de España y Latinoamérica en el siglo XVII (Ibsen, 1999, pp. 14-15; María de San José, 1999, pp. 306 y ss)¹⁹⁴. Hasta Úrsula se maravilló con sus enseñanzas, las cuales sirvieron como un proyecto de conducta ortodoxa.

En efecto, las biografías y hagiografías contemporáneas de las visionarias y místicas en las Américas reiteran muchos de los mismos patrones encontrados en los textos españoles, franceses, portugueses e italianos de la Edad Media y de la temprana Edad Moderna¹⁹⁵. Al igual que sus contrapartes europeas, las visionarias (y sus confesores que redactaban obras póstumas sobre sus protegidas) de los virreinos de la Nueva España y de Perú consideraban que las visiones del cielo o del purgatorio eran un componente crucial de su educación teológica, algo así como una suerte de curso de «Introducción al purgatorio I»¹⁹⁶. Así como las historias de los fuegos purgativos y las aguas pestilentes servían como un recordatorio moral para las almas recalcitrantes, así también un conocimiento vivencial del purgatorio pasó a formar parte integral del currículum vitae de las místicas latinoamericanas decididas a demostrar su caridad, humildad y su capacidad para sufrir¹⁹⁷. Con sus visiones comprendieron cómo los pecados recibían castigos particulares

¹⁹⁴ Véase también Schlau, 2002, que examina su importancia para las visionarias mexicanas. Algunas, sin embargo, fueron demasiado lejos en sus prácticas imitativas. Schlau cita el caso de la ilusa mexicana Teresa Romero Zapata, cuyo «intento de emulación de Santa Teresa finalmente fracasó» (p. 307).

¹⁹⁵ Muriel afirma que los tratados teológicos y los escritos de los Padres de la Iglesia podían encontrarse en muchos hogares y que circularon ampliamente en México (Muriel, 1994a, p. 20). Monjas individuales como María Magdalena de Lorravaquiu Muñoz (1576-1636) se referían al *Flos sanctorum* en sus escritos. Sobre Lorravaquiu Muñoz véase María Magdalena, «Libro», BLAC, Ms. G94, 321.

¹⁹⁶ Véase, por ejemplo, la meditación sobre el infierno escrita por la terciaria dominica mexicana Francisca de San Joseph († 1725), en Quiroga, 1729, pp. 126-130. Véase también Arenal & Schlau, 1989, p. 214.

¹⁹⁷ La medievalista Jo Ann McNamara dice que para las místicas de la Edad Media, la caridad servía como una poderosa herramienta con que criticar a los ricos. Es posible que las místicas de la temprana Edad Moderna hayan hecho lo mismo (McNamara, 1991, p. 209).

y por qué razón era tan necesario para las almas ganarse ayuda. A medida que su saber espiritual se profundizaba, ellas aprendieron a «ver» y «oír» a las multitudes de almas necesitadas¹⁹⁸.

En México, algunos biógrafos retrataron a los sujetos de su estudio con los atributos de la compasión, la clemencia y la caridad debido a sus esfuerzos por liberar almas de su prisión en el más allá¹⁹⁹. Ellos enfatizaban cómo sus oraciones, dichas a menudo en el coro durante la misa (y más específicamente, durante o después de la comunión), tenían la capacidad de liberar las ánimas de las fieras profundidades del purgatorio. En efecto, muchas visionarias de los conventos mantenían un estrecho contacto con las monjas o los parientes en el más allá y procuraban conseguir su liberación de este lugar. Otras sostenían ver cientos de almas anónimas ascendiendo a los cielos (Pardo, 1676, 62r). En este sentido, la intercesión purgativa funcionaba como una suerte de «seguro de vida» para los parientes y las autoridades importantes, que podían esperar «misiones de rescate» de sus seres amados una vez fallecidos (Newman, 1995, pp. 114-119). La estudiosa Kathleen Myers señala que cuando la mística mexicana María de San José (1656-1709) ingresó al convento de Puebla, ella renunció al contacto físico con su familia pero a cambio «tomó una familia espiritual aún más grande que incluía integrantes humanos y sobrenaturales, y entre ellos eventualmente las almas de los propios miembros de su familia» (María de San José, 1999, p. 265)²⁰⁰. Las visionarias latinoamericanas podían ver las almas en las feroces profundidades del purgatorio o, en el caso de Catarina de San Juan (?1609?-1688) de Puebla de los Ángeles,

¹⁹⁸ Para un ejemplo en el que se «escuchaba» a las almas del infierno véase Salmerón, 1675, 104v-5r.

¹⁹⁹ Para la monja concepcionista María de Jesús, de Puebla, México, véase Pardo, 1676, 61v-66v; Félix de Jesús María, 1756, pp. 163-169. Sobre la beata del reino de Guatemala, Ana Guerra de Jesús (1639-1713) véase Síría, 1925.

²⁰⁰ Para sus visiones particulares de parientes en el purgatorio véase María de San José, 1999, pp. 176-181.

en México, a quien se conocía como la «china poblana», podían encontrárselas mientras caminaban por las calles²⁰¹.

El énfasis dado al seguir una vida ética y a prepararse para una buena muerte complementaba aquellas visiones que servían como recordatorios morales y hasta como admoniciones. Al igual que la mística medieval Lutgarda de Aywieres, quien advertía a sus compañeras monjas de sus posibilidades de recibir la condena eterna, las monjas latinoamericanas en particular enfatizaban la necesidad de que los vivos prestaran atención. De hecho, las descripciones del purgatorio del siglo XVII mantuvieron un tono más riguroso y moralista. Las monjas describían el salvamento de sus compañeras y en el proceso impartían una lección «moral» a las integrantes de su comunidad. Una monja de Puebla, en México, informó a sus hermanas que sus oraciones no podían aliviar la estadía de una monja asediada en el purgatorio porque esta había hablado durante la misa (Félix de Jesús María, 1756, p. 169).

A lo largo y ancho del virreinato peruano —en Quito, Tunja, Lima y Arequipa—, las monjas y seglares visionarias, todas contemporáneas de Úrsula, estuvieron también ocupadas salvando almas²⁰². En Arequipa, Ana de los Ángeles Monteagudo (1602-1686), una monja del Convento de Santa Catalina, tuvo una especial devoción a Nicolás de Tolentino y siguió su guía al ayudar a las ánimas del purgatorio. Intentando evidentemente promover su beatificación, el obispo de Arequipa, Antonio de León, escribió al Consejo de Indias en 1679, describiendo a la monja de setenta y cinco años como una criatura sensitiva que «todo el día está rodeada de las ánimas del Purgatorio y Dios las envía para que las socorra» (Vargas Ugarte, 1953-1959, III,

²⁰¹ Cuando Catarina de San Juan había rezado a su nombre de la persona muerta, luego esa misma persona se apareció delante, suyo, translúcido y purificado (Castillo Grajeda, 1946, p. 104).

²⁰² Para las visiones del purgatorio y la ayuda espiritual dada por Francisca de la Concepción de Castillo véase McKnight, 1997, p. 155. Véase también Castillo, 1968, II, pp. 198-200 (sus *Afectos espirituales*, no. 86), que aconseja a la gente que imiten a Cristo y cuiden de los pobres y de las ánimas del purgatorio.

pp. 358, 427). Ana fue considerada entre la élite porque las almas del rey Felipe V, el virrey Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos (1667-1672), un papa y una legión de cardenales, arzobispos, obispos y otros dignatarios se le aparecieron en sus visiones solicitando sufragios (Montoya, 1939; Vargas, 1943, pp. 19 y ss; Morales, 1954, pp. 12 y ss, pp. 25-29; Carmen Passarell, 1879, pp. 27-32).

EMBAJADORAS EN EL MÁS ALLÁ EN LA LIMA DEL SIGLO XVII

Asombrada por los dones espirituales que le habían sido concedidos, en una ocasión Úrsula se preguntó: «Señor mio, [¿]soy Yo Santa Catalina ô Santa Gertrudes?». Como intercesora, ella ciertamente estaba al tanto de las vías seguidas por sus predecesoras medievales²⁰³. Las hagiografías o el popular *Flos sanctorum* le dijeron a Úrsula y otras mujeres piadosas que las oraciones eficaces de las santas Brígida, las Catalina de Siena y de Génova, y de Lutgarda habían liberado a miles de almas del purgatorio (Villegas, 1588, Vida de Santa Lutgarda, p. 161)²⁰⁴. En conventos y hogares de la Lima del siglo XVII, las mujeres escuchaban las historias de las hazañas intercesoras de Margarita de Cortona (1247-1297), Ángela de Foligno y las «madres de Santa Teresa»²⁰⁵. Ellas aprendían cómo las eficaces oraciones de Santa Lutgarda liberaban del purgatorio a las almas de personas prominentes²⁰⁶, e imitaban a Santa Catalina de Siena al afirmar entender la «condición» de la muerte mediante sus sentidos y alma²⁰⁷. También aprendieron de representaciones pictóricas.

²⁰³ AFL, «Vida», 588r.

²⁰⁴ Inés de Ubitarte mencionó específicamente haber leído su vida (AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, 396v-97r, testimonio de Inés de Ubitarte, 1629).

²⁰⁵ Villegas, 1588, Vida de Margarita de Hungría, p. 174; Vida de Margarita de Cortona, p. 180; Vida de Ángela de Fulgino, p. 183; Vida de María de Ajofrín, p. 193; Vida de la abadesa Juana de la Cruz, p. 206.

²⁰⁶ Villegas, 1588, Vida de Santa Lutgarda, p. 161.

²⁰⁷ Mediante los «sentidos de su ánima conozcan y alcancen las condiciones de las ánimas» y su salvación, Raimundo de Capua, 1511, f. XXXII.

Por ejemplo, la terciaria Feliciano de Jesús (una contemporánea de Úrsula) contemplaba una pintura de Santa Gertrudis en pos de un consejo vidente que ofrecer a los personajes importantes que la consultaban (Meléndez, 1681, III, p. 752). Ver sus imágenes y escuchar sus historias no solo «educó» a una nueva generación de visionarias limeñas del XVII, sino que además actualizó una sensación de atemporalidad y conexión entre las mujeres que ejercían la piedad purgatoria en el mismo espacio místico.

El hecho de que las mujeres sirvieran como intercesoras tuvo casi tanto que ver con el auspicio popular de estas actividades, como con los espacios que encontraron donde expresar sus diálogos sobrenaturales. Diversos documentos, entre ellos las causas de beatificación, las audiencias de la Inquisición y los expedientes de idolatrías, muestran que la población en general, autoridades influyentes como la virreina inclusive, frecuentemente solicitaban el consejo espiritual de monjas, beatas y mujeres seglares conocidas por su habilidad esotérica en relación a la ubicación de sus parientes difuntos o agonizantes.

En Lima, el «consumo» del purgatorio fue tan pronunciado que una gama diversa de mujeres, que atravesaban las señales porosas de raza y posición económica, trabajaban como intercesoras a nombre de los vivos y de los muertos para satisfacer la «demanda de mercado»²⁰⁸. Los clérigos decían misa, pero los consumidores corrían a consultar a curanderas y beatas, y «tiraban a las mangas de las monjas», como se decía en ese entonces con respecto a los asuntos del más allá²⁰⁹. Hasta buscaban a las que se especializaban en percibir las almas «ennegrecid[a]s» de los vivos (Córdova y Salinas, 1957, p. 900).

²⁰⁸ Para Europa véase Scully, 1995; para Guatemala véase Few, 2002, cap. 5; para México véase Jaffary, 1999; sobre Perú, Sánchez, 1991; Flores Espinoza, 1991; y Estenssoro, 1997.

²⁰⁹ BNP Rodríguez, 162v. Las percepciones populares del más allá no quedaban limitadas a las hechiceras en las calles. El conocimiento y las prácticas asociadas con el purgatorio fueron mucho más fluidos entre grupos seculares y religiosos (véase Estenssoro, 1997, p. 415).

Las mujeres aprendieron a ser consultoras en el más allá siendo aprendices la una de la otra. Ellas asimismo desarrollaron y mantuvieron redes sociales enormemente diversas²¹⁰. Las intercesoras femeninas no necesariamente se conocían, pero en cambio sí compartían un discurso común que les permitía fomentar paradigmas creativos relacionados con el más allá. Ellas estudiaban secretos recónditos sobre el purgatorio en diversos entornos: en casa de otras mujeres, en el vestíbulo de un convento o en la iglesia particular que acostumbraban frecuentar²¹¹. Con los sermones entendieron cómo los pecados recibían castigos particulares y por qué era necesario que las almas tuvieran ayuda. Con las visiones aprendieron a «ver» y «oír» a las multitudes de ánimas necesitadas. En los templos «leían» los detalles narrativos de las pinturas que mostraban a las «almas desnudas», cogidas en llamas y buscando la redención (Vovelle, 1996).

Las mujeres de la Lima del XVII, y entre ellas Luisa Melgarejo, el ama y mentora de Úrsula, asistían a velorios, misas de réquiem y funerales, en cuyo transcurso prestaban una estrecha atención al estado del cuerpo y del alma²¹². Una testigo declaró ante la Inquisición en 1622, durante la causa seguida a una beata, que en el transcurso del velorio de Catalina Galván,

[Ana María Pérez] la avia dicho que la difunta se avia levantado del ataud y oyendo los freyles y demas personas ella se avia quedado

²¹⁰ Estenssoro rastrea la elaborada red de clientes de varias hechiceras de Lima («La construcción», pp. 419, 424-26). Para un examen de los circuitos del saber espiritual desarrollados por las mujeres en la Lima del XVII véase van Deusen, «Circuits».

²¹¹ En el caso de las prácticas medicinales, los curanderos y barberos africanos y europeos llevaron sus propias prácticas curativas «mágico-religiosas» a los conventos en donde trabajaban (Tardieu, 1993, p. 566, n. 32, que cita un artículo sobre el mismo tema del investigador Fernando Romero).

²¹² Las mujeres frecuentemente se acompañaban mutuamente a los velorios. Un ejemplo son las varias mujeres que fueron «acompañadas de otras amigas» al funeral de Martín de Porras en 1639; véanse los testimonios de doña Úrsula de Medina en el proceso de beatificación del, (Porres, 1960), p. 141; y Juana de los Reyes, (Porres, 1960), 160. NO FIGURAN.

sola y que la difunta le avia asido de la muñeca y dichola perdoname Ana María²¹³.

¿Acaso esta alma atormentada deseaba hacer enmiendas para disminuir su trabajo purgativo? Esta testigo en particular debe haber quedado pasmada, dada la creencia común en que las apariciones y los difuntos podían «hablar» con los vivos.

En Lima, los católicos de toda condición creían que la tierra cercana al sepulcro tenía poderes mágicos y restauradores. Entre las personas de ascendencia africana, los vínculos entre los vivos y los muertos reforzaban su devoción al culto a los santos con el uso de la tierra procedente de una tumba y de reliquias humanas con fines rituales (Cussen, 1996, pp. 62-64; y Tardieu, 1997, I, p. 624)²¹⁴. En efecto, la preocupación y la ayuda a los difuntos impregnaba la vida, en los ámbitos tanto secular como sagrado de la Lima virreinal. Para las monjas de Santa Clara, la muerte era inmediata y tangible. Las catacumbas debajo de la capilla mayor servían como un recordatorio de que los cuerpos de los muertos permanecían bajo los pies de los vivos, y que ellos también pronto serían polvo (Ibsen, 1999, p. 97). La literatura religiosa daba consejos con que ayudar a las monjas a detectar las señales visibles del inminente arribo de la muerte²¹⁵. Cuando una clarisa fallecía, cada hermana rezaba cincuenta «Padre nuestros» por el paso seguro de su alma al más allá, y las constituciones de la Orden de Santa Clara obligaban a las hermanas a recitar la oración especial por los difuntos y efectuar un ayuno general (Orden Franciscana, 1748, 65v.). Las monjas estaban íntimamente

²¹³ AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, 330r, testimonio de María Ramírez de los Reyes, 1622. Véase también el testimonio de doña Ana de Carbajal, quien reportó el mismo evento y dijo que el ánima le pidió a Ana María que la perdonara por los «enjos y pesadumbres que avian tenido», 331v.

²¹⁴ Con respecto al África occidental véase Thornton, 1998a, p. 244.

²¹⁵ La obra de Juan Eusebio Nieremberg, *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, que está guardada en el Convento de Santa Clara, incluye una gráfica descripción física del proceso de agonía (citado en Milhou-Roudie, 1993, p. 12).

familiarizadas con el proceso de la muerte; ellas podían tocar y observar el cadáver e imaginar la trayectoria del alma de este mundo al otro. Después de que la bien amada Catalina de Cristo hubiese fallecido en 1634 mientras rezaba de rodillas, las clarisas le besaron los pies y tocaron los rosarios, las medallas religiosas y cintas que agradaban al cuerpo durante los tres días anteriores a su entierro. Algunas sostuvieron que al tocarle la cara experimentaban una sensación singular de placer y de consuelo espiritual. Para la comunidad, esto significaba que su alma estaba en paz. En otra ocasión, al fallecer la monja Luciana de la Santísima Trinidad, una monja vio tres rayos de luz extenderse desde su tumba hacia arriba, hacia el cielo (Córdova y Salinas, 1957, pp. 901, 903). Ellas no solamente cuidaban a sus propias difuntas, sino que cada viernes la comunidad de clarisas participaba en una procesión alrededor del claustro mayor por la redención de las almas atrapadas en el purgatorio.

Ya fuera dentro o afuera de los muros conventuales, las intercesoras limeñas que actuaban a nombre de los difuntos manifestaban su preocupación de distintos modos. Algunas apóstoles de los muertos deseaban ganarse su pan diario, otras el paraíso. Para otras intercesoras, su *modus operandi* involucraba una imitación de la humanidad de Cristo y sus inmensos sacrificios por los pecadores. Otras más actuaban como intercesoras porque sentían que Cristo les había llamado para que junto con Él fueran corredentoras. El temor a una eterna purgación asimismo inspiraba conversiones que alteraban la vida y hacían que una se transformara en apóstol de los muertos. La hermosa y engalanada visionaria mestiza Isabel Cano experimentó una visión transformadora cuando su ángel guardián se le apareció, para mostrarle el purgatorio y el infierno. Ella vio los horribles castigos que las ánimas soportaban, lo que contrastaba con una visión de una hermosísima ciudad celeste semejante en algo a Oz, en donde vio a San Francisco —más resplandeciente que el sol—, quien le informó que ella era indigna de un lugar tan espléndido. Despertando en un «sudor mortal», Isabel vendió todas

sus posesiones mundanas y, al igual que María Magdalena, se dedicó íntegramente a una vida religiosa (Córdova y Salinas, 1957, pp. 954).

Las hechiceras, beatas y monjas de la Lima del XVII empleaban diferentes *medios* para aliviar a las almas sufrientes. Ellas intercedían usando conjuros, oraciones o la autoflagelación. Continuando con una tradición medieval, estas apóstoles de los muertos reunían limosnas para misas de réquiem para las «ánimas solas» o para un cliente en particular, dedicaban su comunión a un alma difunta, o entraban en estado de meditación para ubicar a un alma (en el cielo, el infierno o el purgatorio) o predecir el destino de los vivos²¹⁶. Gerónima de San Francisco, una monja del convento descalzo de San José en el siglo XVII, se ganó una reputación entre los limeños como embajadora en el más allá. Las personas acudían a su convento dinero en mano, a solicitar misas por el alma de sus difuntos seres queridos. Pero ella desempeñaba otro papel intercesor. Los espíritus de los muertos se le aparecían para quejarse cuando los miembros de su familia no cumplían sus promesas o con legados especiales de sus testamentos. ¡En una ocasión un alma difunta le dijo en una visión que ella, Gerónima, había sido negligente! El espíritu la castigó amargamente porque no había cumplido con su pedido de calmar los fuegos que consumían su alma etérea. En su defensa, Gerónima sostuvo que si bien su testamento especificaba que debían pagársele doscientos pesos al convento, él seguía siendo remiso. Enojada por este motivo, ella había desistido de sus esfuerzos por ayudarlo. «Temerosa por la crueldad que havia tenido con aquel alma», Gerónima comenzó a sentir los efectos de su negligencia y su nariz sangró incontrolablemente. Nada pudo aliviar su condición hasta que los doscientos pesos llegaron y la monja comenzó a rezar por el ánima.

²¹⁶ AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, 247r, testimonio de Francisco de la Madrid, 1619. Él dijo que después de tomar la comunión, Inés pedía que sirviera como una indulgencia para ayudar a una atribulada ánima en particular. AHNM, Inquisición, Libro 1030, 296r, juicio de Leonor Verdugo, 1621; Beatriz de Trejo y Pariaga, 455r.

Al detenerse la hemorragia, una humillada Gerónima admitió que debía servir como un canal de la divina voluntad, no de la suya²¹⁷.

Varias de las contemporáneas de Úrsula en Santa Clara eran conocidas por solicitar misas para ayudar a las ánimas asediadas. Gerónima de San Dionisio se refería a sí misma como «Gerónima, esclava de las benditas ánimas del purgatorio». Ella no solo reunía limosnas para pagar las misas (financiándolas con su propio bolsillo), sino que besaba los pies de los muertos, negros o blancos, y sostenía haber visto en visiones más de trescientas almas vestidas con hábitos y tocas²¹⁸. Su dedicación llegaba a ser extrema. Durante la misa de difuntos imitaba a un cadáver: «me ponía como difunta amortajada con cuatro velas y quatro cirios, ciriales y cruz alta; y me decia un responso la comunidad»²¹⁹. Marceliana de Carvajal, (1607-1699), otra clarisa, proclamó que deseaba vaciar el purgatorio. En el transcurso de su vida solicitó más de ochenta mil misas para las ánimas que allí estaban y dijo que mientras rociaba agua bendita sobre las tumbas, oía voces que le rogaban «échame a mí»²²⁰.

Las intercesoras que visualizaban a las ánimas en el purgatorio a menudo recurrían a una serie de seres celestes para que acudieran en su ayuda. Algunas elegían la asistencia de los ángeles de la guarda, las «madres de la merced», la Virgen María y diversas santas²²¹. Algunas invocaban al espíritu de Santa Marta «la Mala», al ánima sola o la del ahorcado, todas las cuales supuestamente tenían el poder de intervenir a nombre de los difuntos. Muchas intercesoras habían aprendido estas

²¹⁷ AFL, Reg. 17, no. 38, 473v, «Géronima de San Francisco». Véase también van Deusen, 2006a.

²¹⁸ AFL, Reg. 17, no. 35, 433v, «Escritas ... Géronima de San Dionisio».

²¹⁹ AFL, Reg. 17, no. 35, 433r, «Escritas ... Géronima de San Dionisio».

²²⁰ AFL, Reg. 17, 359v, «Marceliana de Carvajal». Véase también BNP, Rodríguez, 1773 (libro manuscrito), cap. III, 162v.

²²¹ AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, 308v, testimonio de Ynés de Ynojosa, 1624.

oraciones de españolas que cruzaron el Atlántico para vivir en Perú. Sus suaves conjuros rezaban así:

Ánima sola, ánima sola, ánima sola,
 La más sola, y la más sola
 Alma, ven
 Que te llamo —que te he menester.
 Yo te conjuro, ánima sola (Cirac Estopañán, 1942, pp. 131-133)²²².

Por cierto que las palabras y los objetos (procedentes de las tradiciones culturales andina, africana e hispana) empleadas en la Lima del XVII para efectuar cada conjuro variaban²²³. Las contemporáneas de Úrsula, entre ellas la beata Ana María Pérez, se arrodillaban y miraban una vela para detectar si las almas se perderían o si se salvarían. Ella asimismo informó haber visto almas deambulando en un angosto callejón, lo que para ella significaba la condena eterna²²⁴. Ysabel Terranova de Angola, de quien se decía era «zahorí» (una persona que puede ver lo que está escondido), tenía una imagen de Cristo y de San Andrés en su boca para establecer si un alma estaba en el cielo, en el infierno o en el purgatorio²²⁵.

Una «carrera» como intercesora asimismo *acopiaba* diversos resultados, ya fuera en ingresos, la salvación de una misma o de otros, el prestigio y el status, o el favor divino. Algunas prosiguieron la tradición

²²² Estenssoro cita el testimonio de Francisca de Espinoza, quien explicó la forma en que entendía a la ánima sola (1997, p. 430). Cinco de las mujeres afro-peruanas acusadas de brujería entre 1571 y 1702 sostuvieron haber usado el conjuro de Santa Marta (Tardieu, 1997, I, p. 581).

²²³ Para ejemplos de conjuros que invocaban a la ánima sola véase el juicio de Ana Vallejo, 1655, AHNM, Inquisición, 1031, 388r; Juicio de Josefa Tineo de Guzmán, 1665, 518r.

²²⁴ Testimonio de doña Francisca de Villaroel, 1622, AHNM, Inquisición, Libro 1030, 327v; Testimonio de Alonso Mesia, 325r-v.

²²⁵ Juicio de bigamia de Ysabel, negra de casta Terranova, 1619, AHNM, Inquisición, Libro 1030, 213v.

medieval de crear «seguros de vida» para los parientes, prediciendo la ubicación de las almas idas, o viendo la liberación de los seres amados de su sufrimiento. Sabían que invocar los espíritus difuntos del purgatorio podía ayudar a los vivos al fomentar los intercambios sociales entre ambos grupos, lo que también les ayudaba a ganarse la vida. Las videntes que no cobraban dinero a menudo sostenían tener la habilidad de ver a los seres amados siendo liberados de sus sufrimientos, o que ya gozaban de las virtudes del cielo²²⁶. Algunas asumían problemas mayores. Gerónima de San Francisco «negociaba» con Dios que no enviara una sola monja de su convento al infierno²²⁷. Otras veían a personas importantes, en ocasiones en situaciones comprometedoras. Luisa Melgarejo vio el alma de su confesor jesuita ascendiendo al cielo y para consternación de las altas autoridades eclesiásticas, también vio al bendito y estimado arzobispo Mogrovejo, que había fallecido en 1606, sufriendo en el purgatorio. La misma Úrsula de Jesús describió en una ocasión a la reina de España, Isabel de Borbón (1602-1644):

Vi alla en una profundidad unos paredones de quatro baras en alto. algo mas o menos por debajo de ellos unas manos mui grandes. con unos cucharones de yero caledo muncha candela. y apartado desto. estaban - unos palos ençima de estos paredones. a modo de barbacoas y ençima estaba una señora. mui autoriçada. dese[e] saber quien era diseme la [deteriorado] Reyna de España estaba sentada. y con muchos libros delante no tenia mucho purgatorio²²⁸.

²²⁶ Sobre Ana María Pérez, Testimonios dados en el proceso de Ana María Pérez, 1622, AHNM, Inquisición, 1030, 308v; Alonso Mesía, 325r-v, y Ana de Carvajal, 330v, doña Francisca de Villarroel, 327r-v. Para las visiones de María de Santo Domingo véase su declaración, 1624, AHNM, Inquisición, 1030, 308v; sobre Inés de Ubitarte véase la declaración de doña María de la Torre, 1629, otra monja de La Encarnación a quien Inés dictó sus visiones, 399r.

²²⁷ AFL, Reg. 17, no. 38, 468r, «Gerónima de San Francisco».

²²⁸ ASCL, «Úrsula», 35r.

Otras preferían salvar a sufrientes anónimos, a veces por cientos²²⁹. Juana de Jesús de Guía, que hizo los votos de monja de velo negro en el Convento de Santa Catalina en 1626, tenía la certidumbre de que las almas atormentadas se le aparecían para rogarle que las ayudara a alcanzar su liberación del purgatorio. Su asistencia a menudo tenía como resultado su ascenso a los cielos, y póstumamente le ganó la mención de sus habilidades místicas en una famosa crónica dominica del siglo XVII²³⁰.

El dominio que el purgatorio tenía sobre la vida de las personas se hizo aún más evidente en las visionarias que eligieron seguir durante toda su vida una vía de sufrimiento a favor de otros. Al igual que las santas medievales Gertrudis, Lutgarda, Cristina la Admirable y Catalina de Siena, las visionarias de la Lima del XVII sostenían sentir el dolor desgarrador del sufrimiento humano en sus cuerpos inmateriales, así como en los de carne y hueso. La terciaria Feliciano de Jesús, por ejemplo, sufría cambios de temperatura extremos mientras purgaba los pecados de otros (Meléndez, 1681, III, p. 763). En su autobiografía, la clarisa Marceliana de Carvajal sostuvo que sufrir los tormentos de las ánimas del purgatorio le producía un tremendo dolor corporal y fatiga²³¹. En su audiencia ante la Inquisición en 1623, acusada de falsas visiones y milagros, una testigo sostuvo que la beata Isabel de Jesús le había dicho

que de noche se avia salido a un callejon a tomar una diciplina y avia oydo una grandisima tronpeta y bisto una bision de quatro negros que benian haziendo grandisimo estruendo y un papel

²²⁹ La beata Inés Velasco vio unas almas más cerca del cielo y otras abajo, cerca del infierno. Ella observó que algunas almas sufrían más tormentos que otras (Testimonio de Francisco de Madrid, 1619, AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, 347r). Para los esfuerzos realizados por la monja clarisa Marceliana de Carvajal para salvar ánimas anónimas véase AFL, «Marceliana», 360v.

²³⁰ Juana de Jesús de Guía profesó en 1626 (Meléndez, 1681, III, p. 71).

²³¹ AFL, «Marceliana», 360v.

en que declaraban todos sus pecados en voz alta y un muchacho de hasta nueve años con un grande alfange que les decia andad malditos que no es assi eso y que de espanto se avia caydo en el suelo donde avia estado mucho rato y que pasando a casso una vezina de aposento le avia metido en el suyo y que desde entonces tenia grandes dolores y tormentos y que avia mas de seys años le duraron y que la parecian que heran penas del purgatorio y que le avia pedido rogase a dios le sanase dellas²³².

Según Isabel, sus sufrimientos solo incrementaron su deseo de hacer los votos formales de monja en Santa Clara (algo que jamás lograría)²³³.

Aunque algunas apóstoles se sentían privilegiadas porque Dios les había concedido la habilidad de aliviar las torturas del purgatorio, muy pocas dedicaron toda su vida a salvar almas y fueron aún menos las que sacrificaron su cuerpo para salvar a otros²³⁴. Úrsula sí dedicó su vida (porque se sentía elegida para hacerlo), pero no experimentó directamente el tormento físico de las ánimas del purgatorio que le pedían que las encomendara a Dios. Más bien sufrió porque temía que el contenido y la autenticidad de sus visiones pudieran ser cuestionados por sus superiores religiosos. Ella se preocupaba constantemente por las intenciones de los espíritus que la persuadían. ¿Acaso ese «patón» o embaucador (ambas referencias codificadas al demonio) intentaba engañarla nuevamente, o tenían más bien sus visiones una inspiración divina? ¿Por qué tenía ella el privilegio de semejante información? En varias de sus visiones, Úrsula describió a Cristo diciéndole que las lecciones que Él impartía mientras ella se sentaba metafóricamente

²³² Testimonio de Juana Salazar, Lima, 1623, AHNM, Inquisición 1030, exp. 5, 315v.

²³³ Ella explicó que al mismo tiempo que comenzó a sufrir los tormentos de las almas difuntas, también comenzó a caminar descalza y a encontrarse con algunas de las monjas del convento (Testimonio de Isabel de Ormaza [Jesús], 1623, AHNM, Inquisición, Lima, Libro 1030, 319r-v).

²³⁴ Testimonio de Ynés de Ynojosa, 1624, AHNM, Inquisición, Libro 1030, 308r-v; Meléndez, 1681, III, p. 71.

a sus pies, le servían como un libro de sabiduría. Al «escuchar» las enseñanzas de Cristo, que le llegaban en visiones tanto audibles como visuales, ella podía asimilar más doctrina que leyendo un libro. Y al experimentar las Pasiones de Cristo (del mismo modo que Ángela de Foligno y Teresa de Ávila lo hicieran) y «sentir» su carne magullada y perforada, podía comprender los horrores del sufrimiento y luego aplicar dicho saber a la liberación de las ánimas torturadas²³⁵. Al igual que su predecesora medieval Catalina de Génova, Úrsula enfatizaba la naturaleza Cristo-céntrica del sufrimiento. Sus visiones asimismo reiteraban el sentido medieval del *sufrimiento* como el principal *modus operandi* de la purgación, ya fuera en esta vida o en la otra. Por encima de todo, su diario revela una honesta perplejidad ante la enormidad incomprensible de todo esto.

En la Lima del siglo XVII, Úrsula y otras visionarias representaban un grupo de embajadoras dedicadas, en uno u otro grado, al más allá. Sin embargo, de todas las visionarias y místicas de esta ciudad, fue la terciaria dominica Rosa de Lima quien tuvo la dedicación suprema a aliviar el sufrimiento de los difuntos. Imitando a la santa medieval italiana Catalina de Siena, quien ayudaba a las ánimas a escapar de una muerte perpetua, Rosa se ofrecía a sufrir en su lugar. También pedía que su cuerpo «[s]irviese de atacar, si fuese posible, las fauces del infierno, para que de allí adelante no pudiessen entrar en sus mazmorras oscuras tan numerosas catervas» (Hansen, 1929, p. 246)²³⁶. Ella sentía unos agonizantes dolores intestinales por «el anchuroso camino por donde tantas almas miserables se precipitaban [a] las penas eternas»

²³⁵ Con respecto a la educación que Hipólita de Jesús tuvo de la Pasión y las esferas celestes véase Lorea, 1671, pp. 47, 50, 128; para Marina de Escobar véase Puente, 1665, pp. 461-465; sobre Isabel de Jesús, Jesús, 1671, p. 255, Cristo le enseñó en visiones a «guardar su rebaño de los lobos infernales». Teresa de Jesús María hablaba de los «trabajos interiores» con que desarrollarse uno mismo (Teresa de Jesús María, 1921). Para Ángela de Foligno véase Petroff, 1990b, p. 212.

²³⁶ Véase también Raimundo de Capua, 1511, segunda parte, cap. 4, f. XXXI, cap. 7, f. XLVIII; Gama, 1755, pp. 60-61; Mujica, 1995, pp. 110-111.

(Hansen, 1929, p. 246; González, 1671, pp. 75-93). El fuego interior experimentado por Rosa en vida —al que se consideraba más refinado que el fuego elemental experimentado en el purgatorio— «transsubstanciaba sus potencias naturales, quemando, abrasando y consumiendo sus [propios] pecados» (Mujica, 1995, p. 134; 2001, pp. 191-196)²³⁷. Dado su profundo sentido espiritual, Rosa, al igual que Teresa de Ávila y Catalina de Génova siglos antes de ella, también experimentó la «vida purgativa»²³⁸. En efecto, en la segunda audiencia de beatificación de Rosa, una de sus devotas confirmó haber oído que la terciaria dominica identificaba su sufrimiento en vida con el dolor purgativo. Para Rosa, la pena máxima de no experimentar (o siquiera comprender mínimamente) la plenitud del amor de Dios, actualizaba un purgatorio de muerte en vida (Mujica, 2001, pp. 191 y ss).

LAS SINGULARIDADES DE ÚRSULA DE JESÚS

En un momento en que muchos a menudo pronunciaban el nombre de Rosa de Lima en sus oraciones y súplicas, había quienes consideraban que Úrsula era «una humilddissima Planta, digna de colocarse en el lucido Coro de las Virgines» del Convento de Santa Clara. En otras palabras, dado su talento místico, el lugar de Úrsula era junto a las monjas de velo negro que se sentaban en el coro conventual. Entre otros reconocimientos, su biógrafo la comparó también con otras negras dignas de recordación, entre ellas la reina de Saba, la sibila griega,

²³⁷ Véase también «Calificación del libro», AHNM, Libro 4466, exp. 5, 1625. En la carta inicial del calificador, fray Francisco de Agustín, 17/III/1625, se describe la idea que el Dr. Juan del Castillo tenía de la «vía purgativa», 5r.

²³⁸ El Dr. Juan del Castillo, un médico y místico muy conocido, hablaba de una «oración de unión» con Rosa (Vargas Ugarte, 1951, pp. 83 y ss, 107; Mendiburu, 1932, IV, p. 97). Él la comparó con el nivel descrito por Santa Teresa en sus *Moradas sextas* y escribió sobre las experiencias místicas de Rosa en un tratado titulado «De la contemplación y grados della en que Nuestro Señor a puesto a un alma». Véase también Mujica, 2001, pp. 191-196.

Cumaná y otras ilustres figuras religiosas²³⁹. Las autoridades religiosas y los misioneros que cristianizaban a los africanos esclavizados que llegaban a Perú, podían recurrir a una larga tradición de santos negros en respaldo de sus esfuerzos evangelizadores²⁴⁰. Por ejemplo, el cronista franciscano Diego Córdova y Salinas alababa las maravillas del santo negro italiano Benito de Palermo (1526-1589), en tanto que otros encomiaban a los «santos» locales de sus respectivas órdenes (Córdova y Salinas, 1957, p. 679)²⁴¹. En otros lugares los héroes locales poblaban el paisaje histórico. Aunque fue juzgada por la Inquisición de Valencia en 1588, la esclava negra Catalina Muñoz atrajo un gran número de seguidores que admiraban su talento profético (Ehlers, 1997, pp. 102 y ss). Muy lejos de allí, en el Reino del Congo, doña Beatriz Kimpa Vita (1684-1706) sostenía no solo que Cristo era congolés, sino además que ella estaba poseída por San Antonio (Thornton, 1998b). Las monjas carmelitas del convento de Puebla, en México, estaban tan encantadas con el recogimiento de la negra Juana Esperanza de San Alberto, que le dieron permiso para que hiciera los votos de monja de velo blanco luego de sesenta y siete años de servidumbre en el convento (Gómez de la Parra, 1992, p. 62).

Infortunadamente, Juana Esperanza y otras mujeres de casta no pudieron, o no se les permitió, escribir sus experiencias. De hecho, apenas si existe un puñado de relaciones biográficas de mujeres de color.

²³⁹ AFL, «Vida», 585r-v.

²⁴⁰ Para las discusiones entre las autoridades seculares y eclesiásticas en torno a si reformar y sistematizar la cristianización debido al crecimiento de la población, o no, véase Bowser, 1974, pp. 238-241.

²⁴¹ Con respecto a Juan de la Cruz, un esclavo mulato del convento agustino de Lima, consúltese Tardieu, 1997, I, pp. 636-642; para Benito de Palermo, I, pp. 655-656; los jesuitas se vanagloriaban de Miguel de Guinea, el esclavo de Francisco del Castillo, I, p. 656; los franciscanos respaldaban a Francisco de la Concepción, de casta bran, AFL, Reg. 17, no. 21. Tardieu cita la crónica de Meléndez y otra inédita del agustino Juan Theodoro Vázquez. Benito de Palermo nació en Sicilia de padres africanos y posteriormente fue un hermano franciscano lego en Palermo, donde se hizo célebre por su humildad y dones místicos.

La hagiografía de la «china poblana» Catarina de San Juan se basó en los cuadernos llevados por Alonso Ramos, su confesor durante quince años (véase Myers, 1997, pp. 509-524; Myers, 1998; Morgan, 2002, cap. 6). En Kahnawake (Nueva Francia), la vida abreviada de Katari Tekakwitha (1656-1680), la piadosa india iroquois, fascinó a los jesuitas que posteriormente la reconfiguraron en una «santa», en conformidad con las tradiciones hagiográficas contemporáneas (Greer, 1998; Shoemaker, 1995). En Lima, las autoridades permitieron las actividades benditas de algunos afro-peruanos y hasta escribieron breves relaciones de sus vidas²⁴². Aunque varios cronistas conventuales del siglo XVII mencionan al mulato bendito Martín de Porras, es más lo que sabemos de él por la recolección hecha de los testimonios (1660) de limeños que fervientemente respaldaban su nominación para la beatificación (véase del Busto Duthurburu, 1992; y Cussen, 1996). Por lo tanto, Úrsula de Jesús podría ser considerada extraordinaria por ser la única mujer de color conocida a quien sus confesores le urgieron que registrara sus experiencias místicas. Con todo, no obstante su singularidad, es importante considerar cómo es que ella encaja dentro de las nociones contemporáneas de la espiritualidad femenina.

Los diarios espirituales y las «vidas» de la temprana Edad Moderna, de los cuales la de Úrsula forma parte, son bastante numerosos para el periodo virreinal. La estructura narrativa a menudo es similar porque las autoras estaban obligadas a seguir ciertos lineamientos. Para empezar, la mujer «individual» sostenía que la divinidad hablaba a través de ella y requería la aprobación del confesor para escribir. Cada autora encontraba necesario evitar discutir al demonio y adecuarse a las nociones contemporáneas de la humildad, obedeciendo al mismo tiempo la voluntad tanto de su confesor como de Dios. Como la estudiosa Kristin Ibsen señalase, «una mujer no podía admitir estar escribiendo por iniciativa propia: desde una perspectiva estratégica era

²⁴² Véanse las notas 62 y 63 *supra*.

necesario justificar este acto encuadrándolo como la voluntad de Dios y de su confesor» (Ibsen, 1999, p. 22). Las autobiógrafas asimismo copiaban a otras escritoras. Muchas de las vidas escritas sobre figuras religiosas femeninas encajan con los géneros literarios y espirituales pulcros y acartonados de la época, puesto que reproducían y alteraban los textos de místicas célebres, entre ellas Gertrudis, las Catalina de Génova y de Siena, y María de la Antigua. Esta práctica reproducía el pensamiento ortodoxo, pero también fomentó un género y genealogía hagiográfica de mujeres místicas a lo largo de los siglos. Las místicas se «continuaban la una a la otra», para usar una frase acuñada por Virginia Woolf, la novelista del siglo XX²⁴³.

A fin de comunicar nociones independientes o críticas, las visionarias tuvieron que desarrollar «estratagemas de los fuertes», empleando las técnicas literarias de la ambivalencia, la ambigüedad y el conformismo (Arenal & Schlau, 1990; Schlau, 2002). Ellas sostenían que lo divino hablaba a través suyo, pero sus propias problemáticas y preocupaciones eran asimismo evidentes. Por ejemplo, las diferencias de género, posición económica, educación, edad y periodo temporal «afecta[ban] las elecciones que una autora ... [hacía] ... al crear un texto literario» (Petroff, 1990b, pp. 3-4). Las escritoras no solamente insertaban un sentido de sí mismas en sus textos, sino que además, su interacción cotidiana con otros y con su contexto histórico también ayudaba a informar el contenido. Al igual que otras místicas, Úrsula se enfrentaba a una «doble ligazón autobiográfica» porque necesitaba «desarrollar una estrategia retórica que le permitiera cumplir con las exigencias que su público le hacía, con la necesidad de seguir el misticismo católico ortodoxo y al mismo tiempo comunicar un sentido de identidad

²⁴³ María de San José, 1999, pp. 360 y ss, examina cómo fue que las místicas latinoamericanas veían a sus hermanas europeas como modelos de sus escritos. Véase también Ibsen, 1999, p. 64. Estoy en deuda con las obras pioneras de Kathleen Myers, Kristine Ibsen y Alison Weber, que influyeron profundamente en la forma en que entiendo a Úrsula como autora.

independiente de la autoridad a la que representaba» (Weber, 1985, p. 211)²⁴⁴. Ese público incluía a su confesor, a la comunidad de monjas y a las sirvientas y esclavas que trabajaban en Santa Clara.

Con todo, la singular experiencia de Úrsula de ser una negra liberta y una donada también afectó sus opciones narrativas (Petroff, 1990b, pp. 3-4)²⁴⁵. Para empezar, sus visiones se referían al racismo y a las relaciones raciales porque este era un dilema constante e importante de su vida. Su lenguaje refleja su esfuerzo por encontrar el tono de su propia voz, al mismo tiempo que luchaba con las tensiones que separaban a su propia auto-imagen internamente definida, de las percepciones raciales que otros tenían de ella. Dadas las complejidades de las relaciones raciales en la sociedad colonial, Úrsula experimentó la confluencia de sus identidades mutables y múltiples como una mujer negra, como esclava y liberta, y como una sirvienta religiosa que vivía en una comunidad enclaustrada que defendía posiciones racistas y jerárquicas. El discurso de su texto demuestra su dolorosa familiaridad con los insultos raciales y los actos racistas de sus opresores, así como su necesidad de acatar y de ser obediente y humilde. Su texto revela las formas entrelazadas en que las mujeres esclavizadas y libertas se expresaban a sí mismas al mismo tiempo que eran conscientes de su lugar social en la sociedad dominante, y de las formas de opresión experimentadas en dicho ámbito²⁴⁶. En una ocasión, Úrsula señaló mordazmente lo siguiente:

²⁴⁴ Véase también María de San José, 1999, p. 302; Ibsen, 1999, pp. 26-30.

²⁴⁵ Algunos elementos de su estilo narrativo parecen haber prefigurado los temas tratados en las relaciones autobiográficas de las mujeres religiosas afroamericanas del XIX estadounidense, comprometidas con la «fe religiosa, los derechos humanos y las luchas de las mujeres» (Braxton, 1989, pp. 73-75).

²⁴⁶ Una creciente bibliografía sobre las relaciones raciales en la Latinoamérica colonial intenta identificar los paradigmas y perplejidades de las construcciones raciales que no eran de la élite (Cope, 1994; Johnson & Lipsett-Rivera, 1998). Los estudios feministas afroamericanos también influyeron profundamente en mis ideas. Véase Collins, 2000, por ejemplo. Collins, una socióloga, usa la teoría feminista del punto de vista

quisiera – que las monjas me dieran de palos [a] que me ysieran labores cuando las topo – quisiera que la tierra me tragara antes que me bieran – ni me ablaran si la Reyna me llamara no fuera y lo estimara en menos que los muladares – con ser yo el peor de todos – si yo quisiera aplausos mui buen lugar me sabia dar y mui bien lo sabia ganar y tener cuanto queria mas Dios me yso caridad de que lo dejara todo por el – de manera que cuanto ay en el mundo me sirbe de tormento²⁴⁷.

Aunque aquí se pintó a sí misma como «el peor de todos», es igualmente claro que su espíritu indomable brilla a través de cada enunciado como un fanal vulnerable.

Úrsula constantemente luchaba con las complejidades de la identidad racial, al mismo tiempo que intentaba imitar los modelos hagiográficos que enfatizaban la humildad, el sometimiento, la caridad y el sacrificio. Pero las contingencias a las que hacía frente y las elecciones que hizo fomentaron una singular relación de corte racial con su cuerpo físico, con el cuerpo social del convento y con los cuerpos espirituales del más allá. Durante décadas, Úrsula observó y experimentó las formas corporales de piedad y era sumamente consciente (incluso desde sus experiencias juveniles en la casa de la Melgarejo) de que el sufrimiento físico, y las mortificaciones corporales en particular, constituían manifestaciones aceptables y necesarias de la sumisión y humildad femenina ante Dios (Ibsen, 1999, pp. 73 y ss). Las experiencias físicas de la agonía, el dolor o el éxtasis siguieron siendo claves para las mujeres porque estos actos resonaban con la Pasión de Cristo, y sobre todo con su humanidad.

(*standpoint theory*) para privilegiar las epistemologías (puntos de vista) de los pueblos marginados como una forma de comprender a los grupos dominantes o el «centro» privilegiado. Me refiero a la «identidad» como una categoría de la práctica y como un producto de «discursos múltiples y competidores», lo que resalta la naturaleza de un yo fragmentado (Brubaker & Cooper, 2000, p. 8).

²⁴⁷ ASCL, «Úrsula», 25v-26r.

De este modo, Úrsula «negó» su carne vistiendo un cilicio y ayunando cuando sus guías espirituales le decían que lo hiciera, incluso cuando se sentía débil y frágil. Ella sabía que muchas místicas comenzaron a torturar su carne a tierna edad: por ejemplo, una descripción impresa de Mariana de Jesús (1618-1645), a quien se conocía como la «Azucena de Quito», dice que cuando niña llevaba una pesada cruz a su espalda, la cual constantemente le hacía caer (Espinosa Polit, 1957). De modo que al igual que otras místicas, Úrsula se sometía a sí misma a tareas degradantes y pesadas. En la enfermería cuidaba de los pacientes más contagiosos y físicamente repulsivos, ofreciéndose a lavar las ropas infectadas, y limpiaba el desagüe²⁴⁸. Ella era ciertamente consciente de que Rosa de Lima, su contemporánea, echó cal en sus manos después de que alguien admirase su tersa belleza. También estaba familiarizada con otros actos de auto-mutilación descritos en el *Flos sanctorum*, o llevados a cabo por las monjas de su comunidad. Pero estas prácticas fundadas en el supuesto de que el cuerpo femenino era corrupto, pecador y débil no encajaban bien con la noción que Úrsula tenía del mismo y de la feminidad²⁴⁹. A diferencia de las «privilegiadas» visionarias blancas contemporáneas, Úrsula no buscaba activamente definirse a sí misma como pasiva y frágil, pues su noción del cuerpo femenino (y de la feminidad) jamás suscribió plenamente este modelo dominante (MacLay Doriani, 1991, pp. 203-206).

Por encima de todo, Úrsula experimentaba su posición social en una forma habitual y prosaica a través de su cuerpo, que portaba el texto de su vida (St. Jean & Feagin, 1998). Al igual que otras esclavas, ella comenzó su vida laboral tan pronto pudo tenerse de pie. Década tras década fue realizando difíciles tareas físicas; su espalda, sus piernas y sus brazos obedecían los mandatos de sus amas. Esta «identidad» corpórea

²⁴⁸ ASCL, «Úrsula», 12r.

²⁴⁹ Collins, 2000, pp. 11, 14-15, sobre todo su referencia a Sojourner Truth, quien se pronunció en «Ain't I a woman?» («¿No soy una mujer?»), su discurso de mediados de 1800. Para los sacrificios corporales extremos de Santa Rosa véase Graziano, 1996.

de la trabajadora robusta (cuyo cuerpo no era suyo) contrastaba con los «ideales» hagiográficos contemporáneos de la feminidad espiritual, que buscaban destruir la belleza y la sensualidad de lo físico. Úrsula podía abandonar la práctica mundana de adornar su cuerpo con vestidos de seda, pero necesitaba de su fortaleza y su vitalidad para sobrevivir. En sus años finales, al disminuir su valor de uso, ella se sentía furiosa y «alienada» porque su patrimonio más importante —su cuerpo— ya no podía efectuar sus obligaciones materiales y espirituales (Patterson, 1982, pp. 5 y ss). Las entradas de su diario dan fe de sus interminables cansancios, males y dolores, y de su cuerpo penosamente delgado. Como ella se describiese a sí misma en una ocasión, «algunos días tengo apurado el corazón y me cansa todo».

Las nociones que Úrsula tenía del cuerpo no solo eran distintas, sino que su participación en el cuerpo social del convento asimismo era diferente de la que tenían las místicas blancas. Las visionarias privilegiadas familiarizadas con el ideal cristiano de la caridad, discutían en sus escritos cómo pasaban su tiempo cosiendo, trabajando en la cocina o curando a los achacosos en la enfermería. Muchas se llamaban a sí mismas «esclavas» ya que dedicaban su vida al servicio de Cristo o de María. Unas cuantas incluso se hacían cargo de la basura del convento o fregaban los pisos²⁵⁰. Con todo, muchas religiosas podían darse el lujo

²⁵⁰ Algunas monjas tomaban trabajos adicionales o tareas difíciles de realizar. María de San José (1656-1719) decidió bordar telas toscas (María de San José, 1999, p. 85). En España, María de la Antigua (1571-1617), del pueblo de Marchena, en Andalucía, describió cómo trabajó en la cocina durante una semana (Antigua, 1678, p. 18; BNM, Mss., 2714, no. 23, ff. 117-53, p. 126, «Vida de la Venerable Madre Sor Jacobela María de la Cruz», escrita por una monja anónima que comenta que Sor Jacobela, de la ciudad de Valladolid, era «de padres nobles» e hija espiritual del notable Leandro de Granada [quien redactó una biografía de Santa Gertrudis]; Sor Jacobela trabajaba incansablemente en la enfermería). La terciaria española Juana de la Cruz consideraba que los horribles hedores de la enfermería eran una prueba del demonio; también lavaba ollas y platos. Mientras se dedicaba a estas tareas, Juana «considerava que era para que comiese Dios en ellos. Y assi en estos oficios humildes y baxos recibio muchas mercedes, y muy particulares regalos de Dios, y de su santissima Madre» (Daza, 1611, pp. 34 y ss).

de efectuar tareas humillantes como limpiar los pisos o cuidar de los enfermos porque tenían sirvientas y esclavas que atendían regularmente a sus otras necesidades. Para ellas, las labores humildes o de caridad eran en realidad un lujo (Ibsen, 1999, p. 71). Algunas visionarias sostenían sufrir penurias *porque* sus sirvientas no eran confiables²⁵¹. Lo usual era que la munificente de Úrsula no pudiera controlar las demandas que se hacían de su tiempo y energía. Ella manifestó su frustración por no contar con tiempo suficiente que dedicar a sus prácticas espirituales: como donada y mujer «libre», el tiempo no era *suyo*. El trabajo constituía un aspecto constante y banal de su vida, y si bien se resignaba y sacrificaba a las demandas que se hacían de ella, su prioridad era pasar tiempo a solas con Dios. El servicio a las otras constituía su forma de tortura más aguda, puesto que no creía que ello la definiese como un ser espiritual²⁵².

La posición de Úrsula como donada ciertamente le concedía más prestigio que el que experimentaban las sirvientas y esclavas de Santa Clara. Ella hizo sus votos a la avanzada edad de cuarenta y tres años, y durante los restantes diecinueve años de su vida se lamentaba profundamente cuando se le pedía que supervisara a las sirvientas y esclavas en la cocina o en la enfermería. En cierta parte de su diario, Úrsula se preguntó qué obligación debía tener la precedencia: su compromiso de adorar a Dios o su tarea comunal de moler el trigo o amasar la masa. Sus voces celestes le respondieron ordenándole inmediatamente que trabajara. A menudo, cuando le preguntaba a Cristo por qué debía ella trabajar durante una jornada excesivamente

²⁵¹ Véase el ejemplo de la monja colombiana Gerónima del Espíritu Santo, examinado en Ibsen, *Women's*, 7-8.

²⁵² Sharon Harley sostiene que durante la *era progresista*, las mujeres negras a menudo no creían que su ocupación «fuera un reflejo exacto de quién eran» (Harley, 1995, pp. 25-37). Sostengo que Úrsula no veía a su trabajo (lo que hacía durante varias horas cada día) como un elemento crucial para su definición como un ser espiritual.

larga, se le recordaba el agudo sufrimiento que Él había soportado durante su Pasión. Una entrada del diario dice así:

sabado adelante bideme aogadisima de cosinados y otras cosas deseando berme en los montes onde no biera jente — bolbime a Dios y dijele si no fuera por Dios no ysiera esto — disenme mui bien estaba el ijo de dios en su gloria y bino a padecer trabaxos por nosotros²⁵³.

Conocida en la comunidad por su extrema humildad, Úrsula jamás levantó los ojos: cada vez que veía a una monja se inclinaba tanto que su boca casi tocaba el piso²⁵⁴. Con todo, ella ocupaba el oscuro reino de las libertas, en donde las circunstancias cotidianas constantemente reabrían las heridas fantasmales de la servidumbre humana. Como donada, Úrsula experimentaba una suerte de doble servidumbre: era legalmente «libre» pero no plenamente dueña de su trabajo y cuerpo. Agudamente consciente del lugar central de las relaciones entre patrón y cliente, y de la importancia que los atributos necesarios de la obsequiosidad y la humildad tenían para quienes vivían una relación servil, ella jamás olvidó su posición anterior como esclava. Con todo, para ella algunas monjas traspasaban la opaca línea que separaba a la esclava de la persona libre cuando le exigían que les preparara comida o curara sus enfermedades. Una de las entradas del diario hace hincapié en este punto:

miercoles por la mañana enbiamе señora doña Antonia de Serantes — que le cosine dijele a la negra beos con Dios buestra ama no se acuerda de mi sino para mandarme. bengo a la siesta a la orasion y disenme — si abeys dejado el mundo — porque os quejays — no fuera mejor tomar aquello sin enfado y aserlo con caridad por amor de Dios²⁵⁵.

²⁵³ ASCL, «Úrsula», 21v.

²⁵⁴ ASCL, «Úrsula», 4r.

²⁵⁵ ASCL, «Úrsula», 17r.

Su dilema era cómo soportar este incesante comportamiento racista y equívoco sometimiento, al mismo tiempo que permanecía humilde y sumisa: ambas palabras claves en un vocabulario religioso femenino. Ella lamentaba las exigentes labores comunales que se le pedían, pero se quejaba resentidamente de las monjas que no podían comprender lo que la «libertad» significaba para ella (y tal vez para otras). Para Úrsula, las monjas eran como «perros pobres que no mueven el rabo» (un dicho popular entre los esclavos africanos del sur de EE.UU.) debido a su indolencia y a su dependencia de otros (Collins, 2000, p. 50). Ella intentó compensar su frustración reafirmando constantemente sus votos de servidumbre a una autoridad más alta: Dios. Con todo, las cuestiones de la humildad y la sumisión ante sus superiores religiosas siguieron siendo su lucha más formidable. Las entradas de su diario están repletas de quejas debidas a las demandas hechas por las monjas engreídas, el pesado trabajo en la cocina y el que se le escupiera y ridiculizara.

Las relaciones de poder que fomentan la estratificación y la jerarquía a menudo perpetúan la desigualdad para con las personas de posición inferior. En ocasiones Úrsula se veía cogida entre su posición superior como una visionaria reconocida y una sirvienta libre, y su necesidad de «funcionar como un punto de conciencia de su gente» (Braxton, 1989, p. 5). Ella no fue la única en hacer frente a este dilema. El donado mulato Martín de Porras, quien posteriormente sería un santo, también hizo frente con valentía a las groseras realidades e incongruencias del racismo de la Lima virreinal. Algunos superiores religiosos le zaherían con palabras crueles, pero la comunidad hispana y criolla en general le consideraba superior a otros mulatos por sus dones espirituales. A pesar de su frustración, él mismo reprehendía a los esclavos que desobedecían a sus amos (Tardieu, 1993, p. 572). Úrsula comprendía que los esclavos y las sirvientas a menudo sufrían las crueldades del abuso, el agotamiento físico y las recriminaciones injustas, pero también entendía que eran una propiedad. Esto es particularmente evidente en

la forma en que narró un incidente ocurrido durante una celebración del Corpus Christi. Cuando un pedazo de una gran camareta laceró la cabeza de un esclavo, lo que le preocupó a ella fue no el esclavo, quien sufrió una herida profunda y mortal, sino su amo, un sacerdote bien conocido por las monjas que estaba a punto de perder a su valioso sirviente. Al rogar a Cristo que tuviera piedad del sacerdote pobre y enfermo, una voz celeste la regañó de inmediato, diciéndole que de haber vivido el pobre muchacho habría caído en pecado mortal sin posibilidad de recuperación alguna. Úrsula se dio cuenta de que había concentrado su atención en el interés del dueño y no en el del joven, y que los eventos que llevaron a su muerte siguieron leyes divinas que valorizaban cada alma como un bien precioso que debía salvarse.

Las tensiones provocadas por el intenso régimen laboral, la necesaria interdependencia de monja y sirvientas, y las incómodas jerarquías laborales de la comunidad religiosa asimismo informaban el contenido narrativo de Úrsula. En ocasiones ella manifestaba su enojo o impaciencia para con las mujeres de color a las que supervisaba:

Una noche destas estando yo dando de senar al Refitorio enbiome un plato de ensalada y puselo junto a mi y cuando acabe no lo alle y estaba una muchacha junto a mi – teniendo malisia de que lo abia tomado dijese lo y al punto disenme *que porque le abia dicho por malisia aquello - aquella muchacha que aunque era cosa poca lo abia sentido*²⁵⁶.

En sus escritos, Úrsula permitía que su «voz» visceral y demasiado humana hablara, pero ella enmarcó su «decir la verdad» de modo tal que sus experiencias con el racismo, las luchas por el poder y los dilemas morales sirvieron como un *exemplum* para otras integrantes de la comunidad. Su contenido narrativo proclamaba el triunfo de un alma individual que luchaba por vencer a sus propios demonios

²⁵⁶ ASCL, «Úrsula», 15r. Para otros ejemplos véase 14r, 17v.

de la frustración y la impotencia (Greenspan, 1991, p. 165)²⁵⁷. En efecto, muchas de sus apariciones, diálogos con guías celestes y experiencias cotidianas funcionaban como parábolas del crecimiento espiritual: para ella, para su comunidad (religiosos y religiosas, sirvientas y esclavas) y para quienes se hallaban en el más allá.

Úrsula resentía las diarias tareas pesadas y repetitivas que se requerían de ella, pero aún más dolorosa era la falta de credibilidad que tenía entre algunas de las monjas, quienes se burlaban de su presuntuosidad y hacían agrios comentarios de que una «santa» vivía en medio de ellas. Es obvio que algunas de las monjas se sentían incómodas y tal vez envidiosas del status de esta mística negra, algo que para ellas encerraba una contradicción en las premisas. Para Úrsula, sus preocupaciones únicamente reiteraban las contradicciones de su posicionamiento social, pero esta paradoja formaba parte de un fenómeno generalizado en toda la Latinoamérica colonial. Las palabras de Juana de Jesús María, una contemporánea blanca de Juana Esperanza de San Alberto, la donada morena y mística de Puebla, México, reiteran el dilema al que debían enfrentar muchas monjas blancas en medio de las videntes negras y de casta en los conventos de toda América:

Cierto de verdad que muchas veces me causaba admiración ver esta morena con tan suma paz y consuelo, sin haber otra de su color, porque aunque es verdad que todas las religiosas la estimaban, el natural nos solía llevar tal vez a tratarla según su calidad (Gómez de la Parra, 1992, p. 312)²⁵⁸.

Las donadas no solo eran consideradas sirvientas exaltadas, sino que para algunas monjas nunca podían ser lo suficientemente santas. Úrsula frecuentemente hacía frente a esta cuestión y buscaba

²⁵⁷ Para el problema del «decir la verdad» (*truth-telling*) en las autobiografías véase Smith, 1999.

²⁵⁸ Citado también en Ramos Medina, 1997, p. 207.

el consuelo espiritual de San Francisco, quien contradijo el punto de vista dominante:

esta bes le pregunto [a San Francisco] que es esto que disen que la profesion de las donadas no bale — respondiola el santo diferencia ay de las monjas porque ellas son blancas y de naçion española mas en quanto al alma todo es uno quien mas ysiere baldra mas²⁵⁹.

Esta «verdad» celestial ayudó a confirmar la creencia que Úrsula tenía de que las monjas podrían ser de nación española y ocupar puestos de autoridad, pero que ello no hacía que sus almas fueran más prístinas. A ojos de Dios, la conducta moral y piadosa tenía el puesto más privilegiado.

A pesar de las descontentas murmuraciones de algunas monjas, Úrsula tenía un status único y sin precedentes en el Convento de Santa Clara, como mística y como escritora. En efecto, su autoridad podía influir sobre toda la comunidad. En una ocasión, mientras se hallaba en trance, Cristo le explicó la decepción que sentía con la moral relajada de sus esposas, las monjas (una queja nada rara en las hagiografías de la temprana Edad Moderna). A través de Úrsula, Él ordenó que se colocaran en el coro las cédulas celestiales que dirigían a las monjas a concentrar sus pensamientos en cuestiones espirituales antes, durante y después de la comunión²⁶⁰. Esta era una tarea formidable, puesto que requería que Úrsula criticara a las monjas que habían sido sus superiores durante décadas. Pero tanto su confesor como la abadesa tomaron esta directiva seriamente y nadie en la comunidad dudó de su veracidad. Luego de escucharla, la abadesa convocó el capítulo general y leyó las reformas que Cristo le dictara a Úrsula. Éstas afirmaban claramente que las monjas debían tomar con mayor seriedad su obligación de recibir

²⁵⁹ ASCL, «Úrsula», 32r.

²⁶⁰ AFL, «Vida», 603v.

el Santísimo Sacramento y que debían deliberar sobre cuán remisas habían sido²⁶¹.

El diario de Úrsula expresaba una creencia común en que las figuras religiosas de ambos sexos tenían una mayor responsabilidad moral que la población laica que vivía «en el siglo». Su trabajo transmitía un tono moralista políticamente correcto (que resonaba entre sus contrapartes españolas y latinoamericanas) al sostener que si las clarisas pecaban desobedeciendo las reglas del convento o los Diez Mandamientos, ellas recibirían un castigo más duro en el más allá que si un varón o mujer seglar hubiese cometido un pecado similar. Una monja difunta le explicó a Úrsula en una visión, que aquellas «esposas de Cristo» que ocupaban su tiempo en negocios y no en asuntos espirituales pagaban un alto precio por su codicia. La amenaza del purgatorio evidentemente servía como un recordatorio de que las monjas, e incluso las sirvientas, serían juzgadas ante los ojos de Dios. Como Cristo le explicara en una ocasión a Úrsula: hasta las cenizas del virrey más poderoso podían dispersarse fácilmente en el agua. Tal como resultaron las cosas, las visiones «reformistas» de Úrsula (y la amenaza de la futura purgación) fueron mucho más efectivas para cambiar el comportamiento del convento que cualquier visita eclesiástica del arzobispo. Por cierto que para su biógrafo, el timbre moralista y las implicaciones más amplias de sus revelaciones resonaban con la necesidad de reformar algunas de las actividades «mundanas» que se llevaban a cabo dentro de los muros del convento.

En tanto mística y escritora, Úrsula también obtuvo autoridad al transformar y encuadrar sus monótonas experiencias vivenciales del racismo, con el lenguaje y las imágenes que configuraron un yo textual singular en relación a su cuerpo y a la comunidad de Santa Clara.

²⁶¹ Véase AFL, 589v, 593r, «Vida». Para las reformas eclesiásticas y la afirmación del relajamiento moral de los conventos limeños véase van Deusen, 2001, p. 134.

Ella servía a Dios y a las monjas, pero también creía firmemente en la igualdad de las almas y en el principio de que «bienaventurados [sean] los pobres de espíritu, que de ellos será el reino de los cielos». Su «otra» comunidad de relaciones constaba de las sirvientas y esclavas que trabajaban con ella de forma cotidiana. A pesar de su refunfuniar y de los altercados, su mundo estaba inextricablemente ligado con el de ellas (Maclay Doriani, 1991, p. 203). En su diario, ella daba poder a algunos de los «pequeñitos» del convento al dar nombre a las sirvientas y esclavas e investirles con un status importante entre aquellas que observaban desde el reino espiritual:

Disenme de como se agradaba Dios de los pequeñitos - y umildes y que en esta casa le agrada Florensia Bravo y Antonia de Christo - que son desechadas y nadie ase caso dellas la primera es una mulata chabacana y la otra una negra siega - despues estando pensatiba con temores y desconfiansa disenme *que por que desconfio - que si no e oydo desir fulano es onbre de mucha berdad y de mucho credito no ay mas que temer fiaysteys de los onbres y poneys buestra confiansa - y de mi no la teneys que no puedo faltar a los que se fian de mi*²⁶².

Úrsula mantuvo una posición de autoridad y respeto entre las esclavas y sirvientas difuntas que se le aparecían pidiéndole que intercediera a su favor para aliviar sus dolores y sufrimientos en el purgatorio. Al recordar fragmentos de las experiencias de los «pequeñitos» en su diario, ella encarnaba las voces de los difuntos y volvía a escenificar una suerte de memoria racial de las complejidades de la servidumbre y del conflicto interracial (Homans, 1997, pp. 88-89).

En su diario, Úrsula creó un espacio inclusivo para algunas de las mujeres de color que no tenían nada de poder dentro del convento, pero sus esfuerzos se extendieron más allá del ámbito físico de la página escrita y de los muros conventuales. En sus visiones, los difuntos se

²⁶² ASCL, «Úrsula», 15v.

le aparecían con numerosas y diversas preocupaciones. Una esclava se le presentó en su forma «terrenal», con la esperanza de que sería reconocida. Ella temía convertirse en una de las muchas «ánimas solas» perdidas y olvidadas en el purgatorio, sin nadie que cuidara de su bienestar. Esta no era una preocupación inusual en una mujer cuya «familia» tal vez consistía de su dueña y unas cuantas otras esclavas y sirvientas del convento. Úrsula evidentemente comprendía esta importante noción afro-peruana de la «familia» extensa, pues muchas esclavas eran separadas de su madre a tierna edad, quedaban huérfanas o eran ilegítimas, y mantenían un contacto apenas mínimo con alguien afuera del convento.

Las sirvientas y esclavas difuntas se presentaban ante Úrsula al igual que Cristo, quien se le apareció para amonestar a las clarisas por su moral relajada. Sin embargo, la mayoría de las esclavas y sirvientas que aparecían en sus visiones no manifestaban enojo ni resentimiento, sino más bien una resignación para con su condición y la necesidad de responder a una autoridad más alta, tanto en vida como en muerte. Aunque la mayoría *parecía* haber aceptado la dura realidad de la servidumbre humana, ellas consideraban que su alma tenía igual valor que las de las demás por la creencia de que Dios daba memoria, entendimiento y libre albedrío a cada alma para que eligiera su destino.

Las singularidades de Úrsula también se debían a su ubicación cultural en medio de las superpuestas tradiciones espirituales de Europa y África. Su comprensión de los difuntos y su capacidad de comunicarse con ellos provenían de una vieja práctica católica con siglos de antigüedad. Pero también se mezcló con las conceptualizaciones existentes en África occidental de un mundo poblado por seres sobrenaturales y espíritus que deambulan. A medida que los pueblos de las «naciones» Mina, Guinea, Angola y Folupa eran esclavizados y transportados al Perú, ellos llevaron consigo sus creencias en el culto a los antepasados, un poderoso respeto a los muertos y nociones de «este mundo» y el «otro mundo».

Muchos africanos occidentales asimismo creían que aquellos humanos que recibían imágenes y mensajes de seres del más allá debían «interpretar estas revelaciones y actuar en conformidad con ello» (Thornton, 1998a, p. 236). Las médium (llamadas *nganga ngombo*) podían mantener contacto con los antepasados difuntos, las almas o los «santos» para así conseguir consejos o información divina (pp. 243-246). Esta práctica coincidía con las formas cristianas de los augurios y la concepción del purgatorio como «otro mundo». Los videntes africanos transmitieron concepciones teológicas a los afro-peruanos criollos como Úrsula. Ella a su vez encuadró su propia comprensión del catolicismo dentro de su tradición cultural materna. No cabe duda de que Úrsula iba discutiendo y cavilando sobre las nociones africanas del mundo de los espíritus con sus compañeras de trabajo, mientras amasaba la masa o revolvió el estofado en la cocina del convento.

Las ideas que Úrsula tenía de la responsabilidad personal y el castigo dado en el purgatorio a los distintos talentos, estados y ocupaciones también correspondían a las relaciones dadas por las místicas europeas, desde Hildegarda a Francisca del Santísimo Sacramento. Sin embargo, sus principales contactos fueron con personas que tenían una sensibilidad particular para con las divisiones, no solo de status secular o religioso, sino las de raza y «calidad». Una sirvienta a la que «salvó» le describió cómo era que el cielo difería para los distintos estados de la vida:

que allâ [en el cielo] avia grande concierto; que cada uno tenia su lugar conforme â su estado; que las Monjas padecian â una parte, los Religiosos â otra; y â si mesmo los Seglares, y Sacerdotes, todos estaban en sus lugares con gran orden, y concierto; y que así â indios, como â negros, y demâs naciones se les daban las penas segun la calidad de cada uno, y obligaciones de su estado²⁶³.

²⁶³ AFL, «Vida», 591v; ASCL, «Úrsula», 24r.

Todos tenían su lugar, su espacio designado en el purgatorio. Aunque por lo general se le consideraba un ámbito de castigo, algunos le veían como un lugar semi utópico en donde las almas podían expurgar las diferencias raciales, de calidad y de género. El alma de María Bran, una esclava de Santa Clara, se le apareció a Úrsula vestida con un alba (una vestimenta eclesiástica usada por los sacerdotes consagrados que llevan a cabo la misa), la cual estaba sujeta con una cuerda ornadamente trenzada. También llevaba una corona de flores, lo que en el siglo XVII estaba por lo general asociado con Santa Rosa. María le aseguró a Úrsula que las negras y las donadas iban al cielo, preocupación esta que una visionaria blanca no habría tenido. El hecho de que una esclava, vestida como una santa o sacerdotisa, ocupara un lugar en las alturas elevadas del purgatorio, muestra cómo este ámbito podía ser percibido como un espacio en el cual prevalecía la justicia, en especial desde el punto de vista de una mística colonial que luchó contra el racismo y la brutalidad durante toda su vida. El purgatorio igualaba las diferencias, pero también funcionaba como un espejo de los temores y las esperanzas de personas que contaban con distintas experiencias y diferentes expectativas de vida.

Úrsula fue una mística que ocupó una posición de poder y autoridad dentro de su comunidad religiosa. Ella imitaba los modelos dominantes de la santidad femenina, al mismo tiempo que se identificaba a sí misma como una mujer diligente gastada por los años de abuso. No era ni frágil ni hermosa, ni tampoco indolente. Como mujer liberta se fue haciendo cada vez más intolerante para con el racismo, pero continuamente rezaba pidiendo más paciencia y decisión para sufrir/soportar las continuas demandas que se hacían de su cuerpo. Como mística y donada, ella experimentó tanto las posibilidades como los límites de la autoridad para empoderar a los «pequeñitos» y expresar sus visiones en forma escrita, al mismo tiempo que seguía sirviendo a otros durante varias horas cada día. En su diario, Úrsula buscaba

un significado en sus interacciones con monjas, sacerdotes, sirvientas y esclavas vivas y muertas. Ella «leía» los códigos de la vida cotidiana y la subjetividad a través del prisma de las historias de vida del más allá. Al hacer esto visualizó un mundo igualitario en donde Dios privilegiaba la bondad, al mismo tiempo que seguía reconociendo las incongruidades de una existencia racializada en la sociedad colonial.

LOS TEXTOS

Afortunadamente tenemos acceso a las palabras de Úrsula, que siguen resonando entre nosotros hoy en día (ver la versión digitalizada en el CD). Resulta difícil determinar si ella misma efectivamente escribió alguna parte del diario. Es probable, dadas las distintas caligrafías en ciertas secciones (en especial del folio 29v al 41v), que una o más de sus acompañantes femeninas (monjas) hayan anotado sus pensamientos y visiones (véase la figura 6). De hecho, Úrsula mencionó específicamente cuándo una amanuense comenzó a escribir por ella:

dijele que çì queria que se escribiese dijo que si yo pregunte que çì lo diria a una monja con quien estado çìempre y desde los prinçipios que me binieron estas cosas asta que ella me dijo que no lo anduviera diçiendo a todas que entraban en ondo y que era menester tratarlo con quien lo entendiera dijome que fuera a la que lo esta açiendo nonbrando por su propio nonbre porque avia leydo mas esta hermana tiene muncho miedo de estas cosas²⁶⁴.

²⁶⁴ ASCL, «Úrsula», 34v. Aunque la caligrafía de los últimos veinte folios se parece más a los primeros veintinueve, Úrsula menciona varias veces en estas páginas a «a la que escribe esto», «Úrsula», ASCL, 43r, 46r, 53r. Para un análisis contundente sobre la diferencia entre la palabra escrita y la oralidad del texto de Úrsula ver Martínez i Álvarez, 2004b.

y para orar elly cada un por su parte...
 mi de lo po lo p...
 anj por a de la e...
 enion para lo...
 p...
 ma med...
 se va la...
 bray...
 cho...
 Jaan por a de la...
 a na de Jan...
 doña fu...
 de...
 se perdie...
 ble go...
 zension y...
 fuero...
 de...
 lo mucho...
 es...
 sea...
 per...
 cruce...
 tanto...
 no...
 esto...
 a...
 a...
 m...
 r...
 co...
 a...
 de...

prosigue
 una monja
 que le escribia

Figura 6. Folio 29v del diario de Úrsula donde la escritura cambia radicalmente. Al margen dice: «Prosigue una monja que le escribia.» Fotografía de Nancy E. van Deusen

No queda claro qué tan detenidamente fue examinada Úrsula para determinar la veracidad y la ortodoxia de sus visiones sobrenaturales. El diario probablemente no fue censurado, pues contiene muy pocas palabras o frases testadas y no muestra ninguna huella de haber sido editado. Parte del contenido en realidad habría sido considerado herético, lo que hace que una se pregunte cuán estrechamente su(s) confesor(es) monitoreó (monitorearon) sus escritos. Sabemos que todas las monjas hacían un voto de obediencia a sus superiores y que estaban obligadas a seguir las directivas de sus confesores²⁶⁵. ¿Podemos acaso asumir que como Úrsula era una donada, sus confesores no tomaron sus escritos en serio? Dado lo serias que eran las órdenes dadas por el Concilio de Trento que reglamentaron y estandarizaron la guía de los confesores, ¿por qué razón sus asesores masculinos apenas si son visibles en su texto?

Luego de que Úrsula dictara o escribiera su última entrada —«mucho dejo de escrebir/ porque no puedo mas/ cincuenta y siete hojas estan escritas»—, una monja a la cual había conocido en el convento redactó una breve biografía que fue encuadernada junto con el diario original (véase CD). Luego, hacia 1686, un fraile compuso una biografía de Úrsula en base a su diario no censurado, así como el texto biográfico introductorio que le acompañaba (véase CD). Dos copias de su biografía —una completa, la otra no— fueron entonces guardadas en la biblioteca franciscana. En 1777 Juan Francisco de Landa, el provincial de los franciscanos, ordenó que la biografía de Úrsula fuera encuadernada junto con numerosas otras hagiografías²⁶⁶. Landa asignó la responsabilidad principal de esta tarea a fray Fernando Rodríguez Tena (m. 1781), un historiador franciscano que también redactó una crónica (aún manuscrita) (Heras, 1992, p. 584). Las dos biografías de Úrsula, la parcial y la incompleta (escritas de la misma

²⁶⁵ Para el escudriñamiento del confesor véase Weber, 1985; María de San José, 1999, pp. 316-324; Bilinkoff, 1993; Ibsen, 1999, pp. 19-22.

²⁶⁶ Diego Córdova y Salinas encargó varias biografías en 1637 (1957, XXI).

mano), aún figuran en ese grueso volumen encuadernado²⁶⁷. El diario contiene parte de la información que figura en la relación biográfica. Sin embargo, la estructura narrativa del diario fue alterada radicalmente en la *Vida*, donde también se agregaron fechas y nombres específicos. Es muy probable que para conseguir información adicional, su biógrafo haya dependido de las compañeras de clausura de Úrsula que aún seguían vivas en la década de 1680²⁶⁸.

Al escribir la *Vida* de Úrsula, la principal tarea del autor era enmarcar y reestructurar su viaje místico para así situar a esta excepcional mujer dentro de la centenaria comunidad de ejemplares Religiosas. Hizo esto de varios modos. Para empezar, le restó importancia al hecho de que era negra, enfatizando su singularidad (era «de tan rara virtud, y santidad») y el hecho de que Dios hubiese hecho «lo negro, blanco de sus caricias, y depósito de sus gracias». El biógrafo no solo «blanqueó» a Úrsula, sino que también dio a entender que ella se comportaba como las monjas santas, ninguna de las cuales era de ascendencia africana²⁶⁹.

Para adecuarse a la estructura de las demás *vidas* de la época, el autor asimismo incluyó la historia de la «conversión» de Úrsula, cuando puso una saya nueva a secar y casi encontró la muerte en un profundo pozo. Semejantes eventos transformativos abundan en las breves relaciones biográficas que aparecen en las crónicas de Antonio de la Calancha, Diego Córdova y Salinas y Juan Meléndez (para no mencionar sino a unos cuantos), acerca de las experiencias de los

²⁶⁷ AFL, no. 25, «Úrsula», 339v-56v, contiene una versión incompleta (fecha en 1686) que termina abruptamente. La segunda versión —completa— (no. 45, 585r-607r) dice al pie del folio 585r: «Disponè la vida, segun lo que hallaràs copiado de buenos originales en el trasumpto siguiente».

²⁶⁸ Esto no era raro. Para información sobre Santa Clara, Córdova y Salinas interrogó a la abadesa doña Magdalena Vélez Roldán y a tres otras monjas, e incluyó otras ocho firmas de monjas principales del convento. Córdova envió una versión completa a Madrid en 1640, hizo algunos añadidos en 1642 y terminó las revisiones finales en 1648 (1957, XXXVI, 903).

²⁶⁹ Para una comparación de las diferencias en el lenguaje del diario y la *Vida* véase Martínez i Álvarez, 2004a.

visionarios y místicos varones y mujeres en el Perú virreinal. Dichos eventos eran cruciales en la construcción de una narrativa ortodoxa porque el biógrafo necesitaba mostrar que Dios —en Su gracia— había designado a aquella persona bienaventurada en particular para que recibiera los dones celestes. Pero si bien el incidente del pozo era un elemento central en la construcción de la vida hagiográfica de Úrsula, para ella tuvo otro significado y al mencionar este hecho tardíamente en su diario, igualó al pozo con el infierno (un símbolo que a menudo empleó en dicho escrito al referirse a las almas del averno). Ella era consciente de que al precipitarse a su muerte, habría estado descendiendo literalmente a las entrañas del infierno:

diseme - que cuando yo me yba a caer en el poso y conosiste que si cayeras te ybas al infierno quien te lo dio tu dormias en pecado mortal y la Birjen me Rogaba por la pobresita y buestro padre San Francisco y buestra madre Santa Clara me pedian por bos²⁷⁰.

Su principal preocupación era que había sido una gran pecadora y no necesariamente que Dios la había escogido para que emprendiera otro camino.

Debido al ojo siempre vigilante de la Inquisición, para el biógrafo de Úrsula resultaba esencial enfatizar las formas en que «Dios le hacía mercedes»: en otras palabras, *cómo* fue que ella alcanzó su autoridad. Dios, o las voces, a menudo le hablaban mientras rezaba o había entrado en un trance meditativo después de comulgar, dos «espacios» ortodoxos en donde se consideraba que era más probable que tuviera lugar la comunicación con lo divino. Su biógrafo asimismo enfatizó lo que Kathleen Myers llama la «tríada mística», esto es la relación central desarrollada entre la mística, Dios y su confesor (Myers, 2003, pp. 81-82). En efecto, la sección principal de la *Vida*, que describía las repercusiones del fracaso de Úrsula al enumerar todos sus pecados

²⁷⁰ ASCL, «Úrsula», 50v.

durante su confesión general («todavía falta», le advirtió Dios), buscaba resaltar la obediencia a la jerarquía eclesiástica y a Dios como el aspecto más importante de la vida monástica. En la versión que el biógrafo da del incidente, Úrsula se dio cuenta de esto mediante una visión simbólica: «Despues de la confession, estando en oracion, vio que le estaban raspando el corazon con un guesesito, a manera de cuchillo pequeño, y que se le iba poniendo blanco, y quitando algunas manchas»²⁷¹. Sin embargo, ella únicamente mencionó este incidente ya bien avanzado su diario, cuando sus «voces» le pidieron que hiciera una segunda confesión general. Este pedido aparentemente despertó el recuerdo de su primera confesión de este tipo: «disenme que aquello que bi cuando me confese jeneralmente –que me raspaban el corason con aquel guesesito aquello que quedaba pegado que no acababa destar del todo limpio eran estas cosas que tu andas escrupuleando y disiendo al padre»²⁷². Según su biógrafo, una vez que la conciencia de Úrsula estuvo limpia «mediante la virtud del soberano Sacramento, disposicion exacta del penitente, y discreta inquisicion del buen ministro», ella recibió tantas mercedes que su confesor le concedió licencia para que las escribiera. Esta forma de narrar dicha secuencia de eventos en su biografía indica que Úrsula había seguido la cadena de mando de la obediencia, de Dios al confesor a la confesante. Se abrió así el camino para que Úrsula alcanzara la autoridad interpretativa con que revelar «las obras y la bondad de Dios» y sirviera como un canal de «salida para la construcción creativa de un sello que [unió] la historia personal [de Úrsula] y las expectativas del comportamiento modelo» (Myers, 2003, p. 82).

Su autoridad como representante elegida por Dios queda demostrada con mayor claridad en el énfasis dado a Úrsula como el instrumento con que transmitir el desagrado del Señor con «los defectos en las venias, y ceremonias de la Religion», o que como «las Esposas de Jesucristo» se distraían demasiado «en granjerías, y otras compras y ventas», ellas

²⁷¹ AFL, «Vida», 587v.

²⁷² ASCL, «Úrsula», 54v.

habrían de pagar un alto precio en el purgatorio por su conducta²⁷³. La sección algo extensa que narra el incidente de las cédulas celestes colocadas en la pared del templo aparece hacia el final de la *Vida* (ff. 603v-604r) y tomó bastante del texto de Úrsula (34r-v). Tanto su diario como la *Vida* asimismo enfatizaron repetidas veces el desagrado de Dios con los pecadores en general y «el poco agradecimiento a sus beneficios».

En ocasiones, el biógrafo de Úrsula se tomó la libertad de editorializar el contenido de las lecciones morales de las almas del purgatorio —se tratara ya de monjas negligentes, ya de sirvientas tozudas—, presentadas en el diario. Véase la historia de la cocinera y panadera negra que falleció inesperadamente sin haber recibido la confesión:

dandole parte a la sierva de Dios de la calidad de su muerte en aquella misma hora, y de los grandes trabajos en que estaba; por causa de que siendo cosinera, y panadera *extraviaba mucho del comun* [subrayado mío] para sus particulares cumplimientos: y que asi diesse notica a la Señora Abadesa, para que remediase semejantes extravios, por ser tan perniciosos, asi al convento, como a las almas²⁷⁴.

Según Úrsula, la cocinera «me dijo que estaba con tan grandes trabajos [en el purgatorio] porque cuando era cosinera y panadera sacaba mucho y que la señora abadesa podía rremediar aquello». No está claro que quiso decir la cocinera con «sacar», como no lo están tampoco las medidas adecuadas que la abadesa podría haber tomado²⁷⁵.

²⁷³ AFL, «Vida», 593r.

²⁷⁴ AFL, «Vida», 592v.

²⁷⁵ El verbo *sacar* tiene diversos sentidos, entre ellos «apartar de algún empleo, oficio u ocupación», «sortear para algún empleo», o «conseguir y lograr alguna cosa», *Diccionario de autoridades*, VI, pp. 7-8. En *The Souls of Purgatory* (van Deusen, 2004, p. 57), la versión inglesa de este libro, probablemente malinterpreté el texto al traducirlo como si este hubiese querido decir que la cocinera falleció por haber tenido que trabajar demasiado, y que la abadesa podría haber remediado esto.

Sin embargo, como podemos ver en otros ejemplos en el texto, el biógrafo añadió su propio giro para brindar así una lección moral en torno a las consecuencias que el pecado tenía para la población servil del convento.

Si bien las historias de almas en el purgatorio comprenden un porcentaje significativo del contenido narrativo de la *Vida*, el texto contiene otros subtextos, en ocasiones más sutiles, algunos de los cuales transmiten las virtudes heroicas de Úrsula: la caridad, la humildad, la devoción y la penitencia. En efecto, estas historias contadas en su *Vida* giran en torno a un gran número de temas relacionados con las explicaciones ortodoxas y populares de las doctrinas católicas del siglo XVII referidas al pecado, la purgación y el purgatorio, la Pasión de Cristo, la devoción mariana y la comprensión de la Santísima Trinidad, que futuros investigadores podrán examinar, analizar y comparar con el diario.

Aunque la *Vida* emplea el florido lenguaje metafórico de la literatura espiritual barroca, para el lector es bastante fácil de seguir. El diario de Úrsula, por el contrario, no es una lectura «fácil» y por momentos es difícil de seguir o entender. Salvo por unas cuantas excepciones, Úrsula (o su amanuense) escribía en primera persona. Al igual que muchos textos de la época, la redacción tiene pocos signos de puntuación (la parte dictada a una monja sí tiene algo de ello). Por encima de todo, el diario espiritual de Úrsula no está pulido; es una mezcla evidente de tradiciones orales y escritas. El diario está repleto de repeticiones, imágenes y sobre todo de diálogos increíblemente ricos con figuras celestiales, que van desde su ángel de la guarda disfrazado de fraile, a Cristo, María y Dios. Estas voces se entretajan la una con la otra, indicando una fusión de lo hablado, lo escrito y lo oído (Vitz, 1991). Su estilo de redacción (o el de sus escribientes) es inconsistente y telegráfico, y muchos pasajes son extremadamente crípticos. Úrsula a menudo cambiaba de tiempos y confundía los objetos directos asociados con sus múltiples voces femeninas o masculinas. Además, su

sentido de la cronología frecuentemente cambiaba de modo dramático cuando yuxtaponía «eventos» distintos. En un párrafo dado ella podía saltar de la historia de la vida de un alma difunta que rogaba se le ayudara, a un episodio de la Pasión de Cristo y después a su versión de alguna conmoción ocurrida en el convento.

La transcripción de ambos textos es fiel a los originales en la medida de lo posible, aunque algunas grafías y puntuaciones han sido modernizadas. Sin embargo, cabe una advertencia para el lector con respecto al diario. En un párrafo dado, los referentes de los pronombres pueden cambiar drásticamente. El uso de «ellos» podría referirse a «las voces», a otros seres celestes, entre ellos su ángel de la guarda (vestido como fraile), o a Cristo y a Dios. En una ocasión, una exasperada Úrsula admitió que las «voces» no se identificaban a sí mismas. De este modo ella cambiaba regularmente del plural a los referentes en singular en la misma oración, lo que tal vez podría explicarse con su comprensión de la Trinidad como una entidad formada por tres seres (Dios, Cristo, Espíritu Santo) en uno y viceversa. Esto se complica aún más con la aparición de personas vivas y muertas, y con la amanuense que ocasionalmente introduce su propia voz. En la medida de lo posible he intentado identificar a las personas mencionadas en el diario de Úrsula. Si quedan en el anonimato es porque hasta el momento permanecen silenciosas en los documentos correspondientes.

La *Vida* y el diario son textos extremadamente ricos, pero otros retratos y representaciones de Úrsula de Jesús también están presentes hoy con nosotros. La *Lima religiosa* de Ismael Portal, publicada en 1924, nos da un ejemplo de cómo, a lo largo de los siglos, la historia de Úrsula ha sido transmitida de una generación de hermanas clarisas a la otra. Cuando Portal entró al convento se encontró con que dos de sus principales informantes, la abadesa Antonia del Espíritu Santo, que profesara en Santa Clara en 1895, y «la monja decana» Manuela de la Purísima, quien hiciera sus votos aún antes, en 1876, eran dos pozos de sabiduría.

Posteriormente diría que mientras la abadesa y su secretaria le guiaban por el monasterio,

En un pasaje próximo a la entrada, llamó nuestra atención un oscuro lienzo del Señor de la Agonía, en lo alto de la pared, cubierto por cristales y delante una lámpara grande cuya tenue luz nos produjo en el ánimo cierta melancolía, como de arrepentimiento de nuestras culpas...

Cuando Portal señaló a la abadesa que «este cuadro debe tener historia», ella de inmediato respondió:

La tiene señor, y muy interesante. Vea usted ... Hubo aquí una negrita, Úrsula, en los primeros tiempos del monasterio, que fue una verdadera sierva de Dios. Una noche estaba, solita, adorando arrodillada en el suelo, a este Crucifijo, y de pronto al retirarse, tuvo la idea de besarle una mano, lo cual era imposible por la distancia que la separaba. Pero, cuán intensa sería su emoción al ver que el Señor, desclavando la derecha, se la acercó a los labios. Atónita la buena mujer, exclamó: «¡Señor mío! ¿Soy yo Santa Catalina o Santa Gertrudis? —*Lo hice con ellas y puedo hacerlo contigo*— fue la respuesta (Portal, 1924, p. 153).

En su obra, Portal asimismo señaló que no solo el Convento de Santa Clara de Lima tenía una «grande veneración» por Úrsula, sino que en el primer claustro (que ya no existe) vio además «un hermoso lienzo que reproduce con detalles el acto milagroso» del pozo. También incluyó en el libro una fotografía del pozo, ahora embozado por un frondoso árbol (p. 154). Aquí, en el compendioso libro de Portal sobre el pasado del convento, atisbamos un fragmento del permanente lugar central que le cabe al relato de la historia de la conversión de Úrsula, como parte integral de la historia de esta casa de religión. Para una generación tras otra, la presencia material de ese profundo portal y sus representaciones pictóricas y narrativas sirvieron para reescribir el pasado y vincularlo con el presente.

Sin duda que otros seguirán dando nuevos retratos y representaciones de la historia de Úrsula. Hace poco, el 10 de diciembre de 2004, se me invitó a que hablara sobre ella a la comunidad de clarisas. Mientras me encontraba en lo que alguna vez había sido el refectorio iba mirando las paredes y vi el retrato del fundador Toribio de Mogrovejo, bendiciendo a las fundadoras de Santa Clara (lo que trajo a mi mente la historia de la «fundación» que Úrsula narró en su diario y que ya se examinó), así como el *Cristo Descendiendo* que influyó en las visiones de Úrsula. Me sentí engullida por la historia, pero también humilde y pequeña. Ahí estaba yo, una *gringa* extranjera hablando de Úrsula a una comunidad de mujeres que vivían y respiraban espiritualidad y que conocían las historias de esta donada como la palma de sus manos gastadas por el trabajo. Y mientras me encontraba en el centro de la habitación, rodeada a ambos lados por los dos retratos de Úrsula, con el diario orgullosamente exhibido en un facistol a un costado (las monjas habían traído estos objetos a la sala especialmente para la ocasión), pude sentir la profunda conexión que las hermanas tienen con esta notable mujer y su historia. Después de que dijera —algo torpe y nerviosamente— lo que sabía de la «historia» de Úrsula, les pedí que me dijeran lo que ellas sabían. La curiosidad me embargaba. Inicialmente dubitativas, las postulantes, novicias y monjas de velo negro hablaron, lenta y luego gradualmente con cada vez más entusiasmo, siempre esperando educadamente su turno. Una monja había oído de otra monja de unos noventa años, que a su vez lo había escuchado decir a otra monja mayor, que... ¡La historia se iba desplegando delante de mí! Me contaron de los lugares donde algunas sienten su presencia. Me dijeron que parecía que Úrsula tendía a hacer penitencia cerca del pozo donde había caído. Allí trabajaron muchos esclavos que consideraban que habían penas porque se escuchaban carretas y pasos de caballos. Úrsula confesó sus temores al bienaventurado padre Urraca (que también fue confesor de algunas de las monjas), quien le obsequió una cruz grande para que

la colocara y así dejasen de penar en ese lugar²⁷⁶. (Sin duda ninguna, yo jamás había escuchado este relato ni tampoco figuraba en el diario. «¿Cómo responder?», pensaba para mí). «No», musité sinceramente, «esa historia no figura en el diario». «Pero no toda la historia de Úrsula se encuentra allí», agregué. «*Por favor* sigan contándose estas historias de Úrsula entre ustedes porque también forman parte de vuestra historia y forman parte del legado de Úrsula. La historia se da al contarla, ya sea por escrito u oralmente».

En última instancia, las historias de las monjas seguirán pasando de una generación a la otra, en tanto que la *Vida*, así como el texto original, deberán erguirse por sí solos como *los* testimonios de Úrsula y sus mundos. Soy la primera en admitir que es sumamente difícil escudriñar y analizar textos místicos como este y pasarlos por nuestras mentes del siglo XXI, como granos por el molino. Como la investigadora Mary Giles dijera idóneamente, «[n]inguna conceptualización pondrá a Dios dentro de una caja» (Giles, 1990, p. 108). Y tampoco nada de lo que especulemos, analicemos y examinemos podrá hacer eso con Úrsula. Ella fue, es y seguirá siendo un espíritu maravilloso para que las mentes jóvenes y viejas ponderen una y otra vez. Dejemos que su texto, así como las imágenes que la inmortalizan, «hablen» a cada lector en los días y años por venir²⁷⁷.

²⁷⁶ En efecto, varios de sus hagiógrafos han señalado que Urraca era conocido por dar cruces a sus hijas espirituales, «por tener en [los monasterios] muchas hijas de confesión muy exemplares», Colombo, 1971, p. 108.

²⁷⁷ Véase dos otros estudios sobre Úrsula, Martínez i Álvarez, 2004a y 2004; y Wood, 2004.

SEGUNDA PARTE
DIARIO ESPIRITUAL DE LA VENERABLE
ÚRSULA DE JESÚS, ESCRITA POR ELLA MISMA

Versión elaborada para un lector moderno a partir del original

**DIARIO ESPIRITUAL DE LA VENERABLE
ÚRSULA DE JESÚS, ESCRITA POR ELLA MISMA,
CONVENTO DE SANTA CLARA DE LIMA, PERÚ**

Versión elaborada a partir del original para un lector moderno¹
por Javier Flores Espinoza, Roberto Niada A. y Nancy E. van Deusen

(8r) En nombre de la Santissima Trinidad. No se si es alguna cosa de aquel engañador, [pero] desde el año nuebo que fue el biernes pasado asta oy, que es bispera de Reyes, todas las mas beses que boy a la orasion viene a mi un frayle [fransiscano] que jamas conosi, que es aquel que se echo de la pared. Dios sabe si es berdad lo que es. Viene pidiendo que le encomiende mucho a Dios [por] que esta en grandisimas penas, [y] que le ofresca al eterno Padre, por el, aquellas terribles agonias que padieso nuestro señor Jesuchristo, aquellas tres oras que estubo pendiente de la crus asta que espiro. Es[t]o dije entre mi: «Dios, ¿tubo tantas agonias?». Dijo: «en quanto hombre las tubo terribles, [pues] Él para sí no lo abia menester, mas [sí] por nuestro remedio y [que] cuando se encomendo en manos del Padre tambien lo yso por enseñarnos y darnos exenplo; que Él por sí no lo abia menester [por] que era Dios».

¹ ASCL, «Úrsula», 8r-60r. La puntuación aplicada al documento sigue las normas actuales. Las palabras insertadas entre corchetes siguen las normas modernas. Solo se han añadido tildes por razones de aclaración. Las mayúsculas también siguen las normas actuales, manteniéndose únicamente aquellas que suponen alguna forma de excelencia («Divina Majestad»). Las r mayúsculas que figuran en medio de una palabra fueron reemplazadas con rr. Las dobles eres se eliminaron cuando estaban en posición inicial. Las dobles eses solo se mantuvieron en posición intervocálica. Se han restituido las cedillas, las virgullas de las eñes y las diéresis. [det] significa «deteriorado».

Entre otras cosas que digo fue que muchos relijiosos y religiosas estaban en las relijiones como estatuas, solamente con el cuerpo; que si estaban en el ofisio dibino era sin consideración, ni debosion ni atencion; [que] si en la misa, dibertidos y sin la preparasion que se requiere. Y no lo se desir como alli paso. Finalmente dijo que por esto se pasaban terribles penas y que el, desde el instante que cayo, abia echo muchos actos de contrision y que no abia echo aquello con mala yntension, y que el padesia las mesmas penas del infierno. Y me enseñaba un paredonsillo que me llegaria a mi al pecho, y desia que solo aquello estaba de por medio entre él y el infierno, mas que las llamas de alla eran las que le atormentaban. Yo le dije a Dios que si aquello era suyo, yo ofresia por el todo todo cuanto podia, y todas las estaciones y ynduljencias que ganase. Bolbio oy bispera de los Reyes a darme las gracias, disiendo que Dios me lo pagase y me diese los descansos que yo le abia dado. Dije si Dios a resebido aquello poquito. Dijo que si, que Dios resebia lo que se asia por bibos y muertos, y que yo continuase el encomendarle y ganarle ynduljencias porque padesia de pies a cabeza, y que en la corona tenia particular tormento porque no la traya como lo ordeno nuestro padre San Francisco. Esto ba a pedasitos como se [me ha] acordado. Tambien dijo que los credos se asian años en aquellas penas, [pero] como no tengo por siertas estas cosas no las digo luego que me suceden, [sino] asta que persebera[n] tanto². Mas a de dies días que me persigue este flayre [*sic*] todas las beses que me recojo³, y sienpre lo e bisto en pie, las manos puestas y de pies, [l]a cabeza en llamas de fuego. Como me pedía con tanto aynco, dije que qué era yo y qué balia para aquello? Dijo que en cualquiera [en] qu[i]e[n] Dios ponía sus dones,

² «Cada credo equivále à lo mismo que cada instante, cada momento, cada passo, cada hora, cada día», en otras palabras todo el tiempo (*Diccionario de autoridades* [en adelante *DA*], II, p. 653).

³ Los términos *recogerse* y *recoger* tienen diversos significados, pero aquí Úrsula se refiere al acto de la contemplación o meditación espiritual. Para una explicación más detallada véase van Deusen, 2001, p. 9.

[y] que muchos reyes y monarcas, enperadores y potentados estaban en el ynfierno, y relijiosos y relijiosas como lo estubiera el, si no fuera por la gran misericordia de Dios y otras cosas que se me an olvidado.

Dia de los Reyes⁴, estando recogida despues de aber comulgado, no se si son enbustes de paton⁵ o de mi cabeza, [pero] se me bino a la memoria Maria Bran, que era una negra del conbento que a mas de catorse años que murio supita[mente, y era] una de las cosas mas olvidadas que abia para mi en este mundo; y juntamente la bi bestida de una alba⁶ albisima, señida con un singulo corto, con unas riquisimas borlas (tambien el alva estaba mui bien guarnesida) [y] una corona de flores en la cabeza tambien. Se me yso que [la] bi de palma. Aunque tenia su cara estaba mui linda y [con] un negro lustrosisimo. Dije yo que cómo una negra tan buena, que no era ladrona ni enbustera, abia estado tanto tiempo [en el purgatorio]. Dijo que abia estado [alli] por su condision y que alli se penaba el sueño fuera de tienpo y la comida, y que aunque abia estado tanto tienpo abian sido lebes las penas, y que daba muchas gracias a Dios, que con su dibina proibidensia la abia sacado de su tierra y traydola por caminos tan dificultosos y barrancosos para que fuese cristiana y se salbase». Dije que si las negras yban asi al cielo. Dijo que como fuesen agradesidas (8v) y tubiesen atension a los benefisios y le diesen gracias por ellos las salbaba por su gran misericordia». Yo cuando ago estas preguntas, no las ago porque quiero, sino que asi como beo y me ablan sin que quiera, asi me asen ablar sin querer[lo] yo. E menester que me encomienden mucho a Dios. Todo esto me sirbe de tormento. Tambien me dijo que yo diese gracias a Dios por los benefisios que le abia echo. Aunque me paresio que se yba al cielo, no lo supe de sierto.

Yo traygo una tentasion terrible y es que cuando [me] topo a las monjas me quisiera enterrar porque no me bieran. Biniendo al coro estaba en el camino una rueda de monjas, y entre ellas estaba fulana

⁴ El 6 de enero.

⁵ Esta es una referencia a Satán usada a lo largo de todo el texto.

⁶ El alba es la vestimenta usada por los sacerdotes al decir misa (*DA*, I, p. 161).

y pasando yo dijo: «¿Que ay en casa quien aga milagros?» Penseme caer muerta. Fuime a Dios tan aflijida como Él sabe. «¿Como permitis esto, Señor? ¿Qué ay en mi para que digan estas cosas?». Aflijime muchisimo, que no me cabia el corason en el cuerpo. «No agas caso deso, dejalo todo. A mi a mi [*sic*] me llamaron enbaydor [y] enbustero. y no me creyan y todabia [a pesar de] mi afficcion». Y alla al cabo disenme: «Mas dificultoso es eso que pides, que si dusientos onbres quisiesen con sus fuerzas mover un monte de una parte a otra sin mi boluntad». Despues se me ofresio subir a una selda alta y bi un monte, y ofresioseme lo que me abian dicho —y aca ynteriormente—, que aunque fueran mil y muchos mas. Buelbo a mirar a otro lado y beo el monte de San Cristobal⁷ y como si me dijeran ynteriormente que aunque fueran muchisimos mas, sin la boluntad de Dios no arian nada. Se me olbido que me dijo que no temiese a ese enbaydor, [por]que no tenia mas poder del que le querian dar.

Juebes, un dia despues de Pascua de Reyes, estando con el Señor tenblo⁸. Yo me asuste tanto que no supe que aserme, y corriendo alli me olbide de Dios. Bolbi luego y yse alli lo que Dios me enseñó y ofresi aquello a Dios en union de lo que su Dibina Majestad yso por noçotras, y particularmente por las que estamos en pecado mortal en esta casa. Y pedile perdon de aberle dejado sin acordarme ni aun de mis pecados para pedir perdon. Disenme que eso se a de aser con tiempo y siempre, porque cuando biene la tribulacion nada se puede o aser desto. Era era para alabar a Dios (lo que me desian). Yo daba gracias a Dios de que no abiamos peresido todas con aquel tenblor. Desianme que la sangre de mi señor Jesuchristo clamaba delante de su Eterno Padre por las ofensas que se le asian. ¿Que si no abia yo bisto cuando agrabiaban a un yjo de la suerte que su padre queria bengar aquella ynjurja, que asi el padre

⁷ El cerro San Cristóbal se ve desde el convento de Santa Clara.

⁸ El virrey Luis Enríquez de Guzmán, Conde de Alba de Liste (1655-1661), informó que en noviembre de 1655 Lima experimentó numerosos temblores de consideración (Hanke & Rodríguez, 1978-1980, IV, p. 90).

queria acabar con todo asta que el yjo bolbiera [a] aplacar al padre? Que se cometen muchos pecados y de muchos generos, unos ocultas, otros tan sin rienda ni temor, y que en las casas de religion, donde no abia de aber mas que amarle y serbirle, es donde mas le ofenden. Que el infierno esta lleno de los que pasan la vida en triscas y pasatienpos, y disen: ‘¿Qué es esto? ¿Qué es aquello?’. Dios es bueno, [pero] de nada asen caso ni piden perdon de sus pecados, ni se acuerdan que ay Dios a quien temer. ¡Cuantas lagrimas derramo nuestro señor Jesuchristo en aquel Jerusalem por estos pecados, y cuanto padecio, y todo por salbarnos! Y su santisima madre toda su vida lloro desde que encarno su yjo, que aunque por entonses tubo aquel goso los mas eran amarguras y llorar. Lo que alli paso no lo se desir ni entender como fue, aunque entonses mui bien lo entendia. Dios sabe (9r) y le digo que mui bien sabe que no busco mas que agradarle.

El biernes adelante comulgaron unas monjas y entre ellas, llegando una, disen: «Si quitara todas aquellas cosas fuera bien, mas sobre todo aquello».

Bi en el coro una gran umareda. Pregunte que era aquello. Respondieronme que aquello [lo] causaban los pecados mortales.

Domingo, ynfraoctava de Reyes, tube [una] terrible afliccion queriendo recogerme. Estando olvidada de que abia ynfierno bi una profundidad tan ediondisima, mas que muchisimos posos. Tantos mas profundo me paresio que ay de alto [det] aqui al sielo y alli grandisima multitud de jente que paresian ormigas y desian: «¡Desdichado de mi, para sienpre e de estar aqui!». Dije: «¡Jesus sea conmigo! ¿Tanta jente ay aquí?». Dijeronme: «Cada dia cae tanta como bes ay, porque de todas las partes del mundo, de ynfielos, moros y judios [caen], dijo, muchas generaciones». Y de los cristianos dijo: «Que eran pocos los que se salbaban, porque abia muchos descuidados yngratos, y que se daban a los bisios y desian que la sangre de Dios lo aria bueno». Yo desia: «Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del sielo y de la tierra, y en Jesuchristo». Y desian: «desdichados dellos, que no creyeren

en Jesuchristo». Subian aquellas llamas por ensima de las cabezas y abian ensima una cosa a manera de red por donde subian aquellas llamas, y desian que aquello de arriba era [el] purgatorio, y que aunque aquellas penas eran tan terribles, [no] eran nada en comparasion a la pena de no ber a Dios. Y tambien me paresio que bi de alli monjas. Yo me afijí terriblemente y le pedi a Dios me librase de [estas] bisiones y me respondieron que era mui provechosa la considerasion del ynfierno. Lo que alli paso ni lo se desir ni entender; Dios sea conmigo y me de su lus y me tenga de su mano. Tambien dijeron que Dios tenia las manos bajas; que cuando las lebantaba era para castigar y echar alli, que tanto como era misericordioso era justisiero.

Lunes, asi que bine al coro y me postre al Señor, beo benir por debaxo de tierra [a] dos negras llegando en un probiso mui junto a mi. La una de ellas me dijo: «Yo soy Lusía, la que era de [la] señora Ana de San Joseph, que a tanto [tiempo] que estoy en el purgatorio por la gran misericordia de Dios que me yso esta caridad, [pero] no [ha h]abido quien se acuerde de mi»⁹. Mui despasio se puso a desir de la bondad de Dios, de su poder y misericordia, de lo que debemos amarle y serbirle, y que ella abia serbido [a] esta comunidad con mui buena boluntad, mas que algunas beses le abia aplicado algunas cosillas della y que penaba a tienpos en aquella parte que solia aser cosina. [Me pidio] que por amor de Dios la encomendase mucho a Dios, y [dijo] que ella antes que muriese abia tenido grandisimos trabaxos, y que por ellos le abian descontado mucho de las penas. Todo esta boca abaxo como me acuerdo. Ella ablo mucho y mui consertado la bia a ella en la mesma figura que era, [pero a] la otra no [la] conosi. [Al] otro dia por la mañana bolbio con la mesma demanda y pedido por doña Polonia de Moya, lo mismo que padesia terribles penas i que no abia quien se

⁹ Ana de San Joseph fue elegida vicaria interina (abadesa asistente) en 1650, cuando la eleccion conventual estaba pendiente. Véase «Auto arzobispal», 1650, AAL, SC, 9, p. 6. La palabra *caridad* puede traducirse como «amor», «amor» o «caridad» (DA, 2: 309).

acordase della, y se me asia que la bia yo alli¹⁰. Yo le dije a Dios que si Él enbiaba aquello yo se las encomendaba y que le ofresia todo quanto ysiere por ellas, y por aquel frayle que casi sienpre lo traya delante. Un dia destos me desia que era gran cosa lo que asia una comunidad (9v) junta por un alma, mas que cuando era por muchos cabia a poco a cada una. Yo le beo que no le saben [=salen] llamas de la cabeza como de antes, [sino] mas asta la mitad de la frente, [pero] no se si son enblecos de aquel embustero¹¹.

Otra bes bolbia la morena con la monja pidiendo que le pida al Padre por la encarnasion de su [H]yjo por ellas. Yo dije: «¿Por la encarnasion?». Dijo la angola: «Que sí, por la encarnasion, » [y] »¿que si no encarnara, ni nasiera, ni padesiera ni muriera, que tomo este medio para nuestro remedio?». A la monja la bia yo con aquel ojo que tenia, que parecia que se le queria rebentar.

Juebes. Algunas beses e tenido deseo de saber de doña Mariana Machuca, y en sintiendo esta tentasion le digo a mi señor Jesus que me la guia, que no se aga sino lo que Él quisiere¹². Estando oy donde suelo, binome este deseo; yo le resisti lo mas que pude pero no se si fue ynbenisiones de aquel. Yo la bide de la misma manera que estaba aca, sentada en su silla con su bordon arrimado a ella. «¿En purgatorio?», desia yo. «¿Que como una persona tan santa?». Desian: «Que alli estaba purificando[se,] que estos cuerpos bibos es menester mortificarlos en muchas cosas: que andubiesen como si no andubiesen, que oyesen y mirasen como si no oyesen ni mirasen. Deste modo muchas cosas que fuesen como si no fuesen, que aca desian que por no pecar dejaban algunas cosas, como no castigar cuando era menester, o se dejaban otras

¹⁰ Doña Apolonia de Moya aparece en dos documentos relacionados con una disputa en torno a la venta de su celda. Probablemente se trata de la misma persona (véase «Autos que sigue Francisca de Aliaga ... contra Apolonia de Moya», 1639-44, AAL, SC, 6: 41; y «Autos que sigue Francisca de Aliaga», 1642-44, AAL, SC, 7: 20).

¹¹ Otra referencia al demonio.

¹² Mariana de Machuca pasó treinta años como monja de Santa Clara y falleció el 8 de septiembre de 1630 (Córdova y Salinas, 1957, p. 904).

cosas de obligacion. Que esto era engaño del demonio, [por] que las cosas de obligacion no se an de dejar por ninguna cosa; que no se an de dejar las criaturas de Dios sin la correccion nesecaria porque seria causa de su perdision, [y] que son redemidas con la sangre de nuestro señor Jesuchristo...». No se desir lo que alli paso. Que no era mucha la pena que tenia y que los niños tambien pasaban por fuego, y que el dia de la encarnasion yria al sielo. Esto ba como se [me a] acordado, a pedasitos. Dios sabe lo que es; yo no ago caso dello.

Biernes. Yo tengo maña de desir: «Mi señor Jesus», y alla an reparado en eso, y como yo lo dije buelben a referirlo disiendo: «Mi buen Jesus». Dije: «¿Dire mi señor Jesuchristo?». Disen bien es tratar un ijo a su padre con amor y reberensia. Despues alla a la fin beo a la sid [¿]¹³ en un lecho, muerta con sus achas y todo lo demas que se pone a las difuntas. Enbuste de aquel roñoso debe debe [sic] de ser.

Despues a la noche, estando en mi cama encomendando a Dios, con los ojos serrados poneseme delante Sisilia. Diome grandisimo pabor que me yso tenblar como un asogado, y a cualquiera parte que bolbia el rostro se me ponía delante, de la misma suerte y traje que andaba aca. Esta era una yndia donada que algunos años [ha] que murio.

El sabado por la tarde, dia de San Marselo¹⁴, que estube resando el rosario entero, disenme que piense como desenclabaron a mi señor Jesus de la crus, y en los yntolerables dolores y agonias que alli abia padesimo; y que mirara yo que aquel Señor abia padesimo todo lo que padesimo desde que entro en este mundo por solo nuestro remedio y salvacion, y que en todo abia echo la boluntad (10r) de su Eterno Padre. Que si quiso que nasiese desia «agase tu boluntad»; si que pademiese, «agase tu boluntad»; si que muriese, «agase tu boluntad», de suerte que en todo asia la boluntad de Dios. Que yo desia no quiero ber ni oyr nada, ya me quiero lebar y yrme de aquí. Que mi Señor Jesus era nuestro maestro, que del abiamos de deprender a ser obedientes y umildes y

¹³ No logro entender a qué se refiere «la sid».

¹⁴ El 16 de enero.

todas las demas birtudes. Que yo conosiera de mi que era una nada, un gusano y que no meresia sino el ynfierno, y que por sola la bondad y caridad de Dios se me asian estos benefisios, y que le de muchisimas gracias por ellos. Que adore yo a mi Señor con la reberensia y amor que le adoraron los angeles en el pesebre y en la crus y en el sepulcro. Que tambien pensara cómo con la boluntad de Dios se abia alsado aquella gran losa del sepulcro. A mi me dio aca ynteriormente deseo de saber como abian llebado a mi Señor al sepulcro, y disenme que de la mesma manera que le bia yo llebar cuando se asia la prosesion el Biernes Santo; que asi yban con el santisimo cuerpo aquellos venerables barones [det] aquel cantico juntamente con los anjeles.... No se desir lo que alli paso. Despues ofresi mi rosario repartiendo cada tres dieses por cada anima y las mas eran de fuera, por clerigos y frayles¹⁵, y disenme con un modo de repreension que teniendo en casa tantas por quien ofreser o rogar, ¿por qué estoy buscando los de fuera [como] a fulano?, nonbrando a una que yo abia nonbrado). En disiendo lo referido enpesaba a salir i una maquina de monjas como de debajo de la tierra, que por aquel de profundis grande por la parte de la cosina benian de dos en dos, y la primera de todas era doña Teresa, de mui buena cara, con su tocado bajo la toca mui blanca. Conosi algunas que a mas de beynticuatro años que murieron. Todas benian con sus belos echados. Sola doña Teresa lo traya descubiert. Conosi una Beatris, dos Joanas, una Mensia. Admireme de que estubiesen tanto tiempo en purgatorio y disenme: «¿Deso te espantas? Desde el tiempo del Saldaña estan ay»¹⁶. Pregunte por algunas, y en particular por doña Ana Delgado¹⁷. Dijeronme que

¹⁵ El rosario está dividido en tres grupos de diez cuentas cada uno.

¹⁶ Francisco de Saldaña fue un portugués acaudalado que donó su hacienda para la fundación del Convento de Santa Clara. Las cuatro fundadoras fueron Justina de Guevara, Ana de Illescas, Barbola (o Bartola) de la Vega e Isabel de la Fuente.

¹⁷ En 1620 Ana Delgado (llamada Ana de Jesús en el convento), una aristocrática mujer casada, y dos de sus hijas decidieron ser monjas. Popular en la comunidad, ella era conocida por su humildad, sus raptos extáticos y rigurosas disciplinas. Falleció después de quince años como clarisa, el 29 de noviembre de 1635 (Córdoba y Salinas, *Crónica*, p. 900).

estaba en el sielo. Pregunte por otra que no dire y me respondieron que desde el punto [en] que murio, con grandisimo peso abia desendido a los ynfiernos; que alla le aguardaban con terribles calderones [d]onde estaria para siempre. Alli dijeron los pecados por que se abia condenado y que nunca abia pedido perdon; que aunque abia tenido males en ellos, sienpre se estaba deleytando en sus bisios, y que siquiera cuando se estaba muriendo le ubiera pedido es Dios, [que como es] tan bueno que le ubiera perdonado, mas que no lo yço. Que bea yo el daño que causa bibir sin atension y dejarse llebar de sus apetitos. Desto ubo gran dotrina y de lo mucho que ynportan los ejersisios ynteriores[, y] que en esta casa le desagrada a Dios un pecado grandemente, y a nuestro padre San Francisco y a nuestra madre Santa Clara, que es el de las amistades. Lo que alli paso no ay [como] poderlo desir. Quede atonita de todo aquello que paso y de aber preguntado por aquella que estaba tan fuera de mi (10v) memoria. Y es que me ase[n] preguntar sin que [testado: me] yo tenga boluntad, porque yo no se quien me abla y tengo miedo de que me responda quien no quisiera. Si yo preguntara por mi gusto preguntara por otras mui diferentes. Tambien bi benir en aquella prosesion a un lado a la negra Lusia y pregunte: si las negras estaban alli tambien. Respondieronme que sí, que a un lado estaban apartadas, que alla pasaban las cosas con gran consierto. El domingo, estando suspensa pensando en lo que abia pasado, bi a doña Teresa en un lugar mui claro, ella con senblante alegre y mui bien tocado con una toca mui blanca y el tocado baxo, que parese que no tiene mas pena que de no ber a Dios, y entre mi pense si en el purgatorio abia senos. Disen que si, que conforme eran las culpas eran las penas; que los [que] penaban en los senos eran atormentados con las mesmas penas del ynfierno; que aquel poso en que yo bi [a] Alfonsa era seno; que cuando se cometian pecados mortales, aunque pedian perdon y se confesaban se les perdonaba la culpa y yban alli a purgar y [det] que para yr al sielo abian destar mas puro que mil cristales. Que los que bibian deseosos de agradar a Dios y le temen y andan con cuidado de no ofenderle y le piden perdon,

estos estan como doña Teresa, que si como miserables y flacos cayeren en culpas graves que pidan a Dios perdon, con tal que les pese de beras de aberle ofendido. Y pueden llegar con gran confiansa, que para eso esta la sangre de nuestro señor Jesuchristo. Que se la ofrescan al eterno Padre con todo lo que padesio. Ubo gran dotrina [pero] no se puede desir lo que alli pasa. Dios sea conmigo y me libre de todo mal, [pues] todo me sirbe de tormento.

El martes, estando en mi ejersisio, beo alla debajo de mil onduras aquella desdichada que me dijeron el otro dia. Estaba en aquel desdichado lugar, tendida de espaldas en una como barbacoa y alrededor muchisimos demonios, y todos atormentandola. De la boca y ojos [y] oydos le salia un fuego como cuando pegan fuego a un coete bolador y no le dejan bolar. Con aquel ruido en la cabesa estaban tocandose con mil jeneros de tormentos. [A] los pies llegaban otros y se los calsaban con terribles yerros y me desian: «¿Beys? A[s]y desta manera pasan los regalados, los osiosos, los que todo lo echan a las espaldas, de nada asen caso, no temen a Dios, cunplen todo lo que les pide el apetito, todo el tienpo gastan en burlas y triscas, [aunque] Dios les da los ausilios nesarios». Y ablando de la que estaba alli dijo que [a] aquella le abia dado memoria, entendimiento y boluntad para que escojiese lo que le conbenia; que ella abia escojido aquello que daba[n] los confesores, los predicadores, las ynspiraciones, libros; que nuestro señor Jesuchristo abia dicho «belad y orad» porque no entrasen en la tentasion, que aquello era aber caydo en la tentasion, y lo que abia escojido. Todo ba a pedasitos como me acuerdo, mas alli es lo que se abla con tanto consierto, (11r) tan derecho y tanto que admira. Yo salgo de alli tan confusa y de pensar para qué me bendran a mi con esas cosas, una pobresita que no bale nada. ¿De que probecho soy yo? Algunas beses me quiero lebantar [e] yrme de alli corriendo. Ya le digo a Dios que bien sabe que no quiero otra cosa mas que agradarle, que yo no bengo a que me esten ablando y lo demas de bistas. Tambien me dijeron que cuando biera alguna de aquella manera la aconsejara con blandura por bien.

Miercoles, dia de San Fabian y Sebastian¹⁸. Acabando de comulgar me dijeron que cuando yo en un tienpo deseaba saber leer era para saber [como] salbarme, que arta dotrina me daban para esto. Y cuando andaba yo disiendole a Dios: «Señor, ¿cuando se a de gastar eso?», si pensaba yo que aquello era mio, que todo aquello eran ynspiraciones de Dios. Y ponenme alli sinco cosas terribles que yo tenia, y disiendome, ¿que quién sino Dios me abia sacado de aquello? Que todas las ynspiraciones buenas que nos bienen son de su mano; que es no aser caso dellas y no ponerlas por obra, era causa de nuestros males. Que unos pecados trayan otros, que unos bisios acarreaban otros, que cuando uno pedia a Dios perdon al punto le perdonaba, mas [despues] que se confesaban y comulgaban luego se bolbian a lo mismo de que se abian confesado y asi quedaban en desgrasia de Dios. Que no sabian como bibian con gusto y sosiego, y comian y dormian teniendo a Dios enojado. Que aunque como flacos cayeran en pecados graves, como de un urto o de otra cualquiera manera, se conpusiesen primero y luego con proposito firme de no bolber a ofender a Dios, [por]que en eso consiste ser buena la confesion. Que procuremos yr quitando de nosotros todos los bisios y balos contando uno por uno, y entre ellos sí abia bisio de mucho hablar, [y] que procuraramos andar sienpre asiendo actos de contrision. Todo esto ba no como paso, con aquel consierto, sino salpicado lo que se me acuerda. Tambien ablando de la gloria desian que los bien abenturados beyan en Dios todo lo que aca pasa.

Miercoles. Disenme que cuando mi señor Jesus llebo al senaculo a sus apostoles y la caridad con que les labo los pies, y luego los enjugo con aquella toalla, [fue] porque los abia de comulgar¹⁹. Que esto significaba la confesion, que linpiaba y purificaba de los pecados, y que mi señor Jesus, aunque sabia la traysion que tenia urdida Judas, no reuso de aser con el lo mismo que yso con los demas. Y que si fuera uno de nosotros,

¹⁸ El 20 de enero.

¹⁹ Literalmente la habitación en donde se celebró la Última Cena, pero se entiende que representa la escena de este evento (*DA*, II, p. 262)

sabiendo lo que tenia echo se enfadara y dijera no puedo ber a este, pero que mi señor Jesus disimulo con el y no quiso escandalisar a los otros. Que en el guerto, cuando le fue a dar el beso de pas, bien pudiera aser que se quedara alli muerto y no quiso sino disimular, como lo ase aora con nosotros, que nos aguarda un año y otro año y muchos años, y sienpre le estamos ofendiendo. Que la Santissima Trinidad nos ama tanto que entraron en consistorio las tres dibinas personas a tratar de nuestro remedio, y que todas tenian un mesmo ser y poder y sabiduria y bondad, y un mismo querer. Que el Padre nos dio a su [H]yjo y el Espiritu Santo tambien nos lo dio, y el [H]yjo tambien se nos dio para nuestro remedio, tan a costa de tan terribles trabajos derramando su sangre y dando su bida por quien[es] tan mal se lo agradese[n]. Yo dije: «¡Jesus sea conmigo! ¿Quien me viene aqui con estas cosas? Y[o] creo en la Santissima Trinidad y en todo lo que la santa Yglesia (11v) romana nos propone. ¡Dejenme! ¡Yo no bengo a que me esten ynquietando sino [a] alabar a mi señor Jesus, al que pario la Birjen y murio en la cruz!». Disenme, ¿que por qué tengo tanto miedo [de] aquel paton?. Dije que porque era amigo de engañas. Disen que si no era Dios mas que millones dellos. Y que si ellos tenian algun poder, que si engaña o tiente, es porque Dios quiere. Y que por todo de gracias a Dios, y que nos lleguemos a el con fe y confiansa. En medio destas cosas me benian unas olas de pensamientos aca.

Juebes. No se para que me bienen con estas ystorias. Disenme que mi señor Jesus trujo a sus apostoles al senaculo y les labo los pies con tanta caridad que no reuso de aser lo mismo con Judas, sabiendo lo que tenia urdido. Que aquel labarles los pies y enjugarlos con la toalla significa la confesion, y que cuando los comulgo yso lo mesmo con Judas, por no escandalisar a los demas. Que si a uno de nosotros supiera que le asian traysion, dijera: ‘Como me enfada este. No lo puedo ver’. Y que cuando le yban a prender y se llevo Judas a darle beso de pas, alli pudo aser que se quedara muerto y no quiso. Que siempre disimulo con el como lo ase aora con nosotros, que sienpre nos aguarda y aca sienpre

le ofendemos. Yo me beo apurada con tantas cosas juntas, que ni tengo caveza ni memoria. Otra cosa: que aquel Señor a quien debemos tanto y yso por nosotros tanto echamos a las espaldas, y aquel que nos asota con bara de yerro serbimos.

A la tarde, estando un rato en orasion, acordoseme alli de que una religiosa me abia pedido con mucho encaresimiento que le encomendase a Dios a una amiga suya que estaba mui mala, y no tenia animo de berla morir. Dijele al Señor lo mismo que me abia dicho la monja, no abiendo tenido yntension de aserlo en estas ocasiones porque nunca quiero ablar ni preguntar alli. En fin, dijele al Señor que esta que era su criatura, me abia pedido que le pidiese por aquella enferma. Refiriendole las palabras, disenme ¿que quién le abia ayudado a Él cuando estubo en la crus? Que su Padre le abia desanparado en toda su pasion y que qué sabia lo que le ynportaba a la enferma y a ella, si la queria desenbarasada para aserla santa. ¿Por qué no decia 'agase tu boluntad'? Después desto, de ay a un rato beo benir asia mi [a] un clerigo biejo, que no me parece que le abia bisto en mi vida. «¿Que es esto que me viene aquí?». Dize: «Soy Josep, niño que fui un poco de tiempo sacristan en esta casa». Dije: «¿Qué era lo que queria?». Dijo: «Que el Señor de sielos y tierra me enbi[a] a ti». Y como yo me resisti, dijo que por aquel Señor de sielos y tierra le encomendase y pidiese por el. Ya le dije al Señor que si era aquello suyo, yo aria por el lo que pudiese. Estaba con sobrepellis, y dijo que cuando fue sacristan pasaba por algunas cosas alli en la yglesia, y que en todo caya mas; porque disimulaba estaba alli.

Biernes, boy a los confesionarios por no estar donde me biesen las monjas y estaba en el confes[i]onario una crus, y así que entre alli bi en la crus. Así que le bi dije: «¡Jesus sea conmigo! ¡No quiero estar aqui para ber a no se quien! ¡Al sielo me tengo de yr!» Puse mi pensamiento en el sielo y beo alla apartado un Christo mui grande, y saliendo de las llagas unos arroyos copiosisimos. Y desian que aquella mar no se agotaba, y que cuando (12r) caya alguna gota de aquellas en el corason del pecador, entonses caminaba biento en popa asta llegar a mi Señor.

Yo me tape los oydos mas no ynporta nada, porque no son estos oydos los que oyen aquello.

Esta mañana estube linpiando la asequia de la enfermeria de prinsipio a fin, y de en cuando en cuando me salpicada [*sic*] y me ensusiaba. Y alli me estaban disiendo: «¿Que te enpuercas? ¿Que te tornas? ¿Para que ases eso?». Desiale yo: «¿Quien te mete en eso? Mas que me enpuerque, peor soy yo», y otras muchas cosas que me cansan y asi las deajo. A la tarde boy al coro y enpiesan a desirme: «[*deteriorado*] se yo el consuelo que an de dar en el fin aquellas cosas que se asen por Dios» (ablando por lo que abia pasado por la mañana), «en aquel tiempo», dise, «tan apretado y de tan grandisimos trabajos todo lo que se a echo por Dios; entonses se bera de cuanto probecho nos es. Es tan agradesido que aunque sea cualquier cosa la gratifica. Digamos aora si a un rey, cualquier onbre le ysiese un presente de un millon, siempre estaria agradesido a este onbre y cada año le a aria [*sic*] alguna merced y le [det] devia [=daría] lo que le pidiese. Que asi asia Dios con sus sierbos».

Otro día por la noche bine al coro y fue tan grande el sueño que me dio que no me podía balar, y dijele a mi Señor: «Ya yo me boy porque no puedo mas». Y debio de ser proibidensia suya porque alle a una enferma mui mala, y llamome y mandome ensender bela y carbon y otras cosas, y que le llamase a una ermana que la curase, que lo suele aser. Ella me respondio con tan mala gracia disiendo que estaba cansada, y que la enferma lo era mucho, que ya abia echo su obligasion. Bolbi disiendo que ya la abia llamado. Como se tardo, bolbio aquella [a pedirme que la] llamase otra bes. Dijome que no queria yr. Dijele a la enferma que aquella no benia, que me mandase lo que queria, que mal o bien yo lo aria. Mandome todo lo que ubo menester y mui tarde, pasada la noche, diseme aquella ermana: «En toda la noche [no] e podido sosegar de escrupulo de no aber ydo a socorrer aquella enferma». Boy al coro y enpiesa no se quien a hablar que de su gloria estaba gosando y la deajo por nosotros, y bino a padecer grandisimos trabajos toda su bida por remediarnos y darnos ejemplo, que para si no lo abia menester.

Que nos olvidamos de sus benefisios, que nos crio [y] que nos redimio con tan grandisimos trabajos, y desta manera refiriendo los benefisios que nos a echo y nos esta asiendo. Despues desto me disen que diga yo: «Grasias te doy, Señor, porque me ysiste cristiana. Sien mil millones de grasias os doy porque me trujisteys a buestra casa; sien mil millones de grasias os doy por los santos sacramentos que ordenasteys para nuestro remedio; sien mil millones de grasias os doy porque quisisteys que os resibiera oy». Y por este modo se refirieron muchos benefisios y como se an de dar grasias por ello, y a cada cosa destas me disen a mi de cuantos males me an sacado, por cuantas cosas meresia estar en los ynfiernos y como debo dar grasias a Dios por esto.

(12v) Otro dia, despues de aber comulgado, disenme que encomiende a Dios una negra que abia estado en el conbento y la sacaron mui mala a curar, y a pocos dias murio [hace] ya casi treynta años. No me acordaba mas della que [como] si no ubiera sido. Yo me espante y entre mi pense: «¿Qué? ¿Tanto tiempo?». Y respondenme que aquellas cosas en que ella andaba —y aca dabanme a entender que era un amor desordenado que tenia a una monga— toda la casa lo sabia. Que mi padre San Fransisco y mi madre Santa Clara se abian yncado de rodillas a Nuestra Señora porque alcansase de su [H]yjo la salvasion de aquella alma, porque abia serbido a esta casa suya con mui buena boluntad. Luego bi que pendiente de un[a] sinta bajaba de arriba una corona de unas espinas grandes; casi delante me enumero, no se si fueron sesenta y tantas. Dentro de dos dias buelbo a ber la morena en un rincon, mui apartada, como la primera bes que tambien la bi alli, y me dijeron entonses que penaba en el dormitorio biejo. Aora la bi en su propia figura, con un faldellin berde y paño de cabeza, y desiame que la grandisima misericordia de Dios la tenia alli; que nuestros padres San Francisco y Clara se abian yncado de rodillas por ella. Yo le pregunte sin querer (me lo asen preguntar, y esto ynteriormente): «¿Que como o por que tanto tiempo de purgatorio». Diseme [que] ama Dios tanto a sus esposas, que cuando las be que faltan a sus obligaciones

lo siente mucho²⁰. Si los onbres sienten tanto cuando no les guardan fidelidad, Dios que crio y redimio, y nos ase tantos benefisios.... Tanto ubo alli que no ay cabeza para persebirlo.

En abiendo fatigas y trabajos y cansansio, luego disen que mi señor Jesuchristo dejo su gloria y bino a pasar trabajos por nuestro remedio y el consuelo que emos de tener en el fin. Un dia destes, disiendo esto el que ablaba, que no se quien es, se puso como su[s]penso un rato y luego dise: «¡O bendita encarnasion del [H]ijo de Dios! ¡O purisima Birjen Maria, Madre de Dios, birjen antes del parto y birjen en el parto y birjen despues del parto, yja de Dios Padre, madre de dios [H]yjo y esposa del Espiritu Santo!»²¹. Luego empiesa a referir benefisios como le emos de dar gracias, como nos emos de aparejar para resebir el Santisimo —la pureza y umildad—, como le traya la Birjen en sus entrañas [y] a su ymitasion, ablandole dentro de nosotros mismos y dandole muchas gracias por tan grandes benefisios y otras muchas enseñansas. Dios sabe lo que pasa alli.

Estabase muriendo la madre de una monja y enbiole a pedir la ysiese encomendar a Dios en esta comunidad y a las amigas particulares, y que le procurase un confesor que la enseñase y ayudase. Pidiome que lo ysiese. Luego bino otra tentasion de benir a mi dos monjas, cada una de por si, a pedirme por un pariente de entranbas que estaba mui atribulado, porque tenia en este mes una desgrasia. Luego yo tube mucha lastima a doña fulana de berla tan mala y que se le abian muerto su madre, su ermana y su negra. (13r) Pues boy con todas estas cosas delante de Dios y respondenme, ¿Que qué fuera de nosotras si no ubiera tribulaciones? Y que Él las tubo desde que entro en este mundo.

²⁰ Cuando una novicia hacía sus votos y se convertía en monja, pasaba a ser esposa de Cristo.

²¹ El respaldo a la creencia en la inmaculada concepción de María era fuerte entre la población limeña en general, y entre los franciscanos en particular. En diciembre de 1662 se llevaron a cabo unas coloridas celebraciones y procesiones (Mugaburu, 1975, pp. 74-76).

¿Que qué paso en Exieto? Y que toda la bi[d]a asta morir en una crus con terribilissimos trabaxos, agonias y dolores, —refiriendo lo demas de asotes, espinas y lo restante de la vida—, y que Él no se olvidaba del mas minimo pobresito que le abia costado todo aquello. Y que nos tenia escritos en sus llagas y que nosotros tenemos esto mui olvidado. Y que Él nos enbia un toque y otro toque, y que no queremos entender que asi dara [a] entender que enbia recaudos. Luego, refiriendo los benefis[i]os, los sacramentos que ordeno para nuestro remedio: el bautismo, la confirmasion, todos, y que se quedo en el Santisimo Sacramento, [dijo] que todo lo olvidan. ¿Quien puede desir lo que ubo aqui? Luego disenme que le diga a la mujer que se esta muriendo que se acuerde en tal tiempo, que con las ocupaciones que tenia no cuidaba de su yja y la dejaba. ¿Como ella queria que le pidiera a Dios perdon con dolor desta falta? Y [que] se confesara della.

El dia de Ramos, preparandome para comulgar, dije al Señor: «Que yo quisiera ser el poy[i]to en que subia su majestad para subir en el pollino en que entro en Jerusalem este dia». Luego me respondió para que le resibiese umilde, reconocida y agradecida, que asi lo asia la Santa Teresa de Jesus y... [det] muchas cosas provechosas, que como ando tan ocupada no las puedo retener en la memoria.

Despues en el coro, estando recojida pidiendo a Dios que me diese gracia para resibirle, en ella bi en el sagrario una gran bidriera clarisima que no tenia comparasion, y detras della un bellissimo nasareno bestido de una tunica carmesi, albisimo, con el cabello asta los onbros y abierto como el Salvador. Enpese a llamar a Dios, que solo a Él creya y a Él solo benia yo [a] adorar. Que yo no queria ber visiones y que se me ablasen. Despues que paso esto dijele al Señor: «¿Que para que abia yo menester visiones? ¿Que de que me serbian?». Disenme que son para que crescamos en el amor, porque los que se aman, mientras mas se comunican, mas crese en ellos el amor. Y para que biendo lo que yso y padieso por nosotros se lo agradescamos y le demos gracias, y tambien para castigo de pecados. Yo no se desir lo que alli paso; estos

son unos pedasitos. Tambien salio alli la maldision de la yguera, que asi como la maldijo maldesia [también] a los pecadores rebeldes y contumases, que por mas abisos que les da y benefisios que les ase y que le es [*sic*] espera un año y otro año, y ellos disen que Dios es grande y misericordioso y no se quieren enmendar. Y que biendo que no se an de e [*sic*] enmendar los maldise. ¿Quien puede desir lo que aqui paso? Tambien dijo que asi como las almas estan unidas a los cuerpos, asi estan los cuerpos unidos a la tierra. ¿Que si no bia yo las agonias y trassudores que tenian los que estaban para morir y arrancarse las almas de los cuerpos? De la mesma manera padesian los cuerpos para desarraygarlos de la tierra. Muchisimas cosas me dijeron y me las dieron mui bien a entender, sino que no las se desir. Tambien salio el libro que esto era lo que yo deseaba saber en el libro. «¿Que qué libro me abia de enseñar lo que alli me enseñaban?».

Otro dia, apenas me puse delante de Dios cuando me enpesaron [a] ablar y sienpre es esto. Dije: «¡Jesus sea conmigo! ¿Quien es este que me abla?». Disenme tan apriesa: «El anjel del Señor es el que te abla, que desde que nasiste te fue dado (13v) para tu guarda. Tambien te dieron otro anjel malo; el bueno te asiste al lado derecho y el malo al izquierdo. El bueno te libra de males y el malo te mete en ellos²². ¿No te acuerdas cuando te saco de tal ocasion?». Y dijome [entonces] una cosa que aunque estuviera un año escarbando no me acordara, y cuando me aparto de otra cosa que conosi ser verdad; tres cosas me dijo desta manera y otras, que aquel feo me abia echo caer todo verdad. Paso una maquina de cosas. Yo desia entre mi ¿sí seria esto enbustes de aquel o si seria mi cabeza?²³. Y disenme: «¿Quién puede blasonar de sí? Aunque mas os quebrarays la cabeza [no] pudierays formar nada que [= de] lo que aqui os an dicho». Despues que paso esto disenme que mire yo aquel Señor que tanto abia padecido en este tienpo por nosotros.

²² Tachado: estabase muriendo la madre de una monja y enbiole a pedir.

²³ Otra referencia indirecta al demonio.

Yo desia: «Creo en Dios Padre...» [det] asi ase que le bia yo con las manos atadas angustiadisimo, con sudores. Y desianme que considerara yo qué sentiria aquel Señor por aberse encargado de todos los pecados del mundo. Desia yo que los mios bastaban para tenerle [=temerle]». Asi enpeseme [a] aflijir muchisimo [det] ...tubiera mucha confiansa, que quien le deseaba agradar y amar y yba a sus pies no tenia que temer engaños del demonio. Algunos dias antes desto, en otra ocasion que estaba con este temor, me dijeron que si yo tubiese dos personas delante y a la una amase mucho y a la otra aborresiese y estubiese yo ablando con la que amaba, ¿que caso aria de la que aborresia aunque mas chuffetas me ysiese? Que asi era esto. Que yo yba derechamente a Dios, que aunque mas dilijencias ysiese el enemigo no ysiese caso dellas. Yo desia entre mi que no tenia quien lo biese si era bueno o malo. Disenme que Dios es el berdadero maestro ;¿Que me podia[n] enseñar el padre ni los libros, que fuese como lo que aqui me enseñan?!. Mas yo digo que aunque sea quien fuere, a mi me ase provecho.

El miercoles santo, por la madrugada, desperte a las tres con un pabor tan grande que tenblaba —yo y la cama— terriblemente, que me yso Dios grandes mercedes en que no undiese a gritos aquel cuarto. Este miedo, desde el dia antes lo abia enpesado a tener, de una negra que se abia muerto sin confesion, que era del convento y la abian llebado a la chacara por enferma, para ber si mudando temple sanaria. Murio, como he dicho, y [a] aquella ora me dijo que estaba con tan grandes trabajos porque cuando era cosinera y panadera sacaba mucho, y que la señora abadessa podia remediar aquello. Despues me bine al coro mientras se asia ora de yr a la cosina, y luego que me postre beo un Christo crucificado, y que de la llaga del costado le salia un arroyo de sangre finisima, y se juntaba con otro que salia de los pies y se asia todo un arroyo grueso, y salia con mucha fuerza. Y se yban llegando algunos y les caya ensima, y quitados unos llegaban otros y desian: que aquello era un mar que nunca se a de acabar, asta la fin del mundo. Que mirase que yo, si aunque todos cuantos ay en el mundo sacaran agua del mar,

si se pudiera agotar, [y] que asi esto no se agotaria jamas. ¿Quien puede desir lo que alli paso? Yo estaba atonita, asiendome cruses.

(14r) El jueves santo abia pasado toda la noche delante del Santisimo sin poder aser nada, durmiendome, y a la madrugada digole al Señor que ay estaba yo toda la noche flojeando. Disenme que a[h]y beria yo lo que podia, que la naturalesa flaca tenia nesidad de descansar. Yo abia estado toda la noche pasada trabajando en la comida que se da ese dia al conbento. Disenme, ¿que os ynporta que bos mireys a Dios si Él no os mira? Que os mire Él es lo que os ynporta, sino mira lo que abeys podido aser toda la noche. Luego buelbeme a desir que si yo tubiera un amigo y le biera en un... [det] ...trabaxo y peligro de muerte, si fuera bien que yo le dejara, y si no, tubiera rason de quejarse toda la vida. Mucho paso que se me a olvidado, como se a pasado tiempo, y tambien como no se a de asentar no pongo mucho cuidado.

El segundo dia de Pascua, pensando en las llagas de mi Señor, le dije que me quitara estas ylusiones... [det] ...pedia a el Padre. Disenme que me fie yo del y que piense en la gloria de su resurrecion, y en lo mucho que abia trabajado para entrar en su gloria siendo Dios, y que para sí no lo abia menester, mas para enseñar a los onbres lo que les conbenia trabajar para gosar de la gloria del Padre. Y tambien, ¿que qué fuera de nosotros si Él no padiesera?. A mi me dio una cosa que paresia que se me queria rebentar el corason en el cuerpo. Enseñaba tantas cosas y tan buenas que desia yo entre mi: «¿En el enemigo me abia de desir cosas tan buenas?». Por otra parte bolbiame a Dios y desiale: ¿»Como creere que me ablays bos, Señor? Dios mio, siendo yo una nada sin probecho, no permitays que tenga yo ylusiones del demonio, que yo derechamente bengo a bos con deseo de agradaros y amaros, y yo no tengo otro padre ni otro dios ni otro maestro». Diseme alla, despues de otras cosas que no me acuerdo que si no e oydo yo desir para sertificar una cosa, que disen por la corona real que asi El por sus llagas.... No se desir lo que alli paso. A la tarde sali un rato de la cosina y cuando bolbi alle a una conpañera mui enfadada [por]que otra cosinera que echan

de mes tomaba mucho, y le dije tan solamente estas palabras: «Una olla al medio dia y otra a la noche», y ella se quedo con su enfado. Yo todas las beses que se lo beo aser le [de]tengo. Despues a la noche, cuando me fui al coro, asi que me postre delante del Señor disenme, ¿que por qué abia yo dicho aquello de fulana?, mentandola por su nonbre. ¿Que si quisiera yo que lo dijieran de mi?. Dije entre mi: «¿Que cómo lo estaban disiendo?». Disen: «Diganlo ellas, mas bos lo confirmabays con desirlo. Aquello fue del demonio, porque fue murmurasion. Conos[e] de [=que] lo que abeys de aser es desirselo a ella con buen modo y con buenas palabras, de suerte que no se enoje. (14v) Y si no se enmendare nos [=no os] oflijays, dejaldo a mi. Cuando yo estube en el mundo muchas cosas me desian, mas yo callaba a todo». Yo estaba espantada [y] estos son [tan solo] unos pedasitos.

El terser dia de Pascua entro una mulata en la cosina mui affijida, disiendo que todas las beses que benia la madre de su ama la malquistaban con ella disiendo muchas mentiras, asiendo ella cuanto podia por dar[le] por dar [*sic*] gusto. Boy a la siesta al coro y digole a mi Señor: «Dios, ¿no soys bos Señor padre de misericordias? ¿Como está aquella pobre tan desconsolada y no la socorreys?». Disenme: «Yo me agrado de [que] unos sufran a otros, y otros a otros, y otros a otros». Con esta respuesta lo deje. Despues de un rato digole: «Señor, yo no estaba por ay descuidada sin saber desto, ni pasarme por el pensamiento, y bos me abeys traydo y por buestra orden bino aquel padre y nunca tiene lugar para mi». «No os de pena el padre, que yo soy Padre de misericordia como bos desiys, buen maestro, y entre muchas enseñansas y [det] confiansa que debia tener del». Me dijo que si no bi yo como me abia librado cuando el padre abia llebado aquella papelera, que otras abian padesimo mucho. Yo no se desir lo que aqui paso, aunque me lo daban a entender mui bien. Yo dije entre mi: «¿Si tu eres Dios, como ases caso deste basurero, deste estropajo, que aunque mas lo linpien sienpre se queda susio?». Diseme: «¿Que soys?». Bolbi a repetir[lo]. Disen: «Cuando yo estaba en Jerusalem en el tienpo de mi pasion, todas las

preguntas que me asian eran con los pies». Enpiesa a desir lo que abia echo por nosotros y los sacramentos que ordeno para nuestro remedio, que alla los judios le abian muerto —refiriendo todo lo demas— no conosiendolo, mas aora conosiendole los onbres [le] asotan, coronan y crusifican de nuebo con sus pecados. Yo no se desir lo que refirio, benefisios que abia echo a los onbres, asta que los animales yrrasonales los abia criado para bien del onbre. Yo me estaba encojiendo y pensando que qué era yo para que me dieran cuenta de aquellas cosas. Disenme que aquella debosion que yo tenia con Nuestra Señora y aquello que le estaba pidiendo, sienpre me lo abia resebido, y que aquel deseo que yo traya de saber leer para saber los misterios de su bida y pasion, que aquello es lo que me enseñan ahora. Y aunque mas leyera los libros no deprendiera en ellos nada de lo que aqui me enseñan. Yo ando llena de temores. No quisiera que estos fueran engaños de aquel. Estos dias sienpre se esta asiendo Dios el que me abla tantas cosas, tan derechas, tan consertadas, tan bien dichas, y luego los deseos que quedan! Y con esto[s] temores no lo entiendo. Dios lo sabe, y que yo no deseo otra cosa mas de agradarle, y amarle y serbirle. Algunas me disen: «¿De que estas flaca?». ¿No saben ellas las congojas y agonias de mi corason? Encomiendenme a Dios mucho, que bien lo e menester. El biernes santo en la noche fui a [a]compañar a nuestra santa a Monserrate y enpesele a desir disparates: que me paresia mas ermosa y mas linda que el sol, (15r) y la luna y las estrellas. Y disenme tan apriesa: «¿Si bos bierays como es!». Y despues [y despues, sic] que me recoji biene aquel obrero de la yglesia, que a mas de un año que murio, a pedir que lo encomendase a Dios. Yo con muchos miedos; uno de lo que ello se trae consigo [es] si son enbustes del paton.

A la manaña bine al coro y alla bolbio a pedir lo mesmo. A la siesta, biniendo al *De profundis*, alli lo bi de la mesma figura y bestido que traya, pidiendo lo mismo por amor de Dios. Yo le dije a Dios que si aquello lo traya Su Majestad, yo ofresia por aquella alma todo lo que ysiese todos estos dias y la comunion primera.

El día del Pascua digole a mi anjel que baya de mi parte a Dios Padre y le de el parabien de la resurrecion de mi señor Jesuchristo, su Yjo. Diseme que no resusito ahora, sino que quiere Dios que todos los años se [ha]ga memoria de lo que paso. Dije entre mi: «¿Este anjel lleba los recaudos que yo le doy?». Diseme: «Tan sierto es que los llevo, como es sierto que resusitó». Si yo pudiera retener en la memoria lo que alli me pasa fuera nunca acabar, no digo de todo mas que unos pedasitos boca abaxo. Si estoy trabajando alli me ablan; si boy de aqui alli me ablan y me enseñan lo que e de pensar, como me e de mortificar; si me descuido tantito, [viene] la repreension, la enseñansa. Una noche destas, estando yo dando de senar al refitorio, enbiome un plato de ensalada y puselo junto a mi, y cuando acabe no lo alle y estaba una muchacha junto a mi. Teniendo malisia de que lo abia tomado dijesele, y al punto disenme, ¿que por qué le abia dicho por malisia aquello? Aquella muchacha, que aunque era cosa poca, lo abia sentido, y que yo no sufriera que lo dijeran por mi. Que Maria de Pineda me lo abia puesto en tal parte. Miercoles despues de Pascua, estube en el *De profundis* mirando mui descuidada lo que me paso en aquel gueco donde estaba el altar mayor, considerando cuantas beses se abia selebrado alli el misterio de la misa, y disenme, ¡Cuantas la selebro fulano yndignamente, y es Dios tan bueno que bajaba a sus manos!²⁴. Un saserdote que a poquito que murio, y entonses le encomende a Dios con las beras que pude, disiendole que era su saserdote su ministro, y respondenme: «Que como esos se perdian». Y bolbi a desir que era saserdote de Dios y su ministro. Buelbe a desir lo mesmo. No se que es esto. Yo lo encomiendo a Dios con mucho cuidado este mesmo día. Por la tarde sali a la sala a ber a mi madre, que abia muchos días que no la bia aunque benia, y aunque por la misericordia de Dios lo tengo dejado todo en ella, me aflijian dos cuidados: el uno, que estaba desnuda y asela [=hallela] bestida, de que di a Dios ynfinitas gracias, que me descargo

²⁴ Esto tal vez significa que el altar fue movido o restaurado en algún momento durante la ampliación del convento.

deste cuidado; lo otro, que [ha] algunos tienpos (15v) que deseo que aga una confesion general y se lo e aconsejado, porque deseo mucho su salvacion²⁵. Allela mui deseosa de aserla y que lo abia puesto por obra con un padre de la Compañía, y que estaba tan de priesa que no yso cosa buena. Dijele que yo le buscara un padre que lo aria mui despasio y a su satisfasion, y nonbrele al que le pensaba rogar que lo ysiese. A la noche a la noche [*sic*] la orasion fue pedir a Dios que la dispusiese para que ysiese una confesion berdadera y con todas las partes que se requiere[n] para quedar en su grasía, y que qué padre queria que la confesase. Y respondenme que al que yo le abia dicho le aria que lo quisiese aser mui de buena boluntad, y que yo le dijese que pensase sus pecados por las edades y por los tienpos y los años que abia estado en pecado mortal²⁶. Otras cosas pasaron[, pero] no se me acuerdan. El jueves por la siesta, disenme que medite yo en lo que paso por los onbres, estando pendiente de la crus, que si lebantaba la cabeza se le [det] las espinas, si la meneaba a cualquier parte se le clababan, de cualquier manera que menease el cuerpo que estaba pendiente de aquellos clavos. Y bia yo aquella figura como me la pintaban, mui descoyuntado²⁷. Luego me desian que aca cuando estaban a la muerte²⁸ padesian grandes congojas y dolores, y que entonses quisieran aber echo lo ynposible en serbisio de Dios, y que en la enfermedad cualquier enfermo ase muchos propositos de enmendar la vida. Mas que como Dios era sabiduria eterna, sabia si se abian de enmendarse o no, y asi los que sabia que abian de aprovechar les daba salud, y algunos de los otros tambien se la daba, y que como no cunplian lo que le an prometido a propuesto de bolber a dar[les]

²⁵ No queda claro si su «madre» es su madre biológica o una figura materna.

²⁶ Aunque un significado más común de *buena voluntad* es «disposición o eleccion hecha por el proprio dictamen» (DA, VI, p. 518), Úrsula tal vez se refería a «los profesores de Religion verdadera celebran sus fiestas, no con lascivias torpes, sino con *conciencia*» (DA, II, p. 474).

²⁷ Esta pintura aún se encuentra en el convento.

²⁸ Esta referencia en tercera persona es confusa. Podría tratarse de una referencia a la Trinidad o a los dos ladrones que murieron en la cruz en el Calvario, junto a Jesucristo.

otra enfermedad con que morian. Que yo ysiese todo lo que quisiera aber echo en aquella ora. Despues que paso esto y otras muchas cosas, disenme de como se agradaba Dios de los pequeñitos y umildes, y que en esta casa le agrada[n] Florencia Bravo y Antonia de Christo, que son desechadas y nadie ase caso dellas. La primera es una mulata chabacana y la otra una negra siega. Despues, estando pensatiba, con temores y desconfiansa, disenme, ¿que por que desconfio? ¿Que si no e oydo desir: ‘fulano es onbre de mucha berdad y de mucho credito [y por eso] no ay mas que temer’? «¿Fiaysteys de los onbres y poneys [en ellos] buestra confiansa y de mi no la teneys, que no puedo faltar a los que se fian de mi?». No me acorde [de] desir de cuando sali del locutorio de con [sic] mi madre, bineme luego a la cosina. Y pensando en las misericordias de Dios, y como por todos caminos me socorre, y dandole gracias porque asi [socorría] a mi madre, disenme: «Que se las de por el benefisio que me abia echo en que entrara yo deste talle en el locutorio. ¿Que cuándo entrara yo en otro tienpo [a] menos de yr mui adornada?». Y es [s] ertiçimo que me aliñaba de pies a cabeza, de manera que si el calzado estaba algo rosado no entraba. Despues, en el coro, (16r) cuando me dijeron como se abia de confesar, repitieron, ¿que si no era benefisio que yo entrara en las comunidades con este traje?. Y es sierto que para solo contonearme me solia engalanar y dar una buelta por el coro. Y disenme, que pues gasté tanto tienpo en adornarme para conplaserme a mi, que ora me siña para agradecerlo a Él²⁹. No se qué sera esto.

Bispera de Santo Domingo, estando recojida me dijeron, ¿creeys que fui al senaculo y allí labe los pies a mis disipulos, y despues ynstitui el Santisimo Sacramento y comulgandome a mi primero, los comulgue a ellos, y despues fui a orar al guerto?. Yo abaje la cabeza [det] tanto de las espesies del sacramento que yo estaba atonita y conosiendo que todo aquello era verdad. Y luego dijo: «¿Por que no creeys?». Dije que por

²⁹ *Ceñirse* quiere decir moderar o reformar el comportamiento, cortar los gastos domésticos, juegos y otras prodigalidades (DA, II, p. 273). En el sentido moderno significa llevar un corsé. Tal vez se refería a ambas cosas.

que tenia mucho miedo aquella bestia no me engañase. Dijo: «Cuando [h]asiay[s] su boluntad no le temiays, ¿y aora si?». Bia yo que estaba alli Nuestra Señora. No le bia mas que la peaña. Dijome: «No tienes que temer, que yo estoy de por medio. Llegas sienpre con fe y esperansa». Despues que estubo un rato dandome mui santos consejos, diseme: «¿Con que Fe ablas al flayre?». Y respondile: «Con la que enseña la Yglesia», y a esto cayó. Dijele que si le paresia que tratase estas cosas con un religioso. Dijo que lo trataria con Dios, que alla sin su boluntad no podia nada aser nada. ¿Que si no sabia yo el Pater Noster? Que preguntara [a] aquella monja que le abian dicho. Tambien me dijeron, que sienpre estaba yo disiendo: ‘¡No quiero bisiones, no quiero estas cosas! ¡Que nuestro Señor se abia de retirar!’. Dijome Nuestra Señora que me llegase mui a menudo al eterno Padre, con mucha umildad y confiansa, y le pidiese por los meritos de su [H]yjo que me [a]quietase y [que] no temiese, sino solo a Dios, que solo El era poderoso [por] que el enemigo no podia dejar quietud en el corason como ella tenia. Y luego me dijeron que de las tres beses que tengo orasion, la una fuese por las animas de purgatorio, la otra por los que estan en pecado mortal y la otra por el estado de la Yglesia.

Sabado despues de Pascua: no se que es esto. No se si son enbustes de el enemigo; Dios lo sabe y sea conmigo, que no se como librarme destas cosas. Entrando oy en la siesta a los confesionarios, en llegando al arco donde estaba la yglesia o la reja me dio un grandisimo pabor, mas fiada de Dios lo bensi y pase adelante. Y luego que me puse en los pies del Señor recojida, me paresio que sentia pasar [una presencia] por donde yo estaba asia la reja que solia ser, y con el espiritu quise uir de alli, y fue ynposible. Y luego me enpeso [a] ablar aquel saserdote de que se a echo memoria estos dias, disiendome que no abia palabras para desir la terribilidad de las penas que padesia, y que estaba condenado a ellas por muchos años, y que por la Birjen santisima se abia librado. Que el estaba penando en aquel lugar de la reja porque gastaba mucho tiempo alli en osiosidades, y que cuando yba la comunidad al refitorio

el se benia a parlar. Y que cuando benia (16v) jente se escondia en la sacristia. Y me parese que dijo que se estaba escondido todas las oras o bisperas y que ella era relijiosa, y él mi[ni]stro de Dios que no lo debia aser de aquella manera, porque le corrian mui diferentes obligaciones³⁰. Y [pidió] que yo le encomiende a Dios y beole parado en el mismo lugar [en] que estaba la reja, de la misma figura y rostro, que era tan tiesesito y con sus canas y el manteo cojido por debaxo del brazo ysquierdo, como el solia ponerse. Un atamo [=átomo] de lo que el me dijo es esto; jamas oy desir semejantes cosas deste clerigo, por eso tengo yo tanto miedo, no benga aquel engañador a aser estos enbustes. Yo creo en solo Dios. [Vuestra] merced me encomiende mucho a Él, que estoy mui aflijida. Quedo [det] en estas cosas que quisiera meterme debaxo de la tierra, bestirme de pellejos, no ver, ni oyr ni ablar con nadie. No se que me quisiera aser. Dios lo remedie.

Domingo de C[u]asimodo, yo rese continuamente el rosario entero —con mucho trabaxo— por el que ay en la cosina³¹. Dijele a nuestro Señor que resaria la corona³², que era menos, para aserlo mejor. Disenme que pase el rosario siento y cincuenta beses, lebantando el corason a nuestra Señora.

Martes, adelante, disenme que mucho mas goso tiene nuestro Señor cuando se conbierte un pecador o cuando se lo traen, que cuando aca le biene a alguno un ofisio. Que ubiese deseado mucho que yo le de buenos consejos [a] aquella mosa que entro el otro dia. Muchas cosas me dijeron que se me an olvidado, mas dire lo que se me acordare. Disenme que cuando uno enpiesa a labrar una piedra no esta tan diestro como el que es maestro. Que a esta le diga yo lo que conbiene aser y de lo que se a de apartar, que no es bien que se dibiertan en la religion las que bienen con buena boluntad y deseos, sino que la ayuden

³⁰ Esto implica una relación impropia con una monja, pero la oración está incompleta.

³¹ El primer domingo después de Pascua.

³² Una parte del rosario.

y la alienten. Estubo esta mañana conmigo disiendo que la trayan apurada, que la murmuraban, que pensaba baylar. Yo le dije que como eso me abian apurado a mi cuando me puse el abito, y que sienpre que ay que sufrir; que si asia caso de esas cosas no aria nada. Que se ysiera a sufrirlo todo por Dios y con eso se cansarian y la dejarian. I que aunque baylase no se dejase la orasion por estar 'me binieron con esto [o]tro'. Yo no quisiera que aquel me biniera con sus enbustes. ¡Dios me ayude! Luego disenme que para qué ando yo sienpre con tantas dudas, si ba bueno y si es malo, si me engañan, si buelbe, si torna... Que por qué gasto el tiempo en eso, que si boy derechamente a Dios y mi yntension es de solo agradarle, ¿que por qué desconfio de quien no me faltará? Que sea yo bijilantisima en guardar los dies mandamientos de su ley y todo lo que ordena la religion, que con esto no tengo qué temer. (17r) Que sea mui umilde, que aborresca [a] los ynchados [y] que tenga mucha cuenta con no yncharme. Que sea mui perseberante en la orasion y que el primero que oro a su Padre fue El, y que procure yo ymitarle. Todo esto ba a ped[ac]itos.

Miercoles por la mañana, enbiame señora doña Antonia de Serantes que le cosine. Dijele a la negra: «¡Beos con Dios! ¡Buestra ama no se acuerda de mi sino para mandarme!». Y bolbila a llamar para aser lo que me desia. Bengo a la siesta a la orasion y disenme: «¿Si abeys dejado el mundo por qué os quejays? ¿No fuera mejor tomar aquello sin enfado y aserlo con caridad, por amor de Dios?», y otras cosas a este modo.

Juebes. Algunos dias tengo apurado el corason y me cansa todo. Bineme delante de Dios a pedirle su gracia y beo una escalera desde la tierra al sielo, y un camino asia mi lado derecho y otro al izquierdo. Desianme que aquella escalera era el camino de los que llevan la crus y el camino derecho era [el de] los que yban al purgatorio. El del yzquierdo [era el] de los condenados, de los que no temen a Dios y no guardan sus santos mandamientos; que estos, cuando caen en este tremendo lugar, ban despeñandose por terribles barrancos. Y bia yo unas tinieblas escurisimas. Mas desian que aunque estos dos caminos

se juntaban y los del purgatorio padecían de las mismas penas de los condenados, con la esperanza de que se iban a acabar y estaban consolados. Mas los que iban a subir por esta escalera son los que llevan la cruz, que nuestro señor Jesuchristo la llevó primero. Y solos los que le siguieron iban por este camino. Yo no sé decir lo que allí pasó. Sabado estaba aparejandome para comulgar y díjeme que los cuerpos eran custodias de su sacramento y allá de delante que nos mostraba su gran caridad después de lo que tenía echo en su encarnación, vida, pasión y muerte, y de los sacramentos que nos había dejado —mentándolos cada uno de por sí—, en sufrírnos y aguardarnos tanto tiempo. Muchas cosas a este propósito pasaron allí. Luego me díjan que yo era de dar cuenta de los beneficios; una multitud de cosas me dijeron de que había de dar cuenta. Un día destes, ahora poquito me díjan que aquí los mundanos asían mucho caso de los reyes, de los birreyes, que todo era un poquito de tierra. Que Él era el Señor universal de cielos y tierra, y que por su mano pasaban todas cuantas cosas hay criadas, y de todas tenía particular providencia. Y aquí en mi cabeza me numeraban tan gran multitud de gente que parecía infinito. Yo no sé decir lo que allí pasa; si yo supiera escribir y tuviera licencia del padre fuera cosa admirable, mas todo se me olvida. Cuando estoy trabajando y recogida se me viene a la memoria y allí vienen otras; todo se pasa como no hay ocasión de decir las. Luego, un día destes, estaba en los confesionarios cansada y flojeando, y enpese [a] hablar con Dios. Y decía entre mí: «Si me oír Dios esto que le digo». Díjeme: «Todo lo oigo, todo lo beo y todo lo que el pobresito ase por mí lo agradezco como abello menester», [pero] no sé que palabra me decía, no sé si era trino y uno, (17v) una cosa así era. Luego me iba a meditar en las espaldas del Señor, y ase que bien yo las espaldas tan llagadisimas que era [de] compasión. Enpese [a] afligir mucho y díjeme, ¿que qué podemos nosotros? Que todo viene de su mano, que bea yo si puedo algo cuando no lo da. Ya [van] tres días que aunque quiero quitarme deste lugar no puedo. Olvidose [me] decir en aquel lugar donde dije que los cuerpos son custodias del

Santisimo Sacramento, [donde] dijo que ninguno es digno de resebirle, ni la Birjen santisima con ser tan purisima y santisima. Y que cuando le trujo en sus entrañas sienpre estaba con gran reberensia y temor, y continuamente estaba ablando ynteriormente con Él. Que asi lo aga yo. Algunas beses regañó con esta multitud [de] las [det] muchachas que ay aquí, y con lo mucho que ay en la cosina y con las demas cosas que se añaden. Entreme en el callejon de la cosina y dijele a Dios que yo era aquella que no balgo nada, ¿qué mas propongo?. Disenme, ¿que qué es lo que yo ago por Él? Que le mire yo desde el selebro para abaxo y bere lo que a echo por mi, que porque no le miro de beras no acabo de enmendarme.

Lunes, a 27 de abril, amanesio la probisora mala y por esta causa [estuve] ynpedida de poder yr el ratito que tengo [a] la siesta para ber al Señor. Con todo eso di una arremetida a desirle que me echara su bendision, que bien conosia yo que no meresia aquello sino estar en los ynfiernos. Y en un ynprobiso aprofund[iz]anme estos ojos y enseñanme alla en lo profundo un lugar lleno de llamaradas de fuego, y a muchísimos en ellas. Asianme conoser a mi cuanto mas que aquellos meresia yo estar alli. No me ablaban como otras beses. Tambien ynteriormente me asian como fuersa que mirase y [que re]conosiese [a] algunos de aquellos. Yo me la yse mui grande resistiendome. Con esto me estube mas de lo que llebe propuesto. Dios me de su espiritu, que bien lo e menester. Cuando yba al coro desde el claustro chiquito me dio tan gran miedo, que me paresia que en la puerta de los confisonarios estaba aquel clerigo que murio el otro dia. No pude pasar adelante asta que paso jente para el coro, con que pude pasar. Estube pensando si seria aquel enbustero para estobarme, porque el otro no abia de estar alli. Disenme como si fuera el, «¿No estan alli el torno, donde yo able tantas osiosidades, y la reja donde tambien las able, y los bancos donde me sentaba a guardar?». Dios sabe lo que es esto. Martes, fueron tantos los aogos que me binieron, de que me enbiaron unas y otras [a] que les guisara, que les ysiera esto y aquello, y luego del convento que basta para ocuparlo todo.

Y como yo ando con ansias de yr donde esta el Señor, y con estas cosas me quitan el poco tienpo que me queda, fue un dia trabajosisimo para mi, de suerte que asi como di de comer al refitorio, sin comer yo me fui a postrar al Señor. Y por el camino (18r) le yba disiendo: «Señor, tu gastas destos aogos. Si yo se que no es tu boluntad no e de añadir mas de lo que [me] mandan». Asi que me postre. Disenme: «En treynta y tres años que estube en este mundo, todos los pase con grandisimos trabajos y aogos, y al salir del me pusieron en un palo como si fuera un bil esclabo y ladron». Con estas palabras se me quitaron cuantos aogos y cansansios tenia. Bine alegre gracias a Dios, que abia algunos dias que paresia que queria espirar. Miercoles ubo los mismos cosinados y aogos. Fui donde esta el Señor. Dijele que si aquello de aquel clerigo era suyo, yo le ofresia por el todo lo que asia, y estubele encomendando mucho [a] aquella monja de la pendensia. Y disenme que cuando estaba en su casa la libro de muchos peligros y que si aca no se enmendaba..., dando a entender que beria el castigo. Juebes, enbiame una monja un poco de carne para que se la asara, y considerando que si esta bes lo asia sienpre abia de querer lo mismo, y no lo yse. Despues estube con pesadunbre y le enbie una escudilla de caldo. El dia de San Felipe y Santiago, desde la noche antes, estube deseando prepararme para la comunion, y si no era pensar que le abia de resebir no pude aser otra cosa³³. Y despues de la comunion paso de la misma manera. Despues de comer boy al coro y alle que abia clarín³⁴ y caja que abia traydo la que asistia al Santisimo Sacramento, y encomendela a Dios. Y disenme que en el corason se selebraba y festejaba [a] Dios; que aquello era banidad y para que dijesen que doña fulana —nonbrandola por su nonbre— asia el dia. Y luego diseme, ¿que por qué abia dejado de asar aquella carne que me pedia aquella monja? ¿Que si no era projimidad? Que yo digo: ‘¡Bengan cruses! ¡Cargad, Señor, sobre estos onbros!’; y cuando biene un poquito

³³ El 4 de mayo.

³⁴ Una trompeta de bronce.

los desecho. Que Él no bolbio el rostro al trabajo. ¿Que qué era amar si no se pasaban trabajos por Él?». Abia sobrado arto carbon ensendido cuando acabaron de comer y bi que andaba fulana por alli, y dijeles a las cosineras que lo apagaran. Y como no lo ysieron tan presto tome agua y lo apague. Diseme, ¿que asi [=si] abia sido buena yntension aquella? ¿Que si quisiera yo que ysieran aquello conmigo si quisiera cosinar?. Que aquello me abia ynsistido el demonio, y es berdad que lo abia echo con regaño, y no abia caydo en ello asta que me lo dijeron. Lo que oy ubo de reprehension yo no lo se desir, mas destos pedasitos. [H] abia, un dia destos pasados, quemadose un pie una compañera quitando una olla yrbiendo de la candela, y dejose caer con el dolor quejandose mucho. Yo le tube gran lastima y tome una poca de agua. Echesela en nombre del Padre y del [H]yjo y del Espiritu Santo y no se quejo mas, y a estado trabajando sin faltar aunque tiene una mancha parda donde se quemo, [pero] no lebanto enpollas. Diseme oy: «Con los demas, que yo me asia [la] desentendida de los benefisios, y que por eso no le daba gracias. ¡Mire vuestra merced si abia yo de pensar que por mi la abian sanado! Asi que amanesio me dijeron que pensara en los terribles dolores que padესio la santisima Birjen biendo a su santisimo [H]yjo colgado de aquellos tres garfios en la crus, y en los que El padესio con este yncomparable tormento.

Domingo, luego que amanesio me dijeron que fuese a comulgar, y que lo ysiese por los que estan en pecado mortal, y por los que nabegan, y por los pobres enfermos de los ospitales, que era caridad, y por los que estaban en agonia de muerte. (18v) Despues, a la siesta, boy a los confisonarios... No se si esta es tentasion; yo lo tomo como cosa de ayre, asi que me puse alli. Estaba cansada y estaba dormitando y enpiesan [a] hablar, con que desperte mas que de paso, mas aca recojida. Y no me queria dar por entendida de aquello que me desian, mas era tanta la porfia... [H]asiase[me] que era aquel clerigo que se a referido. Desia que lo encomendase a Dios, que aquellas monjas a quien[es] debiale perdon en lo que les debe. Dije aca ynteriormente: «¿Como me abia

yo de meter en esto?». Dize: «[H]aslo por amor de Dios». Y yo asiendo que no, que cómo abia de desir aquello. Dize: «El Licenciado Refolio lo puede escrebir de su mano y ponerlo tu en secreto, que no lo bea nadie en la pared del coro, que alli lo leeran ellas». Dije entre mi: «Como no beo est[e] me abla». Dize: «Si me bieras te murieras». Yo ando arto aflijida con estas cosas. Dios sabe lo que es. Ya yo le dije: «Que si era suyo, ya que el saserdote lo abia menester, yo ofresia por el lo que ago si bale algo», y quando comulgo por el ofresco la comunion primero que por otra cosa... [det] Deseo mucho amar a Dios y digole un dia destos a mi anjel: «¡Que que aria para agradar a Dios!»». Y diseme: «Ser mui umilde y agradar a los proximos en quanto sea posible. Que guarde la berdadera pobresa, que lo deseche todo y que ynteriormente able sienpre con Dios». Todo ba de pedasitos: Lunes, luego por la mañana, disenme que [e]numere yo los males de que me a sacado [e] ybanmelos poniendo todos delante. Yo conosco ser todo aquello berdad y solo quando me tratan desto conosco que viene derecho; quando viene con otras cosas, [creo] como disen que puede ser ylusion. Sienpre ando con fatigas. A la siesta boy a los confisonarios y beo un perro royendo un gueso con tanta porfia que le salia sangre de la boca. Yo lo estube mirando con mucha atension y disenme que asi los pecadores an de trabajar y porfiar por salir de los pecados, asta derramar sangre. Y luego, que desdichados de los que murieren antes de aberse conbertido. Esto es un poquito de lo que alli paso. A la tarde pase por la puerta y estaba tanta monja y un ruido [por]que abia benido el señor probisor [por] aquello de aquellas monjas. Y encomiendo a Dios a fulana. Y disenme tan apriesa que paresia una jente: «Yo permiti aquello porque no quiero brabas en mi casa, y para enmienda dellas y ejenplo de otras». Y a este modo yso una letania tan larga y tan derecha, y conosia yo que todas aquellas cosas estaban puestas en mucha rason. Yo estaba admirada y se [me] asia [que era] Dios. Despues desto dije entre mi que tenia mucho deseo de amar a Dios. Y disenme que se lo pida al Espiritu Santo, que es el berdadero maestro.

(19r) Dia de los ynosentes, a 28 de disienbre del 59, esta[n]do recojida delante del Señor bi una lus mui grande, clarisima, y dentro desta lus una bidriera mas clara que los cristales, y dentro della a mi padre fray Pedro Urraco, lleno de toda esta lus³⁵. Y esto bi por espasio de medio cuarto de ora. Y disiendo yo entre mi: «¿Como a mi padre Jose Garcia Serrano no biene esta lus, sino en otra menos clara, al modo de luna?»³⁶. Me dijeron: «Porque este trabaxo mas que el otro». Y antes de ber esta lus bia las beses que me recojia a Cristo, nuestro señor crusificado, y a sus lados dos personas. A estas no le[s] dibisaba rostro ni cuerpo, mas bia claramente [que] estaban alli y aca. Ynteriormente me paresia [que] era la Santisima Trinidad. Desiame: «Este [es el] Señor crusificado. Quien me adora a mi adora a mi Padre y al Espiritu Santo». Esto me desia, allandome yo confusa y temerosa... [det] no ber nada mas de aser en todo la boluntad de Dios. Desde que bi esta lus no la aparto de la memoria y sienpre lo mas del tiempo estoy recojida teniendo presente a este gran Señor, que obra estas misericordias con esta pobresita que no bale nada.

Un dia, estando recojida, bi alla en el sentro de la tierra una concabidad grande y en ella muchos enemigos aguardando las almas que cayan, las cuales despedasaba[n] y trayan al pelotero, como cuando un perro despedasa a un pedaso de carne, o como cuando despedasa un trapo biejo y lo arrastra y trae al pelotero³⁷. Aflijame mucho y desiale al Señor: «¿Que para qué bia yo esto? Que no queria ber nada mas de asertar, amarle y asertar a serbirle». Desianme que pues yo tenia entregada mi boluntad, mis potencias y sentidos al Señor, Él me gobernaba. Como era serbido que aquellos enemigos que atormentaban

³⁵ Pedro Urraca, de la orden mercedaria, falleció el martes 7 de agosto de 1657 (Mugaburu, 1975, p. 44).

³⁶ Serrano fue un agustino y uno de sus confesores hasta su muerte (de él).

³⁷ *Pelotero* tiene diversas connotaciones. Puede significar un disturbio o conmoción, o alguien que hace una pelota con una piel. También puede referirse a alguien que preside un juego: un réferi (DA, V, p. 198). «Traer al pelotero» es una frase que significa engañar implacablemente a alguien para que tenga falsas esperanzas, sin dejarles en paz.

y despedasaban estas almas, desian a cada una los bisios y los pecados porque les daban aquellos tormentos. Dios lo sabe todo, su Dibina Majestad me tenga de su mano y me libre de mal.

Estando una negra para morir en este mes de março f[u]i a a berla y le yse aser un acto de contrision³⁸. [H]ysolo mui de beras, con muchas lagrimas y dandose muchos golpes en los pechos. Yo f[u]i consolada de aberla bisto [par]a encomendarla a Dios y bi un Santo Christo, y a sus pies a esta morena amortajada, con que bi era sierta su muerte y que por la misericordia de Dios se abia de salvar y le di muchas gracias. No se si es mi cabesa, Dios lo sabe todo, a quien pido me tenga de su mano. Una relijiosa que tubo mui gran contrision a la ora de su muerte, y mui gran confiansa en Dios, se me aparese continuamente desde el dia que murio como una niña resien nasida, y dandome a entender que es alma del señor.

(19v) A quinse de mayo año 50, domínica cuarta despues de Pascua³⁹. Despues de aber comulgado, queriendo estar postrada a los pies deste Señor Sacramentado, fue tanta la fuersa que se me yso para que estubiese con el Señor Crusificado que por mucho que yo yse para proseguir con lo que yo tenia determinado, no fue posible. Y esto se me ofrese muchas veses, de suerte es que me dejo llevar muchas beses por no poder mas. Luego me dijeron: «¿Que si no era berdad que abia padenido por nosotros, por librarnos de la captibidad del demonio a que estabamos condenados por nuestros pecados. Que la gran caridad que nos tenia era la causa de aber bajado del sielo, dejado su gloria y tomado nuestra naturalesa y en ella padenido». Y refiriendo desde la encarnasion hasta la crus mui [illegible] todo lo que por nosotros abia pasado. Y que «gusta mucho de que agamos memoria de esto y le demos muchas gracias por ello, y que beamos con qué dilijensia o prestesa asia

³⁸ Su biógrafo informa que esto ocurrió en 1659 (AFL, *Vida*, 594v), vease el CD.

³⁹ El diario indica claramente el año 50, pero cae fuera del orden cronológico del diario. Si siguiera el orden original, el año sería 1660.

todas las cosas que conbenian para nuestro remedio. Y que nosotros, ¡que flojos! ¡Que peresosos! Mas que aunque sea desta manera bamos caminando y ofresindole lo mismo que yso por nosotros». Y para que lo entienda ponenme una parabola: «que si un onbre le ynbiase a su rey mui a menudo un millon, que nonbre y que cabida tendria en palasio, y que qué querria del rey que no lo alcansase; que asi los que siquiera una bes al dia asian memoria de lo que abia echo por nosotros le era mui agradable, y a nosotros mui utilisimo». Cómo alli pasa no se puede desir. Vi despues desto un Señor vestido de una tunica carmesi, sentado en una silla hermosisima como un sol, y a un lado San Miguel con su peso, pesando y trastornando el peso en un oyo angosto, larguisimo y escurisimo⁴⁰. Y desian: ¿»Que qué sentiria este de oyr [que] este no guardo los mandamientos y este otro si; [que] este tenia esta obligasion y no cunplio con ella, y este otro si»? Y desta suerte se repetian muchas cosas, y al que no abia cunplido lo trastornaban en aquel hoyo. Dije: ¿»Que qué ariamos para librarnos de aquello?». Disen: «que llorando con tiempo nuestros pecados, asiendo cada dia memoria dellos. y [acudir] a los pies del Señor [a] pedirle perdon. No dejar la penitensia para la ora de la muerte, que es peligrisimo y por maravilla se salvan estos. Al punto que se sintiere cualquier bisio, al punto se le a de aser resistensia, porque si se apodera [de uno] y le dejan hechar rayses es dificultosisimo arrancalle despues, y juntamente se apodera el demonio». No ay poder [para] desir esas cosas como pasan sino unos pedasitos, lo de abajo arriba. Desto de que por no dejar unos gustillos de nonada nos estamos de un dia para otro [diciendo] ‘mañana’, ‘mañana’. Y asi se pasan los años y se llega la muerte. Que qué sentiremos de bernos alli entrar para siempre. Que por la caridad que nos tiene, por librarnos desto padesio y tanto, sin escusar ninguno, por terrible que fuese. Que nosotros somos tan escasos para con el. Encomiendenme a Dios.

⁴⁰ Me parece que al decir «un» señor y no «El» Señor, Úrsula vacila en sugerir que este realmente es Cristo.

Es el temor tanto que tengo de ponerme delante de Dios, ni nada por las respuestas que me dan que no se qué rese, o que aserme. Mas como (20r) beo tanta tribulacion y temor de que no nos suseda lo que en otras partes con estos tenblores, pidiendo a Dios nos librase respondenme, entre muchas cosas que no ay memoria para referirlas: «Que los pecadores temian y no dejaban las ocasiones de pecar. Que estaban tan asidos a ellas como los lobos a la carne, olvidados de lo que a echo por nosotros, deja[n]do su gloria y tomando nuestra naturalesa, y en ella aber padecido tantos trabajos como por nosotros padecio. Y hay hombres que en todo el año no pasan estas cosas por la memoria, no porque no las saben, sino porque estan tan metidos en los cuidados terrenos que no se acuerdan de lo que ynporta, ni quieren trabajar en esto. Que todas las relijiones clamaban a Dios porque nos libre[n]» —nonbrando sus patrones— «San Francisco y Santo Domingo y los demas pedian a Dios por ellos, juntamente [con] los relijiosos y relijiosas y sus patrones. Que cuando Dios lebanta la mano para descargar, por todas las cuatro partes del mundo descarga».

El dia de San Felipe y Santiago⁴¹, despues de aber comulgado, me dijeron que ysiera de mi corason custodia⁴² deste gran Señor, que alli le adorase y le comunicase ynteriormente como lo asia la Virgen Maria cuando le tenia en sus entrañas. Yo tengo miedo: aquella gran bestia no me benga con sus enbustes. Dije: «Que yo no benia a que nadie me dijese nada sino [a] adorar y alabar a Dios, que bino a salbarnos, y al Santisimo Sacramento». Disenme que esa es la dotrina que me da, ¿y que por qué tengo tanto temor? «Que Dios es fiel y no falta a quien le busca con berdadero corason». Dije: «Que porque este enbustero.» Disen: «Que sabe engañar y traer bana gloria». Disen, ¿que qué era yo?, ni que podia. Si algo de aquello era mio, que tomara yo una poca de senisa y la pusiese onde ay mucho ayre y beria si quedaba alguna. Que de esa manera era yo,

⁴¹ El 4 de mayo.

⁴² La palabra *custodia* puede referirse al aparato donde se exhibe al Santísimo, así como al cuidado y vigilancia que uno ejerce sobre algo importante (DA, II, p. 712).

que no abia de que haser caso destos cuerpos sino de las almas, que an de permanecer. Todos estos dias me estan disiendo que encomiende a Dios a fray Gregorio, que le gane yndulgencias, que ya ba mejor tambien Miguel Rodrigues, que le encomiende y le gane yndulgencias por la pasion de mi señor Jesuchristo, y representando lo que abia trabaxado en esta yglesia. Y se [me] ase que le beo en su misma figura y traje. Yo le digo a Dios: «Que si es berdad aquello, que yo are lo que me piden». Mas a muchos días que me andan disiendo la que a de ser abadessa, como si a mi se me diera algo por eso. Yo digo que me dejen, que la que Dios pusiere, aunque sea la mas minima de toda la casa, la obedesere de mui buena gana. Disenme: «Que fulana esta con la bendision del Padre y del [H]ijo y del Espiritu Santo». Todas estas cosas bienen cuando menos me acuerdo dellas, enbustes de aquel uña.

(20v) Yo no ago caso destas cosas y asi las dejo pasar porque seria nunca acabar. Tanta dibersidad como ay cada dia [que] ni yo las pudiera referir, porque eso que digo es una migajita de lo que alla me pasa. Dios sea conmigo y me de su lus. Yo e menester que me encomienden mucho a Dios. Vuestra merced lo aga.

El domingo beo una cruz tan altisima que llegaba hasta el sielo, y en el remate della un Christo de perfectisima figura. Éste miraba a todas las cuatro partes del mundo y admirada desia el Credo y pedia a Dios que me librase de aquel enbaydor. Luego me desian de la pasion de nuestro señor Jesuchristo, que a quien este mundo abia padecido por nosotros tan terribles tormentos en aquella crux por redemirnos. Desian [eso] a este proposito —que yo no lo se desir— i como yo dudase de que era Dios, disenme que todo lo bia y lo podia, que era todopoderoso y ynconpreensible.

El dia de la Santa Crus bi una crux, de arriba abaxo esmaltada de un rosio de sangre, del tamaño de una cabeza de alfiler grueso, mui junto y mui cuajado⁴³. Preguntabanme: «¿Que era la causa porque

⁴³ El 3 de mayo.

se respetaba la cruz tanto?». Dijo: «Que porque abia muerto en ella mi señor Jesuchristo». Disenme: «[H]asiendose el mismo Jesuchristo, que abia padecido en ella los mas yncomparables dolores que se comprenden». Yo suelo algunas beses, mirandome las manos, pensar en lo que sentiria mi Señor cuando le entraron aquellos clavos por las manos, y disenme por esto, que aunque yo mas piense no llegare con muchas bentajas a entender ni comprender lo mas minimo de lo que alli paso, porque fue un dolor tan terrible que llego al corason. Yo no se desir de la manera que me lo encaresio y todo lo que alli paso. Yo miraba con gran atencion aquellas gotas de sangre que estaban en la cruz. Y dijo que aquello era el esmalte de las almas. Que como aca se adornaban con perlas y diamantes y rubies, alla [lo hacen] con su sangre. Y que era de tanto balor que si un pecador ubiese cometido cuantos pecados se an cometido en el mundo, con una minima gotita de aquella sangre le bastaria, y para todo el mundo y mas. Si cualquier pecador, por abominable que fuese, si aunque fuese del suelo tomase unos palitos y formase con ellos una cruz, y con atencion la adorase con boluntad de agradarle y dolor de abelle ofendido, le pidiese por aquella (21r) cruz y lo que paso en ella, al punto se buelbe a su Padre y le dise que aquel pobresito se acordo de lo que abia pasado y que le perdonase y asi queda perdonado. Mas dijo que en cuanto a la umanidad abia padecido tantos trabaxos y tan ynconportables dolores. A la dibinidad no abia llegado nada de aquello, que sienpre abia gosado de lo que era propio suyo —yo lo digo como alcanso, no como alla me lo disen—, y que asi como no abia llegado a la pureza de la Virjen macula [alguna], que en todo abia sido purisima. Desto y de todo lo demas ubo mucho, y con mucho consierto. Yo lo digo salpicando como me acuerdo. Dios sabe si es suyo. A mi me sirbe de tormento.

Martes adelante, asi que me puse delante del Señor biene una mosa que a algunos años que murio [para] que la encomiende a Dios. Me [lo] pidio [pero] no se si es algun enbuste de aquel padre de las mentiras; yo me asuste tanto que no pude aser nada. Despues a la tarde encomende

mucho a Dios a una persona que me parece anda algo distraída. Y disenme: ¿»Por que regue aquellas calles de Jerusalem, sino para que los pecadores biniesen a mi por remedio de sus males y pecados? Ellos se dejan llevar de sus tentaciones. Yo les di memoria, entendimiento y boluntad para que se aprovechen y sigan lo que les conbiene, [pero] ellos no quieren». Yo estaba pensando [en] el riego de las calles de Jerusalem. Y dijo: «Quando yba con la crus a cuestras, derramandola por los ojos y por los oydos y la cabeza —que todo lo penetraban las espinas— y por las rodillas, de todas estas partes yba corriendo: ¿no era esto regar las calles?». Mucho se me olvida. Despues, cuando estoy a solas, se me acuerdan muchas cosas [pero] yo las deajo pasar como las tengo por cosa de ayre. Dios me de su lus y me libre de aquel uña enbustero.

Juebes, dia de San Juan⁴⁴, ante la porta latina, preparandome para comulgar, acordeme destas monjas que an mudado traje⁴⁵ y encomendelas a Dios [para] que les diera su grasia y perseberansia⁴⁶. Y disenme: «Plega a Dios que sea por bien. Francisco y Clara fueron humildisimos. Siempre se tenian por los mas minimos del mundo a todos cuantos bian, fueran de la calidad que fueran, grandes [o] pequeños: todos les paresian que les asian grandes ventajas». Y disiendo de las obligaciones de las relijiosas, de la pasiensia [como] el silencio, y enseñabanme una calabera, [por]que siempre abiamos de tener en la memoria aquello. Y aserca de unos cordones que asen agora con botones en la sintura, disen: «¿Que quién se los pone y quién los ase?», dando a entender que tendrian su [tachado: castigo]⁴⁷. Pasando esto, bienenme con una banidad, aunque por la gran misericordia de Dios no ago caso de estas cosas. Pensando quien me diria estas cosas, entre mi me paresia que ynteriormente me desian: «¡Jesuchristo, nuestro señor».

⁴⁴ El 24 de junio.

⁴⁵ Las monjas estaban interesadas en añadir adornos a sus hábitos.

⁴⁶ El término *perseverancia* puede significar «persistencia» o conservar un estado de gracia hasta la muerte o hasta alcanzar la gloria (DA, V, pp. 233-234).

⁴⁷ Aquí se refieren a las alteraciones que las monjas hacían de sus vestimentas.

Dije: «Jesuchristo, no tu anjel. Mire [vuestra] merced, esta tentasion ya le dije a Dios que me libre destas cosas. ¿Para qué los quiero (21v) yo?». Olbidoseme desir en aquello de las obligaciones de las relijiosas, como an de procurar ymitar sienpre a nuestro señor Jesuchristo, y que mi señor Jesus mui bien pudiera atar las manos [de] aquellos que le yban a prender porque era Dios todopoderoso y que no quiso por darnos exemplo.

Sabado adelante, bideme aogadisima de cosinados y otras cosas, deseando berme en los montes onde no biera jente. Bolbime a Dios y dijele: «Si no fuera por Dios no ysiera esto». Disenme: «Mui bien estaba el [H]ijo de Dios en su gloria y bino a padecer trabaxos por nosotros, y mui contentos estaban los apostoles en compañía de Jesuchristo, y fue nesario que fuese a su gloria para [que a]quellos trabajasen y predicasen que se llamasen projimos».

El domingo, luego que me enpese a encomendar a Dios, senti junto a mi un difunto que a casi a un año que murio, pidiendo que lo encomendara a Dios, [pero] no le bide. Despues por la siesta bi un hoyo [det] terrible, lleno de sabandijas y enemigos. Yo lo e bisto otra bes y me dijeron que era seno del infierno la primera bes que lo bi. Aora me dijeron que era la misericordia de Dios mereser por nuestros pecados estar alli y librnos. Y luego bi un Christo crucificado, y disenme que aquello era la pi[e]dad de Dios, padecer lo que padasio por librnos de aquello.

Estando una relijiosa para morir y aflijidissima de no poderse conformar con la boluntad de Dios, y con esto le davan unas ansias como desesperaciones, y pedia a todas que la encomendasen a Dios. Yo tube lastima della y encomendela a Dios. Y disenme que como nos ama tanto, a cada uno le da lo que le conbenia, que a su tiempo le daria la conformidad, que agora aquel trabaxo le estaba mejor porque con la tribulasion se purifican. Esto ba a pedasitos; no se desir lo que alli pasa. Boy a Nuestro Señor, pidole que me de pasiensia y me enseñe cómo e de sufrir al proximo y que me de grasia para que no mormure yo del en

mi corason, [por]que como soy mala negra, algunas beses me da no se qué con mi compañera, porque de todo regaña⁴⁸. No se como llevarla. Si le pregunto, malo; si no le pregunto, peor. No ay modo para [con] ella. Otras beses me dise, ¿que por qué no tomo mis alforjas y boy a pedir limosna para las enfermas?; otras: ¿que por que no las sano?, y otras cosas a esta talle. Yo me rio —Dios sabe como—. Y disenme que sufra todo lo que se ofresiere, sin queja ni mormurasion, ni dar a entender que lo siento, como si fuera una piedra. Que si no lo beo yo, que si pisan un ladrillo por un lado que se esta sin menear, por el otro tendidos los que estan tuertos.

(22r) Un dia destes me desian que quien no ymitaba a nuestro señor Jesuchristo en algunas de sus birtudes, no podia ser su yjo ni su disipulo; su umildad, su mansedunbre, su pasiencia, su obediencia [y] su pobreza.

Un dia destes, estando recojida, beo alla en lo ynterior un Christo atado a una coluna, mui lastimado. Y me desia que nuestros pecados le remachavan en aquella coluna y aquella corona despinas y en la crus. Y que eso que padesia o le asiamos padecer era nuestro remedio, y que nos daba ynspiraciones y nos aguardaba y daba cuantos medios abiamos menester para que nos encomendasemos y le pidiesemos perdon. Y que cuando a rebeldia no nos queriamos enmendar, Él tambien nos remachava⁴⁹. Y que cuando los judios lo abian echo era no conosiendole, mas nosotros conosiendole le ofendemos. Ynposible es desir lo que alli pasa. Esto [det] a pedasitos –entresacados.

Todo este nobenario antes de Pascua, y mas, [he] estado que ni au[n] Jesus podia desir. Estube en el nasimiento mirando aquel niño, y pensando en aquel misterio quejeme a Nuestro Señor disiendole: «¿Qué es esto, Señor, que todo se me ba en dormir y en flojear?».

⁴⁸ No está claro si la acompañante de Úrsula era su compañera de celda o alguien con quien trabajaba, pero muy probablemente era una monja.

⁴⁹ El término *remachar*, usado ya antes en el párrafo, puede significar hacer que algo se queda quieto, mantener, sostener o congelar algo en su lugar.

Disenme que aquello era mio. Que biese yo si podia algo. Yo enpese a desir: «Birjen y Madre de Dios». Disenme que lo diga asi, que como aca desimos rey, alla la mayor honrra que se le ase a Nuestra Señora es llamarla Birjen y Madre de Dios. Y luego, que aquello que yo bia alli era una representasion de lo que abia pasado. Que en el Santisimo Sacramento si estaba real y berdaderamente como estaba en el sielo. Que por la caridad que nos tenia se abia quedado en este sacramento y que Él tambien se abia sacramentado. Esto ba a pedasitos salpicados. Que por nosotros abia estado nuebe meses en las entrañas de la Birjen, oprimido. [H]ubo aqui una multitud de benefision [*sic*]. Dije: «Birjen y Madre de Dios, birjen antes del parto, virgen en el parto, virgen despues del parto». Disenme: «Eso es Fe catolica, eso es lo que niegan los judios». Yo no puedo apersebir... es ynposible poder desir lo que alli pasa, y así ba sin orden, lo de arriba abaxo. Otra cosa [dijeron], que del aliento del Padre y del [H]yjo era formado el Espiritu Santo»: Dije: «¡Jesus sea conmigo! ¡No quiero alientos ni quiero fe, sino lo que me enseña la Fe catolica! ¡Ya me quiero levantar de aquí!». Dise: «¿No es verdad todo el Credo?», repitiendo cada cosa de por si.

Otro dia, que era de los Ynosentes, encomendandome a Dios, disenme que le de gracias por aquella caridad con que abia baxado del sielo a la tierra, asiendose hombre en las entrañas de la Virgen y padesimo tantos trabaxos por nuestro remedio, repitiendo cada una de por sí, ni quedo [olvidado el] destierro, ni guerto, ni asotes ni espinas [o la] crus y quedarse en el Santisimo⁵⁰. Y de la preparasion que an de (22v) llevar para resibirle, [el] conosimiento de Dios y propio agradecimiento a tan gran benefisio. Y cómo despues de aberle resebido nos emos de arrojar a sus pies y darle gracias, repitiendole nuestras nesecesidades, y pedirle remedio dellas y pedirle mercedes, y que quien no ba con estas prebensiones..., dando a [e]ntender que fuera mejor no llegarse. Yo no se desir lo que alli pasa.

⁵⁰ El 28 de diciembre.

El dia siguiente, que fue de los ynosenes, disenme que de gracias por el benefisio de la encarnasion y por todo lo que padieso por nosotros, contando asta la muerte de crus. Cada paso por sí yo las yba dando. Por la tarde, pensando en mi Señor crucificado [y] encomendandole esta casa, que tubiese misericordia de mi y de todas, y alla mui en lo ynterior que el Señor era mui justisiero, y que tenia bara de justisia, bia yo una bara parada, algo menor [de la] que traen los alcaldes, y no bia que la tubiera nadie. Yo me asore muchisimo y dije: «¿Que si no era Dios misericordioso?». Y disenme: «Que si, misericordioso y justisiero. Que con aquella bara media». Yo boy disiendo lo que se me acuerda, porque es ynposible desir sino una migajita de lo que alli pasa. Disen, ¿que si no e bisto que unos que nasen con abla se la quita, a otros quita la salud con diferentes enfermedades, a otros los ojos, a otros los pies [o] brasos, a otros de ricos los enpobrese, a otros les quita padre y madre, y a otros unos susesos que paresen terribles? Todo esto lo ase su piedad y su justisia, que por su misericordia no ejecuta en ellos su justisia como meresian. Que no queria soberbios [y] que les daba estos trabajos para que en ellos bayan cayendo en la cuenta y se enmienden. Que esto ase su piedad y su justisia. Desto ubo tanto que es ynposible desir mas que unas migajitas, boca abaxo.

Esto fue por tienpo de eleccion⁵¹. El jueves abia abido una gran pesadumbre en que le perdieron el respeto a la señora abadesa. Estando delante de Dios, le dije: «¿Que como aquellas que le querian agradar, las abia dejado de su mano?». Disen: «No me quieren agradar. Y aunque tienen boluntad, no es con afecto, no es con beras, estan llenas de propia boluntad. Yo no reuse la crus, nunca le bolbia el rost[r]o. Manda la perlada ‘dentrese dentro,’ y desirle ‘no quiero’, y no querer umillarse: asi [es] como caen almas al infierno. Asi ubo enemigos para tentarlas

⁵¹ El convento de Santa Clara elegía o reelegía abadesa cada tres años. La elección de 1656 fue particularmente disputada y podría ser aquella a la que Úrsula se refiere en su diario. En 1656, Magdalena de Vélez Roldán fue elegida y su mandato comenzó al año siguiente (véase AAL, SC, 9: 149, 1656).

y animarlas, y aser lo que ysieron anoche. ¡Cómo sentiria yo esto! Cuando es una mujer casada, no se ase otra cosa en casa mas de lo que quiere el señor della. Cuando me prendieron y dieron bofetadas en mi rostro, mui bien pudiera yo confundirlos [y enviarlos] a los ynfiernos. Y cuando me llebaban a enpellones, yo los sufrí por daros exenplo. Y en la crus rogue por los que alli (23r) me pusieron y blasfemaban de mi. Y toda mi vida [la] pase con grandisimos trabaxos por buestro remedio y por daros exenplo. ¿Que yse en aquel desierto, si no pedir al Padre por bosotros y que os enseñase aser su boluntad? ¿Que es la causa? Pasar tanto tiempo con tan poca medra, si no falta de umildad, y la propia boluntad mientras uno no se umilla poniendose a los pies de todos, humillandose de todo corason y con berdadera resignasion: con esto se medra [y] se pasa adelante. Quando una se pone delante de mi y luego me muestro a ella, es porque lo a menester. Porque si yo no me mostrara no bolbiera mas. Quando una ba mucho tienpo con perseberansia yo no me muestro. Eso es lo que le conbiene, [pues] a cada uno le doy lo que mas le conbiene. Tambien le conbiene a cada uno llebar la crus que le dieren». Tambien dixo que queria que la que aora gobierna llebe su crus. Todo esto es una tilde salpicado y sin orden, lo que puedo recoger.

Un día destes, estando en la orasion, me dijeron que pensase en la caridad con que abia estendido sus brazos para que le clavavan en la crus. Que alli estubieron tendidos sus brazos. Que Él era aguila; dixo que el aguila tenia sus alas estendidas, que asi tenia sus brazos estendidos y los tendria asta la fin del mundo, conbidandonos y aguardandonos. Que quiere que seamos agradesidos a los benefisios —y fuelos contando uno por uno—, que bino dejando su gloria a padecer tan grandisimos trabaxos por librnos del ynfierno i para llebarnos a su gloria. Que Él estaba dando sienpre gracias a su Padre. Y que cuando al fin de su bida se las dio, [fue] porque se acaba[ro]n sus trabaxos. Y que nosotros nos olvidamos destes benefisios y no le damos gracias por ello, y que lo que aemos por Él es tan corto y tan escatimado. Que Él es mui agradable al Padre Eterno. Que le ofrescamos lo que

padesio por nosotros y que por ello le pidamos mercedes y remedio de nuestros males, de nuestros bisios. Un dia destos me desia este que se ase Dios: Que quien se ejersitaba con atension y agradecimiento en lo que padesio por nosotros, era juntamente con Él heredero de su reyno. No ay [como] poder desir lo que alli pasa. Lo que es, continuamente exortan al amor y temor de Dios para no perderle; que se agan muchos actos de contrision, con beras de corason, desto ay mucho. Las mas beses, encomendando a Dios esta casa por la eleccion, cuando bia estas religiosas con tantas fatigas, entre muchas cosas me dijeron que ofendian a Dios las reboltosa[s].

Bispera de los santos Fabian y Sebastian, estando recojida, no se si fue paton, [pero] disenme que fulano, clerigo, se abia condenado (no dire a nadie quien es) por rebelde en su pecado⁵². Dije yo: «Que no se quien me ase hablar. ¡Que yo no quiero mas!», dije, «¿pues no es Dios misericordioso?». Disen: «Misericordioso y justisiero. Nunca quiso lebantar ni dejar el pecado. Todos los dias desia misa y tomaba a Dios en sus manos, y eso fue ocasion de su condenasion». Dije: «La sangre de mi señor Jesuchristo que se derramo por el». Disen: «Esa misma sangre, que es para salvacion de los que se quieren aprobechar della, es para condenasion de los que se quieren estar en sus bisios». Pregunte: «¿Que para qué me desian a mi aquello? ¿Que para qué lo queria yo saber?». Que para que cuando yo bea algo de aquella (23v) manera le encomiende a Dios, para que le saque de aquel mal estado. Despues por la tarde, por si era enbuste del demonio, rese por el una estasion y disenme que no ay para qué, que nada le aprobecha, y otras muchas cosas pasaron que es ynposible poderlo apersebir.

Dia de los santos y por si fue ynension del enemigo, ofresi la comunion por el, y si a el no le aprobechase fuese por otro señalado⁵³. Y disenme que no era ynension del demonio, sino que en toda berdad

⁵² El 20 de enero.

⁵³ El 1 de noviembre.

se abia condenado y que no tenia que aser nada por el, porque no le aprobechaba. Que los demonios abia catorse años que acusaban su rebeldia a Dios. Dije que si los demonios hablaban con Dios. Disen: «Que dos beses cada día le acusaban a Dios que si nosotros, cuando estamos en orasion, si no ablamos con Dios y no le bemos. Que de esa manera es», y ase que le bia yo en un lugar tremendo, cargado de luto y desia: «¡Desdichado de mi, para sienpre en este ynfierno! ¡Y lo que mas es no ber a Dios!», como cosa que todo [det] en comparasion desto. Luego me desian cuan peligrosa era dejar la conbersion para el fin; que muy pocos alcansaban contrision para poderse salvar. Que miren lo que asen en tienpo de mereser y aser penitencia, y ajustarse con Dios para librarse de tan graves daños.

Otro día adelante gaste tres cuartos de ora en orasion, que no pude mas. Y dijele a Nuestro Señor que si aquel le aprobechaba, yo ofresia por el la media ora. Disenme que no me canse, que ya aquel se abia perdido por su culpa. Que las noches pasaba como si fuera casado y los días con cuidados de su casa y ofisio. Que no le quedaba tienpo para buscar a Dios que trabaxar en esto. Muchas cosas dijeron a este proposito, que no las puedo apersebir. Tambien, que si Dios quisiera mui bien pudiera salvarnos sin que nos costara trabajo, mas que por eso nos abia dado memoria, entendimiento y boluntad, para que trabajen y bean lo que les conbiene, y mas les da ynspiraciones y todo lo que an menester para salbarse. Que si se pierden es por su culpa.

Día de San Yldefonso. Despues de aber comulgado, estando recojida, en un ynprobiso haseseme que bia al licenciado Colonia⁵⁴. Y disenme que por aquella caridad con que nuestro señor Jesuchristo bino del sielo a la tierra le encomendara a Dios, y le pidiese por esa mesma caridad tubiese misericordia del. Encaresio grandemente quan grandes son los trabaxos que se pasan alla, que ya a el le paresia que abia mil años que estaba alla, y que abia padesimo mucho por Francisca, su

⁵⁴ El 23 de enero.

negra, que la traya arrastrando con mal tratamiento y no cuidando de lo que abia menester. Yo preguntele —que no se quien me ase aser estas preguntas, que son contra mi boluntad—; en fin le pregunte por aquel clerigo y dijome que ya ese se abia perdido. Que se abia condenado por aquello que ya me abian dicho. (No me lo dijo asi, sino refirio lo mismo en que gastaba las noches y los dias.) Dijele que como lo sabia y dijo que en Dios lo bian todo. Y dijele que si los que estaban en el purgatorio bian a Dios. Dijo que como eran almas que estaban en grasia y no abian de bolber mas a caer [de] Dios sabian estas cosas. Mas dijo que a el le abia balido la yntersesion de Nuestra Señora y de la Santa Rosa, que rogaron mucho por el. Y tambien le balio [que] quando cantaba misa en esta casa la cantaba con particular debosion y atension, que cuando desia el Credo le desia (24r) con particular atension, y particularmente cuando llegaba [a] aquellas palabras (quin a tres es de Maria birjine) se gosaba grandemente con estas palabras y se ratificaba en esta Fe, y en todo lo demas del Credo⁵⁵. Que como yo me acordaba de encomendar a otros me acordava de el. Y es verdad que abia algun tiempo que no me acordaba de encomendarle a Dios y a otros si , y eso me señalo. Yo le dije a Nuestro Señor que si aquello era berdad y suyo, yo le pedia por lo mismo que el me abia pedido; por el amor con que abia benido del sielo a la tierra tubiese misericordia del y le librase de aquellas penas. Y que yo le ofresia por el la comunion y todo lo que ysiera aquel dia. Y a Nuestra Señora le pedi que por aquellos pasos que dio buscando a su [H]yjo cuando le perdio. Todo esto es una mi[g]aja boca abaxo. Lo primero el [=de] todo que se me abia olvidado y fue que bi pasar una y otra bes un animalejo como un perrillo desollado lleno de lepra, asquerosisimo, encojido. «Mala cosa», entre mi pense. «¿Que seria aquello?». Y disenme: «que asi paresian delante de Dios los pecadores». Dije: «¿Que con que se quitaba aquello?».

⁵⁵ La versión de su biógrafo dice: «*Hincarnatus est de Spiritu Santo, ex Maria Virgine*» (AFL, *Vida*, 591r). Véase el CD.

Y disenme: «Que con la sangre de nuestro señor Jesuchristo y llorando sus pecados, postrarse a sus pies y pidiendole perdon».

Sabado, dia de San Pedro Nolasco, digo la bispera, vino a mi una cosa que estaba tan olvidada della como si nunca hubiera sido⁵⁶. Estando asi recojida llegose una cosa —Dios sabe que es, quisa sera paton, que es amigo de marañas— y diseme: «Yo soy Marucha, la ermana de Juana de Escobar. ¡Por amor de Dios te pido que me encomiendes a Dios! Que con aberme criado en esta casa no ay quien se acuerde de mi». Yo quede con pesadunbre, pensando quien soy para que bengan a mi con estas cosas, y pidiendole a Dios que asi aquello era berdad y es suyo, tenga misericordia de aquella. El dia del santo comulgue por ella, y por otros difuntos y por otras nesidades. Y despues por la tarde, aconpañando a las enfermas, alli sentada me recoji. Y luego haseseme que beo a Marucha con el rostro mui resplandesiente. Y me dijo que por la confiansa que abia tenido en la misericordia de Dios se abia salvado. Que ella abia estado en pecado mortal hasta que le dio la enfermedad de que murio, mas que como conosio que era tan grave, luego se conpuso y se arrojó a los pies de nuestro señor Jesuchristo, pidiendole misericordia con gran confiansa de que la abia de salvar. Yo preguntele por su ama, Alfonsa. Dijo que estaba en el purgatorio [y] que abia tenido grandes penas. Que alla abia gran consierto [y] que cada uno tenia su lugar conforme a su estado, que las monjas a una parte, los relijiosos a otra, los seglares, saserdotes, yndios, negros, todas las jeneraciones y estados de cada uno [en otros lugares], y [que según] las obligaciones que tenian se les daban las penas. Que ella, por la bondad de Dios, no abia sido enbustera, ni reboltosa ni ladrona, que solo aquella flaqueza tenia [y] que la encomendara a Dios. Dijele: «Pues era yo una pobresita para que me benga con estas cosas». Dijo que le diera muchas gracias a Dios por aquel conosimiento que me daba de lo nada que era, y que sienpre le pidiese a Dios me le diese. Que era mui

⁵⁶ Su santo era el 29 de enero.

agradable a su Divina Majestad y que a ella le abia acertado pasos. Esto es una tilde de lo que alli paso. Todo me sirbe de congojas. Algunas beses tengo tentasion de no yr ni tener (24v) orasion, mas porque esto no sea de el enemigo boy disiendo a Dios que bien sabe mi ynterior, que es de aser su boluntad y alavarle y amarle sin estas cosas. Mas si Él quiere que padesca yo estas cosas, que se aga su boluntad y sea por su amor.

A 4 de julio, biernes, ynfraoctava⁵⁷ de Corpus, ysose una solemne fiesta y entre los aparatos della ubo unas camaretas. Y despues de aberse selebrado todo el dia con gran aplauso y gusto de todo[s], a la ultima procesion que se yso para enserrar el Santissimo, disparando las camaretas, una dellas rebento y un gran pedaso della fue a dar en la cabeza de un negrilla del doctor Retes. Llevole un pedaso del casco y algo de los sesos. Yo dolime grandemente de la falta que abia de aser a su amo y bolbime a Dios, disiendo que tubiese misericordia de aquel saserdote enfermo y pobre. Y disenme, ¿que si por el provecho del amo han de quitar al criado lo que le conbiene? Que este se abia de perder si bibiera [por]que ya enpesaba [a] abrir los ojos al mundo. Que cuando dormiamos aca, en el sielo se desbelan mirando lo que nos conbiene a cada uno para salbarnos. Que le costamos mucho y enpiesa a referir asotes, corona [de] espinas, crus, en fin, cuanto yso desde que encarno. Que bien pudiera dar aquel golpe en fulanito y sutanito, en fin, en aquellos que abia alli y que solo [a] aquel solo le conbenia. Y que mirara yo las fiestas deste mundo, cuan aguadas eran. Entre muchas cosas que pasaron se me acuerdan estas y se asia mi señor Jesuchristo. Bibio el negrito asta las dies de la noche del dia siguiente, sabado. Cuando lo supe por la mañana bolbi a encomendarle a Dios. Y disenme que mire yo cuan bien le abian pagado la debosion que tenia con la Birjen. Nuestra Señora, con ser tan cortos los serbisios que le asia, era tan agradesida y tan buena pagadora que todos los que la tenian debosion y se encomiendan a ella les faborese y ayuda.

⁵⁷ El lapso de ocho días posterior a una festividad religiosa.

Y que yo aconseje a todos la debosion desta Señora. Que este era birjen y que ya enpesaba a levantar los ojos para su perdision, y asi le combino cortarle los pasos. Sea Dios bendito por sienpre.

Bispera de la asunsion de Nuestra Señora, por la madrugada bi en la sala donde pusieron el Santisimo, un biejo bestido de negro y de rodillas⁵⁸. Entre mi dije: «¿Que sera esto?». Disenme: «Este es fulano». Yo espanteme de que estubiese [pues hacía] tanto tienpo que fue cuando se perdio aquel nabio peleando con los pechilingues [= piratas]⁵⁹. Dije: «¿Pues no murio este defendiendo la causa de Dios?». Disenme: «Si, pero este estaba en pecado mortal y se le yso mucha carida[d] en darle contrision. Que el, cuando cayo en el mar, estaba [luchando] a braso partido con el enemigo. Encomiendolo (25r) y comulga por el, y di que le encomienden a Dios». Dije: «Mi padre me a mandado que no diga yo estas cosas». Disen: «Por fuersa an de desir quien es, sino poner un papelito que encomienden a Dios a un padre de unas monjas». Dijele a Dios que si era suyo, que yo lo tomaba a mi cargo para encomendarle. Quando se llego la ora de comulgar, [lo hice] con una fuersa ‘por fulano, por fulano,’ sea por el. Y muchos dias adelante, si yba a la orasion ‘por fulano’; si comulgaba, de la misma manera. Yo e menester que [me] encomienden mucho a Dios. [H]ase pasado mucho sin asentar.

Un dia de los desagrabios estube mirando aquel Santo Christo, y dije entre mi: «¡Que serró Dios los ojos por mi, que murio Dios por mi!». Disenme tan a priesa: «Murio en cuanto hombre». Dije: «¡Jesus sea conmigo! ¡Que no pueda yo benir delante de Dios sin que me esten hablando!». Disen: «¿[H]ablar en la encarnasion del [H]yjo de Dios y pensar en este benefisio es malo? Ojala sienpre se pensara en ello. ¿Pensar en lo que padესio por remediar el mundo es malo? ¿Pensar en los benefisios es malo? ¿Pensar en la muerte y juisio es malo? ¿Pensar en la pureza de la Birjen y protecsion que tenemos della es malo?

⁵⁸ La fiesta de la Ascensión se celebra el 15 de agosto.

⁵⁹ Esto podría haber ocurrido en 1615, cuando los holandeses atacaron el puerto del Callao.

¿Pensar en los benefisios de aberte sacado desto y desto y desto?» —y disenme todas aquellas cosas que yo conosco ser verdad—. Que de muchas gracias a Dios, que otros estan muchos años y no les dan una gotita de lo que me dan a mi con manos llenas. No porque yo lo mereco, sino porque Dios me quiere aser esta caridad como quien da al que pasa por la calle.

¡A mi me cuentan algunas beses unos enbustes! Un dia destes, que me desian: «Dios sea con vosotros como los amigos de aca, que cuando un onbre es fiel le descubren sus secretos».

Encomendaronle a una monja la calenda⁶⁰. Dijo que no bia de dia sino de noche. Bolbieronse a encomendar [y] escusose otra bes. Disenme, desta que abia ofendido a Dios porque abia dado mal exenplo en la comunidad. Estaba en el coro un dia que abia prosesion por la tarde, y disenme que mirara yo si abia bisto yo otra bes aquello que estaba alli. Bolbi a mirar y estaban ablando alli unas monjas, que nunca las beo alli. Otra bes estava la monja que belava aquel dia al Santisimo Sacramento hablando con otras, y disenme: «¿Que si no fuera mejor estar pensando que no parlando? Que mas se ofendia a Dios con aquello que se serbia».

Bi en un sepulcro a un señor muerto, palidissimo. Dije: «¡Jesus sea conmigo! ¡No quiero ber Dios muerto [sino] el que esta en el sielo!». Disenme: «Esta es representasion de lo que paso y murio en quanto hombre por vosotros. Y eso que tomó de vosotros, eso fue lo que murio»⁶¹.

Encarga muchas beses la guarda del corason y que continuamente desté conbirtiendo a Dios, con diferentes afectos de amor, de alabansa, de gracias, de dolor, ymitando en esto a la Birjen Maria. Un dia destes me dijeron que era mas esto y de mas merito que rallarse.

⁶⁰ La calenda es una lectura con los nombres e historias de los santos martirizados durante el periodo romano, referidos a dicho día.

⁶¹ Esto se refiere a la encarnación de Cristo. Únicamente murió el cuerpo (la carne), no Cristo.

(25v) ... encomendando a Dios esta casa, y pidiendole que les diese su pas a estas religiosas, y conformidad con su voluntad, tube por repuesta que así como no podia faltar su palabra y su verdad, así no faltaria de quedarse la abadesa, y dando a entender que todo se conpondria⁶². Se quedo por presidenta.

Encomendando a dios una morena difunta —entre otras cosas que no se me acuerdan—, me respondieron que aqui andamos sin atencion en nuestras obligaciones, y que mejor guardan los judios su ley que los cristianos la suya.

Un dia destos me desian, mui en lo ynterior, como se bia Dios con las almas. Bia yo alla mui adentro a nuestro señor Jesuchristo y alma a sus pies, postrada. Y desia: «Que los que asian y desia[n] que asian su voluntad, y en lo que resebian y cómo le abian de resebir mañana y le daban gracias, y se guardaban de ofenderle, ellos estaban en Él y Él estaba en ellos». Una multitud de cosas deste talle [me dijeron] que no las puedo tener en la memoria.

Un dia destos bino a la enfermeria una señora monja⁶³, y sentandose en una cama enpeso [a] ablar de aplausos, y que a las aturdidadas⁶⁴ o santas las aplaudian. [H]abló de manera que entendile que benia a mi algo de aquello. Estubeme con el rostro baxo, prosiguiendo con lo que tenia entre las manos. Y yo soy mala. No me paresio bien que las personas que tratan con Dios se dibiertan en aquellas cosas de tan poca ynportansia, y por las baras que estaba tirando, estaba yo: cuan diferente lo piensan. Que por la gran caridad de Dios, si me pusieran delante montes de oro y cuantos tesoros tiene el mundo, no ysiera mas caso que lo que traygo debaxo de los pies, ni lo mirara. Boyme a Dios y digole que yo tengo muchas peores cosas y estoy mirando las ajenas.

⁶² Hay una transición abrupta del folio 25r al 25v.

⁶³ Una señora monja tenía más edad o era de mayor jerarquía.

⁶⁴ *Aturridada* puede asimismo referirse a una persona que ha recibido un golpe en la cabeza y ahora está confundida o mentalmente menoscabada (Covarrubias, 1943, pp. 166-167).

Que me quite todo lo que en mi desagrada a sus dibinos ojos y que no me deje de su mano, y me de grasia para que no bea las faltas del projimo sino las mias. Y encomende a Dios a la relijiosa. Disenme: «Que es mundo, que por una parte andan disiendo ‘agase tu boluntad’ y por otra andan dando quejas. Que Él cuando predicaba, desian: ‘¿A que biene este enbustero, mentiroso, engañador?’, y otros oprobios mas». Quisiera que las monjas me dieran de palos [a] que me ysieran fabores cuando las topo. Quisiera que la tierra me tragara antes que me bieran ni me ablaran. Si la reyna me llamara no fuera y lo estimara en menos que los muladares, con ser yo el peor de todos. Si yo quisiera aplausos, mui buen lugar me sab[r]ia dar, y mui bien lo sab[r]ia ganar y tener cuanto queria, mas Dios me yso caridad de que lo dejara todo por Él, de manera que cuanto ay en el mundo me sirbe (26r) de tormento. Todo esto que ba aqui son unos pedasitos boca abaxo. Cuando me siento por ay me acuerdo de algo, mas se [me] buelbe a olvidar.

El dia destes santos, despues de comulgar, me entre en un confesonario. Y despues destar allí un rato entra en la yglesia un religioso, y disenme: «Lebantate y bete a la yglesia chiquita, que alla a de ser la misa. Anda, que aqui no la a de desir». Dije: «¡Dejenme! ¡Yo estoy aqui con Dios!». Diome boluntad de encomendar a Dios a siertas personas [y] pedile que les diese su grasia y la[s] sacase de pecado, [por]que abia derramado su sangre por ellas. Disenme muchas cosas que no se como las diga: yran a pedasitos. Disen: «Que nosotros pensamos que podemos lo que queremos y asi nos dejamos llebar de nuestros apetitos a nuestra boluntad. Y desimos: ‘Dios es bueno y misericordioso, y derramo su sangre’. L[e] estan ofendiendo tan a rienda suelta que su misericordia y su sangre es para los que le temen, y si an pecado [y] desean salir del pecado, y asen dilijensia para ello, y se apartan de las ocasiones de pecar, que a esos es sierto que acude luego con su misericordia. Que Él a echo tantas cosas por nuestro remedio, pasado tan grandes trabajos por nuestro remedio, por lo que nos ama, que esto lo sabemos mui bien por la fe: que dejo su gloria y bino a padecer tan grandisimos trabajos por lo que a nosotros nos ynportaba.

Que nada desto abia menester i que nosotros, para lo que tanto nos ynporta, no nos queremos alentar, mas cada dia [estamos] mas flojos, mas dormidos, mas destraydos, de suerte que los que se pierden es por sola su culpa». Desto ubo muchisimo, y alla a la postre diseme: «Cuando refieras algo desto no señales parte; tambien que su misericordia es para los que comulgan [y] se preparan sabiendo lo que resiben, y luego se buelben a preparar para mañana. Y que los que le resiben son custodia suya, y que la lengua —que es donde se pone la santissima forma— no a de ablar cosa que no sea para agradar y alabarle y darle gracias».

Ya sabe vuestra merced⁶⁵ las ocasiones que ay en la enfermeria, y los regaños de fulana y de otras. Yo, por la gran caridad de Dios las sufro de buena gana, mas algunas beses me altero, au[n]que no lo muestro, y refiero algo desto. Mas temiendo no biniera aquel por este camino ha aser de las tuyas, dijele a Dios que no permitiera que me biniera aquel con sus engaños, que me librara del y me diese su lus. Respondenme que mire yo el interior como sufro al proximo, que ninguno se engaña sino [es] por su culpa. Que si el projimo ocasionare lo sufra con pasiencia, que no les diga palabra con que los ynsite, y que esto sea de corason. Y que si sintiere en mi alguna soberbia o otro bisio, luego dé parte al padre espiritual. Fue para alabar a Dios lo que alli paso.

Vispera de San Martin, no se si [lo que paso] fue[ron] enbustes de mi cabeza o de aquel padre de las mentiras⁶⁶. Postrandome al Señor, de alli a un poco disenme que encomiende a Dios a Bernarda. Dije, que si ella lo abia menester. Disenme: «Sí». Dije: «¿Una mujer tan buena, relijiosa, tan llana?». Diseme: «Llana fuera si estuviera o si fuera muerta, mas [como] estaba asida a estas cosas transitorias era bana. E no muriendo en esta vida ay mucho trabaxo en la otra, y al contrario mui buen pasaje [para] los que se mortifican». No se puede desir lo que alli pasa.

⁶⁵ Una forma deferente de dirigirse a cualquier persona importante, pero aquí Úrsula está hablándole a Dios.

⁶⁶ El día de San Martín (de Tours) es el 11 de noviembre.

(26v) Día de San Diego, así que me puse delante de Dios, disenme: «¿Que por que no comulgaba?»⁶⁷. Dije: «Que porque lo abia echo ayer». Dise: «Oy es día de santo de la orden». Luego beo delante de mi un frayle, de pies a cabeza. Dijele a Dios: «¿Que qué era aquello que me ponian delante?». Diseme que era fray Gregorio el que estaba delante. Que no se si es él o el paton en su figura [quien] me desia que por amor de nuestro señor Jesuchristo le encomendase a Dios. Esto me refirio dos o tres beses: «Que por amor de Nuestro Señor Jesuchristo». La semana pasada bino con lo mismo y [ade]mas dijo que la causa de aberse salvado fue la gran reberensia y temor con que le tenia en sus manos, teniendose por yndignisimo de resebirle, y que cuando salia de la sacristia para desir misa salia tenblando.

Pidiendo a Dios que me enseñase y me diese pasiensia, me respondieron que Job era amigo de Dios porque en todas las cosas se conformaba con su boluntad, en lo prospero y en lo adberso todo era agase tu boluntad.

Encomendando a Dios a Felisiana, y pidiendo que la diera pasiensia para llevar tantos males y dolores, disenme: «Que la caridad de Dios la tenia así porque aquello le conbenia, que a nadie daba mas de lo que podia sufrir. Que con los trabaxos y dolores y dolores [*sic*] se acordaban del y lo llamaban y desian: ‘¡Dios mio, acuerdate de mi por tu pasion y muerte!’ y otras muchas cosas con que le ynbocamos en los trabajos, pidiendole perdon de abelle ofendido. Que nosotros somes tales que si no es por este camino, no nos acordamos de lo que nos conbiene. Que cuando aca queremos tener a alguno seguro, o lo atamos o le ponemos grillos. Que así ase por su ynfinita caridad, que esa le trujo del sielo a la tierra a padecer tan grandes trabajos por nuestro remedio. Que nosotros andamos tan descuidados de lo que nos ynporta y que por eso los pone en aquellas camas, para que allí se aprovechen y se conoscan». (En esta ocasion ubo tanta dotrina y en todo lo demas, [que] no se puede

⁶⁷ El 13 de noviembre.

apersebir tanto, [de modo que] esto ba a pedasitos.) Mas que cuando caen en aquellas camas y no cuidan mas que [de] regalarse y desean la salud, y estarse en sus bisios sin temor de Dios. Y que este a de ser de no perderle, que cuando pasan la enfermedad, como he dicho, que y[a] es dellos qué les susedera. Lo que yo e bisto de aquello que se perdio, no le puedo desir a Dios parabra [= palabra], que no aya tantos enbustes. Ya le digo a Dios que me libre de todo lo que no es suyo y de todas estas cosas, que yo no las entiendo mas otro enbuste. Que los que biben en temor de Dios y guardan sus santos mandamientos, y le alavan y dan gracias, y reconocen lo que padესio por nosotros, tienen sus moradas delante de la Santissima Trinidad.

A dies y nueve de nobiembre, asi que me postre delante del Señor me la arrebaron y luego me bino a la memoria doña Joana de Ynojosa. Y sin berla me ablava no se quién asiendose ella (yo conosia su abla). Pidiome que por amor de Dios la encomendara a su Dibina Majestad y le ysiese desir a su madre Catalina Ximenes que le ysiese desir cuatro misas, una a San Juan Baptista, otra al Enbajelista, otra a San Joseph y otra a Nuestra Señora de la Encarnasion. Dijele que yo no me abia de meter en eso [por]que mi padre me lo tenia mandado. (27r) Disenme: «[H]aslo por la Virjen del Carmen, que tenia mucha nesicidad». Preguntele si con aquellas misas saldria. Dijo que no, mas que le serian de mucho probecho. Preguntele si abia alla jente de aca desta casa [y] dijo que mucha. Que ella abia seys años cunplidos y andaba en siete; que se pagaba mui por menudo todo lo que se faltaba a la obligasion de la relijion. ¿Que si era poco estar en el coro con parlas y risas, y faltando a las benias y a las demas seremonias; y el traje no conforme a la regla; y tañer a silencio, y no guardarlo; y despues de aber pasado la bisita bolberse a lebantar y andar discurriendo de unas partes en otras, hablando, mormurando, quebrantando silencio; de las risas banas y el amor desordenado a las criaturas?. (Tanto dijo desto que no ay cabeza para ello.) Y que no ay trabajo ni palabras con que se pueda desir lo que se pasa en el arrancarse el alma de el cuerpo. Y que con ser

tan terribles los tormentos del purgatorio, de ninguna manera las que estan alla querrian bolber aca, aunque los ysiesen señores de todo el mundo, por el peligro que aca ay de perder a Dios, que esto solo se a de temer. Y de cuanta ynportansia es tener santos por debotos, y cuan solos se allan los que pasan alla sin ellos. Trujo una conparasion: Que si aca un onbre ysiese a un rey un presente de un millon, todo cuanto le pidiese este hombre se lo consederia. Que asi los santos alcanzan de Dios lo que le piden. Y por tres beses me pidio que por la Birjen del Carmen le pidiese estas misas, y que ella me encomendaria a Dios y le pediria que me diese la pasiencia que yo le andaba pidiendo. Yo estoy atonita de lo que alli paso. Tambien [dijo:] que el Padre Eterno consedia todo lo que le pedian con confiansa por la encarnacion de su [H]yjo, la caridad que le dio con nos para nuestra redenscion de sus mismas entrañas, y que lo que permite en nosotros adberso lo ase su caridad, porque nos conbiene. Que asi le debemos dar continuamente gracias. Y que tambien la Virjen Maria alcanza de Dios todo lo que le pidieremos, por aquel grandisimo goso que tubo cuando encarno el Verbo en sus entrañas. Todo ba, lo de abaxo arriba, a pedasitos.

Dia de Santa Catalina Martir, despues de aber resebido a Nuestro Señor me postre y estube tanto tienpo sin desir «Jesus»⁶⁸. Y alla al fin disenme: «Que nosotros somos cruses unos de otros.» Que Maria Flores me exersita a mi y Marisa Anjeles a Felisiana, que cada rato esta desde su cama disiendo ‘fo, fo’, y ella tiene todo el sircuita de la suya tan escupido que pone horror. Dijele yo, estando con estos aseos ella, que sufriera al proximo, que todos teniamos qu[i]e[nes] nos sufrieran. Desto quedo tan ynquieta [y dijo:] ¿que por qué le abia yo de desir aquello?. Yo estaba atonita, que lo que yo no abia echado por la boca (antes abia estado examinando si lo abia dicho con algun enfado para reconciliarme, uno). Asi comulgue, y disenme que hagan que buelban. Yo no aga mas de conformarme con la boluntad de Dios. Que si me

⁶⁸ Santa Catarina de Alejandría, 25 de noviembre.

ago aquello y es[t]otro me are sensible. Que no me conbiene que mire en la vida de los santos, que en todo se conformaban con la divina voluntad. Que yo a todo diga hagase la voluntad de Dios, que esta era una oracion que le agradaba mucho.

Sabado adelante, se me asia que bia una sala mui grande y con mucha jente en ella, con gran consierto, como que estaban por sus antigüedades. Y al cabo de la sala [bi] (27v) al padre fulano bestido con sotana, puestas las manos, y abaxo alla mui hondo muchas llamaradas, de suerte que aunque estaba mui alto partisipaba de aquel fuego: Y desian que aquel abia sido buen sacerdote, y mui casto y deboto, y particularmente de Nuestra Señora que salio al encuentro en su favor. Y que cuando desia misa en el altar de Nuestra Señora de la Peña de Francia era con particular debosion, que era temeroso de Dios⁶⁹. Dije: «¡Pobre de mi! ¡Con todo eso esta de aquella manera!». Disenme: «Para ir a gozar de una eternidad de Dios abian de yr mui purificados. Que [a] este padre le abian dado lugar en su enfermedad para que dispusiese de su asienda, y que tambien [le habían] dado muchos consejos sobre eso. Y no creyendo que se moria, no lo abia echo». Yo miraba aquellas llamaradas y desianme que aquello era seno del ynfierno, y que las mas de las animas de las que yban al purgatorio las tenian en aquellos senos. Pediamе que le encomendara a Dios y que le dijesen una misa a Nuestra Señora. Yo digo que si es de Dios comulgare mañana por el.

Domingo primero de adbiento, acabada de comulgar, luego al punto me fui a la enfermeria, aunque tenia arto deseo de estar alli un rato a curar aquella niña que estaba tan mala. Aunque abia dejado quien lo ysiese quedeme alli, aconpañandola. Recojime, y disenme que con aquello abia agradado a Dios porque abia negado mi voluntad. Y despues me desian que diese muchas gracias a Dios, porque me abia dado a entender que aquello que abia echo era lo mejor.

⁶⁹ El convento estaba dedicado a la Virgen Inmaculada de la Peña de Francia y tenía una capilla en su convento.

Lunes adelante, como aquella enferma esta con tantos males y es menester linpiarla [a] cada rato, partisipan las manos, y como la carne es flaca ay que ofreser a Dios. Disenme esta madrugada que todas las cosas que ysiera, sean considerando de aquel gran benefisio y caridad que yso Dios al mundo en benir del sielo a la tierra, y que le de muchas gracias por Él, y por la caridad con que aora nos esta sufriendo y esperando. Y que esto lo yso por todos, sin escluir a ninguno. Como cosa que yo dudaba, bolbio a referir: «Por todos».

Dia de San Andres, daba el [l]abatorio [a] la señora abbadesa y yo dudaba si le besaria la mano, por no dar en que entender⁷⁰. Y disenme que aga mi obligasion y no aga caso de nadie. Despues de la comunion recojime un poco, y asenseme tantas fabulas que no se qué sera esto. Haseseme que beo un rio grandisimo, que mientras mas mirava, mas grande paresia. Vialo tan claro que las piedras estaban patentes, y a las orillas del abia gran numero de monos, con unas colas mui largas, unas manos con unas uñas mui largas, con unas caras como de leones, dando muchos brincos. Y a un lado deste rio estaba un Christo crucificado. Yo hasia la señal de la crus y desia (Gloria patri). Si grande era el rio, mucho mas lo era un orno que estaba junto a el, con terribles llamas. Y desian que aquello era la tibiesa con que serbimos a Dios, que alli se castigaban, y que de aquellos yelos yban [a] aquel horno, que era su refrijerio, y del orno al rio. Y luego desian que aquella era la caridad de Dios, librarlos de aquello, y que la begninidad de Dios es lebantar a los que estan en pecado y traerlos a penitensia, que se confiesan y bayan quitando sus bisios. Que aquella caridad que le trujo del sielo a la tierra (28r) y [le hizo] padecer tantos trabaxos y tormentos, y quedarse en el Santisimo Sacramento del altar; esa le ase estarnos llamando, dandonos ynspiraciones, que sola su piedad le muebe a esto. ¿Que qué nesidad tiene de nosotros, o para que nos a menester? Que qué se le diera sino fuera por esta caridad que nos tiene, y que gusta mucho

⁷⁰ El 30 de noviembre.

de que con atension miremos sus llagas y lo que a echo por nosotros. Y que asi como en sus entrañas de la Birjen entran en los que le resiben en el Santisimo Sacramento, que todo esto hase su begnidad. ¿Que si no bi yo quando vio me mostraron como bañaban en su sangre a los pecadores?. Y esto fue que a mucho tienpo que bi un Christo, que de las sinco llagas salian sinco arroyos de sangre y cayan en un lagar⁷¹. Y alrededor del abia mucha jente, y al lado derecho estaban dos anjeles de cuando en cuando. Estos anjeles tomaban a uno de aquellos que estaban alrededor del lagar y los anpusaban alli, y desta manera yban tomando[les] no por orden sino salpicando (esto me acordaron alli). Y que cuando bautisaban tambien los bañaban en la sangre de nuestro señor Jesuchristo. Que le demos muchas gracias por tantos benefisios, contandolos cada uno de por si a el Padre Eterno, que nos dio su [H] yjo unijenito. Y cuando dijeron que abia entrado en las entrañas de la Virjen, que le resibio con gran umildad [y] agradesimiento, que sienpre [e] estaba dando gracias con gran atension y debosion a lo que tenia en sus entrañas. Y que sienpre estaba dentro de si alabando con su [H] yjo, que en esto emos de ymitar a esta Señora cuando le resebimos de la piedad». [H]ubo gran dotrina. Que cuando se nos ofresian ocasiones de pecar, tenemos temor de no ofender a Dios; ¿que quién ase esto sino su piedad? Que cuando estamos asiendo plegarias a Dios —‘Señor, sacame desto, Señor, sacame de este otro’, ‘no me dejes de tu mano para que te ofenda’—, ¿quien ase esto sino la piedad de Dios? Que cuando pedimos: ‘Señor perdoname mis pecados, asedme humilde y las demas virtudes, ¿quien ase esto sino su pi[e]dad?. Olbidoseme desir de aquel ynfierno, de dos [almas] que asian conoser, no en el Rio ni el horno, sino en aquel lugar que yo las e bisto otras beses. Particularmente, la una estaba sentada como en un banquito —no bia yo en que mas estaba— algo en alto, en medio de terribles llamaradas que la cubrian toda.

⁷¹ María de Santo Domingo se refería a la Eucaristía como un lagar de la sangre de Cristo (Giles, 1990, p. 105).

Y con estar asi bia yo mui claro su rostro y de lo que estaba bestida, que era de un faldellin berdegay, y camisa de pecho mui labrado de blanco, y sus cuerpesitos. Tenia un pie sobre una rodilla contrario, y la mano derecha en la mejilla, el senblante tristisimo; maldisiendo desia: ‘Mala, y a mis pecados, porque [por] poquito perdi un bien ynfinito’. Desta suerte s[e] estaba lamentando. Algunas beses lo quisiera dejar todo porque estas cosas me sirben de confusion, y le pido a Dios me las quite, porque si boy [a] alabarle, luego bienen estas ynquietudes. Si estoy asiendo lo que tengo a mi cargo, alli me estan disiendo lo que pasa, aca y aculla. ¿Para que quiero yo esto? Tambien me desian de mi que en aquello de la piedad de Dios, que mirara yo de cuantas cosas me abia sacado, y que cotejara yo aquella bida con esta de agora. ¿Que si no abia sido gran piedad esta, que meresiendo estar en los ynfiernos mucho mas de muchos de los que estaban alla —porque muchos estan por solo un pecado? Ya [=Yo] digo que meresco nuebos ynfiernos, y que aunque no soy la que debo, conosco que me a sacado de muchisimos males. Sea bendito (28v) por sienpre y me de grasia, para que yo le sepa agradeder y serbirle, y agradarle en todo, y alabarle por todos los siglos de los siglos amen.

Domingo segundo de Adbiento, despues de aber comulgado me exortaban a que amase mucho a Dios. Yo le dije: «¿Como le tengo de amar?». Disenme: «Que guardando los mandamientos y todas las obligaciones de la orden, amarle con amor y temor, [con] amor filial de yjos, no por temor del castigo ni por amor del premio. Y que cuando se cunple con estas obligaciones es Dios mui agradesido, y que premiara mui bien, y cuando no castigara». Esto es un padasito [*sic*] boca abaxo.

Despues por la tarde bi unas monjas mui fatigadas por estas cosas de la elecsion. Yo bolvime a Dios y dijele que tubiese misericordia desta casa y les diese su pas. Y disenme: «Muchas pas tubieran si se conformaran con mi boluntad. Y aunque rebuelban todo el mundo, se a de quedar la que esta. Yo tengo cuidado de todo, hasta de las ormigas. [det Si] yo no les probeyera de lo que an menester no lo tubieran».

Domingo tersero de adbiento, despues de aber comulgado encomende a Dios a fulana, difunta. Y hase mi cabeza unos fabulones, que cuando esa yba a la orasion se ponía en el trafago de la jente que entraba y salía en el coro; que allí estaba biendo y oyendo lo que pasaba. Que si aca, cuando se abla con alguna persona de respeto cosas de ynportansia, si no se apartaban a solas para tratarlas, y que para estar con Él era asi. Y que en el ofisio dibino no estaba con atension, y que ablabá ynterrunpiendolo. Que a cada uno le pedían cuenta conforme al talento que se le a dado; que al donado, como a donado; que al negro como a negro se le pide cuenta de los dies mandamientos, mas que al relijioso le corrian muchas mas obligaciones. Y un dia destos me dijeron a este proposito: «¿Que si eran simples o ygnorantes? Que por eso abía sermones y consejos y libros, y que si no querían corregir[se]...», dando a entender que pagarían. Otro: «Que nos ama tanto, que como nosotros nos olvidamos del y de sus benefisios, de lo que padésio por nosotros, nos enbía enfermedades para que nos conocamos, para que le llamemos. Que si no beo yo cuando estan fatigados como le llaman: ‘¡Dios mio! ¡Dios mio!’. Que nos enbía las enfermedades para que le pidamos perdon de los pecados y misericordia».

Quando me bi delante de Dios le pedi por aquella persona, que le diese lus para aquello que queria haser en su serbisio. Y respondenme con gran resistencia: «¿Que para qué? Que esa yntension yba mesclada con deseo de tener nonbre en España y por ay lebanar cabeza. Que buen nombre tenia, y que quién sabia que le abía de suseder como lo pensaba. Que cuántos abían ydo y no abían buelto. Que buena crus tenia en estar depuesto de aquellos cargos que tenia de antes y con el cuidado de su familia. Que dejar esto seria como si un prelado dejase a sus subditos, que tenia obligasion de gobernar y lo dejase por otras cosas con titulo de su serbisio». Preguntome esta ermana [que] si era asi que abía de llevar soldados⁷². Dije: «Que me paresia que si.

⁷² He interpretado *soldados* como «soldados de Cristo» o compañeros cristianos (*DA*, VI, p. 139).

¿Que por qué me lo preguntaba?». Dize [Úrsula que] ubo mucho desto alli que ni yo lo se desir ni consertar⁷³. Tambien que quien a de acometer a semejantes enpresas en su serbicio no a de yr cargado de plata, sino solamente bestido de su gracia

(29r) Mucho se ofende nuestro Señor del olbido que tenemos de su Dibina Majestad, del descuido, de la ynsensibilidad con que andamos en su presencia, del poco cuidado que ponemos en las cosas de su serbicio, y particularmente en disponernos para la comunion con tan poco aparejo, sin considerar lo que se resibe antes y despues desto. E[llo e]s causa de nuestra total destruision y de los mayores pecados que se asen. Quiere que aya gran agradecimiento de sus benefisios i particularmente de su pasion, y que con esto no se mesclen otros cuidados, y sepamos que de la manera que nos acordamos de Dios se acuerda de nosotros, y que todo el cuidado que ponemos en lo tenporal lo quitamos de lo eterno. Temamos mucho a este gran Dios, que aun no sabemos se a soltado el asote de las manos. Su Dibina Majestad nos de su amor, que este es el que nos a de obligar.

Estando yo arto mala llegaron a mi unas relijiosas y dijeronme que estaban tratando de aser un santuario y que me abian de llebar alla. Respondiles que yo me estaba muriendo y que no balia nada⁷⁴. Luego que se fueron corri mi pabellon y enpese [a] ablar con Dios: «Tú, Señor, eres mi santuario aqui dentro de mi corason». Luego se me represento Christo crusificado y me dijo: «Que algunos les b[det]ba de una bes, y que estos eran pocos». Y trujo una comparasion, disiendo: «¿No abeys bisto traer un seron [=zurrón] lleno de piedras, y que en trastornandolo queda del todo basio? Que asi son estas, por lo cual deben dar muchas gracias. Que todo biene de su mano, que nada es nuestro, que ni aun desir Jesus podemos sin su ausilio. Que otros tienen mucho que trabajar. Que si no e bisto que algunos ban por una calle y buelben

⁷³ La amanuense está escribiendo y cambiando de voz en la oración.

⁷⁴ Las monjas estaban haciendo de una capilla un lugar de especial devoción.

el rostro atrás. Que bayan al santuario; que si piensan que por eso se les a de representar luego Christo crucificado...». No se puede desir lo que alli me paso. Luego [apareció] un ejersito de padres de la Conpañía de Jesus, y el primero que se aserco a mi fue San Francisco Xabiel, que es mi gran deboto, y me dijo: «Ursula, cuando te mueras yo y todos estos emos de benir por ti». Muchos dellos benian con [d]almaticas⁷⁵ riquisimas, con muchos borlones, corriendo sangre unos por la cabesa, otros por muchas partes, conforme fueron sus martirios. No sé que sea esto; todo esto viene sin pensar, que no se por dónde vienen estas cosas. Despues an benido unas tinieblas y unos desconsuelos tan grandes que ni aun desir Jesus no puedo. Disenme: «De cuando en cuando, como no fraudas [=defraudar] tu cabesa, no dises que es tu cabesa».

Unos dias adelante, una madrugada, estando recojida y preparandome para comulgar, bi que estaban comulgando muchos relijiosos de mi padre San Francisco. Y luego pasaron por delante de mi con las cabesas echas como masetas de flores mui lindas. Algunos no llebavan aquello. Desia yo: «¿Que cómo?». Respondenme: «Que aquellos no abian comulgado como los otros». Dije yo: «¿Pobre de mi! ¿Como comulgare yo?». Y disenme: «Anda a comulgar con reberensia y amor». El sabado, que fueron los frayles franciscanos a consultar su eleccion, y se les murio un relijioso de repente aquella noche⁷⁶. Encomendele a Dios y luego se me puso delante de rodillas, y puestas las manos como quien pide misericordia, y todas las beses que lo encomiendo a Dios se me pone desta suerte. Esto duro cuatro dias. El domingo siguiente comulgue por el. Y me dijeron: «Que si este llegara a botar, se abia de condenar, porque en estas elecciones se enjendra

⁷⁵ Una vestimenta llevada sobre el alba, que cubre toda la parte frontal y la espalda del cuerpo, y tiene mangas amplias y abiertas.

⁷⁶ La relación biográfica dice que su nombre era Juan Valero, rector de la orden terciaria y calificador de la Inquisición. Falleció repentinamente en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe (AFL, *Vida*, 594r). Véase también Córdova y Salinas, 1957, p. 1013, que le cita como predicador.

la mala boluntad, que es el gusano que carcome las almas (29v) asta dar con ellas en el ynfierno. Mas que la Santisima Trinidad, de quien era mui deboto, le yso caridad de librarle deste peligro, quitandole la vida».

Vispera de la eleccion comi. Bide esta casa tan alborotada y estos bandos tan encontrados. Alla a las cuatro de la mañana encomende a Dios estas cosas, pidiendole el asierto y la pas desta casa. Y en un ynprobiso, por detras de la cama me desian: «Úrsula, mañana con la bendision de la Santisima Trinidad, sera la Roldan abbadesa»⁷⁷. Dejaronme asustadisima grandemente estas palabras, mas despues con gran sosiego y seguridad de que seria asi lo que me abian dicho.

La vispera de la bisitasion de Nuestra Señora, por la madrugada, encomende a Dios [a] Ana de San Joseph, y luego se me puso delante⁷⁸. Yo de ynprobiso le pregunte por doña fulana, y me señalo con el dedo. Y me dijo: «Que aqui abajo», dando a entender que estaba en algun profundisimo seno del purgatorio. Lo que a este proposito me dijo, no ay palabras del benefisio que [det] Dios en arra[n]carlas de aqui porque no se perdiesen. Benia la Ana de San Joseph con un senblante mui apasible y alegre, y me dijo que la gran confiansa que abia tenido en Dios, y la buena yntension y llana, la abia aprobechado mucho. Con todo esto traya un poco de fuego en los pies. Luego yo pregunte por Antonia de Salinas, y me dio a entender que ella no abia tenido tan buena yntension como ella, [que] nunca abia tenido segunda yntension, [por lo] que Dios le abia echo esa caridad, y que esto le abia aprobechado mucho⁷⁹.

⁷⁷ Magdalena Vélez Roldán actuó como abadesa en numerosas ocasiones, entre ellas de 1645 a 1650, como presidente interina en 1650 y nuevamente de 1656 a 1658. Úrsula probablemente se está refiriendo a la disputada elección de 1656.

⁷⁸ La Fiesta de la Visitación caía el 31 de mayo.

⁷⁹ Tachado: estaba adorando al Señor cual pesebre - boca abaxo.

[Al margen: Prosigue una monja que le escribia]⁸⁰

Estando ocupada en la enfermería ayudando aquella monja que la aorrose, aogada de munchas cosas juntas, quiso degarlo todo y yrse, poniendolo por obra⁸¹. Al punto que salia por la puerta a un claustro, bio en el cielo tres cruces, y quito los ojos pensando que se le antojaba, y bolbiolos a lebantar y miro mui despacio⁸². Y certificada de la berdad postrose en tierra diçiendo: «Vien beo, Señor, que quereis que sea mi camino de cruses. [H]agase, Señor, en mi buestra boluntad», y se bolbio con esto aser [a] aquello de que vya.

Otras bes, estando en la açotea de la selda en que estaba mirando al cielo por mas de una ora, estubieron enseñandole el Paternoste[r] sin saber quien.

Muchas beces solia preguntar al Señor que qué se abian echo aquellas cruces. Y estando en una ocasion en el amaçijo cansada, y por otra parte tirandole el deçeo de yrse con su Dios, se le ofreçieron otras cosas forçosas, conque se bio aogada. Bolbiendose a Dios le dijo: «Señor, yo no lo puedo llebar». Respondele: «¿No son esas cruses?». Luego disele un fraileçito (30r) —que ella llama açi—: «¿Beys cuantas ojas caen de un olibo? Ninguna sin la divina providencia»⁸³.

Este fraileçito, dise, estaba a los prinçipios despues del refitorio de noche. Se yba a su selda y se estaba alli asta que era ora de recogerse [*sic*], que benia y le deçia: «¿Qué ases ay perdiendo el tiempo? ¿Por qué no te bas al coro y te encomiendas a Dios? No te as de morir».

Bispera de la encarn[a]çion, llebaron al coro una ymaguen de Nuestra Señora del Carmen, con quien ella tenia gran debosion. Abianla adereçado para sacarla en proseçion. El dia çiguiente ella quedose en el coro aquella noche [a] acompañarla. Pusose [a] ablar con ella y dijola:

⁸⁰ Esta frase aparece al margen del texto. La amanuense designada —una monja— comienza a escribir y la letra claramente cambia.

⁸¹ Esta monja dio los fondos con que ayudar a comprar la libertad de Úrsula.

⁸² Esta visión corresponde a las tres cruces en los dos retratos de Úrsula.

⁸³ Su biógrafo sostuvo que el fraile era su ángel guardián (AFL, *Vida*, 589v).

«Io, Señora, comulgue esta mañana, como vos sabeys; con lisençia de nuestro Señor buestro lo are esta madrugada espiritualmente», y con esto postrose un rato. Y bido benir a una grandìçima proseçion de angeles, todos con luses en las manos y todos con gran consierto por sus coros, y en medio al arcanguel San Miguel con una custodia riquisima en las manos, y llegarse a Nuestra Señora y tomar una forma y darsela. Ella quedo admirada del caço, y diçiendo: «¡¿Cómo, Señora?! ¡Yo no queria esto!».

Otras bes bido benir a Nuestra Señora y a nuestro padre San Francisco y a nuestra madre Santa Clara, y estando a los lados de nuestra Señora con belas ensendidas en las manos, le echo Nuestra Señora un escapulario. Otra bes vio a nuestro padre San Francisco enseñandole el avito que avia de traer⁸⁴. [H]avian comulgado las reliquiosas y bio benir al arcanguel San Miguel con una riquisima toalla y una patena en las manos, [e] yr por donde estaban las que abian comulgado. Y llegando algunas pocas fue poniendo la forma que abian reçivido en la patena, y con esto se fue.

Otra bes vio una grandìçima y ferosiçima boca de un dragon y munchas almas, [que] como cuando ierbe una olla a borbollones, açi subian y bajaban. Mas cuando bajaban era con un terrible golpe y las llamaradas sobrepujaban, y le digueron que aquel castigo era para los que comulgaban mal.

Otra bes que an comulgado las monjas, que con cada una estaba su angel, mas algunos con senblantes tristes.

(30v) A beynte y ocho de julio, acabando de comulgar, se recogiu luego y le dijieron: «A[h]y biene el prinçipe». Luego puçieron una çilla y un cojuin riquisimo, y con gran majestad se sento en ella, poniendo los pies en el coguin. Y le preguntó: «¿En quien creya?». Y ella le respondio: «Que en Jesucristo, hijo de Dios vibo». Replicole el Señor:

⁸⁴ Muchas personas eran enterradas con el hábito de una orden regular. Los religiosos y religiosas eran a menudo «vistos» en apariciones vistiendo hábitos religiosos en el cielo.

«¿Creeys que naçi de la birguen Santa Maria, quedando y sienpre virguen ella?». Yba respondiendo que çì. «¿Creeys que padeçi y more [sic] por salbar a los hombres?. ¿Creeys que subia a los çielos triunfando, y que se me dio postestad [sic] sobre todas las cosas?». En fin, todos los articulos de la fe, sin faltar ninguno. Ultimamente le digo [=dijo]: «¿Creeys que tengo un lugar alla debajo de tierra que le llama ynfierno, diputado para castigo de los malos?». «Si creo», dijo ella. «Pues si creeys esto [det] de el demonio sacaran a[h]y de [det] pecados, ni yo le e dado lisençia para entenderlo ynterior. Tentar puede el, como lo yso conmigo en el diçierto. Para engañar toma mi figura y la de mi madre. No ase cosa a derechas, ni puede dejarlo çiego con sus enbustes». Digo [=dijo] a este propoçito munchiçimas cosas que le allan en los ebanguelios, como que en sus frutos se conose luego quien es. Y mas digo [=dijo]: «Que esto ase el demonio con quien no tiene entero corason». Y dise [Úrsula] que tenia una bestidura blanca y algo corta la manja [=manga] redonda, señido. Otra cosa dise que traya en los onbros, dise, a manera de la que traen los yndios en el cabello partido, que caia asta los onbros, blanco y colorado. Y como ella mirase la bestidura con cuidado, le digo [=dijo]: «Como tu abito». Y mas digo [=dijo]: «A este enemigo sirben los hombres y a mi dejaban, reçiuyendo tantos benefiços, y me tienen tan olvidado». Esto le susedio este dia tres beses que se puso en oraçion, y en esta ocasion y los mas dias dise ¿Que quien la abia de sacar a ella de sus biçios? ¿Çì abia de sacarle el demonio?. Y le ba contando uno por uno los benefiços. Tambien le digo: «No deceabay tanto ser [libre] y os lo cunpli». [H]abiale dicho una religiosa que holgaria mucho de saber su boluntad en dos cosas que le ceñalo, y tubo las respuestas dos dias antes. Dise que se le entro en su cama una negrita y le yço mil destroses⁸⁵. Cuando ella bolbio dijo entre çì: «Enbuste con bos, buen tiempo abeys benido; si en otro me coguierais yo abaragara [=abarajara]

⁸⁵ La cama tenía una cortina alrededor suyo. Este probablemente fue un incidente real, pero no queda claro qué hizo que la mujer se comportara de dicho modo.

con bos». (31r) Dijole el Señor despues, estando en oraçion: «Bien reconoçistes el beneficio, pero no me distes graçias por el».

Estando en oraçion [se] le apareçio Cristo, nuestro Señor crucificado, y me mando [a Úrsula] poner en la mano derecha, aviendole mandado muchos dias atras estar en el pi[e] ysquierdo⁸⁶. Ella con su umildad lo resistio, mas el Señor le yso ystançia en que se pasase a la mano derecha y la mirase con mucho cuidado y atençion. «Y conçiderad qué dolor cauçaria ese clabo. Con cuantos tormentos pasaron todos los martires juntos, no llegaron con muchas bentajas a este. Que mirase y conçiderase», le repitio tres beses, «y que probase con un alfirer a picarse una mano y beria el dolor que sentia». Mas le digo [=dijo] que con lo que mas le ofendian en esta casa era con las comuniones tan çin preparaçion, de lo que yban a reçivir tan çin recogerse, antes y despues, con el cuidado a lo que tenian que aser. De suerte que no açian mas de comer y salirse luego. Y tengo sus comparaçiones: «Que si uno abia de tomar un anillo le daba mil bueltas».

Y que heramos como un pasajero que llegaba de prisa a una benta y pedia de comer, y luego se partia, de suerte que ni e [sic] él conocia al bentero ni el bentero a él. Que assi lo hazian con Su Magestad, y que quien reçibia beneficio, que no dessease mostrar su agradezimiento con algun retorno, que asi era el. Y mas le dijo que en el combento havia mucha gente, y que de las quatro partes la una hacian el dever, y queria que a este proposito se hiziesen dos çedulas, la una se pusiese en la puerta del coro y otra en el claustro. Lo del anillo no lo havia yo entendido. Dize: «Que quando uno tiene un anillo de una piedra rica lo mira y lo endona, y conoçe su balor. ¿Y a su Dios no?».

El dia siguiente se lebanto a las quatro para yr al coro, y como hallase ceradas las puertas pusose postrada a la puerta de la capilla de Belen⁸⁷. Y luego le digeron: «Porque saliste sin preguntarlo, los as

⁸⁶ En esta oración la amanuense cambia los referentes de los pronombres.

⁸⁷ Una capilla del convento.

hallado cerrado[s]». En fin, ella quedo de lo passado medrossissima de la comunion, y dijole al Señor: «Yo quisiera reziviros, mas no me atrevo. ¿Que quereis que haga?». Despues de haver pedido a la Virgen su favor, y sienpre le dize que baya con ella y favoresca a su negra, bolvio: «Señor, ¿que hare?». Dijole: «Anda comulga». Y despues de haverlo hecho le dijo: «¿Crees tu que ay quien (31v) meresca rezevir mi sacramento?». Dijo: «No». Repitio: «Ni mi madre lo merezio. Lo conzedo por solo mi bondad y misicordia [*sic*]». Olbideme [que] quando dijo: «mi madre con ser tan santissima y no haver tenido en su bida pensamiento que no fuese purisimo por lo qual fue madre de Dios», y con esto la apercibio diziendola: «que havia de tener muchos trabajos y mortificaciones. Y que quando se biese en ellos dijese ‘por mi Señor’ los passo. Y acordaos como me trajeron a mi delante de los jueçes hecho pelota».

Bolbiendo a la orazion, por tres bezes le pidio a nuestro Señor muy encarezidamente perdonase esta casa, y a ella le respondió: «Quando una madre maltrata a un hijo suyo, dize, a lo que yo truje en mis entrañas nuebe meses y se dejara matar en su defensa, y lo mismo hara el hijo por su madre. Yo os traje treinta y tres años en mis hombros y no me quieren conocer. Solo quando ben el azote en las manos me conoçen. Yo los aguardo un año y otro, dandoles abisos por muchos modos, mas biendo que no ay enmienda digo a mi Padre: ‘Esto no me es de provecho. Cortallo’. Como se hizo en Chile ahora tanto tiempo, se havia de hazer aquí»⁸⁸. Y añadió: «¿Quien no se murio biendo aquello?». Despues de pasado un rato dijo ella: «Señor, ¿que es esto? ¿Quien me habla tanto? Yo no quisiera esto. Traeme quien lo entienda». Respondi[o]la: «No tienes que temer. Anda, camina umilde.

⁸⁸ Los araucanos de Chile se rebelaron el 14 de febrero de 1655, diez días antes de que don Luis Enríquez de Guzmán, Conde de Alba de Aliste y Villaflores (1655-1661) asumiera su cargo como virrey del Perú, causando considerables daños. Con respecto a la rebelión consúltese Vargas Ugarte, 1954, pp. 295-296; Hanke & Rodríguez, 1978-1980, IV, pp. 98-99. Véase también Mugaburu, 1975, p. 37, quien señala que Pedro Porter de Casanare, el nuevo gobernador, y las tropas partieron a Chile el 26 de noviembre de 1655.

Yo te enseñó ahora. No as menester otra cosa. El demonio no puede enseñar cosa buena».

Otra día, estando ora y media en orazion, estubo como un leño sin tener sentimiento alguno. Lebantandose de ella le digeron: «¿[H] as bisto si es tu caveza?». Muchas bezes se desatina con lo que le hablan y dize que piensa si es su caveza. [H]abia tres noches que se quedava en el coro despues del refitorio, y dizenle: «Tres noches ha que no entras en el coro y desde el claustro hizistes la benia. ¿No fuera mejor entrar en el?».

Otro día, vispera de la Prosincula [*sic*], estaba una monja mui enferma y mui de riesgo⁸⁹. La recordaron y la dijeron que fuera a encomendar a Dios a la enferma. Digo ella que la enferma era una santa. Respondieronle: «Aun los santos estaban a peligro de condenarse en aquella ora».

Despues, estando munchas relijiosas juntas, entro la perlada (32r) y repreguendiolas. Quedaron algunas mui ynpañientes, y ella dijo entre çí: «¿Qué tienen estas monjas?». Y respondele nuestro padre San Francisco: «Si tomaran el libro de la regla y lo leyeran no estubieran açi, o çí pensarán en esto sacando una calabera». Ella estaba deseando prepararse para la comunión. Dijole el padre San Francisco: «Arojate a los pies del Eterno Padre açiendote el mas pequenito gusano de la tierra, y pidele por los meritos y paçion y sangre de su hunijenito Hijo te perdone y te de su graçia, para que di[g]namente reçibas el santo sacramento». Y dise [Úrsula]: «Que es tanto lo que pasa allí y lo que le ablan, y que cuando lo quiere deçir no lo puede acordar. Y açi no digo un redrogo de lo que me dise»⁹⁰. Esta bes le pregunto: «¿Que es esto que disen, que la profaçion de las donadas no bale?». Respondiola el Santo: «Diferençia ay de las monjas, porque ellas son blancas y de naçion española, mas en quanto al alma todo es uno. Quien mas ysiere baldra mas».

⁸⁹ El 1 y el 2 de agosto.

⁹⁰ Literalmente, *redrogo* significa las uvas que se descartan por ser demasiado pequeñas.

Bispera de santo Domingo le dijeron: «¿Creys que fue al senaculo y alli lave los pies a mis dizipulos y despues ynstitui el Santissimo Sacramento, y comulgandome a mi primero los comulgue y despues fui a orar al guerto?»⁹¹. Ella bajo la caveza [y] dize le dijo tanto de las especies sacramentales que ella estaba atonita, conoçiendo que todo aquello hera verdad. Dijola: «¿Por que no cre[e]is?». Respondio ella: «Tengo miedo aquella bestia no me engañe». Dijole el Señor: «¿Quando haziais su boluntad no le temiais y aora si?». Dejola una ymajen de Nuestra Señora, que no bia mas de ella que la peaña. «No tienes que temer, que yo estoy de por medio. Llegate siempre con fe y esperanza». Despues de haver estado un rato dandole santos consejos, la preguntó con que fe hablava a aquel fraile⁹². Ella respondio: «Que con la que enseña la santa Yglesia», y a esto callo. El fraile es el sobredicho. Dijole ella que si le parecia lo tratase con un religioso de la Compania con quien ella se havia confesado. Dijo que lo trataria con Dios, que ella sin su boluntad no podia hazer nada. Que si no sabia el Paternoster que preguntase [a] aquella monja que le havian dicho. Tambien le digeron que siempre estaba diziendo: ‘no quiero bisiones, no quiero estas cosas’. ‘Que nuestro Señor se havia de retirar’. Dijole la Virgen que se lle- (32v) -gase muy a menudo al Eterno Padre, con mucha umildad y confianza, y le pidio por los meritos de su Hijo que se quietase y no temiese sino solo a Dios, que era el todopoderoso. Que el enemigo no podia dejar quietud en el corazon como ella la tenia. Tambien le digeron que de las tres bezes que tenia oraçion, la una ofreziese por las animas del purgatorio, la otra por los que estan en pecado mortal, la otra por las tres nezecedades de la Yglesia.

Hizo profession, dia de la Santissima Trinidad, y aquella noche bio benir a un hermosissimo angel⁹³. Arroddillose a la Birgen, Nuestra Señora,

⁹¹ El 7 de agosto.

⁹² Aquí la voz pasa de la tercera a la primera persona.

⁹³ El 13 de junio.

y al punto [apareció] una hermosísima paloma muy resplandeziente y poner su pico en la boca de la Virgen. Y al ynstante bio dentro de sus entrañas un niño pequeñito con el mundo en la mano derecha, muy lindo y resplandeciente. Allí le hablaron de dibersas cossas y del juizio. Y preguntando ella: «¿Que qué sería de los que entonzes bivian?», dijo: «Yo les embian tales trabajos que con ellos y con el dilubio que les embiaré se purificaran los que se an de salbar».

El día siguiente le digeron: «Assi como te ofreçiste ayer en sacrificio, quiero que ruegues a mi Padre por este mi ministro que esta en el purgatorio. Este es un clerigo que aora tantos años tubo una pesadumbre con fulano (otro clerigo) en la porteria. ¿No te acuerdas?». Dijo ella: «¿Hasta ahora esta en el purgatorio?». «¿De eso te espantas? Hasta el dia del juizio tengo allí condenados». Y añadió: «Miralo y pidele al Padre por mis meritos». Mirole y dize que estava tan desdichado como desenterrado de mill años, el sombrero tan caído y todo tan marchito [y] encojido, sin hablar palabra.

Día de Santiago, estando aparegada para comulgar, entro la panadera llamando a la guente para amasar⁹⁴. Dijo ella al Señor: «¿Que are?». Respondiole luego: «Que fuera a la obedeñcia, que ci no lo abia prometido». Al punto obedeçio. Otra bes le susedio lo mesmo, que llamaban al trigo. Ella quiso oyr missa primero. Dijole el Señor: «La obedeñcia es primero». Bolbiendo de su amaçijo, bila no con trague para comulgar. (33r) Diguele que por qué queria dejar [de ir a misa] aquel dia. Respondio: «Que era tarde y no estava aparejada». Yo le allane todas las dificultades y la yse reconçiliar, y al fin comulgo, recoguiendose postrada como suele⁹⁵. A[l] poco rato le dijo el Señor: «Tu me as recibido oy como en el çielo y en el Santiçimo Sacramento. Y que cuando labo los pies a sus apostoles se los linpio mui bien con una toalla para que fuesen çin ninguna mancha de pecado. Que açi queria

⁹⁴ El 25 de julio.

⁹⁵ Animándole a confesarse.

que le aparejasen los que se [=le] abian de resevir». Dijole muchas cosas del misterio de la misa y de su paçion, y del olbido que tenian los hombres de estos benefiçios. De esto se queja continuamente. Mas le dijo que cuando se dise el ebanguelio le mirase parado con tantas afrentas delante de los jueses, y que su cruçifi... digo, en clabarle en la crus no abia durado mas que mientras le disen Santa [det] que alsan, y que al lebantarle en la crus le ysieron caer tres beses. Que conçiderase qué dolores serian aquellos, que rasgar de llagas particular —si enseñaba la mano derecha como rasgada— y como se le entraron las espinas por la cabesa. Y luego la queja del olbido y poca estima que tenemos de esto Y tambien le dijo que el Paternoster lo abia enseñado [a] los apostoles para que ellos supiesen orar y lo ençeñasen a los de demas. Muchas cosas se me an olbidado y siempre me susede esto, y a quien le susede esto tambien se le olbida munçiçimo.

El dia de señora Santa Ana bio a Nuestra Señora [a]rimada a un dosel riquisimo y que la estaba coronando la Santiçima Trinidad⁹⁶. Y la Virgüen estaba con manto asul bestida de blanco. Alla dentro de sus entrañas estaba el niño Jesus, con el mundo en la mano derecho. Y le dijeron, çino [det] quien que mirase a señora Santa Ana. Ella dijo: «¿Donde la tengo de mirar?». Dijeronle: «Que en el coro de las biudas» [y alli] bio ynfinitos angueles con gran conçierto mirando aquella mo[l]titud. Le dijeron: «Mira el coro de los martires» y bio un egerçito, todos bestidos de roquetes blancos y colorados, a manera de los de los frailes⁹⁷.

En otra ocaçion vio a Nuestra Señora con la luna a los pies, tan grandiçima que coguia medio mundo. Lo que es ber a Nuestra Señora es mui continuo, las mas beses con manto azul y ropaje blanco. Solas dos beses la a bisto con abito del Carmen y abladola muchas bezes.

⁹⁶ El 26 de julio.

⁹⁷ Un roquete es una vestidura, como un especie de sobrepelliz cerrada con mangas ajustadas (*DA*, V, p. 642).

Cuando traguaron las nuebas de la desolacion de Chile, pusose a lame[n]tar al Señor, y entre otras cosas le dijo: «¿Como, Señor, a çido esto?!»⁹⁸. Mostrose sentidísimo y disiendo que los hombres no açian caso del. [Dijo]: «Que al birey temian como si fuera algo porque les puede quitar la vida (33v). ¿Sabeys quien es el birey? Echa una poca de tierra en agua y despues de desecha mira si pueden coguer alguna cosa: esto me[s]mo es el birey. [Todo es] un olbido tan grande, un pecar tan çin rienda». Dijo: «Señor: ¿asta los montes?». Dijo: «[H]asta los montes. ¿[H]ay algun rey ni nayde que pueda aser lo que alli pasa? ¿No deçir en el Credo: ‘Creo en Dios Padre todo poderoso’? Eso es y no me temen los hombres. ¡Qué no [he] echo por ellos! ¡Que no me an costado! Desde el [día] de su creacion me an costado trabajo. Con mis propias manos almase el baro y lo forme todo con mucho trabajo, y para ynfundirle el alma solo con un aliento de mi boca se la di. Todas las mas cosas solo con desir ‘¡[H]aganse!’ fueron echas. A el siempre açiendole beneficijos y el çin conoselos. Tanto olbido, siempre pecar y mas pecar sin reparo, tan çin temor. ¡Qué no pase por ellos desde que naçi, que me perçiguio aquel [H]erodes queriendome matar! Qué pase en Eji[p]to, qué en el diçierto, y en todo el restante de la vida». Munchiçimo paso aqui de quejas sentidísimas de tanta yngratitud. Y al prinçipio desto leyose un papel en el coro, en que [se] referia lo que abia pasado. Y todo aquello y muncho mas me tenian dicho. Dije al Señor: «¿Cómo de noche?». «De noche ago io mis castigos. ¿No bistis cuando se queme [sic] la capilla de mis ymaguenes? Entonses lo quise destruir todo, sino que por ruegos de mi madre, la Virgen de la Conse[p]çion, y del padre San Francisco y Santa Clara no lo yse. Mas como ya estaba difinido execute en mis mismas ymaguenes el castigo. ¿No bistis cuando la Virgüen se puso negra y cuando lloro?». Dijo [Úrsula]: «No lo vide oy», lo [=le] dijo. «Pues eso mas: aunque no fui yo [Úrsula] a donde estaba la ymaguen,

⁹⁸ Úrsula se refiere al levantamiento de los araucanos en 1655.

estando en el coro vi todo lo que alla paso de concurso de jente, mas no vi la ymaguen». Mas dijo: «¿No bistic como no paçó adelante aquel fuego, mas que a quemar la capilla con estar tan pegada a las seldas?»⁹⁹ Si este castigo se ejecutara, ¿quien se escapara durmiendo?. Y dio a entender que si aca no se enmendaban seria lo mesmo.

Otro dia çiguiente, bolbio con las mesmas quejas del poco caso que se asia de su Divina Maguestad, del olbido de sus benefiços, del pecar tan sin temor ni rienda, como si no ubiera otra vida, ni a quien dar cuenta. Dije io: «¿Cómo, Señor, el Juicio berian?». Dijo: «Los que murieron de berdad lo bieron, los otros se espantaron». Dio a entender que se abian salvado pocos. Tenia el asote en las manos, de dos cueros de ancho, de dos dedos no gruesos (34r) y estaba caydo. Pidiendo a Dios mui encareçidamente que perdonase a los pecadores y particularmente a las monjas, y açiendole gran ystançia por los meritos de su Hijo, dijo con gran afeto: «Querolos, amolos; ellos no quieren, ellos se ban por su boluntad y açi los deço».

Algunos dias duraron las quejas del olbido y poco temor con que viben los hombres de su Divina Maguestad, el poco agradeçimiento [que tienen] a sus benefiços y particular[mente] de su vida y paçion, y mas de las reliuiosas, diçiendo que vibian con el mismo descuydo y olbido, y que los mayores pecados que se açian en esta casa era por las malas comuniones, tan çin co[n]cideraçion de lo que reçivian antes y despues, con el pensamiento en otras cosas. Y que apenas le abian reçivido cuando se salian del coro. Y que abia muncha guente en esta casa, y que de las cuatro partes no se disponian las tres, y que todas comulgaban. Y que era su boluntad que [a] este proposito se ysiesen dos sedulas: que la una se puçiese en el coro y la otra en el claustro. Quien escribe esto lo tomo a su cargo. Ya ablo a la señora abadesa en secreto y

⁹⁹ El biógrafo de Úrsula se refiere a un incendio en una capilla, ocurrido en algún momento entre 1645 y 1647, antes que ella decidiera hacer sus votos como donada. Úrsula lo interpretó como una señal de desaprobación divina. No está claro si los dos incendios fueron uno solo.

me mandó que yo ysiese las sedulas. Era por la prosincla y el domingo antes, abiendo reçivido a nuestro Señor, me postre a sus pies pidiendole que si era su boluntad, a que me enseñase qué y cómo aria las sedulas. Allí se me ofreçieron unas palabras mui a proposito de lo propuesto y diferentes de otras que io abia pensado. [H]açiendo [pre]guntar a la pi [det] lo la santa abbadesa le ablo con gran eficacia, proponiendoles la obligaçion y cuidado con que se abian de preparar para reçivir este santo sacramento, y las faltas con que lo açian. Y yso leer la sedula, diciendo que aquello era de parte de Dios mui enojado y con mucho afeto. Les digo munchas cosas a este proposito y con cer que de cu[a] lquier palabrita suelen lebanar un murmollo y despues mil guiçios sobre quien fue, o de donde salio este enbuste, no se a oydo una palabra sobre el caso si no es a una monja que leyendola, al cabo de algunos dias dijo que la queria trasladar para traerla conçigo. Y [h]a[n] çido, desde que paso esto, mui frecuentes las comuniones, y parese que se ase[n] con mas cuydado. Tambien [han h]abido confesiones jenerales y se ban continuando, graçias a Dios. (Esto es de la secretaria.) Bolbiendo (34v) a nuestro negoçio dijo [Úrsula] al Señor: «Que me daban unos deseos de yr de rodillas a reçivirle, sino que tenia [= temía] el que diran». Respondio. «Nada es tuyo», y mandó que saliese del rincon donde estaba y me pusiese en medio del estrado, al prinçipio del. Io reusarlo [*sic*] muncho porque aun en el rincon me estoi desaçiendo de berguensa. [H]yso tanta ystançia que me ube de poner, y diseme: «Lo que os doi, no os lo doi para vos solo. Quiero que me traygais pecadores». Yo no sabia que aserme. Dijele que çì queria que se escribiese. Dijo que sí. Yo pregunte que çì lo diria a una monja con quien [he] estado çiempre y desde los prinçipios que me binieron estas cosas, asta que ella me dijo que no lo anduviera diçiendo a todas, que entraban en ondo y que era menester tratarlo con quien lo entendiera. Dijome que fuera a la que lo esta açiendo, nonbrando por su propio nonbre, porque avia leydo mas esta hermana. Tiene muncho miedo de estas cosas. Dise: «Que si nuestro señor avia de ber [det] a un gusarapo con estas cosas».

Otro dia çiguiente, a un rato que estaba alabando al Señor, bi dentro del mismo sagrario a nuestro señor Jesucristo cruçificado, tan grande como lo debia de ser, tan al vibo que pareçia de carne, con los pechos llenos de leche, que pareçia que ya queria salir. Y dijo: «Esto tengo para los pecadores umildes y arepentidos». Era de linda figura y blanco.

Murio en casa una negrita [de] algo mas de dose años. Seria las ocho de la noche [y] io estaba sola en nuestro dormitorio. Apenas espiro cuando vi un bulto blanco que me causo gran espanto, de que estube mala de un dolor que me suele dar. Estube en la cama y alli la encomende a Dios. Dejeronme que en el conçistorio de Dios se avia decretado que muriese, porque çì vivia no se avia de salbar. Estube alabando al Señor y encomendandome al alcanguel San Miguel. Disenme que el alcanguel San Miguel era gran prinsipe en el çielo y que era mui querido de Dios, y que era alferes de su hijo y aministrador de las almas. Enpiesame a deçir otra bes de la encarnaçion, muchas cosas. Lo que me acuerdo es que açi que bino el anguel y la Virgüen dado su consentimiento, avia tomado carne en el Berbo y al punto avia [tenido] la Virgüen y al niño en sus entrañas, con el mundo en las manos, mui lindo. En cada cosa de estas no lo pude apersevir lo que alli paso. Luego ablo de la paçion, y al punto vi alla bajo de tierra un sepulcro con un sol, y en el un cuerpo mui grande todo moreteado, y de la cabeza cayendo gotas de sangre sobre (35r) una almoada. Y dijo que cuando su Hijo padeçio avia enbiado muchos angueles para que recoguiesen la sangre. Estava a la cabecera de este sepulcro el arcanguel San Miguel, con su estandarte blanco y moltitud de guente que subia y bajaba. Y luego vide a nuestro Señor como resuçitado, con tres como potençias en la cabeza¹⁰⁰. Y deçianme: «¿Que çì no creya yo que avia subido al çielo y que se le avia dado potestad sobre todas las cosas?». Luego disenme del Juicio Final. Io digue: «¿Qué balgo io para estas cosas?».

¹⁰⁰ Esta es una referencia a los nueve rayos de luz, que en grupos de tres forman una corona en los retratos del Niño Dios. Ellos representan el poderío universal sobre la creación.

«No es porque tu ni nayde lo merese. Quien io quiero bien no pod[r]ia yr a los potentados. A los reyes como dellos tengo en el ynfierno. A los reyes que viben conforme a mi ley y tratan a los suditos con caridad, y asen justiçia con misericordia, a estos, cuando mueren, lleboles a mi purgatorio, como tengo agora a la reyna de España». Pasome por el pensamiento: «¿Como se llamaria?». Diseme: «Doña Ysabel»¹⁰¹. Lo que este dia paso no se puede decir. Io quede atonita encomendado a Dios a la reyna, y comulgue por ella.

Dos dias despues de esto vi alla, en una profundidad, unos paredones de cuatro baras en alto, algo mas o menos por debajo de ellos unas manos mui grandes, con unos cucharones de yero caledo [=cálido] [y] muncha candela. Y apartado desto estaban unos palos ençima de estos paredones, a modo de barbacoas, y ençima estaba una señora, mui autoriçada. Dese[é] saber quien era. Diseme: «La [det] reyna de España». Estaba sentada, y con muchos libros delante no tenia mucho purgatorio.

Sabado por la mañana disenme que aquel frailesito que me abia benido a pedir que encomendara a Dios a mi madrina Ana, que era el anguel de la guarda¹⁰². Y que el anguel de guarda de mi madrina se lo abia rogado a mi anguel, porque mi madrina estaba con mucha neseçidad. Que los angeles en el çielo se comunicaban. Ya [ha de] esto mas de año y medio que me ablo este frailesito, diciendome que encomendara a Dios a mi madrina, que estaba en muchos trabajos. Yo no me acordaba de tal madrina y luego me paso por el pensamiento: «¿Que madrina seria aquella?». Y diseme: «Ana». Io no sabia que era muerta, asta que con este aviso lo pregunte y fue açi.

(35v) A la tarde le digue al Señor que yo no queria pensar en ningun paso de su paçion porque luego bia bisiones. Que no queria que me biniera aquel a engañar. Que io no queria sino agradecerle y darle graçias, que mui bien conoçia mi boluntad. Y a media ora vi al Señor dentro

¹⁰¹ Isabel de Borbón (1602-1644), reina de España.

¹⁰² La definición usual es «madrina», pero también puede referirse a una protectora o auspiciadora, lo que es más probable en el caso de Úrsula (*DA*, IV, p. 451).

del sagrario en un sepulcro, orando, y en Él un cuerpo mui grande y estilando sangre por la cabeza y por los pies. Lo demas estaba cubierto con la sabana santa. Despues de media ora se deçianme que mirase aquellas llagas. Que abia munchos dias que no estaba io en ellas. Y luego beo al Señor resuçitado con una crus mui grande, blanca, arimada al ombro, y en la otra mano un gran estandarte blanco. Desiame que abia resusitado con gran gloria. Y lo que me abia dicho del linbo [se] me abia olvidado. Saliendo de la Salbe, las monjas que abia[n] acabado de salir desto vi a la que escribe esto y diguele lo que abia pasado. Y diseme: «¿El alma fue al linbo?». Digole: «Me di [=bi] o[b]ligada». Si me [hu]biera dicho algo, pensara yo que de alli tomaba para responder, porque me acontese artas besos alli mismo cuando me estan ablando, o no entender bien, [o] olvidarseme y bolber a preguntar, y me lo buelben a deçir. Yo me f[u]i de alli con una enferma arto neseçitada, que estando mui mala no abia comido, y le yse que comise. Y despues bolbi al coro y en recoguiendo, me [=le] pregunte al Señor aquella duda. Y dise: «¿Que si no abia oydo deçir que estaban aquellos santos padres esperando su santo adbenimiento? Que abia bajado quedando su cuerpo en el sepulcro y que saco aquellos padres, y que al tersero dia resusito de entre los muertos. ¿Que si no desian ‘resuçito de entre los muertos’? Y que Él se abia quedado cuarenta dias en el mundo». Io no çabia esto. Desia yo: «¿Que si los cuarenta dias no abian çido en el diçierto?». Diguele que despues de aber resusitado, cuarenta dias asta que subio a los cielos el dia de su asençion. Abiaseme olvidado: cuando le bi resuçitado quedaba la sabana en el sepulcro. Y preguntele: «¿Que qué se abia [he]cho de aquello, si lo abian llebado al çielo?». Dise «Que a[h]y se abia quedado, que en la casa santa estaba».

Domingo comulgue y estube dando gracias al Padre por tan gran beneçiço, a quien ta[n]to le abia ofendido. De alli a un rato traen la maquina de mis pecados, y particularmente de uno me preguntaron: «¿Que qué mereçia por aquel?». Deçia io: «Que el ynfierno». «Pues que mirase yo lo que debia a Dios». Y por su orden me los yban poniendo

delante y preguntando: «¿Qué mereçia por aquel?». Desia yo: «Que nuebo ynferno». Asi me los fueron poniendo todos. Yo affiguime mucho y pidi a Dios que me los per- (36r) –donase. Luego beo delante del sagrario un Cristo mui grande que pareçia de carne, crusificado y estilando sangre por la mano ysquierda. Y desianme que una sola gota de sangre de las que deramó Nuestro Señor Jesucristo bastaba para redimir mil mundos. Y con esto me ynfundia una grandçiima confiansa. Ofreçiale al padre la paçion y sangre de su Hijo porque me perdonara, y desianme que tubiera gran confiansa de que me perdonaria a quien lo pedia tan de corason, a quien fue la confiansa. Despues que paso la ora y media dije que la media era por el anguel San Miguel y la ora todavia estaban oy los pecados. Yo ofreçi otra media ora al Padre Eterno. De ay a un rato disenme que cuando io esté en mi trabajo piense cuando llebaron a nuestro señor Jesucristo, las agonias con que yba y la sangre que yba echando por la cabesa y por los [det] y narises, y por la cabesa. Y mirale cual llebaba los pies, todos desollados por aquellas piedras, y las rodillas echas una llaga. Y que todo aquel camino abia sido de sangre y que con eso seria façil.

Estando en oraçion me digueron que adoraçe las llagas de los pies. Que mirase por quién se abian clabado y quién era quien lo padesia. Ynteriormente le adoraba yo y deçiale que me perdonaçe mis pecados. Deçianme luego: «¿Que si creya yo que Su Maguestad podia destruir este mundo?». Respondiale yo: «Que çi creya». Y luego me deçia: «Que llegase con confiansa y amor. Çiempres le estoy diçiendo: ‘¿Como quisieres carga?’ y apenas me dijeron una palabra de que le podia temer peligro en estas cosas cuando lo queria degar». Y dijome: «Apenas biste la carga cuando la quisistes degar todo. Mira a este Señor todo el dia alla en lo ynterior de tu alma, lo que padeçio y por quien».

Bispera de San Lorenzo, preguntaba yo al Señor que qué haria aquellos tres dias azerca del comulgar¹⁰³. Deziame que como fuera en grazia no havia cosa mas util ni mejor que la orazion, [que] hera

¹⁰³ El 9 de agosto.

agradable a los ojos de Dios. Quien me respondia hera un fraileçito que siempre me habla. Alli bia yo a un cruzifijo muy lastimado corriendo sangre. Deziame que mirase aquellas llagas. Que aquel Señor estaba con los brazos abiertos para los pecadores. Que tubiese confianza y que no temiese. Que guardase los mandamientos de Dios y lo que havia prometido. Que contemplase en las llagas de aquel Señor [y] que procurase andar siempre en ellas. Que alli (36v) conoçeria lo mucho que le devia y que le diera muchas gracias de que me tenia en este estado, y por todos los benefiçios que nos haze. Y que quando orase, al prinçipio adorase a las tres dibinas personas y de por sí a la segunda, a quien tanto debiamos. Entre lo mucho que me dezia azerca de que no temiese ser engañada del enemigo, me dijo que supiese que sola la Virgen Santa Maria se havia escapado de ser tentada del. Que hasta [a] nuestro señor Cristo fue a tentar. Y que yo le confesase como a hijo de Dios bibo, y que siempre pidiese al Padre por su sangre y pasion y muerte. Y que rogase muy encarecidamente por las almas del purgatorio y por los que estavan en pecado mortal.

Dia de San Lorenzo, despues de haver estado media ora de oraçion dandole muchas graçias al Señor, me digeron que para que las diese mejor mirase aquello¹⁰⁴. Y bi un abujero grande, oscurissimo, y con estarlo tanto bia yo claramente que estava lleno de perbersas sabandijas. Entre me dezia yo: «¡Alabado sea el Santissimo Sacramento!», porque estava muy espantada. Sin ber quien me hablava, me dezian: «Como crio el cielo y la tierra y los angeles para que sirbiesen a todo genero de criaturas. Assi quiero que beas esso y saved que esas sabandijas son leones, que despedazan a los que bienen aquí. Esto es para los que no guardan los mandamientos y se dan a placeres, huyen del trabajo y de la penitencia. No se acuerdan de lo que padezi por ellos». Yo lloraba mucho. Deziame que el Padre Eterno tenia su çielo para los que guardaban sus mandamientos y todas las ordenanzas de la Yglesia,

¹⁰⁴ El 10 de agosto.

y bibian onesta y santamente. Mas me dezia que mirase yo muy bien todo aquello y que supiese que por solo un pecado mortal estaban alli. Que mirase quantos abia cometido y diese muchas grazias a Dios por los beneficijos que me hazia. En esto dio la ora. Yo atendi al Ave Maria que suelo rezar. Dejeronme que siempre que la reçase me acordase de aquellos desdichados que yban alli. Ultimamente me digeron que Dios tenia su zielo para los que si sabian dejar.

(37r) Bispera de nuestra madre Santa Clara, estando en orazion dando grazias a nuestro Señor, se me represento Cristo resuzitado a la manera que lo pintan, con la bandera y tres potenzias en la caveza¹⁰⁵. Dijome que mirase yo a las hormiguitas, como salian y entravan en sus madrigueras. Que ninguna se meneaba sin su particular probidençia. Dabame aca dentro: «Que para que queria yo ber bisiones», y alababa al Santissimo Sacramento. Y deziame: «¿Que se havia bisto alguna persona humana que hubiendolo muerto resuzitase? Que solo San Lazaro murio y que por aquellas mugeres que se lo pidieron lo havia resuçitado». Aquí me dijo muchissimo de su misericordia. Yo me resistia mucho de aquella bission, y deziame: «Yo soy el que murio en esta cruz y el que resuçite [=resucitó] y que aquel era su estandarte con que havia subido triunfante a la gloria de su Padre. Y en quanto a la humanidad padezi los mayores trabajos y tormentos que se an padezido, mas en quanto a la dibinidad con quien soy uno, con el Padre y el Espiritu Santo, siempre goçe de paz. Y lo que es propio aqui no ubo trabajo ninguno. Esta mi cruz y llagas, que es el remedio de los escogidos, sera condenazion para los reprobados». Estando en esto, no se dónde se me fue el pensamiento que me diberti, y bolbiendo deje [=dije] que me perdonase. Dijome: «Esso es tuyo». Solia yo, despues de maytines, yrme al coro, y del tiempo que estava en orazion, la media ora era en pie. Esto havia algunos dias dejado, y dijome: «¿Que por que havia dejado aquel modo de orazion que hera muy agradable a su Padre?».

¹⁰⁵ (Vísperas) 10 de agosto.

Día de nuestra madre Santa Clara, sin ber quien, me dezian: «Que la orazion hera utilissima, probechossisima y agradablissima a Dios¹⁰⁶. Que temores siempre los havia de haver [por]que el enemigo tentaba a todos, y que hasta a Él lo havia ydo a tentar. Mas que siempre se havia ydo corrido, que se aparejase. Que havia de haver muchos sapatazos [por]que este abersario ponía estos temores para apartarlos del camino. Que supiese que el camino del cielo hera de trabajos; que todos los que estavan alla no havian tenido otro. Que tubiese buen animo, que fuese adelante con la fe en la mano y umilde». Dezía yo: «¿Que si no havia otro camino para agradar a Dios, o si el ponerme a los (37v) rincones del coro con los ojos cerrados hera ocassion para que me binieran estas cosas?». Respondieronme: «¿Que si era algo mio? ¿Que quando me yba a mi corral [u] otra parte, si no hera lo mismo que pensara yo con mucha atenzion todos los benefiçios que me havia hecho, y este particular el ultimo, que hera haverme puesto entre sus escogidos? Que le diera muchas grazias. Si descaezieres de los mandamientos de Dios, eso es lo que se ha de temer».

Estando en el coro açia la cabesera, por estar mas oculata, bi venir munchas monjas a una deboçion que açian. Yo me quise morir de berguensa y me queria lebandar. Desianme: «¿Que para que?». Todas las beses que me queria lebandar me açian gran fuersa la [=para] que no lo ysiese y que no me lebandase. Que si hera mi [det] le diera grazias.

Bispera del Asunçion de Nuestra Señora, adorando al Santiçimo Sacramento bi a Cristo cruçificado, y a los lados el Padre y el Espiritu Santo con bistidura blanca¹⁰⁷. Deçianme: «Que sienpre el Padre estaba al lado derecho». Desianme: «¿Que si no abia bisto [una] gallina, como recoguia sus pollos?». Al [=el] señor Jesuchristo estaba con los brazos abiertos para reçivir; mientras que yo estaba en esto con mucha atenzion, al lado ysquierdo me estaban diçiendo: «Ya bienes con gran

¹⁰⁶ 11 de agosto.

¹⁰⁷ (Vísperas) 14 de agosto.

confiansa. [H]artos pecados tienes». Esto me açia estar con grandes congojas, porque conosia que era el enemigo que pareçia tenerle alli, estorbandome. Estando en eso me dormi un y[n]stante, recorde y dile graçias a Dios porque me abia traydo. Aqui dijeronme: «Que diese munchas graçias al Padre Eterno, que todo el ynfierno junto no me pudiera traer aquí». Estas tres personas estaban dentro del sagrario; aqui fue lo del siliçio: ¿que por qué no me le abia puesto, siendo miercoles?».

Dia de la Asençion, tube tres ocaçiones de pesadunbre, por lo cual tube grandaçimas tentaçiones del enemigo para que respondiese. Io me resistia lo que podia con la graçia de Dios¹⁰⁸. Por otra parte me deçian: «Ni bueno ni malo, çino [que] me escupieron arto». La una ocasion en que me escupian, despues que comulgue bi dentro de mi coraçon un niño. Yo temiendo no fuese alguna ynbençion del enemigo, al punto me fui al sagrario. Y me dijo, biendole: «El [e]nemigo no tiene facultad (38r) para entrar en las almas; solo entra en los cuerpos, y eso; cuando yo le permito entra por la boca. El ase cuantas ynbençiones y marañias puede para prender las almas, mas no tiene poder en ellas cuando mueren. Entonses se entriega de las que se condenan y en otro tienpo no. A las de mis predestinados no llega». Diguete: «¿Que are, Señor, para ser de estas?». Dijo: «Guardar los dies mandamientos y todo lo que ordena la santa Ygleçia mui bien, y los cuatro botos». Despues en la çiesta alleme recogida, y de considerar cuan diferente solia estar di graçias a Dios. Y pidiendo por una monga, me dijo: «Todos los que me perçiguieron y despues se conbirtieron se salbaron». [H]abianme dicho dias a que me pusiese çiliçio lunes, miercoles y biernes, y el sabado degandolo a mi boluntad. Diçiendo que el dia de la Birguen por estar mala no me lo abia puesto, y diseme: «¿Por que no te pusistes çiliçio çiendo miercoles?». Fue esto la bispera del Asunçion.

¹⁰⁸ 15 de agosto.

Dia de San Gacinto, estaban unas monjas diçiendo que todo era oraçion, andando y haçiendo y dejando de aser¹⁰⁹. Dije: ꝑBendito sea Dios! ¿Que ay otro modo?». Deçianme: «Que aquello no era nada. Que con los ojos exteriores no se açia nada. Que todo el tiempo que no me recoji, çi entendia algo. Que con lo ynterior se asertaba con Dios, se conoçian los pecados y las obligaçiones que tenian, y los benefiçios. Çin la oraçion, recogida, nada le entiende. Cuando uno ama a otro, mientras mas le comunica, mas le ama. Cuando uno esta para morirse, entonses quisiera aber gastado toda su vida en amarme y servirme. Echate [a] ber lo malo que a gastado el tiempo y agora no se quieren disponer. Yo ninguna neseçidad tenia de tener oraçion, ni de ser tentado. Solo [lo hice] para buestra enseñansa. Tentaçiones y temores, siempre los a de aber. Darle graçias al Padre eterno por los benefiçios. Dile graçias porque traya alli aquella monja que yo le encomendaba». Dijome: «Que Él siempre queria [a] ellos [que] çon los que se retiran. Ayer cuando me distes graçias, [fue] porque conoçias ser benefiçio mio la qui[e]tud que teniais en el coraçon, tan diferente que cuando a[n] dabades en buestros entretenimientos. ¿Quien os lo enseñara si no os recogierays a la oraçion? [La oraçion] ynterior es la que enseña todas las cosas; sin ella mui bano es lo que en el hombre ay. El eguerçiçio de los sentidos corporales no çirve sino de estorbar en las ocupaçiones forzosas. Tener el coraçon ocupado en Dios, dandole graçias, eso es oraçion. Y todo el tiempo que sobrare de la obediença, ocupallo en ella que es lo que (38v) mas me agrada. Con ella [y la] ynterseçion de la Virgüen se adquiere la graçia». Muncho tiempo estubo ablando de esto. No ay en mi capaçidad ni memoria para apersebir lo que alli pasa, que lo que digo viene a ser un atamom [sic, = átomo] [y] todo una gran enseñansa. Tanvien dijo que los que se estaban muriendo entre aquellas agonias y dolores, lo que eguerçitaban ynteriormente era los que les balia.

¹⁰⁹ 17 de agosto.

Este mesmo dia de San Gaçinto, yendo a la oraçion le dije al Señor que desde su[s] pies queria pensar en el ynfierno. Dijome que pensase todos los pecados que abia cometido, y que munchos de aquellos que estaban alli [era] por solo un pecado. Enseñabanme alli dos cuerpos en una escuridad, echados de espaldas, y alrededor cuatro demonios con unos cañutos largos [que con] mas de media bara yban echando fuego de asufre azul, como quyen rozia, y diçiendo: «¡Para siempre! ¡Para siempre!». Y açi como quien saca pescado del mar salian mil sanbandigas [que] mordian aquellos desdichados. Y lu[e]go benian con unos garabatos de yerro y le sacaban los ojos y se los bolbian a encagar. Y[o] deçia: «Creo en el Santiçimo Sacramento». Deçianme: «¿Quien pe[n]sais que son esos? Los que en su vida [no] lloraba[n] una lagrima, los ojos que atenidos a la miçilicordia [sic] de Dios jamas se enmendaron. A estos les corto yo el ylo de la vida. Mi misericordia es para los pecadores que aunque caen, se lebantán y se arepienten, se confiesan y aunque por flaqueza caygan, se lebantán. Dalde [sic] bos muchas graçias al Padre Eterno por aberlos librado de tal lugar, mereçiendolo tanto».

El dia çiguiente, postrandome delante del Señor, me digueron: «¿Sabey[s] delante de quien estais?». Dije: «Delante de Jesuchristo Hijo de Dios Vibó». «¿Sabey[s] que en este punto os puede [e]char en los ynfiernos?». Respondi: «Çi», y estube dandole graçias por tantos benefiçios como me açia. En esto entraron unas negras llorando por otra que se avia muerto. Dige: «Todo esto es banidad. Lo que ynporta es aprender a morir». Pedile mui encareçidamente por la difunta y dijo que Francisco y Clara se abian guincado de rodillas por ella. Quedome gran sastifaçion de que se abia salvado, y entre munchas cosas que hablo, que como es tanto, se pasa, dijo: «Que açi como abia criado el çielo para los buenos, avia criado el ynfierno para los malos. Y que a los que siguian aquello llamavan prinçipe (39r) de las tinieblas. El se la pagaria. Que Él les avia dado memoria, entendimiento y boluntad, y todo lo que les conbenia para salvarse. Que por ello que daba de su boluntad se yban, y açi los deja». Tambien me dijo: «Ese es el libro en que abey[s] [de] aprender», señalando [a] sus pies.

En este dia, resando el rosario de Nuestra Señora, postradome a sus pies que [me] encho [=hincho] de verdad, me parese la tenia alli. Me dijeron que cuando el Hijo de Dios encarno, bino el Espiritu Santo en figura de paloma trayendo un rayo del seno del Padre y le entro por la boca de la Birguen, y al punto se yso la encarnaçion, abiendo ella dado primero su concentimiento, y que abia quedado esta señora virgen, y madre y consagrada. Y que el [=al] naser el niño estando arobada, y que nayde de la tierra supo, çi no es la gloria del çielo. Y que cuando bolbio de aquel arobo lo allo delante de çi. Yo digue: «No quiero encarnaçion. No quiero estas cosas». Otra bes me lo enseñaron de otra manera, como esto: dijeronme: «Entonses convino esto açi. Esto es fe catolica. Es Dios tan agradeçido, que porque fuistes abra año y medio dia, del naçimiento, a meditar aquel misterio». Y bi abrir el biente a la Virguen, que le tenia como un cristal, y salir por alli y estaba presente ynfinito numero de angeles, reyes, doctores, martires, toda la corte del cielo, todos adorando aquel niño. Y a mi me dieron a besar un pienesito, lebantandolo el mismo niño, y agora me lo disen de otra manera. Yo, temiendo no sean enbustes del enemigo, le digue a Dios: «Señor, yo no quiero sino conoseros a bos y a mi, y serviros sin estas cosas. Bien sabeys mi yntençion, que es de solo agradaros. No se qué cabeza es esta mia, que en serando los ojos an de benir estas cosas. Yo no soi para esto». Una desdicha diola, que no se que aserme, çiempre con temores de que no benga aquel con sus marañas. Diseme: «Que no, [por]que el enemigo no ase cosa buena».

Despues bolvi y dije a mi Señor: «Bos sois mi Dios y mi padre, mi criador y mi redentor, y mi salvador. Enseñadme, no me degueys de buestra mano, Señor, en qué e de meditar oy». Respondenme: «Que en el sepulcro, y mañana en la resureçion, y a la tarde en la coronaçion de la Virguen, como lo solias aser». Ybame yo al coro alto y deçia que yba bisitar a la Birguen y a berla coronar, (39v) y me estaba asta que salian de maytines. Deque [=dejé] esto por unos espantos terribles que tube, y [he de] sacarmelo ahora. Luego vi un sepulcro alla debajo de tiera

y en el un cuerpo grande, enbuelto en una sabana y mui lastimado, particularmente la cabeza, que parecía que con un punson se lo abian yncado toda, y distilando sangre. Desianme: «¿[H]abeys bisto que algun padre o madre, por sus hijos aya echo esto?». Desia yo en mi coraçon: «[Que] estando esto debajo de tierra y tan tapado, ¿bea esto tan claro?». Deçianme: «Para mi nada ay dificultoso».

Domingo, luego que comulgue vi aca dentro de mi, ençima de mi coraçon, como a Cristo resuçitado. Luego me f[u]i al sagrario y alla le bi. No me digueron nada. Estubeme un rato alabando al Señor y dandole graçias. Disenme a mi: «Fue benefiçio quando os detube [para que] no cayerais en el pozo y cuando es [det] para ello aquello quiso aser el demonio para llebaros, y fue benefiçio conoser que si entonses os cayera os ybais a los ynfiernos por los pecados que teniays echos. Por la Birgüen os libre, porque bos os encomenda[s]t[e]is a ella. Da Dios sientto por uno». Estube un rato alabando al Señor y disenme: «¿Creys en Dios Padre todopoderoso?». «Sí creo». «¿Creeys en Jesuchristo, su unico Hijo?». «Sí». «¿Creys que fue consevido por obra del Espiritu Santo?». «Sí». «Pues como dudais de la encarnaçion, asta aora no sabiais esto».

A la tarde vi tres personas parejas, aunque la de el medio estaba desnuda, con una banda carmeçi, y Nuestra Señora delante de una persona desnuda. Ella estaba toda de blanco y con un çingulo senida, y el cabello rubio asta las rodillas, tendido. Y todas aquellas personas juntas estaban con las manos atrás, coronandola con una corona de oro y perlas riquisima, y pedreria de todas colores. Era esta corona ynperial. A las dos personas no las bia yo claramente, mas de [=que] las manos. Deçianme que la Birgüen abia llorado treynta y tres años desde que el anquel le dio la enbajada. Porque ya ella sabia lo que abia de pasar y açi çienpre estaba ynteriormente ablandole y lamentandole, y sintiendo lo que abia de pasar. Y que quando ubo de naser andubo de casa en casa, sin allar a donde naçiese. Cuando le daba de mamar lloraba y tomaba de aquellas manitas y pillesitos en las manos, y conçiderando lo que abian de pasar lloraba amargamente y besaba aquellos pies con gran

ternura, acordando[se] (40r) que havia de yr a la cruz. Y habló con su Hijo, y Él, como era la sabiduria eterna, lo entendia. Lo que lo persigio Herodes queriendole matar, la yda a Ejito, lo que alli passo, siempre llorando —aqui le refirieron todos los trabajos, uno por uno—, de modo que siempre tubo que llorar. Y esto dezian a[[] fin: «De que bien abia merezido la corona ¿Que si no havia yo oydo de los Reyes de aca, [que] con ser mortales, que en teniendo una gran bitoria los coronaban? Que assi se hazia con la Virgen, y que el día que subio a los çielos fue con el mayor triunfo que ha abido, porque bino por ella el Berbo eterno y las tres personas». Y en mi pregunta: «¿Quien era?». Dijeronme: «Jesucristo, Hijo de Dios bibo. Binieron los nuebe coros de angeles, con ynumerables y barios ynstrumentos, y em pariguelas la llebaron hasta el trono del padre, y alli con gran triunfo y gloria la coronaron». Lo que aqui me digeron, no ay caveza para poderlo aperçebir. Aqui la hizieron reyna del çielo, abogada de los pecadores. Lo que bengo a dezir aquí [y] en todas las demas ocasiones son atomos para lo que alli me pasa. Yo le dezia a Dios: «Señor, ¿que quereis hazer con este gusarapo?». Todo me sirbe de congojas.

Lunes, pregunte al Señor que qué haria aquel dia. Dijo: «Piensa en el Santissimo Sacramento del altar, el gran benefizio que hize en dejarle, y quando le ynstitui, y me comulgue a mi mismo. Que si esto no hiziera, fuerades como unos perros o como las demas bestias, que a ellas no les di mas que distinto [=instinto] y a vosotros os di alma razional con las tres potenzias». Luego me lebante para yr al trigo. Anssi dijo: «¿Que si no abia bisto los animales muertos? Que assi abiais de ser vosotros».

Despues que bine, me bolvio a dezir que el hombre le havia costado mucho desde su creazion, porque con mucho trabajo havia hecho el barro y formadole. Que le debiamos mas que los angeles. Y que despues de formado, con un aliento de su boca le havia dado el alma. «¿Que si no havia oydo yo que quando uno se muere, dezia: ‘en tus manos, Señor, encomiendo mi espiritu?’ Pues eso es. Yo crie los angeles con solo dezir haganse, y todas las cosas con sola esta palabra fueron hechas.

Y a los angeles crie (40v) para que sirbiesen a los hombres. Bes quantas naziones a [h]abido, y ay, y abra. A todos, para todos ay angeles. Los an serbido los angeles, y serbiran a los demas, de suerte que mas me deven los hombres. Y mi misma madre fue formada deste mismo barro. El beneficio de la encarnazion, el beneficio de la redenzion, tantos trabajos como pase por este sacramento que les deje. Si yo no comulgara, ¿que havia de ser de vosotros? ¿Por donde os abiais de comunicar? ¿Por donde, si no fuera por medio de mis sacramentos? Por este medio an ydo al cielo los que estan alla, y los que an de yr todas por este medio, que no ay otro. ¿No abeis oydo dezir que quando se mueren los niños sin agua de bautismo se ba[n] al lymbo?». Mucho me hablaron de los benefizios [det.] de ellos. No ay [como] poder juntar tanto y assi ba lo de arriba abajo, como me puedo acordar.

Despues dije: «Señor, yo soy una esclavita de mi madre Santa Clara. Acordaos de mi». Dizenme: «Quanto mas se abajaren aca, tanto mas subiran alla»¹¹⁰.

Estando en el coro, ya tarde, estaba con una ynquietud de pensar que me miraban, que por ystantes me queria yr. Disen: «Siempre dises que se aga mi boluntad, y a cualquiera ocaçionçita dises [que] no quieres esto ni aquello. ¿Que ba en que te miren?».

Ultimamente, yendome a recoger, disenme que me tienda como un muerto con la cruz en el pe[c]ho y crusadas las manos, y que piense en la muerte. Que ya yo lo abia de estar, çino que la miçilicordia de Dios me tiene aquí.

A la mañana, dia de San Bernardo, despues de aber comulgado me digueron que aquello fueçe la meditaçion de aquel dia, y que diese munchas graçias al Padre Eterno por aberme dado a su Hijo en este sacramento¹¹¹. En esto me ocuparon con que se quedo esto açi.

¹¹⁰ Aquí cambia la letra. Tal vez otra amanuense comenzó a escribir.

¹¹¹ 20 de agosto.

A la tarde me llamo una monga para que la oyese leer. Despues, en la oraçion, disenme: «¿Que saca[s]tis [*sic*] de la letura?». Estube como un leño. Deçianme: «Aca dentro eso es tuyo». Perseberando ora y media, la ora se fue en grandes ynquietudes porque pareçia que cuantas pulgas abia en los muladares estaban sobre mi. Y açia el lado ysquierdo me deçian: «Pensaras que as comulgado como Judas, que el no comulgo porque a el no le dieron mas de [=que] la forma, porque no yba en ella el Jesus (41r) maestro. Y se lo dieron porque estaba delante de los otros. Ançi as comulgado. Ya te quieres acer mui bestida de sayal y poniendote delante de todas para que la miren». De esto ubo munchos asta que paso la ora. Despues me dijeron: «Mañana, que es miercoles, poneos una ora çiliçio y otra beni al coro con las manos atadas, y açi pensareys cuando me tubieren açi, qué sentiria con aquellos cordeles que se me entraban por las manos. Otra ora yreys a la enfermeria como lo soliais aser, porque lo abeys degado. ¿Y lo que soliais aser los viernes?». Diguí [=dije] que porque se yba alli una monja lo abia degado. Diseme: «Pues ya se fue». Preguntolé la secretaria qué era lo que solia aser. Au[n]que lo reuso, açiendole ystancia me dijo: «Que los viernes echaba unos frijoles en el sielo y açi los comia. Los miercoles yba a la enfermeria diçiendo ynteriormente (y a una monja con quien estaba se lo desia): ‘Boy [a h] aser la cama de mi señora la Virgüen Maria’, y aunque abia munchas camas esto era a la guente de serviçio. En cada una deçia: ‘Esta es la cama de mi Señora’, bolbiendo el colchon. ‘Este es de mi Señora, esta sabana o fresada de mis Señora’. Los sabados bengo a barer la casa de mi Señora, la Virgüen Maria». En fin, dise que lo dego porque se espanto un dia que viyo una cosa, que se quedo atonita. Que estando con la ropa de una cama en las manos, no pudo pasar adelante y que todas le desian: ‘¿Que tienes?’. Mas que ella se fue y no bolbio mas a aser aquello. [H]ysele ystancia que me diguese qué avia visto, y dise: «Que bio salir a Nuestra Señora de entre las camas, bestida be blanco, y unos cabellos tendidos asta las rodillas». Que ella, temiendo no fuera alguna trasa del enemigo, lo dego.

Miercoles, al amanecer, ofreçime a nuestro Señor como çiempre, diçiendole: «Que alli estaba. ¿Qué ysiese [qué]? Al punto me dijeron: «Que pensase en el Ec[c]e Omo». Yo puse el pensamiento en el çielo y alla le bi, con la corona de espinas mui encajada y una caña en la mano ysquierda; con una como manta colorada, con nudo [y] por los onbros, como lo pintan sentado y lastimadiçimo. Bia io que estaban dos personas a sus lados. No las debisaba bien. Que açi lo abia sacado el jues a una bentana de su casa, enseñandole al pueblo ‘Ece Omo’, que es lo mismo que deçir: «bes aqui al hombre». Digo io: «Que esto[s] ya me vien con otras cosas. No me bengan a engañar aqui con latines. ¿Que entiendo io de eso?». Buelbo [=vuelven] a deçir lo mismo: «Que Hece Omo es: ‘beys aqui al hombre’. Alli me açian mil escarnios y me adoraban, asiendo burla como a rey finguido. Me llegaban al rostro diçiendo muchos bituperios y no abri mi boca [n]y me defendi. Que vien pudiera, mas era la boluntad (41v) de mi Padre. Actualmente estaba asiendo beneficios [pero] llego bituperandome, llamandome de enbustero, de encantador, y otros nombres yniominiosos». Abia entrado la señora vicaria y dicho algunas palabras de mortifiçion, y aunque no le digue palabra, referi [al Señor] dos beses lo que avia pasado¹¹². Y diseme: «¿Que çì cuando lo llamaron a la coluna habló palabra? ¿O cuando lo llebaron a la cruz? Que aquellas cosas no se abian de referir ni retener un punto, çino que cuando se ofreçiesen deçir, dijo: ‘Quiere, agase su boluntad’». Todo el dia tube mui ocupado, de suerte que no pude aser las camas de la enfermeria; aunque lo desee mucho, me cojio la noche sin poder. Digue al Señor: «Aunque sea una e de aser». Diseme: «No bayas, que con la boluntad as cunplido. Cuando pudieres lo aras».

¹¹² *Mortificación* puede significar el freno de los deseos y pasiones por medio de la disciplina física; puede también significar que la abadesa iba a castigarles (*DA*, IV, p. 612).

Juebes, estando mui ocupada, y eche de ber que la ocupaçion me açia olvidar de Dios. Y tambien tube un enfadillo con una negra. Dije al Señor. «¿Qué es esto señor, que reçiviendo tantos beneficios de ti, vi bajo, tan çin atençion cayga en estas miserias?». Diseme: «Esas son las dificultades. Çi por estar ocupada tubierais algunos olvidos, ya tu buena boluntad se a reçevido». Dige: «Señor, oy no e podido oyr misa». Diseme: «Los domingos y fiestas por ninguna cosa se an de dejar, que son presetos de la Ygleçia; los demas dias a deja a Dios por Dios, y en alabando con lo que tienes que aser vien puedes yr a tu ora. Jamas dejes de yr a donde te llamaren y trabaja, que io no tube ora de descanso. Y estar con cuidado de dejarse por momentos». Aqui ubo munchos de esto. Luego vi dentro de mi una cosa nueva que açia guarda a un pedacito de carne, que via io que dentro... que no se deçir cómo, era meneandose mucho y palpitando. Luego vi que era coraçon y alli serca dos ojos grandes y mui abiertos. Queriame yr de alli de mi[e]do. Y desianme: «Estos son los ojos ynteriores. Con estos se conose [a] Dios y se conose aci. Con esto se be el berdadero desengaño». En fin, me dijo todo aquello de que: «Estos ojos servian y que lo esteriorese [sic] eran de ninguna ynportançia y que mientras estan estos abiertos los otros estan serados, y al rebes, cuando los ynteriores estan abiertos los esteriorese estan serados. Y desdichados de los que mueren sin aber avierto estos ojos». Digue al Señor: «Dadme graçia para que mire con estos ojos, no mas». Y luego me ençeñaran alla en una profundidad unas parillas de yero y un desdichado encima, boca bajo, y rodeado de demonios que atisaben aquel fuego que estaba abajo terriblemente. Alli serca estaba (42r) en una tina grande, la cual destapaban estos malditos a gran priesa y sacaban de alli como brea, y se la echaban por la boca¹¹³. Y desianme: «¿Que pensays? ¿Quien son estos? Los que en su vida [no] abrieron estos ojos, los bagamundos que pasaron su bida en plaseres, los mentirosos glotones, los que nunca se superion dejar, los bengatibos, desonestos y que no temian a Dios».

¹¹³ Aquí la escritura nuevamente cambia y se parece a la de los folios 8r-29v.

Día de San Bartolome¹¹⁴, me bino la señora abadesa al coro y como allase pocas monjas para prima, saliose del mui enojada en busca dellas, y trujo una maquina dellas¹¹⁵. Y a un rato disenme: «[H]oy an coronada a la abadesa por esto que a echo»¹¹⁶: Dije yo: «Yo no quiero saber de coronasion ni de nada, sino conoser a mi Dios y alabarle». Disenme: «¿Pues no crees que eso puede ser? ¿Creeys en la comunion de sus santos?». Dije: «Si creo». «¿Creeys la remision de los pecados?». «Si creo». Dijo: «[det.] remision de los pecados», pensando como le responderian. Dijome: «rremision de los pecados es cuando uno viene a mi contrito con dolor de los pecados y se confiesa, y yo le perdono. Esa es». Dijo luego: «¿Creeys que el Padre y el [H]ijo y [e]l Espiritu Santo, que es un solo Dios verdadero?». Dize: «¿Creeis que son tres personas». «Si creo». Dize: «Pues la mesma berdad tiene lo uno que lo otro». Luego disenme qe desde que entro por la puerta del coro la madre abadesa, la estaban aguardando dos anjeles que enbio Dios para que con los dos que ella tiene la coronasen, y que la abian aconpañado asta su lugar donde le pusieron la corona. Pasome por el pensamiento preguntar si a las monjas que estaban en el coro se les abia dado premio. Dize: «A todas se les dios corona, y a las que binieron, esas como forsadas...». Y luego aprofundanme esta bista con tanta fuerza, que por mucha que yo me asia no me pude resistir. Y muestranme alla en lo profundisimo muchisimas monjas. No tenian mas bestidura que unas toquitas blancas en señal de que eran monjas, y otras dos beses que las e bisto de la mesma manera. Dije entre mi: «¿Todas son de Santa Clara?». Dize: «Jeron [=hueron] de todas partes. Estas son las forsadas». Despues que paso esto bi entrar a la yglesia un mestiso que abia yo conosido, en abito de donado. Dije aca: «¡Como me enfada este! ¡Cuando yo lo bia con el abito de mi padre San Francisco me paresia un rey!». Disenme: «Este ynquietaba la relijion, y asi mejor esta fuera».

¹¹⁴ El 24 de agosto.

¹¹⁵ La primera hora canónica a las 6 a.m.

¹¹⁶ La abadesa recién elegida aparentemente era coronada en una ceremonia inaugural.

Despues dije a mi Señora, la Birgen Maria: «Ya Señora, mañana entro en la cosina [a] aser mi mes. Todo lo que alla ysiere es buestro. Yo boy algo mala, como sabeys. Si mi Dios quiere lo podre aser. Echadme buestra bendision». Dize: «Cuando fuistis la otra bes tambien ybais mala y salistes buena. Asi sera ahora. Yo os assistire, y mi [H]yjo y el anjel de (42v) buestra guarda». Dije: «No señora ami [=mía], ¿Y mi Señor abia de yr a la cosina?». Dize: «Sí, y estara contigo». Y luego dijo: «El enemigo no pu[e]de tomar mi figura. ¿Que no a dado mi [H]yjo facultad? Para ello el ase mil aparatos, mas no los ase sin lisencia de mi [H]yjo, porque sin ella no tiene facultad para ello. Y cuando se la da es por pecados». Y otra cosa que me dijo se me a olvidado. Mas dijo: «Yr a prima, y al refitorio, y a las demas obediencias de buena gana es penitensia, y lo paga mi [H]yjo mui bien. Poneos a sus pies y umilde caminar».

Con los cuidados y trabajos de cosina y ber que me destraya bideme aflijida. Disenme, en despertando: «[has de] ofreser[le] a Dios todo lo que se a de aser aquel dia, porque aunque que [sic] despues aya esas destracciones y olvidos, ya esta resebido». Como estaba tan cansada, senteme de lado en el ultimo confesonario, y al punto bi la custodia enfrente [de mí]. Dije: «¿Como beo enfrente lo que esta de lado?». Dize: «Todo lo...» [det.] Pongo los ojos en el cielo y alla beo otra custodia. Dije: «¿Cómo una custodia a [sic] aca y otra alla?». Disenme: «¿Cómo me abian de ber los pecadores? ¿Que ojos tienen para berme? No me ben los que biben sino los muertos, y si algunos me ben ya estan muertos». Y entre otras cosas que dijo —[de] que no ay memoria—, dijo: «¿No es benefisio saber que ay ynfierno? Muchos biben sin saber que le ay, asta que se ben en el. ¿Cuando bos andabades en buestros amores sabiays que lo abia?». Tenia yo una sola polla que abia criado desde chiquita. Ybale a dar de comer y allola atorada entre unos palos, aleando y muriendose. Ybame a dar pena y bolbi, y dije: «¡Qué es! ¡Estoy oy todo!». Y diseme a esto: «¿No fue benefisio el de oy?». Dije: «Señor, ¿no ay otro modo?» Porque sienpre estoy con temores de no ser engañada. Como me beo tan mala y tan descuidada en serbisio

de Dios, muchas beses pienso que estas cosas son mis enbustes y mi cabeza que lo urde. Dise: «No ay mas desta [=que esta] bida y la otra es mui trabaxosa. En esta, quien mas trabajare lo pasara mejor alla». Esto me lo disen tan claro como si una persona aca me estuviera ablando. Mis preguntas y re[s]puestas son ynteriores; solo que me pase por el pensamiento [y ya] esta la repuesta dada. Y dise: «Es tu cabeza, [que] nada es tuyo». Dise mi Señora, la Birjen: «No temas, que yo estoy de por medio». Otros beneficios que me a echo tambien me [los] trujo a la memoria [y] yo los estaba conosiendo ser verdad todo aquello. Dije [=dijo] que tomara yo tienpo particular para darle gracias.

Supe que abian muerto a un clerigo a puñaladas y pedi a Dios mui encaresidamente perdonara aquel su ministro. Respondieronme: «Ellos mismos se destraen. Cada dia me tienen en sus manos y me alsan. (43r) ¡Como estoy en el sielo...!». Paresce que lo dijo con enfado.

Cuando me dieron lugar los cuidados de cosina me sente en las bigas que estan en el claystro y alli me recoji un poco, pidiendo a nuestro padre San Agustin me alcansase grasia para resebir a Nuestro Señor. En ella [=allí] al punto me dijeron que era mui gran santo, que tenia muchos grados de gloria en el sielo. Mas: «De antes lo mismo era que bosotros, mas desde que se conbirtio no bolbio atrás. Yo le yse muchos benefisios ynteriores y esteriores. [H]yso muchas penitensias». Entre muchos [beneficios] que dijo que le abia echo fue aberle echo obispo, doctor de la Yglesia y lus del mundo. Esto fue su bispera.

De alli a un rato fuime al confesionario [al] que suelo, y estando de lado bi enfrente a nuestro señor Jesuchristo, mui lastimado con una gran corona de espinas y una crus en el lado ysquierdo [det] y teniendola con la mano alta sobre el onbro. No le pude ber la mano derecha [porque] estaba medio cubierto con una bestidura morada. Yo entre mi desia: «¿Si es tafetan? No sé que tafetan. Lo peor que allaron le pusieron». Desianme que alla en casa de Pilato[s] le abian desnudado asta la tunica que le abia echo su madre, que no tenia ninguna costura, dejandole en cueros bibos delante de muchisima

jente a la bergüensa, y [que] asi le abian asotado. Y despues de bestido y secadose aquella sangre de las yallas, con mucha crueldad se le abian arrancado. Que mirase qué dolor seria aquel. Y estaba [d]estilando sangre como si lo acabaran de aser. Las llagas de los pies se beyan claramente. A sus lados estaban dos personas que sienpre que beo [en] estas cosas. Las beo y nunca las puedo dibisar bien, ni les beo las caras, mas beo siertisíamamente que estan alli. Y me asen entender con gran sertidunbre que es el Padre el de lado derecho y el Espiritu Santo el del ysquierdo. Desiame quien me ablava, que le mirase con la purpura¹¹⁷. Y desia yo: «¡Dejenme con purpura! ¡Qué se yo que es purpura!». Paso esto y luego me queje a Nuestro Señor que me tenia desterrada, desia, donde no le podia ver. Diseme: «¿Yo no estoy en la cosina y en Belen y en Ballanos»¹¹⁸ —y mientame todas las partes del conbento—, «y en todo lugar dondequiera me podeys allar’. [H]abiame pedido la que escribe esto¹¹⁹ que le ysiera una pregunta a Nuestro Señor aserca de una tentasion que le benia por algunos tienpos. Yo lo yse por tres beses y asta la ultima no tube repuesta, y olbidoseme darsela, y a eclla [sic] preguntarlo asta a[h]ora. Y preguntome: «¿Qué abia abido en aquello?». Yo respondi sin pensarlo, [pero] luego quede confusa porque para aber de desir esto estoy con mil sentidos, por no desir una cosa por otra. Y a de ser luego porque como (43v) es tan continuo se [me] olbida y sienpre me acontese desir un atamo de lo que alli pasa. Por mas examenes que me yse no alle que fuese diferente de lo que dije. Asi dije al Señor: «¿Cómo aserte a desir aquello sin pensarlo?». Diseme: «Nada es tuyo».

¹¹⁷ Como metonimia, el color morado se refiere a la «dignidad real» reservada a reyes y cardenales. Dado que este color proviene del tinte de un tipo raro de molusco difícil de obtener, estaba reservado para las túnicas de reyes y emperadores (*DA*, V, p. 442). Agradezco a Meredith Dodge haberme señalado esto.

¹¹⁸ La voz probablemente se refiere a la capilla betlehemita del convento. Ballanos era donde los esclavos lavaban la ropa.

¹¹⁹ Aquí nuevamente se refiere a la amanuense o secretaria.

El día de San Agustín apenas pude tener rato mío¹²⁰. Mas un poquito que me recoji me bolbieron a desir cómo era gran santo, que tenía grados de gloria y que aunque no fuera mas que por ber la Santísima Trinidad, abiamos de trabajar todos los días de la vida. Que yo abía de estar desasida de todas las cosas deste mundo.

Preguntandole al Señor si era su boluntad que se ysiesen los desagrabios en el tiempo que se enpesaron, respondió que si abían trabajado poco sus apóstoles para yr al sielo. «Siete caydas di con la crus, cuarenta días con sus noches estube en el desierto ayunando, y en toda la vida [no] tube descanso. ¿No as oydo desir: ‘trabajos de Jesús’? ¿Que trabajos tienen las que las estan dedicadas a mi? La cuaresma ya se sabe que se dedica a mi, para pensar mis trabajos». Dije: «Señor, ¿por que unas repugnan tanto». Dize: «Porque son yjas de Adán». Y que se yban al coro a hablar en las oras, y sienpre como si no tubiera dose oras el día, y porque eran osiosas y sin considerasion. Que si Judas considerara que no le abían de aprobechar aquellos dineros no me bendiera. Y si despues considerara que era Dios y me pidiera perdon, nada desto considerara. Y así asen aca. El ir a la orasion y pensar los pecados de beras, el don del Espíritu Santo y toda la Santísima Trinidad los tiene predestinados. ¿Que qué estaban dudando? ¿Que tres tienpesitos que tenían al año, que qué eran? ¿Qué no se abían de contentar con nueve días, sino que se quedasen sienpre con lo que en ellos ysieran? Que su majestad toda la abía pasado con grandísimos trabajos, y que al fin della, cuando le llebaron con la crus. Dize: «¿No abeys bisto cuando lleban a un animal muerto arrastrando con una sogá? Pues desa manera me llebaron a mi, porque las fuersas humanas me abían faltado. De manera que tirando de la sogá a golpes y enpellones y a palos me asian andar». Paresiome que abía sido atrebimiento la pregunta y dijele que me perdonase. Que porque me lo abían rogado lo abía echo. Dize: «Como a Señor y como a padre, sienpre umilde

¹²⁰ El 28 de agosto.

y obediente, trabajar. Y mientras bieres que guardas mis man- (44r) -damientos ba bien, no tienes que temer». Luego se puso como pastor, con la obeja en los onbros, ¡y dijo tantas enseñansas! Como es tanto no lo puedo apersebir. Dijo que en el mundo abia echo aquel ofisio y que aora tambien le asia. Que sienpre estaba apasentando y cuidando de su rebaño. Y dije: «Señor, ¿como cuando te beo no puedo ber aquellas dos personas que te aconpañan?». «A mi besme como cuando yo estaba en el mundo, en carne mortal, mas como cuando subi al sielo no me beras. No ben a Dios los que biben en este mundo, si no es que totalmente esten muertos a todas las cosas. Salir a la orasion con boluntad y en ella conosen que soy digno de toda alabansa. El Espiritu Santo las confirma en su grasía». Dije: «¿Cómo! ¿El espiritu no es la Santisima Trinidad?». «Sí, el Padre es el [H]ijo y el Espiritu Santo, toda es una esensia y tres personas. Si allaren dificultad en la orasion perseberar delante de mi y pensar [en] los pecados y pedir perdon, que eso es penitensia». Dije: «¿La orasion es penitensia?». Dize «Sola un Abe Maria asiendose fuersa es penitensia». Dije: «Señor, no te oso pedir que me confirmes en esta grasía». Dize: «Aora [a] trabajar y aser en todo mi boluntad. ¿No abeys oydo desir al esclavo: ‘agolo, que mi amo me manda?’ Pues asi [haz] todo con deseo de cunplirla».

Biernes, estube mui apurada de muchas cosas juntas. Estube sufriendo toda la mañana. Despues al medio dia cargó tanta jente alrededor de mi para cobrar la comida, que con rabia dije: «¿Apartaos de mi!». Luego cayen lo que abia echo y dije a mi Señor que me perdonase. Y al punto diseme: «Bien podias desir que se apartasen sin aquel enojo, mas cuando acontesiere [que] no aya segunda yntension [y] no quede nada en el corason. [Hay que] dejar que pase». Luego dije: «¿Quien es este que me abla tan a priesa? ¿Puede ser Dios?». Dize: «¿No pediste perdon?». Dije: «Señor, cada día estoy peor. La otra bes que estube en la cosina mestaba desasiendo por ir al coro, y cuando enpesaba a caminar me yba desasiendo en lagrimas. Y aora estoy tan tibia, tan miserable y ynaciente, y tan sin memoria [que] con cualquier cuidadito me ocupo

y me olvido de Dios». Dize: «Esa es buestra ynconstancia, que nunca estays de un ser». Dijele: «Señor, quitame esta mala condision que tengo». Dize: «¿Que me as de ofreser si te la quito?». Yo abia dicho por la mañana que en pudiendo, urtaria unos ratitos por la puertesita del coro, que cae serca de la cosina. A la noche fui al coro un ratito antes de yrme a recojer Y diseme: «¿Cómo no beniste por la puertesita?».

Estos dias [en] adelante, [ha h]abido tanto que aser que apenas tengo un ratito, de lo cual anda mi alma arto aflijida. Mas tomando un rato para yr a misa y recojerme, un poco estube alli que no me conosia (44v) ni me podia recoger. «Nada es tuyo», me dijeron. Y luego si sentia mucho no poder comulgar como lo asia antes. Dije que sí, que si me tenia ocupada la obediencia, [que] qué abia de aser. Dize: «Comulga espiritualmente. Postrate al Eterno Padre y di la confesion, y asi lo podras aser. Siempre andas disiendo: ‘No quiero esto, si quiero el otro, quitame esto’, y un poquito que te a faltado lo sientes».

Otras bes estube mas de media ora sin poder aser cosa ni allar una llaga en que ponerme¹²¹. Diseme: «Nada tienes tuyo, mira si es tu cabeza».

Otra bes, estando en la cosina, de rrepente disenme: «El Padre es el [H]ijo y el Espiritu Santo, todas tres personas son una esensia». Otra bes alli biene el fraylesito, que abia dias que no le bia, [y] olgueme tanto de berle que casi me reya. Y diseme: «Tu no quieres pensar en esto: la muerte». Dije que tenia muchos espantos con las cosas que me enseñan cuando pienso eso. Dize: «No ynporta, pasar adelante».

No allando modo para entrar en la orasion, quise renobar los botos de la profesion. Y no acordandome bien del modo que se disen, dije al Señor: «Yo te prometo todo lo que prometí cuando profese». Dize: «¿Como ysieras tu eso sino pensaras?».

Yendo camino del coro me alle una sinta con botones de oro y perlas, y andube buscando su dueño. Despues dile gracias al Señor porque no abia urtado aquella sinta. Disenme: «Nada es tuyo».

¹²¹ *Llaga*: una herida abierta o úlcera; algo que provoca dolor. Metafóricamente significa todo daño o desventura que causa dolor, sufrimiento y aflicción (DA, IV, p. 418).

Miercoles, tube un poco de lugar. Asi como me puse en la presencia de Dios, enpiesame a desir: «¡Tu eres una yngrata! Cuantos beneficios te echo y sienpre estas dudando. Fue benefisio cuando te querias yr del conbento, porque no se efetuaba tu libertad, y me ablaste en el claustro aserca desto, y luego se concluyo tu libertad. Y fue benefisio cuando despues te quisiste yr y me aparese a ti, con mi madre». Esto bi casi entre sueños, y aora me lo disen. Era un señor mui grande y con ropaje carmesi asta la pantorrilla, mui blanco y colorado. Y asi que yo llegue serca bolbio las espaldas, quedando la Birjen sola. Yo junte las manos y le yse una gran cortesia. No me ablaron aquí, mas entendiendo yo que era por lo que yo determinaba, le prometi de no salir del conbento. Dijo: «¿No es benefisio aberos sacado de todo aquello en que andaba desmetida? ¿No fue benefisio traeros a la memoria (45r) todos buestros pecados, sin que os costara trabajo todo aquello que ysisteys aquella cuaresma? ¿Y consederos lo que me pediays»? Era que me sacara de muchas cosas, que por su misericordia lo yso, y asi lo dise aora, y por ruegos de la Birjen y de mi padre San Fransisco y de mi madre Santa Clara, porque yo me abia encomendado a ellos de todo corason. Otras cosas me trujo a la memoria, que conosia yo que todo era berdad. Que yo desia que andaba temiendo no me engañara el enemigo. ¿Que si el podia sacarme de mis pecados y bisios? Que antes me meteria en ello. Que por qué no creya? Y que yo desia que no queria ber ni oyr estas cosas. Que tiempo bendria [en] que lo desearia y no lo alcansaria. Dise: «La pregunta que ysisteys esta mañana, esa fue suya». Y fue que le pregunte a una compañera si abia bisto [a] alguna probisora aser aquello¹²². Dise: «Quien [det.] lo que no os ynporta. Dejad esas cosas y quitaos de parleria con [n]adie, y guardad del corason y la boca». Dije: «Como estoy aqui donde se ofrese tanto, ellas agan lo que quisieres. Bos no [o]s metays e[n] nada». Algunos años [h]a que me presto una monja

¹²² La monja a cargo de las provisiones.

beynte patacones¹²³. Esta murio y deyo dicho lo que se abia de aser dellos. Yo pague los dose, y los ocho que eran para el Salvador dijo que los dieran a una relijiosa que ase su fiesta, y no los e podido dar¹²⁴. Mas con intension de pagarlos dije al Señor que queria ponerme a trabajar para pagar esto. Dize: «No lo pagues, que mio es. Yo lo perdono». Dije: «¿Pues no lo e de pagar?». Dize: «Si esta manda fuera alguna monja, sí debiays pagar, mas fue echa a mi y yo lo perdono. No teneyz que trabajar para ello; preguntando [a] alguno de mis ministras y os diran lo mismo».

Despues, serca de la orasion me puse delante de una ymajen del desendimiento que esta en un claustro, y bi de alla en una altura grandisima, en un trono, las tres dibinas personas, aunque no las bia claramente. A la Birjen que estaba alli mui serca la bia mui claro. Y desian que mirase aquellos nueve coros de angeles que desde alli desendia[n], y a todos los demas coros, y que todos cuantos estan en el sielo, en dando la [hora de la] orasion, se postraban. Y que Nuestra Señora les asia cortesia abajando la cabeza, y que luego se bolbian a sentar. Dije yo: «¿Delante de Dios se sientan en sillas?». Disenme [que] «si, que Dios les ase esa merced porque ellos lo trabajaron y ganaron».

Diseme en este mesmo dia: «¿No fue benefisio el del abito que tanto bos reusasteys, y queriays señal para aberlo de tomar? Ya tubisteys señal cuando mi capilla se quemo, y no quise yo que lo resibierays antes porque no os abiais de aprobechar. ¿No a sido benefisio la perseberansia que abeys tenido? (45v) Siete años que a que benis a mi. ¿Puede aser esto el demonio? [Te] meteras en cuantos males a[h]y si».

Juebes, adelante, preguntele al Señor Si era pecado no traer un paño en la cabeza que cayga por los onbros, que manda la regla. Dijo que «no, mas que fuera mui cuidadosa en cunplir todos los preseptos

¹²³ Un patacón es una moneda hecha con una onza de plata.

¹²⁴ Aunque Cristo no tiene una festividad específica en la tradición católica occidental, esta traducción tiene sentido dentro del contexto narrativo. Sin embargo, otra posible traducción podría ser «dado a una monja en su santo». Dejo al lector la elección.

que manda la regla, porque [sic; = por] pequeños que fuesen, y mis dies mandamientos y preceptos de la yglesia»¹²⁵.

Despues, en la siesta, fuime al coro. Alli me ynquieto un temor grandisimo y aunque no bi nada, mui bien eche de ber que era una señora monja que a algun tienpo que murio. Por entonses quiteme de alli. A la ora de orasion bolbi y al punto la bi en una ondura profundisima, onde la e bisto otras beses. Y con esto [det.] la bi claramente sentada y un pie sobre otro, como se solia sentar aca, con un pedasito de toca en la cabeza y el rostro mui negro. Alli la e bisto siempre. Yo estaba ofresiendo los trabajos del dia [cuando], llamandome por mi nombre, [y] me dijo: «¿Cómo te olvidas de mi y andas asiendo por unos y por otros?!». Dije: «Yo sienpre te encomiendo a Dios». «Sí, mas no con el afecto que pide mi nesidad. Aunque ayas ofresido el dia tambien puedes ofreser por mi, que Dios no es ratero. Por amor de Dios te pido que con mucho cuidado y afecto te acuerdes de mi —¿no nos criamos juntas?— y que me apligues sinco dias de tu trabajo ofresidos a las sinco llagas. Mira que padesco mucho y por sola la misericordia de Dios me salbe y estube en un aprieto mui grande y a punto de condenarme. Yo nunca cunpli con mis obligaciones, y aunque tube aquella enfermedad tan larga, nunca entendi que me moria. Y asi no cuidaba mas que de mi mal y el deseo destar buena, y asi no asia actos de contrision si no en lo ultimo». En esto enpeso la disciplina de la comunidad y ella descubrio sus espaldas, y juntamente se asoto. Yo estaba admirada de ber aquello. Y dise: «¿Pues no los debo?». Despues, en la cosina, la bolbi a a ber alla en aquel lugar profundo que dije que le abian señalado; asi, todas las beses que la e bisto a sido alli. Tambien me dijo: «¿Que poco nos llebamos, yo y Grasia!», que era una negra de una ermana suya que a uno a tres semanas que murio. Despues me dijo el señor que mirase

¹²⁵ La regla franciscana reglamentaba la vida religiosa de cada miembro de la orden, las clarisas inclusive. Ella incluía la observancia de los votos de obediencia, castidad y pobreza, y estaba dividida en doce capítulos con veinticuatro preceptos. Agradezco a Meredith Dodge haberme aclarado esto.

el brazo derecho con mucha atencion, y que con esta meditacion se me avian (46r) faciles los trabajos. Y bi solo el brazo y mano con la llaga lastimadisima, y todo el brazo lo estaba mucho.

Biernes, fue dia mui ocupado, mas cuando pude me escape y me fui al coro. Y apenas abia enpesado quando oy a la señora abadesa. Lebanteme de alli y fuime al confesionario y alli me dieron una repreension porque me abia lebantado abiendo enpesado [a] ablar con Él, y que por qué no le abia de aber dicho quierome lebanlar. Dije: «Quiteme porque luego andan poniendo nonbres». Dise: «¿Podeys bos dar algo? Nada es buestro». Luego biene la de ayer a darme las gracias de lo que abia echo por ella, y mui agradesidisima. Dijele que me lo pagara cuando se viera en la presensia de Dios. Dijo que de mui buena gana, mas lo que aora podia aser por mi era desirme que supiese que todo cuanto ay en este mundo es menos que un poco [det.] que solo serbir y amar a este Señor, que tan digno es desir 'amado, serbido y reberensiado' —es de ynportansia— y asistille mucho, que aunque no se sepa mas, eso es de mucha ynportansia. Plubiera [=plugiera] a Dios y yo lo ubiera echo desde que tube uso de rason, y mira que seas mui perseberante en esto, y tu te allaras delante de Dios sin las marañas que yo truje. No estaba en el oyo ni prieta, sino donde yo estaba. La bia medio cuerpo para arriba, y de su misma figura. Despues, estando en la cosina ocupada, me dio una cosa en la cabesa que paresia que me moria. Estube con esto un rato, despues fui bolbiendo en mi. A la noche, quando estaban en maytines, llegueme por la puertesita que esta a la cabesera del coro y dije: «Señor, ¿como estas? Que estoy mui triste porque no te e bisto oy». Poneseme en su custodia, como quando lo sacan para renobar con muchisimos resplandores. Diseme: «¿Yo no estaba contigo quando te dio aquel mal y te lo quite?». Luego dijo: «La cantara [=cántara] de la sabana santa», y al punto diseme la sobredicha difunta: «Aquello es por mi y las demas», dise, «cada una aplica a quien quiere». Preguntele a la monja que por quien abia dicho aquella orasion. Dijo que por ella (es la que escribe esto) y que abia comulgado aquel dia por ella y echo todas las dilijensias

a que abia podido para ganarle ynduljensias. El año pasado, en la octaba del Corpus, abian aderesado el altar donde abia de estar el Santisimo, y abian puesto un retablo grande de la Trinidad Dibina ya mala. Y abiendo bisto mui bien a San Joseph, en el lugar donde estaba el santo bi una monja con tocado bajo. Yo por una parte pensaba que se me antojaba y que eran mis ojos. Linpiabame, refregabame [y] poniame por uno y otro a[g]ujero de la reja, [pero] mientras mas lo miraba mejor lo bia. (46v) Y esto fue algunas beses. Nunca entendia lo que era y aora me an dicho que era para que yo encomendara a Dios a esta monja, que entonses se estaba muriendo. Y yo abia oydo desir que llebaba mui mal el morirse y que no queria que le ablasen deso. Yo la tome mui a mi cargo y lo andaba pidiendo a otras.

Sabado, bispera de la Natibidad de Nuestra Señora, quise ayunar a pan y agua¹²⁶. Y como me allase flaca, por no dejar la obediensia por esta causa, y andubieran buscando quien supliera mi falta, pregunte a Nuestra Señora qué aria. Dijo que mas balia media ora de orasion que muchos ayunos. Dije: «¿No balen esos ayunos?». «No se si balen, mas mejor es la orasion y mas agradable a Dios».

Pidiendo a mi padre San Francisco me alcansara de Dios grasia para serbirle, me respondió, biendole yo: ¿Que sino bia yo cuando se cababa un poso, que no se dejaba asta que allaban el agua? Que asi abia de ser [el] buscar a Dios con perseberansia, con umildad y penitensia. ¿Que si no bia yo al borrico, [que] cuando no estaba domado que daba brincos y se resistia, y que en domandole con el freno y la carga, asian del lo que querian?. Preguntome quien era mejor, yo o la tierra. Dije que la tierra. Dijo: «Si, porque de la tierra se ase lo que es menester, se edifica, mas de esa solo para gusanos es buena. Los sentidos y potensias, si no se ocupan en Dios, mui desdichados seran». «¿Que are para agradar a Dios?». «Sufrir mucho y [ser] umilde como la tierra, y [tener] mucha confiansa en Dios, que no puede faltar a los suyos».

¹²⁶ (Vísperas) el 7 de septiembre.

Martes, dile gracias porque disperte a buena ora sin trabajo. Disenme: «A[h]y bereys lo que yo trabaje». Dos beses, que fue despues, en traba[ja]n[do], bi al Señor atado en la coluna de bara y media dentro del sagrario. Estaba de linda figura, mui bien echo de pies a cabeza, el cabello asta los hombros. Bile por todas partes [pero] no me ablaron.

Juebes de la ynfracoctaba de la Natibidad de Nuestra Señora, por la madrugada —que apenas tengo otro lugar— encomende a Dios a una monja, con mucho aynco. Y todos estos días lo e echo. Disenme: «Deja eso. ¿A ti no te sacaron de todas aquellas maquinas en que estabas metida con buena aparsencia? Es tentasion la que tienes». Con ser cosa que me daba arto cuidado, se me quito en este punto y quede quieta y sosegada.

(47r) Despues a la siesta, estando en el coro, se me representaron cuatro almas bestidas de blanco. A la una conosi, que es de la que emos echo mension estos dias. Dabame muchos agradesimientos: que Dios me pagar[í]a lo que con ellas abia echo. Que nuestro señor Jesuchristo fuera conmigo en todas las cosas en que pusiera mano. Muchos agradesimientos y bendisiones [me dieron]. Estubieron todo el tiempo que estube en el coro, [pero] no fue mucho mas. Si mas [tiempo] estubiera me parese que lo estubieran [también ellas. Pregunteles por doña Rafaela [y] dijeron que no estaba ay¹²⁷. En otra ocasión, algunos

¹²⁷ Esta debe haber sido Rafaela de Esquivel, cuyo nombre aparece en un informe emitido por la abadesa doña Justina de Guevara en 1616 (AAL, «Autos seguidos», SC, 1: 1). Sin embargo, Rafaela no aparece en una lista de las monjas en 1633 (AAL, SC, 4: 42, «Relación de religiosas y donadas», 1633). También Juan Meléndez la menciona (1681, II, p. 433) en un relato: «Una esclava servía en el santo convento de santa clara de lima, contra toda su voluntad, encerrada. Llamavase Christina Angela. Intento salirse fugitiva; consiguiole, dexando descuydar las Porteras un dia. Echaronla menos en el Convento, cargaron le la culpa a la Portera, era Sor Rafaela de Esquivel, todas las Monjas. Afligian a la afligida, que es lo que hazen todos en el mundo; acordose de la Virgen Rosa en estos desconuelos, y diole, que descubriesse la Esclava. Aquella noche, en sueños, vio, que la Santa Virgen vestida de una blanca tunicela, y de resplandores, le dezia: 'Mañana parecerá Christina'. A las siete de la manana la hallaron, y truxeron al Convento».

dias a, pregunte por ella y me dijeron que desde que yo la abia bisto bestir de blanco se abia ydo. Fue el dia de Nuestra Señora de la O¹²⁸.

Biernes de madrugada, me [det.] como todas se lebantán con deseo de dar gusto a sus amas yo [det.] quiero dar gusto a mi amo, que es mi Señor Jesuchristo. Diome una cosa delante de todas, que me queria rebolcar con aquel suelo. Desiale: «Señor, no me afrenteys, que luego disen ynbensiones [de] que son santas». «Nadie puede aser santos», disenme. «Si os lo dijeron dad gracias a Dios. Dije: «Señor, tengo una gana de meterme en un rincon y que no me bea nadie». Dise: «No, en el coro abeys de estar». Dije: «Están asiendo ruido». Dise: «De zeldas, no [o]s metays bos e[n] nada, estad en buestro negocio». Dije: «¿Cuándo estare yo sin ablar una palabra en todo el dia». Dise: «No, os estays en el coro asta medio dia. Despues [debeis] estar con cuidado de no ablar asta que en comiendo, os bolbays al coro, y no [debeis] ablar sino con mi madre y conmigo, y así pasareys el dia sin hablar».

Bi dentro de mi unos ojos que me causaron gran espanto, con aberlos bisto otra bes. Y disenme: «A[h]ora sabeys que de esos ojos, esos son los que miran».

Sabado, así como enpieso a entrar por el claustro que ba al coro, se me ynfunde una sertidunbre de que están el Padre y el Espiritu Santo a los lados del Santisimo Sacramento. Sin ninguna duda postrandome y adorando a este gran Señor, dije: «Aquí está esta piedra, este ladrillo, esta negra de la casa de mi padre San Francisco». Diseme: «Aquí esta». Yo estaba cansada. «¿Cómo me tengo de sentar delante de bos? Cuando yo me paro aquí es pensando cómo bos estabays parado». Dijo: «Lo mas de mi pasion fue en pie, y en todas aquellas cosas que me llebaron me tubieron en pie, como la cayo».

Domingo. Disenme, entre otras cosas: «Yo no quiero nada de bos, sino que seays agradesida». [H]abra tres meses, algo mas o menos, que me enbio a lla- (47v) -mar una monja que abia mucho tienpo que estaba mala de gota artetica y otros males, que le abian echo muchos remedios

¹²⁸ El 8 de diciembre, la fiesta de la Inmaculada Concepción.

y tomado dos o tres beses jarrillos y nada le asia provecho. Enbiome a llamar esta enferma, que sienpre se triscaba connigo. Yo pense que era para algo desto, y aunque lo abia reusado ube de yr. Y pideme que por amor de Dios le diga unos Credos en la parte enferma. Yo le dije que no sabia aser aquello. Que una monja que sabia de aquello, la traeria para que lo ysiera, y esto por eccimirme. Mas ella porfio tanto algunos dias que me estube escusando; mas como lo pedia por amor de Dios no me pude reusar. [H]ysele unas cruses e[n] nonbre de la Santissima Trinidad, y no se si Abe Maria o Paternoster. No e cuidado mas desto que si no fuera [det] tube por tentasion la desta monja, o que me tentaba a mi [det.] Pues disenme a mi que si no fue benefisio aber sanado [det.], que con tantos remedios como le abian echo nada le abia aprobechado. Y que esta religiosa —nonbrandola por su nonbre— lo abia dicho a sus parientas. [H]abia estado una dellas mui mala y no asia sino enbiarme a llamar. Y yo, como entendi para que era, no quise yr yo. Y entrando en la puerta, una ermana desta que emos dicho diseme: «Ensalbame esta sien, que me duele»¹²⁹. Yo dijele que no sabia aser aquello y fuime de alli. Despues, mui descuidada de todo esto, cuando fui a la orasion sacanme todo esto. Tambien me dijo que a no aber sido esto estuviera [a]tendida como las demas. Olbideme de desir el prinsipio, que asi que me recoji dentro de mi me arrancaron con tanta fuersa que fue ynposible resistirme, y ponenme en otra parte de lo que yo llebaba.

Despues que paso un rato no se que me dio, que por poco alboroto el coro. Desiale yo al Señor a toda priesa: «¡[Que] no lo sienta el coro! ¡No me afrenteys!». Diseme: «Alla lo bereys cuando bengays al coro». Todabia me falta una semana de estar en la cosina. Como estoy en ella apenas tengo unos ratitos, y asi el comer es mui a priesa y en pie. No se quien me dise: «Come despacio que no te entrara en provecho, y estaras mala». Digole yo: «No te metas en eso, mala o buena sera como Dios quisiere». Otras beses me dise: «Tu estabas echa a lebantarte a las

¹²⁹ Ensalmar significa literalmente curar repitiendo versos de los salmos u oraciones (*DA*, III, p. 489).

nuebe y estas madrugando a las cuatro. Tu te moriras». «No ynporta que me muera. ¿Que te ba en eso?».

Lunes, bispera de las llagas de nuestro padre San Francisco, bi que muchas se quedaban en el coro a los desagrabios. Dije al Señor que si me quedaria aquella noche. Diseme: «No te quedes. Bete a descansar». Y asiame yo entender que (48r) mi cabeza lo ynbertaba para yrse a flojear. Buelbo otra bes a preguntar si me quedare. Dise: «No, bete a descansar y cobijate mui bien, y a las cuatro te lebararas y meditaras en la caridad con que ynprimi las llagas a mi sierbo Francisco, bajando para esto con mi ynmensa grandesa [porque] era mui umilde».

Martes, dia de las llagas de nuestro padre San Fransisco¹³⁰, me dijeron que bien pudiera, sin benir, darle las llagas a buestro padre, mas que para esto, con su ynfinita grandesa y poder, y que de sus propias llagas se las abia ynpreso, que porque era umildisimo y que nunca abia dejado de estar [det.] de su estandarte. Dije que que era estandarte? «Mi crus sienpre estaba en [det.] [fide]delisimo sierbo», y otras cosas que se me an olvidado. Luego dijeron alli [det.] que se abia muerto un ermano de una monja y encomendele a Dios [det.] pude y ofresi parte de la comunion por el. Y diseme: «Cuando [det.] conbertir en mi ni enmendarse enbíoles trabajos y enfermedades, y con esto y con los dolores me llaman y se acuerdan de mi». Dieronme a entender que se abia salvado. Despues, a mediodia, estando repartiendo la comida, entro una monja de las que serbian en [el] refitorio a llebarme unos platos que me enbiaba otra monja para que yo comiese y con enfado me los dio, disiendome dos palabras afrentosas para mi, de suerte que yo quede yendo y biniendo en aquello. Y diseme: «¿[H]asta cuando as de estar reteniendo eso? Al punto que susede se a de dejar. Piensa en lo que me ysieron pasar en el tiempo de mi pasion aquellos picaros, disiendome muchos baldones y trayendome de aqui para [a]lli, y con esto se os ara fasil todo». Fui a la siesta al coro, y diseme que pensara

¹³⁰ El 4 de octubre.

yo que ya abia destar alla, y que mirase cuantas estaban enterradas en aquel coro. Y que yo no acababa de conoser sus benefisios. Luego de ay a un rato dijo que todos yban por sus caminos o por su camino [y] que abia muchos mas. Que a mi me llebaba por camino llano y sin duda, y berdadero y sin barrancos, y que no abia en qué topar. Dijele que si queria que ysiera yo lo que asian las monjas para los desagrabios. Dise que cómo queria aser nada sin lisenia? ¿Que si era yo mia? Que Él no abia echo cosa sin boluntad de su padre. Dije que ya abia lisenia jeneral. Dise que no, que me baya yo a mortificar. Que mi padre San Fransisco era mui obediente y mui umilde, y cuando mas mercedes resebia, tanto mas se umillaba». Dije: «¡Quien como mi padre!». Dise: «No, era de carne».

Juebes, un ratito que tube me entre en un confisonario, y como estaba tan cansada senteme arrimando las espaldas a la pared frontera, y luego bi aca delante al Señor. Dije: «¿Cómo esto, si esta aca detrás?». Esto fue ynterior, que sienpre mis preguntas y repuestas son asi. Diseme no se quien: «Solo Dios se be asi porque esta aquí, y en Potosí y en España», y enpiesame a encarnar todo el mundo, y ultimamente que esta en el purgatorio y en el ynfierno, que lo estaba mirando. ¿Que si pudiera yo ber de la otra parte de la pared lo que pasaba aunque ubiera jente?

(48v) Biernes a mediodia, repartiendo una pitansa que me cupo, llego una muchacha a cobrar de comer, y tomando su olla misma se debio de derramar lo que llebaba¹³¹. Y dijo que yo la abia quemado, y sobre esto dijo cuanto quiso. Y con la grasia de Dios no le dije palabra, mas de que no le abia echo nada, ni me abia pasado por el pensamiento aserle [nada] ni a un gato. Baje de alli y biene su madre con la demanda, asiendo un gran caramillo, [pero] yse lo mismo que con su yja. Despues que paso esta batalla bolbime a Dios y dijele: «Bien sabeys, Señor, que no fue mi intension aser mal a nadie». Dise: «A mi me pisaron la ropa

¹³¹ Esta muchacha probablemente esperaba en el torno, donde se recibían y enviaban cosas.

y los pies y la cabeza [pero] no respondi palabra. Y si trujerays presente mi pasion, todo se [det.] facil y no os apurarays tanto». Como estaban tantas juntas [det.] ...me pisando y got[e]ando sobre mi el locro, yo me estaba apurando [det.] ...ales o pasa por aqui delante. «Pensad la caridad con que buestro padre San Francisco serbia a todos, o a buestra madre Santa Clara. Yo mui [det.] beo como lo asyes bos con buestros ermanos y mis yjos». Dije entre mi: «¿Por [d]onde beo?». «Por el techo», dise. «¿No estoy yo en toda[s] parte[s]? ¿No me bisteys antaño con cuatro caras [que] mira[n] aquí, allí y a todas partes? No ay cosa que yo no bea, por pequeña que sea y por escondida que este». A la tarde repre[se]ntaseme con la crus a cuestras, bestido de morado. Dije: «No es menester ber crus para aser buestra boluntad. Dadme lus para conoserla, y grasia y fuersas para ponerla por obra». Aqui no hablo, mas abia dicho antes que era menester armarse de mucha fortaleza para las ocasiones.

Sabado, propuse de aser todo lo que se ofresiese por la corona de espinas¹³², de suerte que me fue mui bien porque aunque ubo ocasiones de apurarme mucho, estube que no me conosia de la pasiensia y ygualdad que quiso Nuestro Señor que tuviera. Disenme: «Tú eres mui yngrata. No conoses los benefisios. ¿Por que no abias de aber dado gracias del conosimiento que te an dado?». Y es que cuando boy al coro, en llegando serca me ynfunden un conosimiento clarisimo y sertisimo de que esta el Padre a lado derecho del Santisimo Sacramento, y el Espiritu Santo a lado ysquierdo. Pasado esto dije: «Como estaba tan apurada no me e puesto silisio». Dise: «El silisio es» —no se como dijo— «la fortaleza de la pasiensia». En efeto, que ayudaba a la pasiensia.

A la noche boy al coro y digole a Dios: «Señor, ya yo acabe con la cosina. ¿Que quereys que aga ahora, que yo soy buestra». Dise: «Que deys muchas gracias (49r) al Padre Eterno porque os a traydo aquí. Y todo un mes, de dia a dia, sin faltar ninguno, ¿como binierades bos si n[o] os trujeran con tantos aogos?». Dije: «Yo soy una pajita». «En las pajitas

¹³² Ella prometió todo lo que hiciera en nombre del sufrimiento de Cristo mientras llevaba la corona de espinas.

moro yo, que en los potentados no porque ellos no quieren»¹³³. Yo estube apurada, llorando mucho porque soy tan mala que no conosco los benefisios ni amo a Dios. Dise. «Muchos pasan muchos años y no alcanzan una migajita de lo que a vos os dan tan sobrado». Dise: «Bolbed a resar el rosario de mi madre como soliays resar», que estos días, por estar ocupada abia dejado. Dise que le [e]s agradable este rosario. Le reso postrada y besando el suelo a cada misterio.

Pasando por una bentana me llama una monja de «boladora»¹³⁴. Dije al Señor: «Beys, Señor, por esto me estoy escondiendo...». [det] ... para qué me escondo yo? ¿Que si no son todas senisas como yo que, no tengo que esconder... [det.] ...solo Dios ase santos. «Cuanto [=cuando] te dijeren que lo eres alaba a mi Padre y dale gracias...» [det.] ...quiere bolar e yo que no tengo para que reselarme de que me bean... [det] ...las sienego como yo. Que sienpre estubiera yo en el coro. Que no reparase si me miraban [o] si ablaban, que todo eso no ynportaba nada. Que obedesia... [det] ...yo, que si no bia [que] no era mia. Que fuera a pedir lisensia para quedarme estas noches en el coro. Desiale yo: «¿Como me enbias a la señora abadesa, que luego estan poniendo nonbres y mirando a las coras?». Dise que si no sabia que no tenia yo boluntad ¿Y que si no sabia yo que dos beses me abia ofresido a Él, que fue cuando se quemo su capilla y cuando profese? Que quiere obediensia. Diseme que si este abito que tenia, ¿si era mio?. Dije que no. Diseme que qué aria por su amor». Dijele asi: «Que si me pidieran este braso lo diera para que me lo cortaran». Desiame: «Si, [y] trabajar». De ay a un rato disenme a mi que mirase yo aquel Señor que tan lastimado estaba, y que pensara yo como le [=se] lastimaria con aquellas caydas que abia dado, qué golpes serian aquellos y cómo con la crus se [le] yncaban mas las espinas en la cabeza con lo que ella apretaba; que considerase que dolores serian aquellos —esto me desian estando alsando la primera ostia—,

¹³³ Esto es parecido a un pasaje en Teresa de Ávila (1952, cap. 15).

¹³⁴ *Voladora*: lo que vuela o se desvanece rápidamente, o una persona perturbada, distraída o loca (*DA*, VI, p. 513).

y que pensara como se le yncarian los clabos con las caydas que dio estando crusificado. Como los clabos se abian sobresaltado y con Él los golpes [y] rasgadose las llagas. ¡Que qué dolores serian aquestos! Yo le beya crusificado y con los clabos como que por detras les abian dado golpes y se enpesaban a salir, como abian dicho que con las caydas se abian sobresaltado. Luego diseme el Señor que estuviera yo en el coro, y que cuando biera que ablaban de mi o que daban gracias a Dios de berme asi, que se las diera. Y tambien que dijera yo [que] se las daba con todos los coros de los anjeles, porque desian aquello estando en el claustro. Yban pasando dos monjas, disiendo la una a la otra que la ley de Dios era mui suabe. Be como que [se] le yba a la mano en sus buenos deseos. Dije al Señor: «Ya le ba estorbando y disiendo que la ley de Dios es mui suabe. Sí es mui suabe, mas es menester trabajar».

(49v) Lunes por la mañana, estando en mi cama abia estado mala y beo junto a mi un Christo de algo mas de media bara de alto. Dije: «¡Ay Señor! ¿Que es esto, que sienpre bea yo [a] Christo crusificado?! ¿Si es tentasion?». Dijo que no era tentasion. Que asi queria que le biesen, porque quiere que bean lo que paso por nosotros. Que lo que queria era que fuese mui umilde, mas que la tierra, y que estuviera mui dispuesta, mui resignada a todo lo que me biniese de sus manos. Desiale yo que si. Despues bine yo al coro y encomendeme a Dios, disiendo que ay estaba aquella pobresita que no te conose. Beo yo al Señor atado a una coluna de bara y media y tan [det]siamente atado que se le bia el gueso, los cordeles tan encajados. En una ocasion me dieron tan grandisimos dolores por todas las partes de mi cuerpo que no lo podia sufrir, y pediale que por los dolores que abia padecido... [det] ...me quitara todo lo que en mi no le agradaba. Dise que por... [det] . «..sentiria cuando me acabaron de quitar de la coluna, siendo tan diferente lo que tu pasas, que es un rasguño». Bia yo que al pie de la columa estaba mucha sangre derramada, y que dos anjeles con las dos manos la cojian y la echaban en un calis, y por una escalera altisima (y de arriba abajo clarisima como el sol) yban subiendo aquellos anjeles

con unas toallas, con el calis, y bolbian otra bes. Y de la misma manera yban echando la sangre y subiendola. Y desianme que aunque la abia derramado toda, ninguna se abia perdido, porque toda se abia llebado al sielo. Y desiamme que esto era lo que me abia enseñado. Otra bes me enseñaron entonses uno como poso, y Nuestro Señor parado como en el pretil, y de las sinco llagas [salían] sinco arroyos de sangre que cayan en aquel como poso, y dos anjeles a un lado, y muchisima jente alrededor. Y de cuando en cuando tomaban estos anjeles a uno de aquellos que estaban alrededor por los brazos y lo metian en aquella sangre, y que yban entresacando de aquellos y metiendolos alli. Y que en entrandose [se] yncaban de rodillas con las manos puestas. Aquel señor dijeronme que era lagar, pues disenme aora que esto que bio oy es aquello que a tanto tienpo que me mostraron. Que aquellos que entraban alli quedaban purificados, y que aquellas fuentes mientras Dios fuere Dios y el mundo durara, no abian de dejar destar corriendo. Y que ofresiera yo al Padre todo lo que abia pasado, y aquella sangre por aquellos pobresitos pecadores que no sabian lo que se asian pecando. Y que yo besase siete beses la tierra por aquellas siete caydas que dio cuando llebaba la crus, y que las ofresiese a su Eterno Padre porque me perdonase mis pecados. Y luego dise que quien le ymitare a de pasar dolores, ynteriores y esteriores. Tambien me dijo que yo no cuidara de mi, sino que me dejara; que Él tendria cuidado, que lo dejara todo en sus manos.

Martes, asi como desperte a las cuatro, disenme que diga: «¡Que benigno es el Señor, que abiendole echo tantas ofensas quiere que le resiba!». Que mirara yo si las ubiera echo a un onbre de la tierra, no bolbiera mas a su grasia, y que me ubiera bebido la sangre. Y con esto un conosimiento desta verdad, y del que era Dios Él que lo desia. Dabale gracias y desiale que le queria resebir oy, mas que no podria estar tanto como yo quisiera, porque tenia que aser. Dise: «Desde aora asta las nuebe puedes estar, que seran sinco oras». Despues de aber comulgado, una estube dando gracias a Dios. Despues desto me dijo el Señor que

los que dejaban el mundo tenían mas merito que los martires, porque aquellos, biendose en aquellas ocasiones de aquella fuersa que se le asia, (50r) con su gracia se dejaban quitar las bidas, y que luego pasaban aquellos tormentos. Mas estos de su boluntad [se] entrega[ba]n para no tener boluntad, y que peleaban con todo el infierno junto con el mundo y la carne. Y luego desia que la gloria del Padre era para estos, y que abia muchos escojidos, y que abia muchos que escoger. Desiale yo que no osaba pedirle ser una destes escojidos. Dise que por todos abia derramado su sangre. Desiame que cuanto en este mundo abia, no era nada. Desiale yo que me diera gracia para que yo estuviera a sus pies. Dise que ellos an de ser mi descanso, y mi cama y mi libro. En una ocasion tubo esta ermana deseo de que le leyesen e[l] libro de Santa Teresa, y desde entonses en algunas le disen que su libro a de ser los pies de mi señor Jesuchristo.

Estando para comer, dije al Señor: «Cuando de otra manera te serbian y mortificaban por ti tus sierbos, que se sustentaban con yerbas. Yo estoy aqui con tanto regalo porque tu [no] me lo enbiaslo como [ellos] eran». Dise: «Eran diferentes sus fuersas».

Subiendo por una escalera de... [det] arrojados alli de una monja que se abia muerto mas a de un año, y porque se... [det] ...Yo acordeme della y enternestime [sic=enternécime] pensando la nada que somos. Diseme en lo... [det] ...cabeza.

En la siesta, estando en el coro, abia... [det] [s]entiria que estando en aquel coro pleno me mandasen que no comulgase, y que cuando [det] no ysiere mas que obedeser, sin mostrar sentimiento. Dije que si, que yo no queria mas que su boluntad. Dise: «Si os echan a barrer a la cosina, ¿yveys de buena gana a cualquier parte que os mandaran?». Dije que si. Dise: «¿Si os manda cualquier muchacha, areyslo de buena gana?». Dije que todo lo que fuese su boluntad.

A la tarde estube ora y media en orasion. Sienpre le digo al Señor que la media es para mi padre San Francisco, y asese que lo beo alli. Y dije que me encomendara mucho a Dios, que me diera su lus y me

ysiera buena. Dise: «Como bayas como enpesaste y como ahora, bueno ba». Dijele que me diera [una] señal. [H]yncase de rodillas delante del Santisimo Sacramento y dise que adora y confiesa al Santisimo Sacramento. Y diseme a mi que sepa yo que el demonio no podia tomar al Santisimo Sacramento en la boca. Y que cuando oyga desir de mi cualquier cosa, que no ablara palabra, que estuviera como un muerto. Y que aquella repuesta de oy abia estado buena. Y fue que abia estado en una selda onde estaban una monjas ablando de rebosos, y ¿que qué me paresia de aquello?¹³⁵ Dijeles que qué sabia yo de aquello. ¿Que si yo era jente? ¿Que esta estubo buena! Digole: ¿yo que como lo sabe»? Dise ue los bienabenturados desde el sielo lo ben todo, bueno y malo, y por todo alaban a Dios. Que sea yo mui umilde y sufrida. Que Él y nuestra Madre fueron mui molestados en este mundo, y que no bisitase a nadie, que sino, que cuando las topase de bueno a bueno, las ablase. Que fuera mui diligente en cunplir mis obligaciones. Dije que aora andaba mala. Dise: «Al borrico¹³⁶, dejallo descansar, porque no ara cosa buena».

Miercoles, asi que desperte me dijeron que pensase en la gloria de los bienabenturados. Despues que estube en el coro, beya yo a muchisimos con palmas. Desianme que mirase los coros de los anjeles, y beya alla en un trono altisimo las tres dibinas personas, mas no las bia bien. sino alla tan de lejos. A la Birjen la bia mui serca, y la bia yo con una toquita baja. Desianme que asi andaba en el mundo, con su manto asul, y se le paresian las puntitas de los pies. Esto bia mui claro, y junto de mi desia yo: «[H]oy es miercoles, dia de Nuestra Señora. Aqui estare yo a los pies de mi Señora». Despues de pasado buen rato estaba pensando en lo que abia pasado. Disenme que pensara una ora en el ynfierno. Dije: «aora uno y luego otro»; mas luego yse lo que me desian, aunque

¹³⁵ Covarrubias, 1943, p. 897, dice que es un tocado que cubre el rostro y la boca (cuando está envuelto alrededor de la cara). También podría ser una forma figurativa de decir que intentaban esconder algo. Véase también RAE, *Diccionario*, II, p. 1736; *DA*, III, p. 393.

¹³⁶ Úrsula se refiere a una persona tonta o insufrible (*DA*, I, p. 656).

es una meditacion que me causa grandes temores; en mi, la misma (50v) naturaleza lo temia. Diseme que con el espiritu. Luego que me prostre [sic] al Señor, llebanme a una escuridad. Y [había allí] tan gran suma de condenados, unos con cadenas y orgollones, y desianme que por solo un pecado estaban aquellos allí; [a] otros [estaban] atandoles las bocas con yerros y desian lo mismo. Otros, en unas terribles sartenes, [estaban] friendo a muchos y sanbuyendo alli a unos; otros bajaban y otros subian, y bolbian a desir que [eran] los regalados. Otros, como en unas como barbacoas¹³⁷, mui bajas, [que estaban] ardiendo, desian que aquellos eran los amigos de cama¹³⁸. Otros, con unas cadenas largas y gruesisima[s], y unas con otros rebueltos, con una confusion, esto [y] aquello, que no se puede desir como ello es, desian de cada tormento por el pecado que abian cometido, y que muchos estaban por solo un pecado [det] ...y que yo los abia cometido todos juntos. Que mirase lo que debia a Dios y que le diera mas [det] Desianme que mirase yo a todos aquellos que estaban alli. Que yo meresia [det] ...reusas de pedir una lisensia. Y cuando salia de alli bi una cosa [det] que fue ber y conoser alli una persona que es biba, y me dijeron que ya [det] con una mala maña que tenia. Entendi que era concluir con ella. [det] Dispertando bi que a toda priesa llebaban el biatico a una enferma... [det] Disenme: «no es mortal».

Asi que me postre, di gracias por la caridad con que [el Señor] ynstituto el sacramento, y [pedí] que a todas aquellas que le re[se]bian fuera en su gracia. Tube gran conosimiento de que este señor era Dios verdadero. Juebes, despues de aber estado en la misa del Santisimo, bi en el sagrario, debajo de las cortinas, a las tres dibinas personas. De ai a un rato bi los pies de mi señor Jesuchristo y arrojeme en ellos. Despues las bestiduras eran blancas y no se beyan mas de lo que estaba destapado. Luego aparto la ropa que cubria el corason, no mas, y me

¹³⁷ Una cama hecha de palos. Probablemente está jugando con los dos significados de la palabra: una barbacoa y una cama. Véase la pintura de purgatorio en Vovelle, 1996.

¹³⁸ O bien eran ociosas y dormían bastante, o sino cayeron presas de su naturaleza lasciva.

bi allí toda entera de rodillas. Dije: «¿Qué [es] esto, Señor?! ¿Puede ser esto, que me bea yo aquí?». «Es ser benigno despues de aberme ofendido». Dijele yo que si la ormigueta abia destar allí. Este berme allí duro ora y media, mirandome. Dise que cuando la ormigueta se quitaba, la boluntad estaba allí. Dijele que si yo tubiera las boluntades de todo el mundo se las pusiera a sus pies. Dabale gracias y desiale: «Tu eres Dios». Desia que sí, que cuando [se trataba de] los amigos cualquier finesa se resebia. Desiale: «Señor, ¿quien come y duerme en cama a de estar a[h]y?». Dise que eso no ynportaba, que la boluntad esta dispuesta [y] que esas son cosas forsosas. Diseme: «Que cuando yo me yba a caer en el poso y conosiste que si cayeras te ybas al infierno, ¿quien te lo dio? Tu dormias en pecado mortal y la Birjen me rogaba por la pobresita, y buestro padre San Francisco y buestra madre Santa Clara me pedian por bos». Despues desto me dijo que los lunes alsara yo el colchon por las animas, los miercoles por los que estan en pecado mortal, los biernes por el estado de la santa Yglesia, estirpasion de las erejias i pas entre los reyes, y por todos los enfermos y encarselados, y por todas las nesecesidades.

Asi que me postre. Dije que allí estaba la saliba de todas¹³⁹. A la tarde bolbi a berme en aquel corason. Desiale: «Señor, tu eres Dios. A mi... no se qué desirte, sino darte muchas gracias por tan gran benefisio, mas [estoy] con gran espanto de ber (51r) cosa semejante». Y diseme que aquello que yo abia bisto [a] mas a de año y medio, que estando en el coro chiquito estando postrada bi en el estradito que esta delante del fasistol, estaba un fraylesito negro de nuestro abito, mui lindo, hermosisimo, y junto al orno otro abominable, [con] el abito [que] paresia desenterrado. Ybamelo disiendo para que yo me acordara, y dise que aquel que yo bi tan ermoso y resplandesiente eran los que estaban en grasia, los obserbantes que guardaban las reglas y asian lo que les mandaban la comunidad. Y que el otro era de los que estaban

¹³⁹ Aquí Úrsula se compara a sí misma con la saliva, algo de muy poca importancia.

por su comodidad y que no querian [ha]ser mandados ni serbir [a] la comunidad, ni que los apurasen, sino andar a su boluntad. Desiale yo al Señor: «Mandadme lo que quisiereys y apuradme como quisiereys, que yo no quiero [det] as de tu boluntad». [H]abiase olvidado [que] salia por una disciplina y [que] bolbi tan distrayda que no pude bolberme a recoger, sino que paresia que todo el infierno se abia lebantado... [det] ...mi. Y despues de mucho tienpo desia qué es esto, en un punto tan diferente [det] que pienso que todo lo que a pasado son mis enbustes. Y disenme: «En bosotros [det] no podeys estar sienpre de una manera. Eso es de los bienabenturados... [det]».

Biernes, en comulgando todabia esta... [det] leño, daba gracias al Señor. Despues de un rato bi dentro de mi [det] un niño como de dos años, con su banda y banderita. No ubo mas, aunque me quede dando gracias hasta las dose. A dos o tres dias que me andan poniendo delante aquella reyna que me mostraron una bes, para que la encomendase a Dios¹⁴⁰. Yo, desechando esto como tentasion, dije: «¡Dejenme! ¿Con [la] reyna, qué tengo yo que ber con reynas ni con reyes!». Diseme: «Todos bienen a mis pies, que para mi todos son unos». Yo e oydo desir que las profesion[es] de las donadas no bale[n] y pregunteselo, y dise que como se aga de corason que si bale, que lo demas es engaño.

Domingo, estube alabando al Señor. Desiale que era mi Padre, mi Señor, mi Pastor, mi consuelo y mi refujio, y desiale a mi anjel que fuera a mi Señor y le dijera que a[h]y estaba yo para aser su boluntad. Que me enseñara cómo le abia de agradar, y que le dijera que yo no queria que me ablasen porque luego andaba con muchas fatigas. Disenme que de gracias a Dios. ¿»Que si no es mejor andar con fatigas que con pecados y remordimientos de consiensa, y andar con los padres»? «Sí», dije, «sí». No dije que si no era mejor la consiensa quieta. Desianme que los anjeles sienpre andaban con fatigas cuando no nos queriamos lebantar, y que ellos entre si se quejaban unos con otros, disiendo:

¹⁴⁰ Aquí se refiere a Isabel de Borbón.

«¿Qué are con esta alma que Dios me a dado a cargo, que no se quiere enmendar?», por mas dilijencias que ellos asian para ello. Desianme que de las fatigas que tu tienes no le dan pena sino los pecados. Desia a mi anjel que qué se abia echo, que abia estado con grandes fatigas. Desian que aca dormiamos, [pero] que los anjeles no duermen de dia ni de noche. Desianme que los anjeles desian que qué cuenta darian a Dios de aquella alma. Disenme que primero nos a [sic] nos abiamos de dejar quemar bibos y atenaseados que pecar.

Tube deseo de oyr leer un libro de la *Ymitasion de Christo*, y disenme que para que me queria ocupar y enbarasar en libros. Que su ymitasion era considerar cómo bajó del sielo dejando su ynfnita grandesa, a ser tan umildisimo y tan pobre que no tubo mas de unas pobres bestiduras, y que sienpre andubo descalso y sin cubrir su cabeza; (51v) su mansedumbre. Que pensara yo [que] cuando le fueron aprender, que bien pudiera Él consumir a todos aquellos. ¿Que si a un birrey, alguno le diera una bofetada, que si aquel saliera de alli con vida? Que siendo yo tan gran pecadora, quisiste que te resibiera. «Mira tu lo que padesio con tanta mansedunbre, umildad y pasiencia con que abia pasado su obediencia, con que obedesio a su Padre: que esto es ymitasion de Christo». Que le mirase yo en el desierto: ¿que de nesiedades y pobresas y descomodidades que alli paso, y que sienpre estaba orando a su Padre! ¿Que esta era ymitasion! «Que le diera gracias porque no me tenia en el ynfierno, y porque te crió con tanta trabajo y por lo que me a sufrido y ha guardado, y por todos los demas benefisios», contandolos [det] todos cada uno de por si. Y desianme que si una persona tubiera mil bidas y [det] a todas en agradesimiento, no pagara ni satisfasiera con muchas bentajas que... [det] gracias que estos benefisios los ase Dios, no porque aya meresimientos para... [det] dispone de beras y deja por su amor todas las cosas que se duele de [det] estan sienpre apersebidos los que lo dejan para la ora de la muerte [det] y agonias de pensar lo que an ofendido a Dios no poder [det] pecados y con tantas congojas juntas,

todo tan e[n]marañando, y con berla muerta al ojo y la tribulacion de la cuenta que se les aserca, y por mas que rebuelben no se acuerdan de pedir perdon de los pecados. Y que despues Dios sabia a donde yrian. Que lo que ynportaba era tenerlo echo. ¡Cómo me dan tan grandes affliciones, que no me acuerdo de aber tenido en muchos tienpos una ora de consuelo que no sea con mil temores de si esto es de Dios o si me engañan! Aunque me parece que me lo disen aquí, que el demonio no abia de traer estas enseñansas ni sacar de bisios y pecados, [sino] que los metiera en ellos. Disenme que qué son estas affisiones que yo tengo, en comparasion de aquellas. ¿Que qué mayor consuelo que tener la consiensa quieta? Que le de muchas gracias por tantos benefisios y por la perseberansia que me da, y que sienpre bengo a donde esta. Que le tema yo, que es mui justo ser temido. Despues le ofresia yo al Señor la ora y media que abia estado allí, y sienpre le digo que la media es de mi padre San Francisco. Y dijele que si queria la media de mi Padre, si balia algo, fuera por aquel clerigo. Y disenme: «No puedes tu entender lo que bale». Tambien me desian que mi libro [se hallaba] en los pies de mi señor Jesuchristo; allí deprenderia que no abia para qué buscar otros libros. Que cuando quisiere saber algo lo preguntase al anjel de mi guarda, y yo entendi que era él el que me ablaba.

Lunes en la noche, despues de aber estado un rato en orasion, binoseme a la memoria una persona que yo abia bisto muchos dias a, que la traya el demonio peloteando, y estube encomendando[la] a Dios. Despues de mui buen rato disenme que en el tienpo de la pasion, quando aquellos escribas y fariseos querian que ysiera milagros, no los abia querido aser porque no se abian de aprobechar. Que asi pasa aca, que como conose con su sabiduria que ningun medio les a de aprobechar, [se] las deja [a] el clerigo.

(52r) Martes, dia de Santa Brijida, asi que me puse delante del señor disenme: «Dale gracias porque bienes a[h]y, siendo una nada»¹⁴¹.

¹⁴¹ El 23 de julio.

Dije que si, que ya sabia que era una garrapata¹⁴². Buelbe a desir «Dale gracias que es benigno, manso [y] misericordioso; es Padre, es amigo, es purificador, es Salvador tratable. No es menester mas de tratarle, que sienpre esta aparejado, no desecha a nadie ni repara en quienes en la boluntad conbienen. Si tu fuera[s] a palasio [a] hablar[le] al birrey, ¿no se rieran de ti, y te dijeran que dijeras lo que querias y no te dieran lugar para ablarle? Y esta Dios, siendo Señor Unibersal de Sielos y tierra, tan benigno para todos los que le quieren tratar[le], tan aparejado que no an menester mas de querer llegarse y tratar con su dibina majestad». Luego se puso [det] en el sagrario como Ecse [sic] Homo, las manos atadas, con una gran corona de espinas... [det] lastimadisimo [y] descoyuntado; que lo mirase yo mui bien. Me desia lo que... [det] salbar [a] los onbres; que mirase que aquellas espinas le daban tan terribles... [det] uñas de las manos y [los] pies le tiraba aquel terrible dolor y el corason... [det] dolor; que aquellas espinas le entraban por las sienes y por el selebro;... [det] ...[que] considerara yo con la crueldad y con la rabia que aquellos se le abia... [det] todas sus fuersas; que cuando yo me pongo con el amor propio y con mis [det]. se me quita aquello delante. Luego me desian que tratara mucho con mi anjel y que le preguntara, y que sienpre tubieramos a Dios delante en todas las cosas que ysiera, y en cualquier lugar que estuviera pensara que Dios estaba alli. Miercoles, estando fuera del coro, dime una disciplina fuera de la comunidad. En biniendo al coro disenme que por que no pedi lisensia para la disciplina, que si era yo mia. Yo desia entre mi «¿Todo lo a de saber? ¿Qué? ¿Para el silisio y para ayunar?». Y que no ayunara yo oy sin pedir lisensia y que me mortificara —que pusiera el blanco en el que mas meresia en esto— que si me despellejaran. Que su Dibina Majestad no abia tenido boluntad [y] que en todo la e de negar, [por]que cuando

¹⁴² Garrapata significa tanto «insecto que molesta mucho a los animales» como «un caballo que ya no sirve». La primera definición parece ser más probable. *DA*, IV, 28 también usa el término para referirse a una persona con un cuerpo sumamente pequeño, un homúnculo.

yse profesion, si no dije sin [voluntad] propio, [por]que ya yo no era mia. Que aunque [Dios] nos crio de diferentes nasiones... Y que la profesion de las donadas, cuando las asen y les parese que se pueden salir, no se entiende con quien lo ase de boluntad¹⁴³. Que la boluntad de negros y blancos todo era uno; que en la memoria, entendimiento y boluntad que todos eran unos: ¿que si no las abia criado a todos a su ymajen y semejansa, y redimido con su sangre? Que me ysiera como un niño chiquito, que no sabe si lo ponen aqui o alli. Que cuando el niño ba creciendo ya tiene boluntad, [pero] que no e de ser sino como el chiquito que tiene las manos atadas. Que me deje rodar por donde me mandaren, que no e de aser cosa, por pequeña que sea, sin lisensia. Que esa es ymitasion de christo. Y que meresiendo estar en el ynfierno, ¿reusaba de pedir una lisensia? Y que diera gracias de que no estaba alla. Tenia yo deseo de saber si los donados de mi padre San Francisco dormian con abito. Y dise que los que son escojidos se esmeran en cunplir todo lo que ordena su regla con mucha puntualidad. Que yo ni añada ni quite, que todo [sea] con lisensia y que cuando la baya a pedir, por el camino baya pensando qué son una muerta, que mañana estare muerta, edionda [y] llena de gusanos, y que con esto se fasilitara todo. Estando resando el rosario alla en mi corral¹⁴⁴, sentia que me ablaban. Yo estaba reusando[me a prestar atención y] desia entre mi: «¿Qué es esto que me abla? ¿No se[r]a tentasion?». Y alla, despues(52v) que abia pasado tres beses, disenme: «Que cuando dije ‘Dios te salbe Maria llena de grasia’, beys como desis ‘llena de grasia’ porque esta llena de Dios; ‘el Señor es contigo’, [porque] beys que sienpre esta con el Señor; ‘bendita eres entre todas las mujeres’, mira si ay otra como ella en los sielos; ‘y bendito es el fruto de tu biente Jesus’, [porque] ¿qué fruto ay como este? ‘Santa Maria birjen y madre de Dios’, [porque] quien ay que

¹⁴³ Úrsula podría estar dando a entender que algunas donadas hacían sus votos contra su voluntad, o que no los tomaban con seriedad y posteriormente dejaban el convento.

¹⁴⁴ Un corral usualmente es el lugar en la parte de atrás de la casa (y, en este caso, probablemente de la celda) donde se tenían gallinas o leña.

sea birjen como lo es esta señora, birjen y madre; ‘ruega por nosotros pecadores’, [porque] beys por todos, ruega y esta aplacando a Dios [para] que nos perdone, y en la ora de la muerte es la que yntersede por todos los que le piden su fabor».

Despues que comi estube dando gracias a Dios [det] tantos benefisios como me asia. Desiale yo que era mi padre y mi madre, y que [det] dando de mi asta de lo que abia de comer. Disenme que su palabra no podia [det] e echo para mereser tantos benefisios, que solo porque era Dios [det]. Y desiale que si yo tubiera en mi mano todas las boluntades [det] diera a sus pies. Desianme, entre otras cosas, que aquellos pies abian [det] que alli deprenderia —no se como desian— que cuando disen gloria [det] utera yn prinstitio et ynsecula seculorun, que Él era sin principio [det] luego me trayan muchos benefisios y en ellos el que me abian echo cuando me [det] en el coro, cuando me determine a tomar este abito.

Juebes en la noche, este dia me llebaron para cosinar. Cuando pude, mui tarde, bine al coro a dar gracias porque le abia resebido siendo una nada. Disenme: «a mas de media ora». [H]a algunos dias que ando con unas fatigas de que donde quiera que boy, de dia i de noche, en despertando, en cualquiera ora que sierro los ojos beo mui junto de mi un Christo, como de media bara, con la crus, no mayor. Y le tengo miedo, como disen que aquel es tan astuto y biejo que sabe engañar tanto. [A] cada rato le pregunto: «Si es Dios, ¿por qué a mi? ¿[Por qué] abia destar con quien es tan pecadora?». Boy [a] adorar al Señor y digole que qué es aquello que sienpre estoy mirando. De ay a media ora disenme que si creya yo que cuando ynstituyo el Santissimo Sacramento se comulgo a si mismo... no sé que me mento de cordero. Dije que yo no queria saber nada ni lo entendia, que yo benia alabar a Dios. Disenme si no sabia que despues que comulgo abia comulgado a sus apostoles, y como conosi que abia sido asi consedi que abia comulgado para yr a padecer. ¿Y que si creya yo que cuando alsaban la ostia el biernes santo, que le [sic=Él] estaba alli y se quedaba para siempre?

Yo, como se que se queda sacramentado, dije que si. ¿»Que si no era mas esto que estarme acompañando? ¿Que si no sabia que Él podia todo lo que queria y acompañar a los amigos»? Dije: «¡Jesus sea conmigo! ¡Alabado sea el Santisimo Sacramento!», y levantome de ay y boyme. La tarde antes me abian dicho que por qué no abia pedido licencia para yr a cosinar, que para lo restante la pidiera.

(53r) Sabado en la tarde me confese y se me olvidó la penitencia, sin echallo de ber. Y en despertando el domingo de madrugada, disenme: «No as resado la penitencia», y entonses me acorde que era asi. [He] estado estos dias pesadissima, con un sueño que no podia balerme, y disenme que si aquello no era peresa; que aquello asia la carne [y] que la desechara, que lo traya el enemigo.

Martes, dije a mi anjel que si seria bueno comulgar y luego yrme a la obediencia. Dise que baya, en comulgando, a la obligacion; que piense en aquello que llevaba y le diera gracias. Despues que acabe con el amasijo fuime al corral, y estando suspensa, pensando como ordenaria mi vida de modo que no ysiese mal, disenme: «Por la salud del cuerpo quieres perder la del alma», y [que] cuarenta [det] años que me esta acompañando y que aquel Christo que yo estoy viendo tan [det] es Dios, que quiere que siempre bea lo que yso y padescio por nosotros, y se [det] y que por esta causa esta siempre crucificado; y que cuando resibo el [det] por media ora podia adorarle dentro de mi, y despues alla donde [det] ...esto que me ablan dentro de mi, si es malo o bueno, temiendolo... [det] ...cantada me bine al coro y me estube ora y media [det] la cosa, la media ora que doy siempre a mi padre San Fransisco, dije que fuera para... [det] ...acabe la ora y media y en todo este tienpo no yse mas que dar gracias porque [le] abia reseedo. Al cabo me dieron a entender que aunque yo mas ysiera, no podia aser ni ynventar aquello que pasa aca dentro, que no es mio, mas que solo [lo veo] cuando Dios [así lo] quiere. Yo suelo pensar algunas beses si lo puede ynventar mi cabeza, mas ya beo que si no viene de la mano de Dios ni aun recojerme puedo. Yo abia deseado saber mis años, y con lo que me dijo, parese que

era mi anjel que me ablaba y [me] abia aconpañado cuarenta años. Y preguntelo en esta ocasión, y me respondieron que tenia cuarenta. Y yo, poco mas o menos, echa la cuenta, me parese que es así.

Miercoles, estando así recojida, dije al anjel de mi guarda que me daba mucha pena y enpacho aber de desir esto a nadie: que me tendrian por lo que no soy. Y diseme que cuando [se] lo diga a quien escribe esto, diga yo: «Para la onrra y gloria de Dios digo esto». Que diera muchas gracias a Dios y pusiera la boca en el suelo.

Para la onrra y gloria de Dios digo esto: bine esta tarde al coro y como bi el Christo que suelo [ver] junto a mi, dije que le adoraba e[n] nonbre de mi Señor Jesuchristo. Desiame que si, que Él abia benido por los pecadores y que sienpre lo estaba llamando ‘benid a mi’; que no se podia olvidar dellos, que en aquellas llagas los tenia a todos [los] que se llegaran a Él con corason llano [y] que no tubiesen segunda yntension; que no abia[n] de aber mesclas ni aser apariensia de que buscan a Dios con otros intentos. Y el anjel desia que cuando Dios permitian [sic] que pecasen era por sus secretos juisios, [y que] diese muchas gracias a Dios por la pas y quietud que tenia en mi alma.

Estando adorando al Señor que tenia en frente y postrada, llebanme la bista a un lado del coro donde bi, sentada en un banco, una monja que a mas de quinse años que murio. Yo espanteme y pregunte qué era aquello, abiendo [pasado] tanto tiempo. Disenme que como la cojio la muerte sin aber echo penitensia, sino [que] la cojio en sus entretenimientos... Que para yr al sielo se purificaban como el oro y que abian destar como un christal;... (53v) que aca, si les mandan quitar aquello o eso, no disiendo deste modo cuantos defectos ay en esta comunidad, y que desian a cada cosa ‘¿que es esto?’ y nada enmendaban ni obedesian, ni quedaron puntas ni camas... [det] ni nada —todo lo refirieron uno por uno—, y que con los seglares no abia tanto que aser. Que estaba esta difunta sentada en un escaño junto a la puerta del coro y con una lusesita delante. Tenia su propio rostro; el tocado bajo, como las entierran; los ojos bajos; las manos como de la muerte,

de solos guesos; el abito como desenterrado, y estando postrada asia [e]l altal, me llebaron la bista por mas de media ora que la [e]stube mirando. Tomo el canto de una manga y se cubrio la una mano, y con la mano abierta tiro la otra manga y se cubrio la otra. Y dije al anjel de mi guarda por qué me trayan a mi aquello. Y dijo que para que la encomendara a Dios y la... [det] ...e dar; aunque tube mucho temor, no fue como otras beses que me... [det] ba con Dios. Con esta bision me olvide de muchas cosas... [det] yo adoro a mi Señor Jesuchristo, que los temores que yo tengo... [det] y que aquello lo permite Dios por sus secretos juisios, que si binieran... [det] ...que me biesen seria segunda.

Biernes, día de San Lucas, abianme pedido el [det] que encomendase a Dios un negosio¹⁴⁵. Yo lo tome a mi cargo y luego lo [det] a ser y despues de aber comulgado, estando dando gracias y disiendole disparates, y entre ellos dije que era cordero, y luego bolbi, «¿Que es esto que he dicho?». Diseme «Sí, yo soy cordero. En la noche de la sena, cuando ynstitui el Santo Sacramento...». No me acuerdo cómo junto cordero con el Santisimo Sacramento. Dijo que cuando lo ynstituyo, primero se comulgo a sí [mismo] y luego a los apostoles, como asen aora los saserdotes. Y cuando les labe los pies y les enjuge los pies con un lienso, y que alli abian quedado las manchas de los pecados: que aquello significaba la confesion. Que bien pudiera, sabiendo lo que Judas tenia ordenado, no labarlo ni darle como a los otros, mas a el no le di mas que el pan, y esto por guardarle la onrra. Lo primero, se a de guardar la onrra de Dios, mas desir lo que se a de remediar de modo que no se entienda quien es, ni de donde sale. Esto me dijo a proposito de lo que me abian encomendado.

Sabado, no se como diga esto que oy me a pa[sa]do. Debia yo dies reales¹⁴⁶ y tenia unas mangas y escapulario, y pidieronmelo a cuenta de la deuda. Y olvidada de la obligasion dormi sin pedir lisensia. Bengo a

¹⁴⁵ El 18 de octubre.

¹⁴⁶ Un real es una octava parte de un peso.

la oracion y disenme que como di aquello sin pedir lisensia, que si era mio o si yo soy mia. ¿Que qué es lo que prometi cuando yse profesion con tanta boluntad, i que sienpre ando disiendo que no quiero otra cosa sino que se aga su boluntad, que yo no soy mia? Dije: ¿«si el enemigo me puede benir a mi con esto»? Dise: «El enemigo te ase que te olbides de lo que tienes obligasion. No se a de aser nada sin lisensia, ni dar ni resebir nada, por poco que sea. [A] mortificarse y yr a pedilla».

Disenme en la oracion que para caminar a la umildad y perfecion, abia de aber congojas y tribulaciones. Estube mirando el Christo con temor donde (54r) quiera que me bolbia lo bia serrando los... [det] dijo que a qué... [sic] abia ydo a la oracion a darnos ejemplo; que ella abia tenido congojas y agonias de muerte, y que desde la cabeza asta los pies abia sudado sangre con grandes agonias... [det] que ya que nosotros no pasamos aquello. Que es fuersa pasar tribulaciones [y] congojas con mucha umildad, [por]que aquella bestia no podia nada si Dios no le daba permiso para ello, y que no podia entender lo ynterior .

Parrafo [det].

Miercoles, resebi al Señor. Despues de mas de media ora que estaba en oracion dile gracias por aberle resebido. Disenme que mirase yo aquella majestad y aquella potestad que tenia en el sielo y en la tierra, que con solo mirarlo asia y lo desasia todo; que mirase lo que abia resebido, que los que lo resebian en gracia lo resebian como estaba en el sielo y en el Santisimo Sacramento, y las que no era como cuando estaba una asequia atorada de sieno que no podia pasar; que aquello era cuando estaban en pecado mortal y que por no cometerlo abian de estar sienpre bijilante[s]. Que nuestro Señor dijo a sus apostoles que belasen y orasen porque no cayesen en tentasion. Que yo le diera gracias porque le abia resebido, y que yo amara mucho a los projimos: lo que quisiera para ellos [fuera] lo que quisiera para mi. Que Su Majestad desia a sus apostoles: «amaos los unos a los otros», y que le amara sobre todas las cosas, y al projimo por Él. Que tubiese mucho silencio y fuese mui umilde. Quando me disen estas cosas no son sin causa. Suelo entrar

en un aposento [y] sienpre lo allo cual la mala bentura, y suelo desir: «¡Este aposento tan enfadoso! ¿No ay quien lo aliñe?». Disenme a esto que baya yo a linpiarle y que friegue los ba[ñ]os ynmundos [para] que no guelan mal. Y otra bes me dijeron por este aposento que yo reusaba de entrar en el, que fuese yo donde abia espinas.

Diolo a una monja un mal de rrepente, y encomendandola a Dios me dijeron que aquello enbiaba Dios para recuerdo y para que se enmendasen; que si no abia enmienda... dando a entender que cortaria.

(54v) Miercoles por la tarde, desianme que... [det] mandara la señora abadesa echar de una pared, abia destar dispuesta [det] ...nto y mas, que esto nadie lo mandaria; que si me mandasen aser cualquiera cosa [det] luego me mandaren otra y otra, tengo destar tan resignada que a de aber boluntad en mi, de ninguna manera. Despues estube pidiendo a nuestro Señor quietase a una persona que trae algunas ynquietudes. Dijele que le diese conosimiento para que se enmendase, que no condenase, que no se fuese al infierno. Disenme tan aprieta: «el ynfierno no [det] no ber a Dios para siempre».

Parrafo [det]

...y que era mui peligroso dejar lo que ynporta tanto para la ora de la muerte [por]que entonses no se puede aser nada. Y que si un rey no bibia como era rason y un pobresito sí, el pobresito seria alla rey. Mucho ubo de lo que ynporta; desde luego tratar de tener amistad con Dios, y de lo que bale una lagrima delante de Dios, llorada de corason, que la yntension es la que salba. Que guardara los dies mandamientos, refriendolos uno por uno, y que se enserraban en dos: que le amara y a mis projimos. ¿Que si podia yo aser alguna cosa destas que me pasan? Que si se apartara de mi pecaria mas que de antes; que cuando mas benefisios [se recibe], mas umilde [hay que ser], y que los resibiese como la saliba que echan los otros. Y que aquel conosimiento que tengo yo, cuando boy a Él y digo: «Boy a mi amo».

Juebes, en la misa rebuelben mis pecados. Alababa y bendesia a la Santisima Trinidad y sentia yo la dibina presensia. Y desianme [que]

confesara yo desde que tube uso de rason, todo lo que abia murmurado del projimo, y de los nonbres que les abia puesto. Yo desia que estaba ya confesado. Desianme que si confesaria mas poco mas o menos, y que cómo me podia yo acordar del numero, y que me acusara desde que tenia uso de rason. Yo repugnaba [por]que ya los abia confesado, y disenme que si no me acordaba de la pata redonda¹⁴⁷; y [ade]mas, disenme que aquello que bi cuando me confese jeneralmente, que me raspaban el corason con aquel guesesito, aquello que quedaba pegado que no acababa destar del todo linpio: «eran estas cosas que tu andas escrupuleando y disiendo al padre»¹⁴⁸.

(55r) Los primeros dos parrafos det.

A prima noche¹⁴⁹, estando recojida, me... [det] de un clerigo que a mas de un año que murio y esta enterrado aquí. Y procure... [det] aquello lo que pude. Estube así sin recojerme porque lo quiso Dios, que sino es cuando quiere, aunque yo no mas aga. Como era noche nuestro padre San Francisco, quedaron en el coro muchas monjas asiendo sus debosiones. Estubieronse asta casi la una y despues que las bi sosegadas, puseme junto a un pilar. Y alla a las tres debia de ser (que aquella noche no ubo reloj), y estando algo recojida, oygo a llamar a la reja dos beses. Yo, aunque tenia pabor, pense si era algun gato. Estubeme alabando a Dios y encomendandome a mi padre San Francisco, y estando recojida con los ojos serrados beo al clerigo en su propia figura, como que se paseaba desde su sepoltura unos pasos adelante y bolbia. Y diseme que por amor de Dios ruegue por el. Yo asi con el espiritu le dije que cómo del purgatorio benia de aquella manera. Dise: «Si yo biniera de la manera que estoy no quedaras con vida. Dale muchas gracias a Dios porque me salvé». Por la mañana, estando postrada para comulgar, buelbe y diseme; «Por las entrañas de mi señor Jesuchristo, que me

¹⁴⁷ Este probablemente era un apodo que Úrsula le decía a una persona.

¹⁴⁸ *Escrupulear* es lo mismo que *escrupulizar*, tener dudas sobre algo y en consecuencia sentirse intranquilo, dubitativo y falto de ánimos.

¹⁴⁹ *Prima de noche* se refiere a este periodo (DA, V, p. 376).

encomiendes a Dios». Yo ofresi que tubiera parte en la comunion y en todo lo que ysiera todo el dia. Yo no me acordaba de[l] tal clerigo.

Viernes, dia de nuestro padre San Francisco, tube un dia mui trabajado¹⁵⁰. Desianme que esta camino era mui trabajoso, que siempre abia de andar afanando, que estaba mui flaca, que lo dejara, a [sic] que todas andaban contentas y que yo sienpre estaba congojada desde que bengo a la orasion, y otras muchas cosas deste talle. Yo conosia que era el demonio

(55v) Dos parrafos [det]

Sabado en la tarde, estando resando el rosario, disenme: «Yo soy Dios, que baje de los sielos a pasar trabajos. Yo para mi no lo abia menester. Mi madre, con ser madre de Dios, paso muchisimos. Todos los que estan en la gloria fueron por ese camino. Toda mi vida [la] pase con grandisimos trabajos, congojas [y] dolores. ¿No abeys oydo decir: ‘trabajos de Jesus?’». Que tenga mucha confiansa, que a quien le busca de beras no [le] puede faltar. Que quien ama, cuando mas trabajo pasa, ama mas.

Despues, estando en el coro bi un Christo crusificado delante del sagrario. Y desianme que le mirase yo lo que abia padecido. ¡Que dolores serian aquellos estando pendiente de aquellos clabos por tres oras! ¡Quan encojidos estaban aquellos nerbios sin poderse menear ni alibio de ninguna manera! Que si queria alzar la cabeza se le yncaban mas las espinas. Que mirase aquellas manos cargando todo el peso del cuerpo, ¡como se rasgarian! Y que mirase los pies, uno sobre otro, tambien cargando el peso de todo aquel cuerpo: ¡que dolores serian aquellos! ¡Que congojas! ¡Que sudores! ¡Que agonias serian aquestas! Que mirase yo si a cualquier hombre de los de aca, si se pusiese una ora en pie sobre otro, ¿cómo lo podria llebar? Que se estaria cayendo por aqui y por alli. Y que cuando yo me ponía en crus, ¿como lo sentia?, y que su majestad estuvo tres oras enteras en aquellos terribilissimos...

¹⁵⁰ El 4 de octubre.

(56r) Tres parrafos det.

... esta carne, que eso era cabar el poso¹⁵¹; que mirara bien cómo labraban una [det] abaxo, que asi era todo. Que tentaciones sienpre las abia de aber; ¿que si no sabia yo que... [det] os abia el demonio querido, y ydole a tentar; que como queria y destar libre [det] en tiempo de trabajar; que despues, cuando partiera el agua del poso... dando a entender que seria otra cosa. Tanto dijo aqui de la ymitasion de su [H] yjo de la pobresa, obediensia, la umildad y mansedumbre de todas las birtudes. Que le ymite yo y le de gracias por [recibir] tantos benefisios.

Domingo, luego que me postre me dijeron que queria ser mi maestro, y dije: «Creo en Dios Padre. Yo no se de maestro y bengo [a] alabar a Dios».

Domingo primero de adbiento, estando recojida bi una escalera terribili[s]ima de cuatro caras. Alli me daban a entender que era[n] las cuatro partes del mundo, tan altisima que llegaba al sielo. Enpesaba anchisima abaxo y con unos escalones mui estendidos y capases, angostando[se] arriba, y alla mucho mas alto. Que esta escalera, al remate della... no se desir en qué estaba el Señor asomado, mirandolo todo. Desianme que me postrara yo a los pies de mi señor Jesuchristo, y que aquel Señor desde alli me oya lo que le desia con el corason. Que qué rey ni que señor del mundo, estando tan distante en otra ciudad, mui lejos, me pudiera oyr. Desia yo: «Creo en "Dios Padre todopoderoso». Dise: «Yo soy todopoderoso. Todo esta a mi patente, todo se ase por mi boluntad, todo lo beo. Cuando alguno se muere derrepente yo lo beo, y es por mi boluntad». Desto ubo mucho. Luego bi al pie desta escalera, por todas cuatro partes, tan gran multitud de jente de todas [las] nasiones, y una gran multitud al rededor de aquella es[calera]...

¹⁵¹ *Poso*: el líquido que queda al fondo de una vasija. También significa quietud, reposo y tranquilidad (*DA*, V, p. 334).

(56v) primer parrafo det.

...beo yo, en donde esta el Santisimo Sacramento, un Christo crucificado. Yo le dise: «Si eres dios verdadero, yo te adoro». Luego disenme que mi señor Jesuchristo abia ydo a la crus desnudo, que sienpre andaba sin cubrir su cabeza y [que] su bestido abia sido una pobre tunica. Que yo le ymitara; que me abia dado entendimiento para que le conosiese y memoria para que me acordase, y boluntad para que le amase. Que mientras estas potensias tubiere ocupadas en Dios, no tengo que temer

Martes, abianme dicho que me enbiaban a la cosina el año que biene. Yo abia buscado un libro de trabajos de Jesus para que me leyesen, y considerando el poco tienpo que abia de tener para ello, dije al Señor que le queria bolber a su dueño. Y despues, estando recojida, disenme que para qué queria yo un libro. ¿Que si no eran trabajos de Jesus aquellos que me enseñaban? Que cuando yo le bia en la coluna y con la corona d[e] espinas, y clabado en la crus, esos eran los trabajos de Jesus. Que si yo no tenia compasion de berle de aquella suerte —y le bia yo en el sagrario, de pies a cabeza y con las manos atadas por detrás, desnudo con solo aquel lienso blanco con que le pintan— y desianme que cuando su Padre le enbio al punto obedesio. Que qué nesesidad tenia de aquello, que [fue] solo para remediarnos y darnos ejemplo. Que yo estaba temiendo un año de trabajo [y] que Él abia estado treynta y tres [anos] con ynfinitos trabajos. [H]ubo mucho aquí. Luego me dijeron que lo que me abian dicho ayer de las potensias del alma, que con la memoria me acordara d[e] Él y de su pasion, y de sus benefisios; y con el entendimiento le conosiera y conosiera los benefisios; y con la boluntad le amara, [por]que si no la tubiera ¿con qué le abia de amar? Aqui ubo muchisimo destas potensias y que...

(57r) [det] ...a de apersebir de aquello. ¿Que si no me lo enseñaban o me lo daban sin que me costara trabajo? [H]abia comulgado, y despues que estube una ora dando gracias, dije a mi Señor que me diera lisenia para yr aser de comer para una enferma. Disenme que baya con el

pensamiento en lo que abia resebido, da[n]dole grasias y que el cuerpo trabajara, [que] Él sienpre trabajo; que cuando yo estubiera trabajando en pie pensara cuando lo tenian en pie, cuando padesio; que cuando trabajara sentada pensara cuando los sentaron en aquel banquito... Yo no se que es esto, Dios lo sabe. Despues, estando comiendo, no se qué me dio de pensar que [si a] quien abia de estar en el ynfierno le cuidaban de dar de comer. Arrojeme en el suelo dando grasias a Dios, y disenme tan apriesa: Eso es ablar con Dios», y no tenia los ojos serrados. Yo le desia a Dios disparates: que aqui estaba mi cabesa, y mis manos y mis onbros para que los cargase como Él quisiese.

Viernes, estando aflijida con los temores que traygo, le dije a Dios: «Si soys bos, Señor, quien viene a mi, ¿como estoy con tantas afliciones?». Disenme que porque lo estoy, y que por qué no creya que era Él. Dije que porque tenia tantos pecados no meresia yo sino el infierno. Diseme que si no creya yo lo que contiene el Credo, que dije que si, Dise que si no desia: «Creo en Dios Padre todopoderoso», y repitiendo todo el credo, y que aquel yo digo: «Creo en Dios bibo, en el que pario la Birjen», que Él era; que si no sabia yo que aun [=en un] mirar de ojos que podia perdonar muchos.

(57v) [det] parrafo ... que dudo yo que Su Majestad se comunicaron sus criaturas y que perdona pecados; que una gota de su sangre basta para todos... [det] que quien pudiera, sino Él, sacarme de aquel amor; que cuando acaban en la misa le desia yo: «Señor, asta cuando me as de dejar con este amor tan perdido y tan enfadoso?»¹⁵². Y yo conosco que es verdad. Y que cuando yo las miraba desia entre mi: «¿Que quiero yo a estos cuerpos de palo?», y no me podia ber libre desto y me pareas ynposible. Y tambien me refirio otros dos benefisios que tambien pareas ynposible berme sin ellos. Y diese [sic] que quien pudiera sacarme destas cosas si su mano poderosa no la ysiera; que aquella bestia de barranco en barranco me llebara y me despeñara; que Él, aunque yo andaba tan destrayda, que nunca me deajo de su mano; que aunque

¹⁵² Aquí Úrsula podría estar refiriéndose a un amor no correspondido por una mujer.

los pecadores le ofenden, saben los que an de bolber a su grasia o por interseccion de su madre, que a estos no los deja del todo, sino a los que saben que no an de bolber; que quien me daba a mi aquel temor de no llegarme a comulgar quando lo asia la comunidad, y desia: «Yo no estoy aora para comulgar, yreme conponiendo para aserlo». Y que quando me confese generalmente, que me pregunto el padre si abia escondido algun pecado en las otras confesiones que abia echo. ¿Que quien me librara desto si Él no lo ysiera? Y es asi que fue la primera bes que tal cosa abia oydo, ni sabia que escondian pecados; antes buscaba sienpre el confesor mas estrecho. Que le de muchas gracias porque sienpre me encomendaba a Él y a su madre. Por eso biene y traeme a la memoria que quando yo era chiquita sienpre andaba mirando los ymajenes de Nuestra Señora y desia: «¡Quien fuera a [sic] la criadita de la negra de madre de Dios!». Despues, quando andaba trabajando en el con...

(58r) [det] ...porque les abia dado todos los auxilios que al [sic] menester para salvarse y quien les enseña, y con todo esto no se quisieron enmendar. Dije: «Si eres Dios y bengo a buscar a Dios, ¿como me dejas andar tan aflijida?». Dize que tentaciones sienpre las a de aber. Dije que si era su boluntad que yo fuera este año a la cosina. Dize que alla bere cual me trae el enemigo. Desde la transfiguracion me dijeron que Dios me abia de apartar de sí. Dize que [e]sto es lo que me dijeron entonses¹⁵³. Yo dije: «El enemigo me lo debio de desir». Dize que él no sabe lo por benir ni sabe mas de lo que Dios quiere que sepa. Yo queria pensar en un paso de la pasion, y diseme por dos beses que no, sino como pastor de las almas, que le abian costado mucho. Esto no ba como paso, sino unas miajitas que [he] podido recojer de muchisimo que paso. Despues, por la tarde, le bolbi a ber de la misma manera, con una manada de obejitas albisimas por delante, con un cayado en la mano derecha, pastoreandolas, y me desian que mirase como era pastor.

Llamaronme a la puerta con una mosa que quiere recojerse en esta casa, que a muchos dias que anda en esta demanda. Yo no allaba modo

¹⁵³ La Transfiguración es el 6 de agosto.

ninguno para ablar co[n] nadie. Bine luego a la orasion y disenme que qué nesidad tengo de salir co[n] nadie; que si no tenia Él con quien hablar; que quien trataba con Él no abia de tratar con las criaturas; que para qué las bia menester; que sino me tenia probeyda de todo lo que e menester; que able con el anjel de mi guarda y no mas.

Domingo, por la mañana, bine al coro y en postrandome beo una escalera que llegaba al sielo. Y me desian que era dificultosisima de subir por ella, y bia yo que dos personas...

(58v) par. [det]

Domingo por la noche, estando [det] al Señor, me dijo que abia querido que biera yo aquellas monjas para que [det] como era purificador, que aquellas se estan purificando; que cuando ban al sielo, [se] ban de alli purificadas; que alla no ay mas que gosar. Que yo le ofresiese a su Eterno Padre, por aquellas almas, lo que abia padecido cuando le pusieron aquella corona de espinas, y lo que abia sentido cuando le desnudaron para asotarle delante de todo aquel pueblo, a la bergüensa, y a lo que abia padecido despues de [ser] asotado con aquella crus a cuestras por todas aquellas calles de Jerusalem, y las caydas que con ella abia dado, y que las terribles fatigas con que la llebo. Que todo esto ofresiese a su Eterno Padre por aquellas almas, que asi me lo abian ellas pedido.

Martes, estube adorando a mi señor Jesuchristo postrada a sus pies, y biale de pies a cabeza. Dije «¿Como estando postrada beo todo esto?». Diseme. «Desde mis pies lo beras todo en mi, asta el infierno». Y disiendo esto, no se como me fueron rebolbiendo esta bista, y llebandome por unos barrancos escurisimos, fueron dando conmigo en una escuridad profundisima. Y bi de alli uno como sepo¹⁵⁴ larguisimo, y por las gargantas

¹⁵⁴ Un instrumento para sostener a los prisioneros por la garganta o la pierna. Metafóricamente, este término significa tormento, molestia y el apresamiento del alma, los sentidos y las facultades. También puede significar una trampa o red que coge a alguien (*DA*, II, pp. 275-276). La visión de Úrsula podría ser similar a la estructura que aparece en la pintura del infierno atribuida al artista Tadeo Escalante, que se encuentra en Huaró. Véase Mesa y Gisbert, *Historia de la pintura cuzqueña*. Deseo agradecer a Javier Flores Espinoza por llamar mi atención a ella.

asidos una gran maquina de condenados, unos boca arriba, otros boca abaxo. Y desianme que aquellos estaban alli por no aber dicho un 'Jesus' de todo corason¹⁵⁵. A otro lado estaban ynumerables asidos con cadenas de yerro, unos de otros por los molledos, todos rebolbiendose unos con otros, con gran confusion. Y a estos y a esotros les daban terribles asotes. Desianme que eran los regalados, que no temieron los juisios de Dios. Otros estaban tendidos en el suelo y mucho

Folios 59r-v y 60r det.

[*Una parte del último parrafo*] 60r diseme: «Desta manera me resebireys». En esta [det] ocasion tube gran temor [det] figura tan despilfarrada y los cabellos desgrehados. Desiale yo: [det] sea el Santisimo Sacramento, y por otra parte si soys mi Dios aqui estan las [det] de mi corason para enjugar esas llagas y mi corason para que descanseys en el.

Mucho deyo de escrebir porque no puedo mas. Sincuenta y siete hojas estan escritas.

¹⁵⁵ Decir «Jesús» muchas veces ayuda a uno a tener una buena muerte (DA, IV, p. 320).

GLOSARIO DE PERSONAJES IMPORTANTES

Ana de los Ángeles Monteagudo (Arequipa, 1602-1686), monja dominica del convento de Santa Catalina que ayudaba a salvar almas del purgatorio. Los intentos de promover su beatificación no fueron exitosos.

Ana de San Agustín (Valladolid, 1555-1624), hizo los votos de monja carmelita descalza en 1578 y fue una compañera cercana de Teresa de Ávila. Comenzó a escribir su autobiografía en 1606 y la terminó en 1622. Sus virtudes fueron declaradas heroicas por Pío VI en 1776.

Ana de San Bartolomé (El Almendral, 1549-Amberes, 1626), monja carmelita, compañera y enfermera de Teresa de Ávila. Tras la muerte de Teresa se mudó a Francia para fundar conventos carmelitas allí.

Ángela de Foligno (1248-1309). Terciaria franciscana italiana, mística, escribió *Memorial e instrucciones* (dictados).

Brígida de Suecia (1303-1373), fundadora de la Orden del Santísimo Sacramento (conocido como la Orden Brigidina), escribió *Revelaciones*; una profetisa y visionaria.

Catalina de Génova (Caterina Fieschi Adorno) (1447-1510), santa, quien escribió un *Tratado del Purgatorio* y *Diálogo Espiritual* (redactado póstumamente por sus discípulos); enfermera, administradora, y rectora del hospital de Parnmatone; profesora; mística.

Catalina de Siena (1347-80), terciaria dominica italiana y mística; escribió el *Diálogo* y más de cuatrocientas cartas. En el verano de 1370 entró en un prolongado trance conocido como una muerte mística, en cuyo transcurso tuvo una visión del infierno, el purgatorio y el cielo. Un mandamiento divino le ordenó que dejara su celda e ingresara a la vida pública del mundo.

Cristina la Admirable (Mirabilis) (1150-1224), una campesina huérfana que a los veintiún años tuvo un fuerte ataque, creyéndose que había fallecido. Durante su misa de difuntos se recuperó repentinamente y levitó hasta el techo de la iglesia, luego cayó sobre el altar y sostuvo haber viajado al infierno, el purgatorio y el cielo, y que había sido devuelta a la tierra con la obligación de rezar por las almas del purgatorio. Su asombrosa vida fue escrita por Tomás de Cantimpré.

Clara de Asís (1194-1253), compañera de San Francisco y lideresa de las hermanas franciscanas de San Damiano; fundadora de las clarisas pobres, autora del Testamento y cartas (en latín); su vida fue escrita por Tomás de Celano; fue canonizada en 1255.

Estephania de San Joseph (m. 1645), nativa del Cusco e hija de una esclava portuguesa. Aunque fue liberada, decidió defender su caso ante la real audiencia. En Lima se hizo terciaria franciscana y fue muy conocida por su piedad, benevolencia, y saber leer.

Francisca del Santísimo Sacramento (Pamplona, España, 1561-1629), originalmente de Soria, tomó el hábito carmelita y luego vivió una vida aislada en Pamplona. Escribió una serie de revelaciones de santos y ánimas del purgatorio.

Gertrudis de Helfta (1256-c. 1302), monja benedictina y mística. Autora de *El heraldo del divino amor y ejercicios espirituales* (en latín). Una monja anónima escribió su vida.

Hildegarda de Bingen (1098-1179), abadesa benedictina y fundadora del monasterio de San Ruperto; visionaria, profetisa, teóloga, predicadora, compositora. Autora de numerosas obras teológicas importantes en latín, entre ellas un tratado sobre el purgatorio.

Juana de la Cruz (Azaña, 1481-Cubas, 1534), abadesa franciscana, visionaria y mística. Autora del inédito *El libro del Conorte*. Antonio Daza redactó su biografía (1610).

Luisa de Melgarejo Sotomayor (1578-1651), anunciada como una de las místicas más importantes en la Lima del siglo XVII. Una terciaria profundamente influida por los jesuitas, Melgarejo escribió numerosos cuadernos sobre teología y fue juzgada y absuelta por la Inquisición (1622-1625).

Lutgarda de Aywieres (Bélgica, 1182-1246), a los veintiún años se hizo monja benedictina pero la orden no era lo suficientemente rigurosa. A los veinticuatro se unió a las cistercienses de Aywieres, donde vivió los restantes treinta años de su vida. Ella tenía los dones de la curación, la profecía, la sabiduría espiritual y fue una inspirada profesora de los Evangelios. Tomás de Cantimpré escribió su biografía.

Margarita de Cortona (Italia, c. 1247-1297), campesina, madre de un hijo ilegítimo, posteriormente fue una importante terciaria franciscana (1277). Tuvo una profunda e intensa vida de oración y en sus éxtasis recibió mensajes del cielo.

María de la Antigua (España, 1566-1617), nacida en 1566 cerca de Sevilla, tomó el hábito de clarisa a los trece años en el monasterio de Clarisas de Marchena. Se dice que escribió más de mil trescientos cuadernos de doctrina que le fueron dictados por Dios.

Martín de Porras (Lima, 1579-1639), un santo mulato. Aprendiz de barbero, entró luego a la orden dominica como donado. Es célebre por sus poderes curativos y sus visiones. Fue beatificado en 1837 y canonizado en 1962.

Rosa de Lima (Lima, 1586-1617), terciaria dominica y la primera santa americana. Ella modeló su vida sobre la de Catalina de Siena y en su transcurso alcanzó un alto grado de unión mística con Dios. Fue beatificada en 1668 y canonizada en 1671.

Virgen del Carmen, una Virgen aparecida en el Monte Carmelo, conocida por ayudar a salvar ánimas del purgatorio.

OBRAS CONSULTADAS

FUENTES DE ARCHIVO

1. Perú

Archivo Arzobispal de Lima (AAL)

- Causas de Negros, Leg. XII: 24.
- Cofradías, Leg. XXXVI: 6.
- Monasterio de Santa Clara (SC): Leg. I: 1, 33; III, 23; IV: 25, 42; V, 2, 20, 42; VI, 24, 32, 35, 37, 42; IX: 52, 70, 134, 149, 157; X: 16, 35, 72; XI, 25, 71; XII: 24, 27, 96, 99, 120, 181.
- Visitas, Leg. 25, s.f.

Archivo Franciscano de Lima (AFL)

- Registro 17.
s.n. Marceliana de Caravajal, 357r-365v.
- no. 35. «Escritos de la Venerable Soror Gerónima de San Dionosio». 433r-36r.
- no. 38. «Sor Gerónima de San Francisco, Descalzas, 1635», 449r-78v.
- no. 41. Isabel de Porras Marmolejo, 1638, 506r-11v.
- no. 43. Estephania de San Joseph, 1645, 569r-73v.
- no. 45. «Vida de la Venerable Úrsula de Jesús», 585r-607v.
- Vega de Zárate, Ana María. «Catálogo del Registro de Bienes muebles del Monasterio de Santa Clara de Lima», texto inédito.

Archivo General de la Nación (AGNP)

- Protocolos
Francisco Ramiro Bote, 230 (1602-04).
Lopé de Valencia, 1927, (1615).
- Real Audiencia, Causas Civiles, Leg. 42, cuad. 158 (1617).

Biblioteca Nacional del Perú (BNP)

- C1313. Fernando Rodríguez Tena. «Origen de la Santa Provincia de los Doce Apóstoles», 1773.

Convento de Santa Clara de Lima (ASCL)

- «Vida y virtudes de la Venerable Madre Úrsula de Jesucristo, morena criolla donada del Convento de Santa Clara de Lima», Libro 4, 1854.
- «Vida de la Hermana Ursula», Libro 5, 1928.

2. España

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE)

- Santa Sede, Leg. 152.

Archivo General de Indias (AGI)

- Lima 40.
- Lima 94.

Archivo Histórico Nacional: Madrid (AHNM)

- Inquisición, Lima
Leg. 1028, 1030, 1031, 1032.
Leg. 1647, exp. 5.
- Inquisición, Toledo
Leg. 104, exp. 5, 1564-65.
Leg. 113, exp. 5, t. 2, 1574-78.
Leg. 114, exp. 9. 1636.
Leg. 115, exp. 3, 1627.

- Inquisición, Valencia
Libro 937.
- Inquisición, Censuras
Leg. 4432, no. 19
Leg. 4440, no. 18.
Leg. 4467, no. 11, no. 19.

Biblioteca del Escorial

- Juana de la Cruz. *El Libro del Conorte*. 1509. Ms. J-II-18.
- Vida y fin de la bienabenturada virgen sancta Juana de la Cruz. Ms. K-III-13.

Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes (BNM)

- Agreda, María de Jesús. «De la redondez de la tierra y de los abitadores de ella», y «Describase la luz infussa». Ms. 9346.
- Catalina de Génova. El tratado del purgatorio. Ms. 21716.
- Juana de la Cruz. «Autos y representaciones que se hacían en este convento de esta Santa y mercedes que por su intercesión hacia Dios a las monjas de él». Ms. 9.661.
- Juana Bautista, embustera, llamada beata. Auto de Fé. Ms. 2031, 18728, no. 9.
- Manuela de Jesús. «Confesión de Manuela de Jesús [hecha ante el Tribunal de la Inquisición. 1674.]» Ms. 718, f. 405. Véase también Ms. 8180, 24-29.
- María de la Trinidad. «Escritos de la Venerable Sor María de la Trinidad, 1630-1701, monja mercedaria de Sevilla». Ms. 2714, ff. 56-71v.
- María de San José. «Carta de fray Félix de Jesús a fray Francisco de Santa María, remitiendo la información siguiente, sobre la vida de la Madre María de San Jose». Lisboa, 20 de agosto de 1627. Ms. 2711, fol. 5.
- María de San José. «Mercedes y favores que Dios hizo a la madre María de San Jose». BNM, Ms. 2711, fol. 23.
- Memoria de las misas que en sus testamentos y por las ánimas de Purgatorio y por negocios grandissimos a devociones particulares se dicen. Recopilados por el Ldo. Juan Garcia de Polanco. Madrid, 1625. Ms. 18728, no. 9.

- Paredes, Manuel de. «Vida de la Venerable Madre Mariana de Antequera, Congreganta Professa, del Orden de Nra. Sra. Del Carmen de la antigua observancia de Toledo». Ms. 10.520.
- Pazzi, María Magdalena. «Breve relación de la vida, muerte y milagros de la seraphica virgen y esposa de Christo ...». Sevilla, D. Pérez, 1627. Ms. 2711, fol. 300.
- Romero, Gregorio. «Exemplar primoroso de la perfección christiana, en la vida de la fiel sierva de Dios, Francisca María de la Hara, natural de la Ciudad de Huescar del Reyno de Granada». s.f. Ms. 7474.
- Teresa de Jesús María. «Tratado de una breve relación de su vida que quenta una monja descalça carmelita». 1636. Ms. 8482.

Estados Unidos

Nettie Lee Benson Latin American Collection (BLAC)

- María Magdalena (de Lorravaquio Muñoz [1576-1636]). «Libro en que se contiene la vida de la Madre María Magdalena; monja profesa del convento del Sr. S. Gerónimo de la ciudad de México hija de Domingo de Lorravaquio, y de Ysabel Muñoz, su legítima muger». Ms. G94.

BIBLIOGRAFÍA

- Abreu, Laurinda (2000). Purgatório, misericórdias e caridade: condições estruturantes da asistencia em Portugal (séculos XV-XIX). *Dynamis*, 20, 395-415.
- Ahlgren, Gillian T. (1995). Negotiating sanctity: Holy women in sixteenth-century Spain. *Church History*, 64 (3), 373-390.
- Ahlgren, Gillian T. (1998). Francisca de los Apóstoles: A visionary voice for reform in sixteenth-century Toledo. En Mary E. Giles (Ed.), *Women in the Inquisition* (pp. 119-133). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Ahumada, Juan Bernardino (1674). *Libro de la vida de la Venerable Madre Soror Leonor de Ahumada, Religiosa del Convento de Nuestra Señora de las Nieves de la ciudad de Córdoba*. Sevilla: Juan de Ossuna.
- Alberro, Solange (1985). La licencia vestida de santidad: Teresa de Jesús, falsa beata del siglo XVII. En Sergio Ortega (Ed.), *De la santidad a la perversión, o de por qué no se cumplía la ley de Dios* (pp. 219-237). México: Grijalbo.
- Alberro, Solange (1988). *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Álvarez Santaló, León Carlos (1989). El libro de devoción como modelado y modelador de la conducta social: el 'Luz a los vivos' de Palafox (1668). *Trocadero: Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 1, 7-25.

- Amelang, James & Nash, Mary (1990). Los usos de la autobiografía: monjas y beatas en la Cataluña moderna. En James Amelang y Mary Nash (Eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (pp. 191-214). Valencia: Ediciones Alfonso el Magnánim.
- Ana de San Bartolomé (2004). *The visionary life of Ana de San Agustín*. Elizabeth Teresa Howe (Ed. y trad.). Woodbridge: Tamesis.
- Andrade, Alonso (1600). *Orden de la vida para la eterna vida y nuevo arte de servir a Dios*. Madrid: Andrés García de la Iglesia.
- Andrade, Alonso (1663). *Vida de la Gloriosa Señora Santa Gertrudis la Magna*. Madrid: Colegio Imperial de la Compañía de Jesús.
- Anónimo (1624). *Relación verdadera del Auto de la Fé, que se celebró en la villa de Madrid, a catorze dias del mes de Julio deste presente año de 1624*. Madrid: Diego Flamenco.
- Anónimo (1759[1604]). *Difniciones, y constituciones, que han de guardar la Abadesa, y Monjas de el Monasterio de la Sanctissima Trinidad, de esta Ciudad de los Reyes*. Lima: Casa de los Niños Expósitos.
- Anónimo (1946). El proceso de una seudo iluminada: 1649. *Boletín del Archivo General de la Nación*, 17 (1), 33-73; 17 (3), 387-442.
- Antigua, María de la (1678). *Desengaño de religiosos, y de almas que tratan de virtud*. Sevilla: Juan Cabeças.
- Antonazzi, Giovanni (1980). *Catarina Paluzzi e la sua autobiografia (1573-1645): una mistica popolana tra san Filippo Neri e Federico Borromeo*. Rome: Edizioni di Storia e Letteratura.
- Antonio de Santa María, Francisco Xavier (1756). *Vida prodigiosa de la Venerable Virgen Juana de Jesús, de la tercera orden de penitencia... en el Monasterio de Santa Clara de Quito*. Lima: Francisco Sobrino y Bados.
- Araújo, Ana Cristina (1998). *A morte em Lisboa: atitudes e representações 1700-1830*. Lisboa: Notícias.

- Arenal, Electa (1983). The convent as catalyst for autonomy: Two hispanic nuns of the seventeenth century. En Beth Miller (Ed.), *Women in Hispanic literature: Icons and fallen idols* (pp. 147-183). Berkeley: University of California Press.
- Arenal, Electa & Schlau, Stacey (1989). 'Leyendo yo y escribiendo ella': The Convent as intellectual community. *Journal of Hispanic Philology*, 13, 214-229.
- Arenal, Electa & Schlau, Stacey (1990). Strategems of the strong, strategems of the weak: Autobiographical prose of the seventeenth-century Hispanic convent. *Tulsa Studies in Women's Literature*, 9, 25-42.
- Arenal, Electa & Schlau, Stacey (Eds.) (1989). *Untold sisters: Hispanic nuns in their own works* (Amanda Powell, trad.). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Ariès, Philippe (1981[1977]). *The hour of our death* (Helen Weaver, trad.). Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Arquidiócesis de Lima (1628). *Instrucción para remediar y asegurar, quanto con la divina gracia fuere posible, que ninguno de los negros, que vienen de Guinea, Angola, y otras provincias de aquella costa de África, carezca del sagrado bautismo. Por mandato del ilustrísimo señor Don Pedro de Castro y Quiñónez*. Lima: Gerónimo de Contreras.
- Arriaga, Pablo José (1608). *Directorio espiritual, para ejercicio y provecho del Colegio del San Martín en Lima en el Perú*. Lima: Francisco del Canto.
- Astorch, Maria Ángela (1985). *Mi camino interior* (Lázaro Iriarte, Ed.). Madrid: Hermanos Menores Capuchinos.
- Atwell, R.R (1987). From Augustine to Gregory the Great: An evaluation of the emergence of the doctrine of purgatory. *Journal of Ecclesiastical History*, 38 (2), 173-186.
- Ávila, Teresa de (1952). Escritos de Santa Teresa. En *Biblioteca de autores españoles* (Vol. 53). Madrid: Real Academia Española.

- Barbeito Carneiro, María Isabel (1986). *Escritoras madrileñas del siglo XVII: estudio bibliográfico-crítico* (vols. 1-2). Madrid: Universidad Complutense.
- Barriga Calle, Irma (1992). La experiencia de la muerte en Lima: siglo XVII. *Apuntes*, 31 (2), 81-102.
- Bautista y Lanuza, Miguel (1638). *Vida de la bendita Madre Isabel de Santo Domingo, compañera de Santa Teresa de Jesús, coadjutora de la Santa...* Madrid: Imp. del Reino.
- Bautista y Lanuza, Miguel (1659a). *Vida de la Sierva de Dios Francisca del Santísimo Sacramento, carmelita descalza del convento de San Joseph de Pamplona, y motivos para exortar que se hagan sufragios por las almas de Purgatorio, hallados en los santos ejercicios desta religiosa*. Zaragoza: Joseph Lanaja.
- Bautista y Lanuza, Miguel (1659b). *Vida de la Venerable Madre Catalina de Christo Carmelita Descalza, compañera de la Santa Madre Teresa de Jesús*. Zaragoza: Joseph Lanaja.
- Bernales Ballesteros, Jorge (1972). *Lima: la ciudad y sus monumentos*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Bilinkoff, Jodi (1993). Confessors, penitents, and the construction of identities in early modern Avila. En Barbara Diefendorf y Carla Hesse (Eds.), *Culture and identity in early modern Europe (1500-1800): Essays in honor of Natalie Zemon Davis* (pp. 83-100). Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Bloch, Maurice (1982). Death, women and power. En Maurice Bloch y Jonathan Parry (Eds.), *Death and the Regeneration of Life* (pp. 211-230). Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Blumenfeld-Kosinski, Renate & Szell, Tímea (Eds.) (1991). *Images of sainthood in medieval Europe*. Ithaca: Cornell University Press.
- Bobo, Jacqueline (Ed.) (2001). *Black feminist cultural criticism*. Malden, MA: Blackwell.

- Boneta y Laplana, José (1699). *Gritos del purgatorio y medios para acallarlos*. Zaragoza: Gaspar Thomás Martínez.
- Bornstein, Daniel & Rusconi, Roberto (Eds.) (1996[1992]). *Women and religion in medieval and renaissance Italy* (Margery J. Schneider, trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- Bowser, Frederick P. (1974). *The African slave in colonial Peru, 1524-1650*. Stanford: Stanford University Press.
- Boyer, Richard (1997). Caste and identity in colonial Mexico: A proposal and an example. *Latin American Studies Consortium of New England, Occasional Papers*, (7).
- Braxton, Joanne M. (1989). *Black women writing autobiography: A tradition within a tradition*. Filadelfia: Temple University Press.
- Brígida de Suecia, Santa (1992). *Saint Bride and her book: Birgitta of Sweden's revelations* (Julia Bolton Holloway, trad. e intro.). Newburyport, MA: Focus Texts.
- Bromley, Juan & Barbagelata, José (1945). *Evolución urbana de la ciudad de Lima*. Lima: Concejo Provincial de Lima.
- Brown, David (1985). No heaven without purgatory. *Religious Studies*, 21, 447-456.
- Brown, Judith (1999). Everyday life, longevity, and nuns in early modern Florence. En Patricia Fumerton y Simon Hunt (Eds.), *Renaissance culture and the everyday* (pp. 115-138). Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Brownley, Martine Watson & Kimmich, Allison B. (Eds.) (1999). *Women and autobiography*. Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- Brubaker, Rogers & Cooper, Frederick (2000). Beyond 'identity'. *Theory and Society*, 29 (1), 1-47.
- Burdick, John (1998). *Blessed Anastácia: Women, race, and popular Christianity in Brazil*. Nueva York: Routledge.

- Burns, Kathryn (2000). *Colonial habits. Convents and the spiritual economy of Cuzco, Peru*. Durham: Duke University Press.
- Bynum, Caroline Walker (1984). Women Mystics and Eucharistic Devotion in the Thirteenth Century. *Women's Studies*, 11, 179-214.
- Bynum, Caroline Walker (1986). And woman his humanity: Female imagery in the religious writing of the later Middle Ages. En Caroline Bynum Walker, Stevan Harrell and Paula Richman (Eds.), *Gender and religion: On the complexity of symbols* (pp. 257-288). Boston: Beacon Press.
- Bynum, Caroline Walker (1987). *Holy feast and holy fast: The religious significance of food to medieval women*. Berkeley: University of California Press.
- Bynum, Caroline Walker (1989). The female body and religious practice in the later Middle Ages. En Michel Feher (Ed.), *Fragments for a history of the human body* (Vol. 1, pp. 161-219). Nueva York: Urzone.
- Bynum, Caroline Walker (1991). *Fragmentation and redemption: Essays on gender and the body in medieval religion*. Nueva York: Zone Press.
- Bynum, Caroline Walker (1995). *The resurrection of the body in western Christianity, 200-1336*. Nueva York: Columbia University Press.
- Cabibbo, Sara y Modica, Marilena (1989). *La Santa dei Tomasi. Storia di suor Maria Crocifissa (1645-1699)*. Turín: Einaudi.
- Cacciola, Nancy (1996). Through a glass, darkly: Recent work on sanctity and society. *Comparative Studies in Society and History*, 38 (2), 301-309.
- Cantimpré, Tomás de (1987). *The life of Lutgard of Aywières* (Margot H. King, trad.). Saskatoon: Peregrina.
- Carmen Passarell, Elías del (1879). *Vida de la Venerable Madre Sor Ana de los Angeles Monteagudo que floreció en el Monasterio de Santa Catalina de la ciudad de Arequipa*. Barcelona: Imp. de la Librería Religiosa.
- Caro Baroja, Julio (1995). *Las formas complejas de la vida religiosa: religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*. 2 vols. Valencia: Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores.

- Carrillo, Martín (1601). *Explicación de la Bula de los difuntos en el qual se trata de las penas y lugar del Purgatorio; y como puedan ser ayudadas las Animas de los difuntos con las oraciones y sufragios de los vivos*. Zaragoza: Juan Pérez de Valdivieso.
- Cartagena, Teresa de (1993). *The writings of Teresa de Cartagena*. Dayle Seidenspinner-Nuñez, (Ed.) (Dayle Seidenspinner-Nuñez, trad.). Cambridge, MA: D. S. Brewer.
- Castañeda Delgado, Paulino & Hernández Aparicio, Pilar (1995). Los delitos de superstición en la Inquisición de Lima durante el siglo XVII. *Revista de la Inquisición*, 4, 9-35.
- Castillo, Francisca Josefa de la Concepción (1968). *Obras completas* (Vols. 1-2). Dario Achury Valenzuela, (Ed.). Bogotá: Talleres Gráficos del Banco de la República.
- Castillo, Francisco del (1960). *Un místico del siglo XVII: autobiografía del Venerable Padre Francisco del Castillo de la Compañía de Jesús*. Lima: Imprenta Gil.
- Castillo Grajeda, Joseph (1946[1692]). *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan*. México: Xochitl.
- Centre de Recherches Hispaniques de L'universite de Provence (1980). *L'autobiographie dans le monde hispanique: Actes du colloque international de Baume-lès-Aix, 11-12-13 mai 1979*. Aix-en-Provence: Publications Université de Provence.
- Chaves, Emilio Lissón (Ed.) (1947). *La Iglesia de España en el Perú: documentos para la historia de la Iglesia en el Perú* (Vol. 5. No. 23. 1619-1629). Sevilla: Ed. Católica Española.
- Christian, William A. (1981). *Apparitions in late medieval and renaissance Spain*. Princeton: Princeton University Press.
- Chrysostomo, Enríquez (1628). *Historia de la vida y viertudes del venerable P. F. Juan de la Cruz, primer religioso de la reformación de los descalzos de Nuestra Señora del Carmen*. Madrid: J. de Meerbeck.

- Cirac Estopañán, Sebastián (1942). *Los procesos de hechicerías en la Inquisición de Castilla la Nueva (tribunales de Toledo y Cuenca)*. Madrid: Diana.
- Ciruelo, Pedro (1538). *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*. Salamanca: Pedro de Castro.
- Ciruelo, Pedro (1628). *Tratado en el qual se repruevan todas las supersticiones y hechiceras*. Barcelona: Sebastián Cormellas.
- Cobo, Bernabé (1882). *Historia de la fundación de Lima* (Manuel Gonzalez de la Rosa, Ed.). Volumen 1 de la Colección de Historiadores del Perú. Lima: Imprenta Liberal.
- Cobo, Bernabé (1956-1964). *Obras. Estudio preliminar de Francisco Mateos* (Vols. 1-2). Madrid: Atlas.
- Collins, Patricia Hill (2000). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment* (2ª ed.). Nueva York: Routledge.
- Colombo, Felipe (1971[1790]). *El Job de la ley de gracia, retratado en la admirable vida del siervo de Dios, Venerable fray Pedro Urraca, del real, y militar orden de nuestra Señora de la Merced* (edición facsimilar). Lima: Amauta.
- Cope, R. Douglas (1994). *The limits of racial domination: Plebeian society in colonial Mexico City, 1660-1720*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Córdova y Salinas, Diego de (1957[1651]). *Crónica franciscana de las provincias del Perú*. Lino G. Canedo, (Ed., reimpresión). Washington, D.C.: Academy of American Franciscan History.
- Cortona, Margarita de (1883). *Life and Revelations of Saint Margaret of Cortona*. Traducido por F. M'Donogh Mahony. Londres: Burns y Oates.
- Courcelles, Dominique de (1990). Les corps de hommes et les corps des saints aux prises avec la mort, dans les 'goigs' de Catalogne. En Augustín Redondo (Ed.), *Le corps* (pp. 209-215). Sorbona: Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris.

- Courcelles, Dominique de (1993). Les fictions de la mort ou le prix de la légitimité du discours dans le le *Livre de la Vie* de Thérèse D'Avila. En Augustín Redondo (Ed.), *La peur de la mort* (pp. 69-79). París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Covarrubias Horozco, Sebastián de (1943). *Tesoro de la lengua castellana o española según la impresión de 1611*. Martín de Riquer (Ed.). Barcelona: Horta.
- Cruz, Francisco de la (1631). *Tesoro de la Iglesia: en que se trata de indulgencias: jubileos: purgatorio: bula de difuntos, ultimas voluntades i cuarta funeral*. Madrid: Diego Flamenco.
- Cussen, Cecilia (1996). La fe en la historia: las vidas de Martín de Porras. En Moisés Lemlij y Luis Millones (Eds.), *Historia, memoria y ficción* (pp. 281-301). Lima: Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Cussen, Cecilia (2005). The search for idols and saints in colonial Peru: Linking extirpation and beatification. *Hispanic American Historical Review*, 85 (3), 417-448.
- Cussen, Celia Langdeau (1996). Fray Martín de Porres and the religious imagination of Creole. Lima. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Pennsylvania, Filadelfia.
- Davis, Natalie Zemon (1977). Ghosts, kin, and progeny: Some features of family life in early modern France. *Daedalus*, 106 (2), 87-114.
- Daza, Antonio (1611). *Historia, vida y milagros, éxtasis y revelaciones de la bienaventurada virgen Santa Juana de la Cruz de la Tercera Orden de Nuestra Seráfico Padre San Francisco*. Madrid: Juan Godínez de Millis.
- del Busto Duthurburu, José Antonio (1992). *San Martín de Porras (Martín de Porras Velásquez)*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Díaz, Nicolás (1588). *Tratado del Juyzio Final...se hallarán cosas muy provechosas y curiosas*. Valladolid: Diego Fernández de Córdoua y Oviedo.
- Díaz y Díaz, Manuel C. (1985). *Visiones del más allá en Galicia durante la alta edad media*. Santiago de Compostela: Biblioteca de Galicia.

- Ditchfield, Simon (1996). Sanctity in early modern Italy. *Journal of Ecclesiastical History*, 47 (1), 98-112.
- Dronke, Peter (1992). *Women writers of the Middle Ages: A critical study of texts from Perpetua (†203) to Marguerite Porete (†1310)*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Durán Montero, María Antonia (1992). Lima en 1613: Aspectos urbanos. *Anuario de Estudios Americanos*, 49, 171-188.
- Echave y Assu, Francisco (1688). *La estrella de Lima convertida en sol sobre sus tres coronas*. Amberes: Juan Baptista Verdussen.
- Edwards, Graham Robert (1985). Purgatory: 'Birth' or evolution? *Journal of Ecclesiastical History*, 36 (4), 634-646.
- Edwards, John (1988). Religious faith and doubt in late medieval Spain. *Past and Present*, 120, 3-25.
- Eguiguren, Luis Antonio (1940). *Diccionario histórico cronológico de la real y pontificia Universidad de San Marcos y sus colegios: crónica é investigación* (Vols. 1-2). Lima: Imp. Torres Aguirre.
- Ehlers, Benjamin A. (1997). La esclava y el patriarca: las visiones de Catalina Muñoz en la Valencia de Juan de Ribera. *Estudis*, 23, 101-116.
- Eire, Carlos M.N. (1995). *From Madrid to purgatory: The art and craft of dying in sixteenth-century Spain*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Escandell Bonet, Bartolomé & Villanueva, Joaquín Pérez (Eds.) (1984). *Historia de la Inquisición en España y América. Vol. 1. El conocimiento científico y el proceso histórico de la Institución (1478-1834)*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Espinosa Polit, Aurelio (1957). *Santa Mariana de Jesús, hija de la Compañía de Jesús; estudio histórico-ascético de su espiritualidad*. Quito: La Prensa Católica.

- Estenssoro Fuchs, Juan Carlos (1997). La construcción de un *más allá* colonial: hechiceros en Lima, 1630-1710. En Berta Ares Queija y Serge Gruzinski (Eds.), *Entre dos mundos: fronteras culturales y agentes mediadores* (pp. 415-439). Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Estenssoro Fuchs, Juan Carlos (2003). *Del paganismo a la santidad: la incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750* (Gabriela Ramos, trad. del francés). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Félix de Jesús María (1756). *Vida, virtudes y dones sobrenaturales de la venerable sierva de Dios la madre sor María de Jesús*. Roma: Imp. Joseph y Phelipe de Rossi.
- Fernández Fernández, Amaya (1995). *Santa Rosa de Lima*. Lima: Brasa.
- Fernández Fernández, Amaya, Guerra Martiniere, Margarita, Viacava Leiva, Lourdes & Alcalde Martínez, Lidia (1997). *La mujer en la conquista y la evangelización en el Perú, (Lima 1550-1650)*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Ferrazzi, Cecilia (1996). *Autobiography of an aspiring saint*. Anne Jacobsen Schutte (Ed.) (Anne Jacobsen Schutte, trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- Few, Martha (2002). *Women who live evil lives: Gender, religion and the politics of power in colonial Guatemala*. Austin: University of Texas Press.
- Flores Espinoza, Javier (1991). Hechicería e idolatría en Lima colonial (siglo XVII). En Enrique Urbano (Ed.), *Poder y violencia en los Andes* (pp. 53-69). Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- Foligno, Angela de (1618). *Vida de la bienaventurada Santa Angela de Fulgino* (Doña Francisca de los Rios, trad. del latín al español). Madrid: Juan de la Cuesta.
- Foligno, Angela de (1993). *The complete works*. Nueva York: Paulist Press.

- Gama, Leonarda Gil de (1755). *Astro brillante en el Nuevo Mundo* (Antonio del Riego, trad. del portugués al español). Manila: Thomas Adriano.
- García Cárcel, Ricardo (1990). Cuerpo y enfermedad en el antiguo régimen. Algunas reflexiones. En Agustín Redondo (Ed.), *Le corps* (pp. 131-139). Sorbona: Université de la Sorbonne Nouvelle-París.
- García Fernández, Máximo (1996). *Los castellanos y la muerte: religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- García-Villoslada, Ricardo (1980). *Historia de la Iglesia en España* (Vols. 1-5). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gardiner, Eileen (Ed.) (1989). *Visions of heaven and hell before Dante*. Nueva York: Italica.
- Geary, Patrick J. (1994). *Living with the dead in the Middle Ages*. Ithaca-Londres: Cornell University Press.
- Génova, Catalina de (1979). *Purgation and purgatory, the spiritual dialogue* (Serge Hughes, trad.). Nueva York: Paulist Press.
- Gertrudis, Santa (1604). *Oraciones y ejercicios espirituales, con la práctica de los quales Sancta Gertrudis subió a la alteza de la Gloria: que posee oy en los Cielos*. Salamanca: Antonia Ramírez.
- Gertrudis, Santa (1605). *Libro intitulado insinuación de la divina piedad* (Leandro de Granada, trad. del latín al español). Salamanca: Antonia Ramírez.
- Gertrudis la Grande de Helfta (1991). *The herald of God's loving-kindness: Books one and two* (Alexandra Barratt, trad.). Kalamazoo, MI: Cistercian.
- Giles, Mary E. (1990). *The Book of Prayer of Sor María of Santo Domingo: A study and translation*. Albany: State University of New York.
- Giles, Mary E. (Ed.). (1998). *Women in the Inquisition: Spain and the New World*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

- Glantz, Margo (1996). El cuerpo monacal y sus vestiduras. En Mabel Moraña (Ed.), *Mujer y cultura en la Colonia hispanoamericana* (pp. 171-182). Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Glave, Luis Miguel (1998). *De Rosa y espinas: economía, sociedad y mentalidades andinas, siglo XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Goldey, Patricia (1983). The good death: Personal salvation and community identity. En Rui Feijó, Herminio Martins y João de Pina-Cabral (Eds.), *Death in Portugal: Studies in Portuguese anthropology and modern history* (pp. 1-16). Oxford: Journal of the Anthropological Society of Oxford (JASO).
- Gómez Acuña, Luis (1994). Las cofradías de negros en Lima (siglo XVII): estado de la cuestión y análisis de caso. *Páginas*, 129, 28-39.
- Gómez de la Parra, José (1992). *Fundación y primer siglo: crónica del primer convento de carmelitas descalzas en Puebla, 1604-1704* (Manuel Ramos Medina, intro.). México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- Gómez Nieto, Leonor (1991a). Actitudes femeninas ante la muerte en la Edad Media castellana. En Ángela Muñoz Fernández y María del Mar Graña Cid (Eds.), *Religiosidad femenina: expectativas y realidades, ss VIII-XVIII* (pp. 61-71). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Gómez Nieto, Leonor (1991b). *Ritos funerarios en el Madrid medieval*. Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- González de Acuña, Antonio (1671). *Rosa mística, vida y muerte de Santa Rosa de Santa María, virgen de la tercera Orden de St. Domingo*. Roma: Nicolás Angel Tinassio.
- Gonçalez Vaquero, Miguel (1618). *La mujer fuerte: por otro título, la vida de D. María Vela, Monja de San Bernardo en el Convento de Santa Ana de Avila*. Madrid: Viuda de Alonso Martín.
- Gracia Boix, Rafael (1983). *Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba*. Córdoba: Excma. Diputación Provincial.

- Granada, Leandro de (1607). *Luz de las maravillas*. [Segunda y última parte de las admirables y regaladas Reuelaciones de la Gloriosa S. Gertrudis]. Valladolid: Juan de Bostillo.
- Granada, Luis de (1612). *Libro de la oración y meditación en el qual se trata de la consideración de los principales misterios de nuestra Fé*. Barcelona: Sebastián Cormellas.
- Graziano, Frank (1996). Santa Rosa de Lima y el cuerpo sacrificial. En Mabel Moraña (Ed.), *Mujer y cultura en la Colonia hispanoamericana* (pp. 195-199). Pittsburg: University of Pittsburgh.
- Greenblatt, Steven (2001). *Hamlet in purgatory*. Princeton: Princeton University Press.
- Greenspan, Kate (1991). The autohagiographical tradition in medieval women's devotional writing. *Auto/biography Studies*, 6 (2), 157-168.
- Greer, Allan (2000). Colonial saints: Gender, race, and hagiography in New France. *William and Mary Quarterly*, 57 (2), 323-348.
- Greer, Allan (1998). Savage/Saint: The lives of Kateri Tekakwitha. En Sylvie Dépatie, Catherine Desbarats, Danielle Gauvreau, Mario Lalancette, y Thomas Wien (Eds.), *Habitants et marchands, Vingt ans après: Lectures de l'histoire des XVIIe et XVIIIe siècles* (pp. 138-159). Montreal y Kingston: McGill-Queen's University Press.
- Guillaume-Alonso, Araceli (1994). Images de la femme en Espagne. En Augustín Redondo (Ed.), *Images de la femme* (pp. 319-330). París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Guilhem, Claire (1981). La Inquisición y la devaluación del verbo femenino. En Bartolomé Bennassar (Ed.), *Inquisición española: poder político y control social* (pp. 171-207). Barcelona: Crítica.
- Guthke, Karl Siegfried (1999). *The gender of death: A cultural history in art and literature*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Hamburger, Jeffrey M (1989). The visual and the visionary: The image in late medieval monastic devotions. *Viator*, 29, 161-182.

- Hampe Martínez, Teodoro (1993a). The diffusion of books and ideas in colonial Peru: A study of private libraries in the sixteenth and seventeenth centuries. *Hispanic American Historical Review*, 73, 211-233.
- Hampe Martínez, Teodoro (1993b). Universo intelectual de un 'extirpador de idolatrías': la Biblioteca de Francisco de Ávila (1648). *Historia y Cultura*, 22, 119-143.
- Hanke, Lewis & Rodríguez, Celso (Eds.) (1978-1980). *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria: Perú* (Vols. 1-7). Madrid: Atlas.
- Hansen, Leonardo (1669). *La bienaventurada Rosa peruana de Santa María de la tercera orden de Santo Domingo* (2ª ed.). Madrid: Francisco Nieto.
- Hansen, Leonardo (1929). *Vida admirable de Santa Rosa de Lima* (Jacinto Parra, trad.). Lima: El Santísimo Rosario.
- Hamilton, Alastair (1992). *Heresy and mysticism in sixteenth-century Spain*. Toronto-Buffalo: University of Toronto Press.
- Harley, Marta Powell (Ed.) (1985). *A revelation of purgatory by an unknown, Fifteenth-century woman visionary* (Marta Powell Harley, trad., intro., texto crítico). Lewiston, NY: The Edwin Mellen Press.
- Harley, Sharon (1995). When your work is not who you are: The development of a working-class consciousness among Afro-American women. En Darlene Clark Hine, Wilma King y Linda Reed (Eds.), *"We specialize in the wholly impossible": A reader in black women's history* (pp. 25-37). Brooklyn: Carlson.
- Henningsen, Gustav (1978). El 'Banco de Datos' del Santo Oficio: las relaciones de causas de la Inquisición española (1550-1700). *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 174, 547-570.
- Henningsen, Gustav (1994). La evangelización negra: difusión de la magia europea por la América colonial. *Revista de la Inquisición*, 3, 9-27.
- Heras, Julián (1992). El P. Fernando Rodríguez Tena (+1781) historiador franciscano del Perú (siglo XVIII). *Archivum Franciscanum Historicum*, 85, 581-613.

- Herpöel, Sonja (1989). Bajo la amenaza de la Inquisición: escritoras españolas en el Siglo de Oro. En Martin Gosman y Hub Hermans (Eds.), *España, teatro y mujeres: estudios dedicados a Henk Oostendorp* (pp. 123-131). Atlanta-Amsterdam: Rodopi.
- Hildegarda de Bingen (1994[1158-1163]). *The book of the rewards of life (liber vitae meritorum)* (Bruce W. Hozeski, trad.). Nueva York-Londres: Garland.
- Hine, Darlene Clark, King, Wilma & Reed, Linda (Eds.) (1995). “*We specialize in the wholly impossible*”: *A reader in black women’s history*. Nueva York: Carlson.
- Holloway, Julia Bolton (2000). Saint Bride and her book. Brigitta of Sweden’s *Revelations*. Suffolk: D.S. Brewer.
- Homans, Margaret (1997). ‘Racial composition’: Metaphor and the body in the writing of race. En Elizabeth Abel, Barbara Christian y Helene Moglen (Eds.), *Female Subjects in Black and White: Race, Psychoanalysis, Feminism* (pp. 77-101). Berkeley: University of California Press.
- Horozco y Covarrubias, Juan de (1588). *Tratado de la verdadera y falsa profecía*. Segovia: Juan de la Cuesta.
- Huerga Teruelo, Álvaro (1969). *Santa Catalina de Siena en la historia de la espiritualidad hispana*. Roma: s.p.i.
- Huerga Teruelo, Álvaro (1978a). *Historia de los alumbrados (1570-1630): los alumbrados de Extremadura (1570-1582)*. Madrid: Fundación Universitaria Española, Seminario Cisneros.
- Huerga Teruelo, Álvaro (1978b). *Historia de los alumbrados (1570-1630): los alumbrados de la alta Andalucía (1575-1590)*. Madrid: Fundación Universitaria Española, Seminario Cisneros.
- Ibsen, Kristine (1999). *Women’s spiritual autobiography in colonial Spanish America*. Gainesville: University Press of Florida.
- Imirizaldu, Jesús de (1977). *Monjas y beatas embaucadoras*. Madrid: Editora Nacional.

- Iwasaki Cauti, Fernando (1993). Mujeres al borde de la perfección: Rosa de Santa María y las alumbradas de Lima. *Hispanic American Historical Review*, 73 (4), 581-613.
- Iwasaki Cauti, Fernando (1994a). Fray Martín de Porras: santo, ensalmador y sacamuelas. *Colonial Latin American Review* 3 (1-2), 159-184.
- Iwasaki Cauti, Fernando (1994b). Vidas de santos y santas vidas: hagiografías reales e imaginarias en Lima colonial. *Anuario de Estudios Americanos*, 51 (1), 47-64.
- Iwasaki Cauti, Fernando (1995). Luisa Melgarejo de Soto y la alegría de ser tu testigo, señor. *Histórica*, 19 (2), 219-250.
- Jaffary, Nora (1999). Virtue and transgression: The certification of authentic mysticism in the Mexican Inquisition. *Catholic Southwest: A Journal of History and Culture*, 10, 9-28.
- Jaffary, Nora (2002). La percepción de clase y casta en las visiones de los falsos místicos en el México colonial. *Signos Históricos*, 8, 61-88.
- Jesús, Isabel de (1671). *Vida de la Venerable Madre Isabel de Jesús, recoleta agustina, en el Convento de San Juan Bautista de la Villa de Arenas*. Madrid: Francisco Sanz.
- Jesús, Ursula de (2004). *The Souls of Purgatory. The spiritual diary of a Seventeenth-Century Afro-Peruvian mystic, Ursula de Jesús*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Jiménez de Cisneros, Francisco (1512). *Obra de las epístolas y oraciones de la bienaventurada virgen sancta Catalina de Sena de la orden de los predicadores*. Toledo.
- Jiménez Salas, Hernán (Ed.) (2002). *Primer proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima*. Lima: Monasterio de Santa Rosa de Santa María de Lima.
- Johnson, Lyman L. & Lipsett-Rivera, Sonya (Eds.) (1998). *The faces of honor: Sex, shame and violence in colonial Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

- Jordán Arroyo, María (1998). *Nacerá un romero en vuestras casas: retórica e imaginación en los sueños y profecías de una Madrileña en el Siglo XVI*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Minnesota, Twin Cities.
- Juan de Ribera (o Jaime Sanchíz) (1607). *Relacion breve de la vida, virtudes y milagros de la humilde sierva del Señor y Virgen Sor Margarita Agulló, natural de la ciudad de Xativa, Beata professa de la Orden de San Francisco*. Valencia: Juan Crisóstomo Garriz.
- Kieckhefer, Richard (1991). Holiness and the culture of devotion: Remarks on some late medieval male saints. En Renate Blumenfeld-Kosinski y Timea Szell (Eds.), *Images of Sainthood in Medieval Europe* (pp. 288-305). Ithaca: Cornell University Press.
- Kieckhefer, Richard (1994). The holy and the unholy: Sainthood, witchcraft, and magic in late medieval Europe. *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 24 (3), 355-385.
- Koslofsky, Craig M. (2000). *The reformation of the dead: Death and ritual in early modern Germany, 1450-1700*. Londres: MacMillan.
- Laplana Gil, José Enrique (1993). Algunas notas sobre espectros y aparecidos en la literatura del siglo de oro. En Agustín Redondo (Ed.), *La peur de la mort* (pp. 81-98). París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Lavallé, Bernard (1978, 1982). *Recherches sur l'apparition de la conscience creole dans la Vice-Royaute du Perou: l'antagonisme hispano-creole dans les ordres religieux (XVIè– XVIIè Siècles)* (Vol. 1-2). Tesis doctoral. Université de Bordeaux III, Burdeos. Reproducida por Université de Lille III, Atelier National de Reproduction des Theses.
- Lavrin, Asunción (1993). La vida femenina como experiencia religiosa: biografía y hagiografía en Hispanoamérica colonial. *Colonial Latin American Review*, 2 (1-2), 27-52.
- Lavrin, Asunción (1999). Indian brides of Christ: Creating new spaces for indigenous women in New Spain. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 15 (2), 225-260.

- Le Goff, Jacques (1984[1981]). *The birth of purgatory* (Arthur Goldhammer, trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- Le Goff, Jacques (1991). *El orden de la memoria: el tiempo cómo imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Leite, Serafim (Ed.) (1951). *As primeiras cartas dos jesuítas do Brasil para o conhecimento da América*. Génova: Civico Instituto Colombiano.
- Lewin, Boleslao (Ed.) (1958). *Descripción del Virreinato del Perú: crónica inédita de comienzos del siglo XVII*. Rosario: Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación.
- Lockhart, James (1968). *Spanish Peru, 1532-1560: A colonial society*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Lohmann Villena, Guillermo (1945). *El arte dramático en Lima durante el virreinato*. Madrid: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla.
- Lohmann Villena, Guillermo (1971). Libros, libreros y bibliotecas en la época virreinal. *Fénix*, 21, 17-24.
- Lorea, Antonio de (1671). *La Venerable Madre Sor María de la Santísima Trinidad, religiosa de la tercera Orden de Santo Domingo, natural de la Villa de Aracena en el Arçobispado de Sevilla*. Madrid: Francisco Sanz.
- Lorente, Sebastián (1870). *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca, 1598-1700*. París: Imp. Rochette.
- Lorenzo Pinar, Francisco Javier (1989). *Actitudes religiosas ante la muerte en Zamora en el siglo XVI: un estudio de mentalidades*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora.
- Loreto López, Rosalva (1997). Familial religiosity and images in the home: Eighteenth-century Puebla de Los Ángeles, México. *Journal of Family History*, 22 (1), 26-49.
- Losa, Andrés de la (1584). *Verdadero entretenimiento del christiano: en el qual se trata de las quatro postrimerias del hombre, que son muerte, juycio, infierno, gloria*. Sevilla: Casa de Alonso de la Barrera.

- Louvet, Louis-Eugene (1899). *Le purgatoire d'après les révélations des saints*. Albi: Imprimerie des Appretis-Orphelins.
- Loyola, San Ignacio de (1858[1686]). *Exercicios espirituales*. Madrid: Imprenta de Tejado.
- Mack, Phyllis (1992). *Visionary women: Ecstatic prophecy in seventeenth-century England*. Berkeley: University of California Press.
- MacKay, Angus (1989). Mujeres y religiosidad. En Ángela Muñoz Fernández (Ed.), *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de la actuación religiosa* (pp. 489-508). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- MacLay Doriani, Beth (1991). Black womanhood in nineteenth-century America: Subversion and self-construction in two women's autobiographies. *American Quarterly*, 43, 199-222.
- Maggi, Armando (1998). *Uttering the word: The mystical performances of María Maddalena de' Pazzi, a renaissance visionary*. Albany: State University of New York Press.
- Manero Sorolla, María Pilar (1994). Visionarias reales en la España áurea. En Augustín Redondo (Ed.), *Images de la femme* (pp. 305-318). París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Manescal, Honofre (1611). *Miscellanea de tres tratados: de las apariciones de los espiritus el uno: donde se trata como Dios habla à los hombres, y si las almas del purgatorio bueluen...* Barcelona: Gerónimo Genovés.
- Mannarelli, María Emma (1998). *Hechiceras, beatas y expósitas: mujeres y poder inquisitorial en Lima*. Lima: Ediciones del Congreso del Perú.
- María de San José (1999). *A wild country out in the garden: The spiritual journals of a colonial Mexican nun*. Kathleen A. Myers y Amanda Powell (Eds.). Bloomington: Indiana University Press.
- Marshall, Peter (1997). Fear, purgatory and polemic in reformation England. En William G. Naphy y Penny Roberts (Eds.), *Fear in early modern society* (pp. 150-166). Manchester: Manchester University Press.

- Marshall, Sherrin (Ed.) (1989). *Women in reformation and counter-reformation Europe*. Bloomington: Indiana University Press.
- Martín, Luis (1968). *The intellectual conquest of Peru: The Jesuit College of San Pablo, 1568-1767*. Nueva York: Fordham University Press.
- Martín, Luis (1989). *Daughters of the conquistadores: Women of the viceroyalty of Peru*. Dallas: Southern Methodist University.
- Martínez Arancón, Ana (1987). *Geografía de la eternidad*. Madrid: Tecnos.
- Martínez Gil, Fernando (1984). *Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias*. Toledo: Ayuntamiento de Toledo.
- Martínez Gil, Fernando (1998). *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*. México: Siglo Veintiuno.
- Martínez i Álvarez, Patricia (2004a). *La libertad femenina de dar lugar a dios: Discursos religiosos del poder y formas de libertad religiosa desde la Baja Edad Media hasta el Perú Colonial*. Lima: Movimiento Manuela Ramos; Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Martínez i Álvarez, Patricia (2004b). La oralidad femenina en el texto escrito colonial: Úrsula de Jesús. *Revista Andina*, 38, 201-233.
- Matter, E. Anne & Coakley, John Waylan (Eds.) (1994). *Creative women in medieval and early modern Italy: A religious and artistic renaissance*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- McGuire, Brian Patrick (1989). Purgatory, the communion of saints, and medieval change. *Viator*, 20, 61-84.
- McKnight, Kathryn Joy (1997). *The mystic of Tunja: The writings of Madre Castillo, 1671-1742*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- McNamara, Jo Ann (1991). The need to give: Suffering and female sanctity in the Middle Ages. En Renate Blumenfeld-Kosinski y Timea Szell (Eds.), *Images of sainthood in medieval Europe* (pp. 199-221). Ithaca: Cornell University Press.

- Meléndez, Juan (1681). *Tesoros verdaderos de las Indias: historia de la Provincia de S. Juan Baptista del Perú, del Orden de Predicadores* (Vols. 1-3). Roma: Nicolás Tinassio.
- Mendiburu, Manuel de (1931-1935). *Diccionario histórico-biográfico del Perú* (Vols. 1-11) (2ª ed.). Lima: Enrique Palacios.
- Mesa, José & Gisbert, Teresa (1982). *Historia de la pintura cuzqueña*. Lima: Banco Wiese.
- Milhou-Roudié, Anne (1993). *Un tránsito espantoso: la peur de l'agonie dans les préparations a la mort et sermons espagnols des XVI et XVII siècles*. En Augustín Redondo (Ed.), *La peur de la mort* (pp. 9-16). París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Millar Carvacho, René (2000). Falsa santidad e Inquisición. Los procesos a las visionarias limeñas. *Academia Chilena de la Historia*, 108-9, 277-305.
- Mitre Fernández, Emilio (1986). El sentido medieval de la muerte: reflexiones desde el prisma del siglo XX. *Anuario de Estudios Medievales*, 16, 621-630.
- Mitre Fernández, Emilio (1988). *La muerte vencida: imágenes e historia en el Occidente Medieval (1200-1348)*. Madrid: Encuentro.
- Miura Andrades, José María (1991). Formas de vida religiosa femenina en la Andalucía medieval: emparedadas y beatas. En Ángela Muñoz Fernández y María del Mar Graña Cid (Eds.), *Religiosidad femenina: expectativas y realidades, ss VIII-XVIII* (pp. 139-164). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Monson, Craig (Ed.) (1992). *The crannied wall: Women, religion, and the arts in early modern Europe*. Anne Arbor: The University of Michigan Press.
- Montagut Contreras, Eduardo (1990). Servicio doméstico y educación en los conventos femeninos del antiguo regimen (siglo XVIII). *Torre de Los Lujanes*, 15, 156-166.
- Montalvo, Francisco Antonio (1683). *El sol del Nuevo Mundo, ideado y compuesto en las esclarecidas operaciones del bienaventurado Toribio Arçobispo de Lima*. Roma: Imp. Angel Bernavò.

- Montoya, Arturo (1939). *Vida de la Venerable Madre Sor Ana de los Angeles Monteagudo, en romance castellano*. Lima: Imp. Seminario.
- Morales, Ambrosio (1954). *La virgen arequipeña, Sor Ana de los Angeles de Monteagudo y Ponce de León*. Arequipa: s.p.i.
- Morán de Butrán, Jacinto (1702). *La azucena de Quito... La Venerable Virgen, Mariana de Jesús Flores y Paredes, admirable en virtudes, milagros y profecías*. Lima: Joseph de Contreras.
- Morgan, Ronald J. (2002). *Spanish American saints and the rhetoric of identity, 1600-1810*. Tucson: University of Arizona Press.
- Mott, Luiz (1993). *Rosa Egipcíaca: uma santa africana no Brasil*. Río de Janeiro: Bertran.
- Mugaburu, Josph de (1975). *Chronicle of Colonial Lima. The diary of Josephe and Francisco de Mugaburu, 1640-1694*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Mujica Pinilla, Ramón (1995). El ancla de Rosa de Lima: mística y política en torno a la patrona de América. En José Flores Araoz (Ed.), *Santa Rosa de Lima y su tiempo* (pp. 53-211). Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Mujica Pinilla, Ramón (2001). *Rosa limensis: mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*. Lima: Instituto Frances de Estudios Andinos; Banco Central de Reserva del Perú.
- Muñoz Fernández, Ángela (1974). *Beatas y santas neocastellanas: ambivalencias de la religión y políticas correctoras del poder (ss XIV-XVI)*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Muñoz Fernández, Ángela (1991). Actitudes femeninas ante la muerte en la Edad Media castellana. En Ángela Muñoz Fernández y María del Mar Graña Cid (Eds.), *Religiosidad femenina: expectativas y realidades, ss VIII-XVIII* (pp. 61-71). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Muñoz Fernández, Ángela (Ed.) (1989). *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*. Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.

- Muñoz Fernández, Ángela & del Mar Graña Cid, María (Eds.) (1991). *Religiosidad femenina: expectativas y realidades, ss VIII-XVIII*. Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Muriel, Josefina (1994a). *Cultura femenina novohispana* (2ª ed.). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Muriel, Josefina (1994b). Lo que leían las mujeres de la Nueva España. En José Pascual Buxó y Arnulfo Herrera (Eds.), *La literatura novohispana: revisión crítica y propuestas metodológicas* (pp. 159-173). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Myers, Kathleen Ann (1992). The addressee determines the discourse: The role of the confessor in the spiritual autobiography of Madre María de San Joseph (1656-1719). *Bulletin of Hispanic Studies*, 69 (1), 39-47.
- Myers, Kathleen Ann (1997). The Mystic Triad in Colonial Mexican Nuns' Discourse: Divine Author, Visionary Scribe, and Clerical Mediator. *Colonial Latin American Historical Review*, 6 (4), 479-524.
- Myers, Kathleen Ann (1998). Testimony for Canonization or Proof of Blasphemy?: The New Spanish Inquisition and the Hagiographic Biography of Catarina of San Juan. En Mary E. Giles (Ed.), *Women in the Inquisition* (pp. 270-95). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Myers, Kathleen Ann (2003). *Neither saints nor sinners: Writing the lives of women in Spanish America*. Nueva York: Oxford University Press.
- Nalle, Sarah Tilghman (2001). *Mad for God. Barolome Sanchez, the secret messiah of Cardenete*. Charlottesville: The University Press of Virginia.
- Navarro, Gaspar (1631). *Tribunal de superstición ladina. Explorador del saber, astucia y poder del demonio*. Huesca: Pedro Blusón.
- Navarro, Pedro (1659). *Favores de el rey de el cielo hechos a su esposa la Santa Juana de la Cruz, religiosa de la Orden Tercera de la Penitencia de N.P.S. Francisco*. Madrid: Mateo Fernández.

- Newman, Barbara (1993). Hildegard of Bingen and the 'Birth of Purgatory'. *Mystics Quarterly*, 19, 90-97.
- Newman, Barbara (1995). On the threshold of the dead: Purgatory, hell and religious women. En *From virile women to women Christ: studies in medieval religion and literature* (pp. 108-136). Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Orden Franciscana (1748[1639]). *Constituciones generales para todas las monjas, y religiosas, sujetas a la obediencia de la Orden de nuestro Padre San Francisco, en toda la Familia Cismontana*. Madrid: Imprenta Real.
- Oré, Gerónimo de (1998). *Relación de la vida y milagros de San Francisco de Solano* (Noble David Cook, Ed.). Lima: PUCP.
- Ortiz de Moncada, Pedro de (1692). *Declamación católica por las benditas almas del purgatorio, regulada por la doctrina de los concilios, y padres, y de la más fundada Theología*. Madrid: Juan García Infanzón.
- Osorio, Alejandra (1999). 'El callejón de la soledad': vectors of cultural hybridity in seventeenth-century Lima. En Nicholas Griffiths y Fernando Cervantes (Eds.), *Spiritual encounters: Interactions between Christianity and native religions in colonial America* (pp. 198-229). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Palafox y Mendoza, Juan de (1661). *Luz a los vivos y escarmiento en los muertos*. Madrid: María de Quiñones.
- Paniagua Pérez, Jesús (1998). Las décadas iniciales del Monasterio de Santa Clara de Quito, reflejo de su medio (1596-1640). *Archivo Ibero-Americano*, 58 (229), 127-144.
- Pardo, Francisco (1676). *Vida y virtudes heroicas de la Madre María de Jesús*. México: Imp. Bernardo Calderón.
- Patterson, Orlando (1982). *Slavery and social death: A comparative study*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pérez de Montalván, Juan (1972). *Vida e purgatorio de S. Patricio*. Pisa: Università.

- Pérez de Moya, Juan (1583). *Varia historia de sanctas e illustres mugeres en todo genero de virtudes: recopilado de varios autores*. Madrid: Francisco Sánchez.
- Perry, Mary Elizabeth (1987). Beatas and the Inquisition in early modern Seville. En Stephen Haliczer (Ed.), *Inquisition and Society in Early Modern Europe* (pp. 147-168). Stephen Haliczer (trad.). Totowa, NJ: Barnes and Noble.
- Petroff, Elizabeth (1990a). *Body and soul: Essays on medieval women and mysticism*. Nueva York: Oxford University Press.
- Petroff, Elizabeth (1990b). A medieval woman's utopian vision. En Elizabeth Petroff (Ed.), *Body and Soul: Essays on Medieval Women and Mysticism* (pp. 66-79). Nueva York: Oxford University Press.
- Petroff, Elizabeth (Ed.) (1986). *Medieval women's visionary literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Pinelli, Luca (1757). *Noticias de la otra vida y del estado de las almas en el otro mundo* (Alonso López de Rubiños, trad. del latín). Madrid: Oficina de Manuel Martín.
- Pons Fuster, Francisco (1991a). *Místicos, beatas y alumbrados: Ribera y la espiritualidad valenciana del s. XVII*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- Pons Fuster, Francisco (1991b). Mujeres y espiritualidad: Las beatas valencianas del siglo XVII. *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 10, 71-96.
- Porras Barrenechea, Raúl (1963). *Fuentes históricas peruanas: (apuntes de un curso universitario)*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Porres, Martín de (1960). *Proceso de beatificación de fray Martín de Porres. Vol 1. Proceso diocesano, años 1660, 1664, 1671*. Palencia: Secretariado Martín de Porres.
- Portal, Ismael (1925). *Lima religiosa, 1535-1924*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

- Poska, Allyson M. (1994). Matters of life and death in Galicia. *Mediterranean Studies*, 4, 91-112.
- Pou y Martí, José María (1991). *Visionarios, beguinos y fraticelos catalanes*. Madrid: Colegio Cardenal Cisneros.
- Poutrin, Isabelle (1995). *Le voile et la plume: autobiographie et sainteté féminine dans L'Espagne moderne*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Pudenziana, Hermana (1996). *La chiave del cielo: lettere di suor Pudenziana Zagnoni, mistica e visionario bolognese del XVII secolo*. Valerio Dehò, (Ed.). Boloña: Re Enzo Editrice.
- Puente, Luis de la (1665). *Vida maravillosa de la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar, natural de Valladolid, sacada de los que ella misma escrivio de orden de sus Padres Espirituales*. Valladolid: Francisco Nieto.
- Quiroga, Domingo de (1729). *Compendio breve de la vida y virtudes de la V. Francisca de Carrasco del Tercer Orden de Sto. Domingo*. México: Imp. Joseph Bernardo de Hoyal.
- Rábade Obradó, María del Pilar (1989). La religiosidad femenina, según los procesos inquisitoriales de Ciudad Real-Toledo, 1483-1507. En Ángela Muñoz Fernández (Ed.), *Las mujeres en el cristianismo medieval: imágenes teóricas y cauces de la actuación religiosa* (pp. 435-449). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Raimundo de Capua (1511). *La vida de la bienaventurada sancta Catarina de Sena trasladada de latin en castellano* (Antonio de la Peña, trad.). S.p.i.
- Ramos, Gabriela P. (2010). *Death and conversion in the Andes: Lima and Cuzco, 1532-1670*. Notre Dame: Universidad de Notre Dame.
- Ramos Medina, Manuel (1997). *Místicas y descalzas: fundaciones femeninas carmelitas en la Nueva España*. México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.
- Real Academia Española (1963). *Diccionario de autoridades* (edición facsimilar, vols. 1-6). Madrid: Gredos.

- Real Academia Española (1992). *Diccionario de la lengua española* (Vols. 1-2). Madrid: Espasa Calpe.
- Redondo, Augustín (Ed.) (1990). *Le corps dans la société espagnole des XVI et XVII siècles*. París: Université de la Sorbonne Nouvelle .
- Redondo, Augustín (Ed.) (1993). *La peur de la mort en Espagne au siècle d'or: Littérature et iconographie (analyse de quelques exemples)*. París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Redondo, Augustín (Ed.) (1994). *Images de la femme en Espagne aux XVIe et XVIIe siècles: Des traditions aux renouvellements et à l'émergence d'images nouvelles*. París: Presses de la Sorbonne Nouvelle.
- Rhodes, Elizabeth (1998). Y yo dije, "sí Señor": Ana Domenge and the Barcelona Inquisition. En Mary E. Giles (Ed.), *Women in the Inquisition* (pp. 134-154). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Riants de Villerey, Susanne de (1949). *Vinte e cinco aparições de almas do purgatório* (María de Jesús, trad. del francés al portugués). Lisboa: Leira.
- Río Hijas, María Elena (1994). La sanidad en los conventos de clarisas de Madrid capital durante los siglos XVII, XVIII y XIX. *Archivo Iberoamericano*, 54 (213-214), 567-597.
- Rivadeneira, Pedro de (1601). *Flos Sanctorum, o libro de las vidas de los santos* (Vols. 1-2). Madrid: Luis Sánchez.
- Roa, Martín de (1630a). *Estado de las almas de purgatorio. Correspondencia que hazen a sus bienhechores. Meditaciones, y varios exemplos a este propósito*. Barcelona: Pedro Lacavalleria.
- Roa, Martín de (1630b). *Estado de los bienaventurados en el cielo, de los niños en el limbo, de los condenados en el infierno, y de todo este universo después de la resurrección, y juyzio universal*. Barcelona.
- Rodríguez Valencia, Vicente (1956-1957). *Santo Toribio de Mogrovejo: organizador y apóstol de Sur-América* (Vols. 1-2). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- Romero, Juan Ramón (1989). Morir en Madrid a finales del siglo XV. Economía monástica y mentalidades religiosas. *Anuario de Estudios Medievales*, 19, 573-586.
- Rubial, Antonio (1999). *La santidad controvertida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rubial García, Antonio (2002). Las santitas del barrio. 'Beatas' laicas y religiosidad cotidiana en la ciudad de Mexico en el siglo XVII. *Anuario de Estudios Americanos*, 59 (1), 13-37.
- Ruiz de Montoya, Antonio (1991). *Sílex del divino amor*. José Luis Rouillon Arróspide (Ed.). Lima: PUCP.
- Salinas y Córdova, Buenaventura de (1630). *Memorial de las historias del Nuevo Mundo*. Lima: Gerónimo de Contreras.
- Salmerón, Pedro (1675). *Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación, carmelita descalça, natural de la Ciudad de los Angeles*. México: Imp. Francisco Rodríguez Lupercio.
- San Cristóbal Sebastián, Antonio (1992). *Lima: estudios de la arquitectura virreinal*. Lima: Epígrafe.
- Sánchez, Ana (1991). Mentalidad popular frente a ideología oficial: el Santo Oficio en Lima y los casos de hechicería (siglo XVII). En Henrique Urbano (Ed.), *Poder y violencia en los Andes* (pp. 33-52). Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- Sánchez-Concha B., Rafael (2003). *Santos y santidad en el Perú virreinal*. Lima: Asociación Vida y Espiritualidad.
- Sánchez Lora, José Luis (1988). *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Santoro, Juan Basilio (1586). *Discurso de los cinco lugares a donde han ydo y van las almas después que parten de esta vida*. Pamplona: Tomás Porralis.
- Scaraffia, Lucetta & Zarri, Gabriella (Eds.) (1999). *Women and faith: Catholic religious life in Italy from late antiquity to the present*. Cambridge: Harvard University Press.

- Schlau, Stacey (2002). Following Santa Teresa. Early modern women and religious authority. *MLN*, 117 (2), 286-309.
- Schmitt, Jean-Claude (1998). *Ghosts in the Middle Ages: The living and the dead in medieval society* (Teresa Lavender Fagan, trad.). Chicago: University of Chicago Press.
- Scully, Sally (1995). Marriage or a career? Witchcraft as an alternative in seventeenth-century Venice. *Journal of Social History*, 28 (4), 857-875.
- Sebastián, Santiago (1981). *Contrarreforma y barroco: lecturas iconográficas e iconológicas*. Madrid: Alianza.
- Segura Graiño, Cristina (1992). *Los espacios femeninos en el Madrid medieval*. Madrid: Horas y Horas.
- Serpi, Dimas (1611). *Tratado de purgatorio contra Luthero y otros hereges*. Barcelona: Hierónimo Margarit.
- Serrano y Sanz, Manuel (1903-1905). *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833* (Vols. 1-2). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Shoemaker, Nancy (1995). Kateri Tekakwitha's tortuous path to sainthood. En Nancy Shoemaker (Ed.), *Negotiators of change: Historical perspectives on Native American women* (pp. 49-71). Nueva York: Routledge.
- Silverblatt, Irene (1987). *Moon, sun and witches: Gender ideologies and class in Inca and Colonial Peru*. Princeton: Princeton University Press.
- Simons, Walter (1994). Reading a saint's body: Rapture and bodily movement in the *Vitae* of thirteenth-century Beguines. En Sarah Kay y Miri Ruben (Eds.), *Framing medieval bodies* (pp. 10-23). Manchester y Nueva York: Manchester University Press.
- Siría, Antonio de (1925[1716]). *Vida de Doña Ana Guerra de Jesús*. Santiago de Chile: Imp. Universitaria.
- Smith, Sidonie (1987). *A poetics of women's autobiography: Marginality and the fictions of self-representation*. Bloomington: Indiana University Press.

- Smith, Sidonie (1999). Construing truth in lying mouths: Truth-telling in women's autobiography. En Martine Watson Brownley (Ed.), *Women and autobiography* (pp. 33-52). Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- Smith, Sidonie & Watson, Julia (Eds.) (1998). *Women, autobiography, theory: A reader*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Souza, Laura de Mello e (1992). Entre o êxtase e o combate: visionárias portuguesas do século XVII. En Anita Novinsky y Maria Luiza Tucci Carneiro (organizadoras), *Inquisição: Ensaios sobre mentalidade, heresias e arte*. Rio de Janeiro: Expressão e Cultura; São Paulo: EDUSP.
- St. Jean, Yanick & Feagin, Joe R (1998). *Double burden: Black women and everyday racism*. Nueva York: M.E. Sharpe.
- Suardo, Juan Antonio (1935). *Diario de Lima*. Edición de Rubén Vargas Ugarte. Lima: Imp. Vásquez.
- Surtz, Ronald (1990). *The guitar of God: Gender, power and authority in the visionary world of Mother Juana de la Cruz, (1481-1534)*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Surtz, Ronald (1995). *Writing women in late medieval and early modern Spain: The mothers of Saint Teresa of Avila*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Tardieu, Jean Pierre (1993). Genio y semblanza del santo varón limeño de origen africano (fray Martín de Porras). *Hispania Sacra*, 15, 555-574.
- Tardieu, Jean Pierre (1997). *Los negros y la Iglesia en el Perú, siglos XVI-XVII* (Vols. 1-2). Quito: Centro Cultural Afroecuatoriano.
- Teresa de Jesús María (1921). *Las obras de la sublime escritora del amor divino Sor Teresa de Jesús María, Carmelita Descalza del siglo XVII* (ed. crítica de Manuel Serrano y Sanz). Madrid: Gil Blas.
- Thornton, John K. (1998a). *Africa and Africans in the making of the Atlantic world, 1400-1800* (2ª ed.). Cambridge, MA: Cambridge University Press.

- Thornton, John K. (1998b). *The Kongoles Saint Anthony: Doña Beatriz Kimpa Vita and the Antonian Movement, 1684-1706*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Tollo, Roberto & Bisacci, Elena (1999). *San Nicola da Tolentino e la Marche: culto e arte*. Tolentino: Centro Studi Agostino Trapè, Convento San Nicola.
- Torres Saldamando, Enrique (1882). *Los antiguos jesuitas del Perú: biografías y apuntes para su historia*. Lima: Imp. Liberal.
- Uribe, María Victoria (1987). Los ochos pasos de la muerte del alma: La Inquisición en Cartagena de Indias. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 24 (13), 29-39.
- Valdés, Joseph Eugenio (1765). *Vida admirable y penitente de la V.M. Sor Sebastiana Josepha de la S.S. Trinidad*. México: Imp. de la Biblioteca Mexicana.
- Valerio, Adriana (1992). *Domenica da Paradiso: profecía e politica in una mistica del Rinascimento*. Spoleto: Centro Italiano di Studi Sull'Alto Medioevo.
- van Deusen, Nancy E. (1999). The 'alienated' body: Slaves and castas in the Hospital de San Bartolomé of Lima, 1680 to 1700. *The Americas*, 56 (1), 1-30.
- van Deusen, Nancy E. (2001). *Between the sacred and the worldly: The institutional and cultural practice of recogimiento in colonial Lima*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- van Deusen, Nancy E. (2002). Ursula de Jesús: A seventeenth-century Afro-Peruvian mystic. En Kenneth Andrien (Ed.), *The human tradition in Colonial Latin America* (pp. 88-103). Wilmington, DE: Scholarly Resources.
- van Deusen, Nancy E. (2006a). Las mercedes recibidas de Dios: La autobiografía de Jerónima de San Francisco (1573-1643), mística limeña. En Asunción Lavrin y Rosalva Loreto López (Eds.), *Diálogos espirituales: Manuscritos femeninos hispanoamericanos, Siglos XVI-XIX* (pp. 40-72). Puebla, México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- van Deusen, Nancy E. (2006b). Úrsula de Jesús. En Colin Palmer (Ed.), *Encyclopedia of African American culture and history: The black experience in the Americas* (pp. 1175-1176). Detroit: MacMillan.
- van Deusen, Nancy E. (2007a). Circuits of knowledge among lay and religious women in early seventeenth-century Lima. En Nora E. Jaffary (Ed.), *Gender, race and religion in the colonization of the Americas* (pp. 137-151). Burlington, VT: Ashgate.
- van Deusen, Nancy E. (2007b). *Entre lo sagrado y lo mundano: El recogimiento en Lima colonial*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Francés de Estudios Andinos.
- van Deusen, Nancy E. (2012). Carrying the cross of Christ: Donadas (religious servants) in Seventeenth-Century Lima. En Sherwin Bryant, Rachel O'Toole, y Ben Vinson III (Eds.), *Expanding the diaspora: Africans to colonial Latin America* (pp. 136-160). Champaign: University of Illinois Press.
- Vargas, Juan Domingo (1943). *Piadoso ejercicio: Para pedir la beatificación de la sierva de Dios, Sor Ana de los Angeles Monteagudo*. Arequipa: Tip. S. Quiroz.
- Vargas Ugarte, Rubén (1951). *Vida de Santa Rosa de Santa Maria* (2ª ed.). Lima: s.p.i.
- Vargas Ugarte, Rubén (1953-1959). *Historia de la Iglesia en el Perú* (Vols. 1-5). Burgos.
- Vargas Ugarte, Rubén (1954). *Historia del Perú: virreinato, siglo XVII*. Buenos Aires: Studium.
- Vargas Ugarte, Rubén (1963). *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú* (Vols. 1-4). Burgos: Imprenta de Aldecoa.
- Vargas Ugarte, Rubén (1984[1957]). *Historia del Santo Cristo de los Milagros* (4ª ed.). Lima: s.p.i.
- Vauchez, André (1991). Lay people's sanctity in Western Europe: Evolution of a pattern (twelfth and thirteenth centuries). En Renate Blumenfeld-Kosinski y Tímea Szell (Eds.), *Images of sainthood in medieval Europe*, (pp. 21-32). Ithaca: Cornell University Press.

- Vauchez, André (1997[1981]). *Sainthood in the later Middle Ages* (Jean Birrell, trad.). Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Vauchez, André & Bornstein, Daniel (Eds.) (1993[1987]). *The laity in the Middle Ages: Religious beliefs and devotional practices* (Margery J. Schneider, trad.). Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Venegas, Alejo (1553). *Agonía del tránsito de la muerte, con los avisos y consuelos que cerca della son provechosos*. Toledo: Juan de Ayala.
- Vera Tudela, Elisa Sampson (2000). *Colonial angels: Narratives of gender and spirituality in Mexico, 1580-1750*. Austin: University of Texas Press.
- Vicente, Gil (1995). *Auto da barca de glória; Não de amores*. Maria Idalia Resina Rodrigues (Ed., intro. y notas). Madrid: Castalia.
- Villegas, Alonso de (1588). *Flos sanctorum. Tercera parte. Vidas de sanctos*. Toledo: Juan Pedro Rodríguez.
- Vinyoles, Teresa María & Varela, Elisa (1991). Religiosidad y moral social en la práctica diaria de las mujeres en los últimos siglos medievales. En Ángela Muñoz Fernández y María del Mar Graña Cid (Eds.), *Religiosidad femenina: expectativas y realidades, ss VIII-XVIII* (pp. 41-60). Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna.
- Vitz, Evelyn Birge (1991). From the oral to the written in medieval and renaissance saints' lives. En Renate Blumenfeld-Kosinski y Tímea Szell (Eds.), *Images of sainthood in medieval Europe* (pp. 97-114). Ithaca: Cornell University Press.
- Vovelle, Michel (1976). Les attitudes devant la mort: Problèmes de méthode, approches et lectures différentes. *Annales*, 31 (1), 120-132.
- Vovelle, Michel (1996). *Les âmes du purgatoire: ou le travail du deuil*. París: Gallimard.
- Vovelle, Michel & Vovelle, Gaby (1970). *Vision de la mort et de l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du purgatoire, XVe-XXe siècles*. París: Armand Colin.

- Weber, Alison (1985). The paradoxes of humility: Santa Teresa's *Libro de la Vida* as double bind. *Journal of Hispanic Philology*, 9, 211-230.
- Weber, Alison (1990). *Teresa of Avila and the rhetoric of femininity*. Princeton: Princeton University Press.
- Weber, Alison (1993). Between ecstasy and exorcism: Religious negotiation in sixteenth-century Spain. *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 23, 221-234.
- Weinstein, Donald & Bell, Rudolph (1982). *Saints and society: The worlds of western Christendom, 1000-1700*. Chicago: University of Chicago Press.
- White, Deborah Gray (1985). *Aren't I A Woman? Female Slaves in the Plantation South*. Nueva York: W.W. Norton.
- White, Deborah Gray (1994). Female slaves: Sex roles and status in the antebellum plantation south. En Catherine Clinton (Ed.), *Half sisters of history: Southern women and the American past* (pp. 56-75). Durham y Londres: Duke University Press.
- Wood, Alice (2004). Religious women of color in seventeenth-century Lima: Estefanía de San Joseph and Ursula de Jesu Christo. En David Barry Gaspar and Darlene Clark Hine (Eds.), *Beyond bondage: Free women of color in the Americas* (pp. 286-316). Urbana y Chicago: University of Illinois Press.
- Wood, Jeryldene M. (1996). *Women, art, and spirituality: The poor Clares of early modern Italy*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Zaleski, Carol (1987). *Otherworld journeys: Accounts of near-death experience in medieval and modern times*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press.
- Zarri, Gabriela (1996). Living saints: A typology of female sanctity in the early sixteenth century. En Daniel Bornstein y Roberto Rusconi (Eds.), *Women and religion* (Margery J. Schneider, trad) (pp. 219-303). Chicago: University of Chicago Press.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PSJE. MARÍA AUXILIADORA 156, BREÑA
CORREO E.: TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM
TELÉFONO: 332-3229 Fax: 424-1582
SE UTILIZARON CARACTERES
ADOBE GARAMOND PRO EN 11 PUNTOS
PARA EL CUERPO DEL TEXTO
NOVIEMBRE 2012 LIMA - PERÚ